



VIA UN HOMBRE

OWEN SHEERS

RESERVOIR BOOKS

VI A UN HOMBRE

Owen Sheers

Traducción de Javier Calvo

RESERVOIR BOOKS
www.megustaleerebooks.com

Para Samantha

Ayer en la escalera vi
a un hombre que no estaba ahí.
Hoy miré y tampoco estaba,
cómo quiero que se vaya.

(De una versión de «Antigonish»,
de Hughes Mearns)

El acontecimiento que les cambió la vida a todos tuvo lugar una tarde de sábado de junio, pocos minutos después de que Michael Turner —pensando que la casa de los Nelson estaba vacía— se colara por la puerta de atrás. Aunque era principio de mes, Londres ya se achicharraba en plena ola de calor. Por todo South Hill Drive las ventanas estaban abiertas y los coches aparcados a ambos lados de la calle quemaban cuando los tocabas y sus soldaduras repiqueteaban bajo el sol. Acababa de remitir una brisa matinal, aquietando los sicómoros que flanqueaban la calle. Tampoco se movía ni una hoja de los robles y hayas del cercano Hampstead Heath. La ola de calor solo llevaba una semana, pero ya había agostado la hierba más alta, que la sombra de aquellos árboles no alcanzaba.

Michael había encontrado entornada la puerta de atrás de los Nelson. Se miró los viejos zapatos náuticos, que tenían las suelas embadurnadas de tierra recién regada. Llevaba desde la hora del almuerzo trabajando en el jardín y había ido directamente a casa de los Nelson sin lavarse. Por debajo de los pantalones cortos le asomaban unas rodillas también sucias de tierra.

Michael se tiró del talón del zapato izquierdo con la puntera del derecho para quitárselo. Mientras hacía lo mismo con el otro, intentó oír señales de vida dentro de la casa. Todo seguía en silencio. Se miró el reloj de pulsera: eran las tres y veinte. A las cuatro tenía una clase de esgrima al otro lado del Heath. Tardaría al menos media hora en llegar andando. Hizo un intento de abrir la puerta del todo con la mano, pero cuando vio lo llena de tierra que la tenía, cambió de opinión y entró empujando con el codo.

La cocina estaba fresca y a oscuras, y Michael tuvo que detenerse un momento para que la luz del sol se le diluyera de los ojos. Detrás de él, el jardín de sus vecinos bajaba en pendiente por entre un peral y un margen de hierba hundido. El césped reseco se estrechaba hasta una cerca de madera invadida de cañas. Al otro lado de aquella cerca, un sauce llorón se postraba ante uno de los estanques del Heath. Durante el último mes, a aquellos estanques les había crecido una capa de lenteja de agua de un tono sorprendentemente luminoso. Hacía solo unos minutos, mientras descansaba apoyado en los talones, Michael había visto cómo una focha se abría paso por entre aquella capa al otro lado del estanque, avanzando a golpes de su cabeza de monja y con una escolta de polluelos entrecruzándose en su estela.

De pie en la cocina, Michael volvió a escuchar. Nunca había visto que Josh y Samantha se marcharan de casa sin cerrar con llave. Sabía que Samantha se había ido a pasar el fin de semana con su hermana. Pero pensaba que Josh y las niñas se habían quedado. La casa, sin embargo, estaba en silencio. Los únicos ruidos que le llegaban a Michael venían del Heath, que ahora le quedaba detrás: un perro que ladraba, las charlas de los picnics lejanos, el chapuzón de un buceador en el estanque apto para nadar que había al otro lado del camino. Más cerca, en un jardín próximo, oyó que un aspersor de riego empezaba a trocear la tarde. Reinaba tal silencio en la casa que desde la cocina donde estaba ahora aquellos ruidos ya tenían textura de recuerdos, como si en vez de cruzar el umbral de una casa acabara de cruzar uno del tiempo.

¿Tal vez Josh había dejado una nota? Michael fue a mirar a la nevera. Era un modelo americano de espaldas fornidas, de acero pulido y con dispensador de hielo incorporado a la puerta. Por el espacio de su superficie pugnaban suficientes papeles como para llenar un escritorio, sujetos bajo una colección de imanes de nevera de Rothko. Michael ojeó los menús de comida para

llevar, las listas de la compra y las notas de la escuela, pero nada le dio ninguna pista de dónde podía estar Josh. Dio la espalda a la nevera y examinó el resto de la sala, confiando en encontrar algo que explicara por qué la puerta de atrás estaba abierta pero no había nadie en casa.

Igual que el resto de la casa, la cocina de Samantha y Josh era maciza y espaciosa. En el centro, la sombra a franjas de una persiana de lamas se proyectaba sobre la superficie de un mesón de cocina. Alrededor de este había un horno, dos fogones y un surtido de utensilios de cocina digno de un chef. Al otro lado de una barra de desayunos, varias macetas con plantas flanqueaban el sofá combado y los dos sillones de la galería, que tenía un ventanal con persianas de color ocre. En la otra punta de la cocina había una mesa ovalada, y en la pared de encima colgaban los Nelson.

Era un retrato en blanco y negro, una foto de estudio tomada cuando Rachel debía de estar aprendiendo a andar y Lucy era un bebé. Las dos niñas, con vestiditos blancos a juego, estaban sentadas en el regazo de sus padres. Samantha no miraba a cámara sino a sus hijas, riendo. Josh, sin embargo, miraba con una sonrisa directamente a la lente, con un mentón más anguloso que el que Michael conocía hoy en día. También tenía el pelo más oscuro, cortado con el mismo estilo de muchacho pero sin las canas que ahora le salpicaban las sienes.

La mirada de Michael se encontró un instante con la de aquel Josh más joven. Se preguntó si debería llamarlo y avisarle de que tenía la puerta de atrás abierta. Pero se había dejado el móvil en el piso y no se sabía los números de Josh ni de Samantha. Y tal vez no debería preocuparlos, ¿verdad? Tampoco veía señal alguna de que hubiera pasado nada. La cocina se veía igual que siempre.

Michael solo conocía a los Nelson desde hacía siete meses, pero una vez trabada la amistad, esta había remontado el vuelo rápidamente. Le daba la

sensación de que en las últimas semanas había comido a la mesa de ellos más veces que en su propia casa, que estaba en la puerta de al lado. Cuando él se había mudado allí, no se distinguía el camino que llevaba por una obertura en el seto desde el jardín comunitario de su bloque de pisos hasta el de la casa de ellos. Ahora, en cambio, había un tenue sendero dejado por sus pisadas cuando él pasaba a visitarlos por la noche, y por las de Samantha y las niñas cuando lo iban a ver a él los fines de semana. Como familia, los Nelson habían sido una presencia estabilizadora en su vida, un anclaje vital frente a todo lo que había sucedido antes. Por eso Michael podía estar tan seguro de que nadie había tocado nada en aquella cocina ni la había registrado. Era la pieza en la que más tiempo había pasado con ellos; donde todos habían comido y bebido y donde había tenido lugar gran parte del reciente proceso de recuperación de él. La pieza donde por primera vez desde la muerte de Caroline, él había aprendido, con ayuda de Josh y Samantha, a recordar no solo su ausencia, sino también a ella.

Michael miró más allá del retrato de familia y de los sillones y aparadores de la galería. Probablemente debería echar también un vistazo por el resto de la casa. Eso se dijo a sí mismo mientras iba hasta el teléfono y ojeaba los post-its que había desperdigados alrededor del auricular. Samantha y Josh no querían que se marchara sin hacerlo. Pero tenía que darse prisa. Solo había pasado para recoger un destornillador que le había dejado a Josh hacía unas noches. Lo necesitaba para arreglar un florete para su clase. En cuanto lo encontrara y echara un vistazo en el resto de las habitaciones, se marcharía.

Michael se volvió a mirar el reloj de pulsera. Ya eran casi las tres y veinticinco. Si algo le parecía fuera de sitio, siempre podía llamar a Josh mientras caminaba por el Heath en dirección a su clase. Michael supuso que él y las niñas no podían estar muy lejos de la casa. Dio la espalda al teléfono y a sus notas garabateadas y caminó hacia la puerta que daba al pasillo. Al cruzar

la cocina, sintiendo en los pies el frío de las baldosas de terracota, sus calcetines mojados dejaron un rastro de pisadas húmedas, que se fueron encogiendo tras de él, como si el viento estuviera cubriendo sus huellas.

Michael había conocido primero a Josh, la misma noche en que se había mudado a South Hill Drive, hacía siete meses. Michael jamás había pensado que volvería a vivir en Londres. Pero cuando su mujer, Caroline, no había vuelto de lo que debería haber sido un trabajo de dos semanas en Pakistán, él había decidido vender la casa de campo que tenían en Gales y volver a la capital.

Coed-y-Bryn era una antigua hacienda galesa estilo Dartmoor, un caserío de techos bajos con establo incorporado construido en una colina aislada de las afueras de Chepstow. El edificio más cercano era una capilla rural que únicamente se usaba para bodas y funerales. Las vistas desde sus ventanas eran todo bosque y cielo. Sus amigos le dijeron a Michael que aquel no era un buen lugar para estar solo. Ahora que no estaba Caroline, le dijeron, necesitaba gente y distracciones. Al final, uno de los compañeros del trabajo de ella, Peter, le ofreció un piso de alquiler en un bloque de los años cincuenta con vistas a Hampstead Heath. Cuando Peter le mandó los detalles, Michael se pasó días sin abrir el correo electrónico. Una noche, sin embargo, después de otro largo día a solas, descorchó una botella de tinto y se sentó con el portátil junto al fuego. Abrió el navegador, hizo clic en el mensaje de Peter y miró los archivos adjuntos.

La primera fotografía mostraba un par de ventanales que enmarcaban los árboles y las ondulaciones del Heath. Con un viento de otoño golpeando la parte de atrás de la casa y el fuego crepitando a su lado, Michael examinó el resto de las imágenes: una ancha calle de hileras de casas georgianas,

interrumpidas de vez en cuando por bloques modernos; dos dormitorios sin apenas mobiliario; una sala de estar con la moqueta gastada y llena de manchas; una cocina anticuada y sin mesa en tonos magnolia y pino.

Era un piso con muchas vidas. Mucha gente había mirado por aquellas ventanas y se había acostado en aquellas camas. Ahora que Caroline no estaba, Michael tenía que empezar otra vez. De forma que respondió a Peter y le dijo que sí. En parte porque el piso parecía más una estrategia para ganar tiempo que un nuevo inicio. Pero también porque sabía que Peter solo estaba haciendo lo que le había pedido Caroline. Intentar cuidar de su marido y ayudarle. Michael confiaba en que, en cuanto él se hubiera instalado en Londres, Peter empezaría a desempeñar aquella tarea con menos diligencia. Confiaba en que, una vez él estuviera alojado, su amigo pensara que ya podía dejarlo en paz.

Cuando Michael y Caroline se mudaron de Londres a Gales, habían alquilado el camión más grande de la compañía de mudanzas para que llevara la suma de sus posesiones a Coed-y-Bryn. Los dos habían llevado vidas independientes y la mayor parte del tiempo sin pareja hasta la treintena, y aunque ninguno de los dos había echado raíces durante mucho tiempo, eran más dados a acumular cosas que a deshacerse de ellas. Michael tenía sus libros y pertenencias desperdigados por guardamuebles y habitaciones libres de amigos a ambos lados del Atlántico mientras que los detritos de sus años de adolescencia seguían en el desván de la casa de sus difuntos padres, en Cornualles. Caroline, a pesar de su estilo de vida nómada, había desarrollado una atracción de urraca por los artefactos, los zapatos y los muebles. Entre los dos, a lo largo de una década de distintos apartamentos y pisos, habían acumulado suficientes pertenencias para llenar una casa el doble de grande que la hacienda de Gales.

Los domicilios que había tenido Caroline antes de Coed-y-Bryn formaban

un mapa de las regiones que había cubierto en calidad de corresponsal extranjera para una cadena de televisión por satélite norteamericana. Tras licenciarse de la universidad, había tenido casas en varios continentes. A menudo no eran más que sitios de paso. Una serie de estudios, pisos de empresa y habitaciones en casas compartidas de Ciudad del Cabo, Nairobi, Sydney, Berlín y Beirut. En 2001, antes de cumplir los treinta, ya la habían destinado para acompañar a una división uzbeka de la Alianza Norte en plena campaña militar hacia Kabul. En 2003 había celebrado su trigésimo cumpleaños con una botella de Jack Daniels y un marine norteamericano en la parte de atrás de un vehículo blindado en las afueras de Bagdad. Hasta conocer a Michael, su vida había sido una sucesión de emociones erráticas. Los aeropuertos la relajaban, como si el tránsito fuera su dominio natural. Las llegadas y las salidas eran los recuerdos más fuertes que enmarcaban los capítulos de su vida. Para Caroline, entregarse al ritmo de los acontecimientos constituía una especie de libertad. Que la mandaran a hacer un artículo sin apenas avisarla con antelación; no poder decidir en absoluto adónde iba ni cuándo. Y además le resultaba una experiencia familiar. Había nacido en Ciudad del Cabo, se había criado en Melbourne y había ido a la universidad en Boston. Siempre había sido la recién llegada, la que venía de fuera, la que dejaba sus pertenencias en un almacén entre mudanza y mudanza.

Mientras se amoldaba a su trabajo de corresponsal, entre los veinte y los treinta, empezó a enorgullecerse de su capacidad para la asimilación, de su desapego del apego. Cuando hacía una conexión aérea en Amsterdam, su piel bronceada hablaba de desiertos rocosos, zocos y bazares. En los clubes y en los bares, los hombres notaban su transitoriedad como si fueran feromonas. Pronto se habría marchado. Eso era lo que intentaba comunicar con aquella mirada directa que se las apañaba para darle presencia a su cuerpo menudo. Casi nunca llevaba maquillaje y a menudo no tenía el pelo rubio tan bien

lavado como las demás mujeres que había apostadas en el bar del hotel. A veces, si acababa de aterrizar, todavía le quedaba en la ropa un tenue aroma a sudor rancio.

Pero seguían viniendo a ella. Hombres que trabajaban en oficinas, con unos cuerpos que seguían moldeados por los trajes aun cuando ya no los llevaban. En los cafés, en los pubs abarrotados, a veces incluso en la calle, venían a ella, reconocían su brevedad, como si ella fuera un cometa que ellos sabían que solo iba a atravesar su noche una vez en toda la vida.

Ella presenció las consecuencias del horror. Vio lo que los seres humanos eran capaces de hacerse los unos a los otros. Perdió amigos. En Bosnia, Afganistán, Líbano, Sri Lanka, Irak. Una noche, en Kabul, se encontró en el sofá de su casa el cadáver sin ojos y sin lengua de su intérprete. Se quedó destrozada, y su familia preocupada por ella. Pero para Caroline aquellas muertes, por mucho que las sintiera, eran un rito de paso más. Ellas y el dolor que dejaban tras de sí eran el precio de la vida. Se las tomaba con filosofía, igual que todas sus demás partidas y amistades perdidas.

No siempre era feliz. A medida que se adentraba en la treintena reconoció que se estaba volviendo una persona efímera; que todo lo que fuera profundo —en el tiempo o en las relaciones— tenía tendencia a sacarla de quicio. Pero estaba cómoda. Tenía la sensación de que la vida era un instrumento, y que el truco era encontrar la melodía que sabías tocar. En este sentido, se consideraba afortunada. Había encontrado su melodía pronto y la estaba tocando bien.

Y luego un día se despertó sola en una habitación de hotel de Dubai y se sintió distinta. Como si la misma cadena de experiencias que le había enseñado el precio de la vida le hubiera revelado finalmente aquella mañana también su valor. Fue una lección por omisión. No se la estaba impartiendo lo que hacía, sino lo que no sabía. Su tía había muerto la semana antes y ella no

había viajado a Australia para el funeral. Su madre le había dicho que no pasaba nada, que todo el mundo lo entendería. Caroline nunca estaría segura de si aquella llamada telefónica había sido el catalizador. Por entonces habría dicho que no. Pero fuera cual fuera el impulso, de pronto quiso que aquello parara, quiso tocar una melodía distinta. Quiso despertarse y saber dónde estaba sin tener que pensarlo. Quiso que alguien la quisiera, la echara de menos y la necesitara, no solo que la entendieran.

A su vuelta de Dubai a Beirut, Caroline solicitó que la trasladaran a la oficina de Londres. Londres estaba en las antípodas de Melbourne, que era donde vivía su familia, pero ella no quería ir a casa. Ni tampoco a Norteamérica. Quería algo más antiguo que aquellos dos sitios, así que eligió Londres. Todos los conocidos que tenía desperdigados por el mundo — cámaras, fotoperiodistas, editores, reporteros— pasaban por allí en algún momento de sus viajes. Y allí, en el umbral mismo de Londres, estaba también el resto de Europa; como plan B, como colchón para cuando surgiera en ella el impulso (y sabía que surgiría) de volver a marcharse y llegar a otro lugar.

En contraste con los movimientos de Caroline por todo el planeta, todas las direcciones que había tenido Michael, salvo su hogar de infancia y un apartamento en Manhattan, habían estado en Londres. Se había marchado de Cornualles para estudiar en la capital y se había quedado en ella tras licenciarse, ocupando un puesto de becario en el *Evening Standard*. Durante los siguientes cinco años, trabajando de periodista —artículos en el diario, reseñas, piezas de actualidad y comentarios—, Michael no había parado de escribir cosas cada vez más largas ni de cobrar más, hasta que, a poco de cumplir los treinta, y temeroso del anquilosamiento que había detectado en algunos de sus compañeros mayores, se había marchado del *Standard* y se había ido a Manhattan. Había llegado a la ciudad con visado de periodista y una lista de directores de medios británicos que habían aceptado usarlo de

corresponsal y alimentar los apetitos que tenían sus publicaciones de todo lo que fuera neoyorquino. Y a eso exactamente se dedicó Michael. Pero no se había mudado a Norteamérica para seguir la misma senda trazada en Gran Bretaña. Si había cubierto tanta distancia de Londres a Nueva York era para intentar otro viaje: de ser periodista, que era lo que se había considerado desde la universidad, a ser escritor.

El primer libro de Michael, *Hermanos de barrio*, contaba la historia de Nico y Raoul, dos hermanos dominicanos de Inwood. El libro era un retrato íntimo de sus vidas y su mundo, una crónica de ambiciones frustradas y fracaso. Para Michael, también era la consecuencia de otro fracaso. Durante su primer año en Norteamérica, mientras escribía crónicas de fiestas, reportajes descriptivos sobre la Super Bowl y textos de viajes sobre los pintores del valle del Hudson, Michael había albergado la ambición de ser novelista. Pero la narrativa no paraba de resistírsele. Por razones que no entendía, daba igual cuántas horas se pasara sentado a su escritorio, o en cuántos cafés tomara apuntes, su imaginación seguía dejándolo tirado en la frontera de lo inventado. La prosa de los autores que admiraba —Salter, Balzac, Fitzgerald, Atwood— le resultaba inalcanzable. Podía registrar su efecto cuando la leía, veía cómo funcionaban sus novelas y relatos y cómo sus partes móviles encajaban entre sí. Pero igual que el ingeniero que sabe desmontar con habilidad un motor de avión pero es incapaz de pilotarlo, sus palabras se negaban testarudamente a levantar el vuelo de la página.

Michael estaba convencido de que Nueva York desencallaría la novela que no había conseguido escribir en Londres. Los destellos de magnesio del Hudson por las mañanas; los ríos de luces traseras de coches en la avenida Lexington con la calle Tercera; la escala de la ciudad, simultáneamente íntima y grandiosa. Manhattan en sí ya le parecía una novela, como si lo único que tuviera que hacer fuera escribir al dictado de sus calles. Pero se equivocaba, y

fue por eso por lo que a mediados de su segundo año de vivir en la ciudad, y como resultado de su fracaso en el terreno de la ficción, empezó a injertar el gusto por la narrativa en su periodismo.

Comenzó por su propio umbral, contando la historia de Ali, el propietario armenio del supermercado de la esquina de su calle, desde que fregaba la acera a primera hora de la mañana hasta que les servía condones y chicles a medianoche a las modelos enfarlopadas del Soho. El *Atlantic* no solo le aceptó aquel artículo, sino que el director le encargó otro. De forma que Michael desplazó su atención a la acera de enfrente y a Marilia, la mujer negra con seis hijos que llevaba veinte años haciendo de voluntaria en el paso peatonal de la escuela todas las mañanas y todas las tardes. A través de Marilia consiguió también acceso a la escuela, donde encontró a su siguiente asunto en el atribulado director, a quien se dedicó a seguir mientras hacía malabarismos con los horarios, los recortes de plantilla, la detección de armas y las exigencias de las familias urbanas.

Mientras investigaba para aquellos primeros relatos, Michael descubrió que el hecho de ser inglés le abría puertas. No de instituciones, pero sí de la gente. Todas las personas a las que retrataba daban por sentada su integridad, algo que él atribuía a que debían de relacionarle con la BBC y las películas de Merchant y Ivory. Combinada con sus modales naturales —una paciencia tranquila mezclada con una curiosidad apremiante—, esa presunción cultural permitió a Michael intimar deprisa con esas personas. La gente a la que entrevistaba confiaba en él y a cambio él se tomaba su confianza en serio, escuchando, grabando y tomando notas mientras ellos hablaban; haciendo lo posible por ver la ciudad a través de sus ojos y sentirla a través de su piel.

Con cada historia que le encargaban, desde el millonario de Central Park hasta el tipo que dormía al raso en el Bronx, Michael usaba la técnica de la inmersión. Su estrategia inicial se basaba en el tiempo, en la voluntad de

dedicarlo, de estar presente y observar hasta el más mundano de los acontecimientos, hasta que, a pesar de su estatura y su acento, le gente empezara a olvidar su presencia. Comenzó a cortar puñados de tarjetas blancas en forma de tiras lo bastante finas como para caberle en el bolsillo interior de la chaqueta. Aquellas tiras, descubrió, entorpecían menos su trabajo que llevar un cuaderno, y también resultaban menos amenazadoras, como si lo que escribiera en ellas no estuviera siendo registrado sino meramente garabateado y, como pasa con todos los papeles, no fuera a durar mucho.

Cuando, después de varios meses de investigar así, Michael creía que ya había visto y oído suficiente —y siempre era una sensación más que un convencimiento, algo que se percibía con el rabillo del ojo—, se marchaba de las vidas de sus entrevistados tan de repente como había aparecido. Se llevaba sus historias al escritorio de su apartamento del Soho y allí se sumergía en ellas otra vez, pero esta vez cogiendo prestado un estilo novelesco para desaparecer no solo de las vidas de esas personas, sino también de los párrafos que escribía sobre ellas. Aunque había estado a su lado durante los acontecimientos que él describía —cuando el inspector de sanidad había visto la rata, cuando el chaval había atacado al profesor de matemáticas, cuando se había sacrificado al perro del millonario—, en el relato final que se publicaba nunca aparecía Michael. Solo quedaban los personajes, viviendo sus vidas en tercera persona por las jornadas de la ciudad como si estuvieran en las páginas de una novela.

Su estilo se convirtió en la antítesis del periodismo gonzo; una erradicación del escritor de la escritura. Un acto de desaparición por saturación que se originaba en la inmersión que constituía su investigación pero no se encontraba con las trabas de la experiencia directa. Así pues, aunque él no hubiera estado presente, Michael seguía describiendo cómo Ali se despertaba

en la cama, cómo Marilia cantaba en la ducha o cómo el millonario cogía su café en una reunión matinal celebrada en Brasil. Aquellos momentos, aunque Michael no los hubiera visto, estaban escritos a partir de lo que él había aprendido sobre esas personas en otros momentos y otros lugares; no solo de lo que él sabía que había sucedido, sino de lo que él sabía que podría suceder. Y esa era su aspiración con aquellos primeros relatos de Nueva York: aprender a usar las libertades de la descripción narrativa para conseguir que las historias reales que escribía fueran todavía más reales.

Para cuando Michael conoció a Nico y a Raoul ya había empezado a buscar un asunto con el que pudiera alargar su escritura de las páginas de una revista a las páginas de un libro. Su deseo de ser escritor no había remitido al renunciar a escribir una novela. Ahora que tenía en su haber un puñado de relatos publicados y bien recibidos, y que su inmersión le había permitido retratar a todo un reparto de personajes, estaba listo para volver a intentarlo.

Fue un policía quien puso a Michael en contacto con Nico y Raoul. El policía y él empezaron a charlar delante de la salida del metro de Broadway con la 201, con un par de cafés para llevar humeando en las manos. Era febrero y la calle todavía estaba bordeada de bancos de nieve sucia. Una luz invernal plana caía sobre los escaparates de las tiendas. Los hombres y las mujeres hacían su trayecto diario al trabajo con abrigos acolchados, guantes y gorros pensados para ir a la montaña.

Michael había ido aquella mañana hasta Inwood Hill Park para ver el lugar donde los comerciantes holandeses habían comprado Manhattan, donde le habían canjeado la isla a los indios Lenape por una bolsa de baratijas por valor de 24 dólares. Hacía muy poco que conocía la zona que había al norte de Washington Heights, pero su crudeza ya le había empezado a excitar. El panorama de calles que había descubierto allí, en las manzanas que salían de Inwood, Dykeman y Broadway, parecía más diverso que a cien manzanas al

sur; tenía una naturaleza más explícitamente inmigrante. Los hombres dominicanos jugaban al dominó delante del O'Gradys, el Gael Bar y el Old Brigade Pub, que todavía tenían tréboles y banderas del IRA pintadas en las paredes. De los Yukon de ventanillas entintadas que se paraban en los semáforos salía reguetón a todo trapo. Las drag queens puertorriqueñas bebían cócteles en los clubes de salsa y los jóvenes matones con camiseta hasta las rodillas les dirigían piropos desde las esquinas. Más allá, en el parque en sí, los grupos de delgaduchos niños negros esprintaban entre los aros de las pistas de baloncesto, mientras que los abuelos italianos se dedicaban a ver partidos de béisbol infantil y del campo de más abajo llegaba el ruido hueco de los chutes cortos de un partido de fútbol entre mexicanos.

Al norte, por encima de la calle Doscientos, mientras deambulaba por las calles, Michael había sentido que casi podía tocar con los dedos el deseo original de Manhattan. Que allí todavía se podía sentir en el aire el impulso que había movido a aquellos comerciantes holandeses, y —a diferencia de otras partes de la ciudad situadas más al sur, donde el dinero había diluido los orígenes— todavía se podía ver la historia del combustible inmigrante de la isla. Todas las comunidades que encontraba allí —la dominicana, la mexicana, la irlandesa y la africana— le parecían anillos de un árbol, marcas de agua étnicas del crecimiento y los cambios de la isla.

Michael se había puesto a hablar con el policía frente a un tenderete de café que había en el borde del parque. Mientras removían sus azucarillos, le preguntó si había visto cambiar mucho el barrio. El policía se rió, negando con la cabeza.

—No me hables —le dijo—. No te lo creerías. Esto nunca para de cambiar.

Siguieron hablando mientras paseaban de vuelta al puesto del policía, en la salida del metro, y Michael le preguntó si había muchos problemas en la zona. El policía se encogió de hombros.

—Algo hay —dijo—. Sobre todo drogas y violencia doméstica.

Luego, soplando su café y pisoteando el suelo para entrar en calor, se puso a hablarle a Michael de una «pareja de sinvergüenzas», dos hermanos dominicanos que se habían recorrido Arden de cabo a rabo a las cuatro de la madrugada rompiendo la ventanilla del conductor de todos los coches. Habían dejado la calle inundada de sirenas de alarma y de hombres sin camisa gritando a la acera desde los altos bloques de apartamentos en los que ahora se proyectaban las luces giratorias de los coches.

Mientras Michael oía al policía describir aquella escena, supo de inmediato que quería conocer a aquellos chicos; descubrir quiénes eran y por qué habían cometido un gesto de vandalismo tan espectacular. Ya presentía el paisaje enorme que se abriría detrás de aquel acto, los relatos que emanarían de ambos lados del momento. Le preguntó al policía si le podía dar las señas de aquellos chicos. El policía enarcó las cejas y sorbió aire a través de los dientes. Era un latino de cara ancha y bigote poblado. Michael se sacó de la cartera un billete de cincuenta y lo dobló dos veces. El policía se lo quedó mirando un momento y por fin lo cogió, encogiéndose una vez más de hombros mientras se lo guardaba en el bolsillo, como diciendo que quién era él para cambiar el orden de las cosas. A la mañana siguiente, en el despacho del asistente social de los chicos, Michael se encontró cara a cara por primera vez con las miradas desconfiadas de Nico y Raoul.

Durante los tres años siguientes, a veces hasta cuatro veces por semana, Michael estuvo cogiendo la línea A del metro en dirección norte y sumergiéndose en las vidas de los hermanos. Empezó a quedarse en el barrio varios días seguidos, en una casa de huéspedes que daba a las laderas arboladas del parque. Desde su dormitorio del piso de arriba presencié cómo tres otoños consecutivos barnizaban sus árboles, entre los cuales habían construido sus viviendas en las cuevas los indios lenape, los moradores

originales de la isla. Después de un año de estar alojándolo de forma regular, el propietario le dio a Michael un lugar para escribir, una vieja mesa de pino llena de muescas y cortes dejados por un cuchillo de cocina. Mientras escribía sus notas en aquella habitación a lo largo de aquellos tres otoños, Michael pudo ver cómo echaban raíces en la zona los primeros indicios de la gentrificación. Los tenderetes de los mercados temporales de los domingos dieron paso a librerías de segunda mano y cafeterías permanentes. Las oficinas inmobiliarias ocuparon los locales de las lavanderías y los zapateros. Empezaron a aparecer parejas jóvenes y blancas que pintaban las fachadas de los edificios condenados. Los colores vivos de los cochecitos y los portabebés empezaron a salpicar los caminos del parque en las tardes de entre semana.

Al principio, el hecho de que Michael no supiera nada de la vida que llevaban los hermanos en las calles y manzanas del oeste del parque jugó a su favor. Era una rareza: un inglés alto con peinado pijo y el típico acento de las comedias de situación británicas. Resultaba útil para pedirle favores al asistente social o gorrearle dinero. A veces lo trataban como a un niño, ansioso por aprender y recopilar lo que ellos sabían. Pero gradualmente, a medida que pasaban primero los meses y después los años, empezaron a girarse las tornas del conocimiento. Gracias a lo aprendido en sus relatos para la revista, Michael se había vuelto experto en encajarse en las vidas ajenas. Nunca pasaba exactamente desapercibido, pero sí conseguía que se acostumbraran más o menos a él. Entre los amigos de Nico y Raoul empezó a calar cierto aprecio por su obstinación, unido al hecho de que al menos estaba dispuesto a escuchar, al menos intentaba ver las cosas desde el punto de vista de ellos. En aquella pecera que era la vida callejera de Inwood, incluso empezaron a buscarlo para pedirle consejo o confiarle secretos. Cuando la novia de Nico se quedó embarazada, Michael se enteró antes que él. Cuando

Raúl se puso a vender para un camello rival, le hizo jurar a Michael que no se lo contaría a su hermano. La policía lo presionaba para que les informara, mientras que el volumen cada vez mayor de lo que sabía empezaba a poner nerviosos a algunos de los chicos mayores. No pasaba nada mientras Michael estuviera en la inopia, pero si empezaba a saber demasiado la cosa cambiaba.

La línea A del metro que subía desde el Soho hasta Inwood seguía la ruta de un camino de caza de los lenape que había recorrido de norte a sur los bosques y colinas de Manhattan. Una mañana, como si hubiera adivinado que las visitas de Michael recreaban el propósito original de aquella ruta, Nico le echó en cara lo que estaba haciendo. Estaban en casa de la tía de los hermanos, un apartamento de una habitación en un piso alto de los bloques de protección oficial de la Décima Avenida.

—El tronco está de caza, bro, en serio —dijo Nico desde el sofá, hablando con Raoul pero sosteniéndole la mirada a Michael—. ¿Verdá que sí, Mikey? —siguió, tirándole un mondadientes—. Es un puto buitre. ¿A que sí? Mirando lo desgraciaos que somos pa' ver qué saca.

En aquel momento Michael se rió, pero durante unos segundos sintió que la atmósfera se enrarecía entre ellos. No tanto por el tono de amenaza de Nico, sino porque todos sabían, conscientemente o no, que lo que había dicho era verdad.

Cinco años después de conocer a Nico y Raoul en la oficina de su asistente social, Michael publicó *Hermanos de barrio*. Él había confiado en que el libro ayudara a los hermanos, pero no fue así. La HBO compró los derechos de sus biografías por veinticinco mil dólares por cabeza. Dijeron que querían hacer una serie. Que querían usar sus personajes para crear una franquicia de larga duración. Ediciones en DVD, anuncios en los costados de los autobuses urbanos. Pero no pasó nada de todo aquello. Durante un breve periodo los dos disfrutaron de la fama que les acababa de caer encima. Pero al final la

atención mediática y el dinero no solo no extinguieron sus problemas sino que los avivaron. Mientras el libro se convertía en la novedad literaria de moda en Manhattan, Nico, su personaje central, ingresó en una cárcel en el norte del estado por posesión ilegal de arma de fuego. Raoul, que tenía problemas con un camello y ahora además no contaba con su hermano para protegerle, se mudó a un apartamento de un solo dormitorio que tenía un primo suyo en Pensilvania. Al mismo tiempo que ellos se marchaban de la ciudad, los lectores de Manhattan estaban empezando a conocerlos. En los trenes del metro, en los bancos del parque o debajo de los edredones y a la luz de las mesillas de noche. Por todo Nueva York y más allá —en Vermont, en San Francisco y por todo el país—, los estudiantes universitarios sentados en los céspedes de sus campus, los pasajeros de los trenes de camino al trabajo y las parejas de mediana edad en sus sofás se embarcaban en las pequeñas tragedias de las vidas de los dos hermanos.

En las semanas siguientes a la publicación, Michael recibió peticiones de entrevistas y de apariciones en tertulias de la televisión. El *New York Times*, que antaño publicaba sus textos, ahora publicó un perfil sobre él. Durante la investigación del libro y su escritura, había abandonado su vida personal. Aunque había empezado un par de relaciones, ninguna de ellas había soportado la intensidad de su investigación, ni tampoco su existencia dividida entre ambos extremos de la isla. Su mente había estado cada vez más volcada en los hermanos y luego en la escritura del libro, en sus vidas en las páginas de este. Se había pasado cinco años no solo viviendo en compañía de Nico y de Raoul, sino también a través de ellos, con su vida convertida en un mero dispositivo de rutina y observación. Ahora, en cambio, una vez publicado el libro, parecía que las mujeres volvían a estar de repente a su alcance. Tenía treinta y cinco años, era soltero y estaba ungido por su éxito en Nueva York. Empezó a salir con su publicista. Después estuvo con una periodista

dominicana. Ella le había hecho una entrevista desafiante, incluso agresiva. Pero después lo había invitado a cenar y no habían tardado en convertirse en pareja. Al terminarse aquella relación, y en las semanas posteriores a una conferencia que había dado en Columbia, Michael se volvió a casa no con una, sino con dos de las estudiantes que habían estado entre el público.

Era consciente de los clichés que estaba viviendo y de lo predecible que resultaba. Sin embargo, se dijo a sí mismo, no hacía daño a nadie, ¿y acaso no se había ganado aquello después de cinco años de cruzar la isla de punta a punta con la línea A del metro y luego sentarse a solas a su escritorio? Pero, por encima de todo, Michael sabía que aquella situación no podía durar, y era por eso por lo que se había entregado con tantas ganas a aquel presente inverosímil, esperando a medias todos los días el momento de despertar y encontrarse con que ya se había transformado en su pasado.

Para Nico y Raoul, *Hermanos de barrio* y su autor se convirtieron en una decepción más en sus vidas, en la confirmación de que el mundo, tal como siempre habían sospechado, estaba en contra de ellos. Michael intentó mantenerse en contacto con los dos chicos, pero tras publicarse el libro sus trayectorias ya de por sí divergentes se alejaron todavía más deprisa. Mientras Nico cumplía su condena en el norte del estado y Raoul aguantaba su exilio autoimpuesto en Pensilvania, a Michael su editor lo mandó de gira. A lo largo de una serie de actos por todo el país, y a pesar de la incomodidad que le producía inicialmente hablar en público, Michael empezó a elaborar a un personaje para aquellas ocasiones, una versión de sí mismo provista de un humor seco y reservado que tanto periodistas como publicistas calificaban de «británico». Sobre los temas subyacentes del libro, sin embargo, siempre hablaba con seriedad. El título, les explicó primero a los reducidos públicos de Ohio y Carolina y luego a los auditorios llenos de Los Ángeles y de Austin, se refería a todos nosotros. No solo a Nico y a Raoul y a los territorios por los

que luchaban ellos y sus contemporáneos, sino también a los vecindarios abarrotados de Manhattan, de América y del mundo. Mirad a vuestro alrededor, les decía. Las historias de esta gente están pasando delante de vuestras narices. Y su historia es la nuestra. No hay hombre, mujer o niño que sea una isla. Sí, el libro trataba de dos jóvenes dominicanos de Inwood, pero también, a través de ellos, trataba de todos nosotros, de nuestra capacidad para vivir tan cerca y al mismo tiempo tan lejos los unos de los otros.

Los miembros del público asentían con la cabeza, aplaudían y al terminar le pedían a Michael que les firmara su libro en la portada. Al publicarse la edición de bolsillo donó un porcentaje de sus royalties a varios proyectos educativos de Inwood y Washington Heights. Pero, aun así, cada vez que pronunciaba la frase aquella de los barrios y de vivir muy cerca y a la vez muy lejos, era consciente de estar alejándose cada vez más de los hermanos que le habían prestado su vida. Mientras él cruzaba el país en su gira, del hotel al aeropuerto y a la universidad, también Nico y Raoul se desplazaban. Nico de la celda al comedor, al patio de hacer ejercicio y de regreso a la celda. Raoul del apartamento de una habitación de su primo en Pensilvania a otro en Albany, a continuación a la habitación de una chica que había conocido y después al sofá de un amigo. Al cabo de unos meses, ya era como si los años que Michael había vivido con los hermanos no hubieran existido, desmantelados por la publicación de la crónica de aquel tiempo compartido.

La última vez que Michael oyó la voz de Nico fue en una llamada a cobro revertido desde su correccional del norte del estado. Michael había decidido volver por fin a Londres. Su madre, que se había quedado viuda hacía tres años, estaba enferma. *Hermanos de barrio* se iba a publicar en Gran Bretaña. Ya era hora de dejar Nueva York. Le preocupaba el hecho de que, si se quedaba más tiempo, ya no se marcharía jamás. Aunque era la ciudad donde había encontrado su voz y su historia, si se quedaba allí tenía la sensación de

que perdería pie. Nueva York había sido un lugar de transición. Una vez realizada aquella transición, quería seguir adelante, lo cual, por alguna razón que no entendía, significaba volver atrás.

Cuando le sonó el teléfono, Michael estaba de rodillas entre las cajas de embalar y el plástico de burbujas que cubrían el suelo de su apartamento de la calle Sullivan. Aceptó la llamada, pero antes de que lo conectaran con Nico la pasó al contestador automático. Ya había hablado con Nico dos veces en lo que iba de semana y ya no aguantaba otra conversación forzada e incómoda. Y menos ahora que estaba preparándose para marcharse. De forma que se limitó a escuchar, plantado en su apartamento a medio vaciar, con la sirena de un camión de bomberos sonando sin parar en la Sexta Avenida, mientras la voz de un hombre que él había conocido llenaba su sala de estar.

—Eh, Mikey... —dijo Nico. Daba la sensación de estar perdido en un espacio grande. Su voz sonaba grave pero también carente de profundidad—. Soy yo, Nico. ¿Estás? Brother, soy Nico, coge el teléfono.

Michael oyó el ruido de una puerta metálica que se cerraba; el crujido y el habla poco clara del walkie de un guardia.

Nico se pasó un par de segundos respirando por el teléfono, de forma lenta y deliberada

—Bueno, pues... —dijo por fin—. ‘Ta luego, bro. Que vaya bien, ¿okey?

Y se cortó la comunicación. La luz de los mensajes se puso a parpadear. Michael se quedó mirando un momento cómo titilaba, por fin cogió con desgana las llaves de la mesa y salió del apartamento. Empujó las puertas del vestíbulo de abajo, cruzó la calle bajo la luz primaveral de aquella mañana y echó a andar hacia el norte en dirección a Washington Square. Las ventanas altas de los edificios reflejaban el sol y le mandaban destellos de refilón. Mientras cruzaba la calle Prince, una brisa fresca le trajo por la calle un aroma a canela y bagels. Michael apretó el paso para seguirlo, como si

estuviera intentando dejar atrás el recuerdo de Nico que lo perseguía, o bien descubrir alguna clase de promesa en la dulzura que tenía delante.

Se conocieron apenas tres semanas después de que Caroline se mudara a Londres. Un amigo común hacía un pase de su película en el Frontline de Paddington, un club social para corresponsales, periodistas y cineastas. Mientras el documental se proyectaba en una sala a oscuras del piso de arriba, con la lluvia de primavera crepitando en los cristales de las ventanas, en la pantalla iban apareciendo imágenes de Harare, Bulawayo y el altiplano de Zimbabue. La película trataba de la operación Murambatsvina («tirar la basura») de Mugabe, una demolición forzosa de viviendas de los barrios pobres que había dejado a setecientos mil zimbabuenses sin hogar en pleno invierno. Caroline observó cómo una abuela que llevaba un gorro rojo con borla, supervisada por policías, arreaba un mazazo a los bloques de hormigón desvencijados de su casa.

Había algo en la yuxtaposición de la lluvia contra las ventanas y la película que se estaba proyectando que ponía nerviosa a Caroline. El chaparrón contra los cristales, el chapoteo de los neumáticos en la calle y las siluetas de las acacias y los jacarandás con el sol meridional de fondo. Ella había vivido en Nairobi y en Ciudad del Cabo y había trabajado por toda África. Odiaba lo que estaba viendo en la pantalla, pero también era consciente de amarlo. Solo llevaba tres semanas en Londres y ya sentía el tirón de aquellas imágenes, un deseo umbilical de formar parte de ellas. Pero luego, a modo de reacción inmediata, sintió un impulso igualmente fuerte de resistirse a ellas. Fuera lo que fuera el catalizador de lo que había sentido aquella mañana en Dubai, su

residuo seguía haciendo de contrapeso dentro de ella; una fuerza instintiva que no entendía pero a la que se sentía obligada a atender.

Caroline divisó por primera vez a Michael sentado unas cuantas filas por delante de ella. A medida que avanzaba la película lo observó todo lo que pudo. Llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás y el cuello de la camisa torcido, con la etiqueta asomando. Cuando él se giró para decir algo a la persona que tenía sentada al lado, ella le vio un asomo de fractura en la nariz. Aquel detalle, pensó ella, le daba cierto interés más allá del hecho de ser guapo. Le sonaba de algo, pero no se acordó de qué hasta más tarde, cuando le vio la cara a la luz del bar: lo había visto en la contraportada de uno de los libros que había metido hacía tres semanas en su equipaje de mano.

Toda la gente que Caroline conocía en la proyección ya se había marchado, de forma que dio el último trago a su botella de cerveza y se acercó a Michael. Estaba hablando con un hombre mayor, un reportero canoso de modales abatidos que se había hecho un nombre escribiendo crónicas desde el frente en Vietnam. Caroline no esperó a que hicieran una pausa en su conversación.

—«Lo único que conocen son los datos —dijo mientras se encajaba entre ellos, dejando su botella vacía en la barra. Levantó la vista para mirar a Michael—. Pero ¿qué pasa con todo lo demás?» Qué buena frase —siguió, sosteniéndole la mirada—. Y además es verdad.

Michael contempló a la mujer que lo acababa de interrumpir. Al principio ignoraba por completo de qué estaba hablando. Cuando cayó en la cuenta, no supo si ella se lo estaba diciendo en serio o burlándose. Ella le estaba sonriendo, pero en su sonrisa no se podía descifrar nada.

—Gracias —le dijo—. Pero no es mía. Yo me limité a apuntarla.

Ella echó un vistazo al resto del bar.

—Pues como todos —le dijo—. ¿Te crees que aquí alguien ha contado alguna vez algo propio? Y además, ¿no es eso justamente lo que importa?

Michael echó un vistazo a su amigo.

—¿Te parece verdad eso, Bill?

Pero Bill ya se había dado la vuelta y estaba hablando con otra persona.

—Caroline —le dijo ella, ofreciéndole la mano.

—Michael —contestó él.

Ella tenía la mano pequeña pero el apretón firme. Mientras se subía al taburete que Bill acababa de abandonar, Michael se fijó en lo delgados que tenía los muslos. Llevaba vaqueros, botas de motorista y un jersey que le venía grande. El cuello del jersey era holgado y le dejaba un hombro al descubierto. Michael le notó un ardor en la piel bronceada. Cuando ella volvió a mirarlo, él vio que sus ojos castaños tenían motas doradas. Unas semanas después, estando juntos en la cama, Michael calificaría aquellos ojos de «oro de tontos», un cebo para los hombres como él. Pero de momento se limitó a devolverle la mirada directa.

—Me ha gustado mucho —dijo Caroline—. La frase. Y también el resto del libro.

—¿Eres escritora? —le preguntó él.

—No —dijo ella.

Volvió a escrutar la barra, como si estuviera analizando a los presentes. Michael esperó a que ella dijera algo más, pero no lo hizo.

—¿Quieres ir a comer algo? —le dijo ella, girándose para mirarlo otra vez—. Esto está tan lleno de machitos que no se oye nada.

Él no pudo ubicar su acento. Sus palabras empezaban en Europa pero a media frase emigraban a África como si fueran golondrinas.

Michael se rió, y al oírlo reírse Caroline pensó que quería acostarse con aquel tipo cuyo libro había leído a medias en un avión y al que ahora acababa de encontrarse en un bar de Londres.

Una mujer que estaba detrás de ellos levantó la voz para hacerse oír por

encima de un hombre calvo que estaba negando con la cabeza.

—Pero ¡si eso no es nada! —dijo la mujer, gesticulando con una copa de vino a medio llenar—. O sea, ¿has estado en Somalia?

—¡Dios bendito! —dijo Caroline, apartándose de ella.

Mientras se apartaba, oyó que Michael le decía al oído:

—Aquí hasta las mujeres van de machitos.

Y fue entonces, según le contaría una mañana a la hora del desayuno un mes después de que se casaran, cuando Caroline estuvo segura.



Encontraron resguardo de la lluvia en un restaurante libanés cercano al metro, donde pidieron cena pero lo dejaron casi todo en el plato. Lo que hicieron fue emborracharse con dos botellas de vino rosado del valle de la Becá, donde, según Caroline le contó a Michael, una vez se había pasado una semana intentando filmar a los plantadores de hachís durante la guerra civil.

Para cuando se marcharon, ya se oía en la cocina al personal de la limpieza y los camareros estaban poniendo las sillas del revés sobre las mesas. Fuera había parado de llover. Mientras caminaban hasta el metro, la acera mojada reflejaba los letreros de neón de la calle. Caroline le rodeó la cintura con la mano y le metió las yemas de los dedos por dentro del vaquero. Él le pasó el brazo por los hombros y ella respondió apoyándole la cabeza en el pecho. Caminaron unos cuantos pasos así, en silencio. De pronto Caroline sintió que Michael respiraba hondo junto a su mejilla y supo lo que se avecinaba. Él le dijo que tenía novia. Que se había quedado en Nueva York porque era allí donde tenía su trabajo. Pero que habían decidido que lo iban a intentar. Que iban a intentar seguir juntos.

En cuanto Michael se oyó a sí mismo decirlo fue consciente de la mala pinta que tenía aquella situación. Caroline también reconoció los acordes familiares

de una relación agonizante. Aun así, escuchó cómo Michael se disculpaba y se justificaba, y solo se escabulló de debajo de su brazo cuando llegaron a la salida del metro y él dejó de hablar. Ella se apartó y levantó las manos para señalar burlescamente que se rendía.

—En ese caso, señor escritor —le dijo—, ya me cojo un taxi. —Giró sobre sus talones y se encaminó hasta el bordillo de la acera, levantando la mano para parar un taxi—. Gracias por la cena —le dijo levantando la voz por encima del hombro—. Me he divertido.

—Yo también —respondió Michael—. Escucha... —empezó a decir él, pero ella ya estaba demasiado lejos para oírlo, de puntillas y parando un taxi.

Michael se quedó mirando cómo Caroline entraba en el taxi. Con una mano en la portezuela, ella volvió a levantar la voz desde el otro lado de la acera:

—Avísame cuando se acabe.

A continuación cerró la portezuela y se inclinó hacia delante para darle su dirección al taxista.

Mientras el taxi se adentraba en el tráfico, ni Michael ni Caroline se despidieron con la mano, pero ninguno apartó la vista del otro. Durante todo el tiempo que pudieron, Caroline enmarcada en el retrovisor y Michael desde la acera, se quedaron mirándose mientras ella se convertía en un coche más en la calle y él en un simple hombre más en la acera, con su alta silueta recortándose sobre la entrada iluminada del metro.

En los meses después de que se conocieran, las amistades comunes de Michael y Caroline se mostraron a menudo de acuerdo en que lo que los había juntado era el momento más que nada. Casi ninguno pensaba que fueran compatibles y nadie mencionó nunca el amor. Sin embargo, fuera lo que fuese que había pasado aquella noche, por lo menos todos reconocían que era mutuo, y que el ambiente de su encuentro no había sido atolondrado ni desmadrado,

sino sorprendentemente tranquilo. Más como un regreso que como un inicio, un recuerdo que salía a la luz.

La vez siguiente que se vieron fue para cenar en Covent Garden. Caroline, a quien Michael había visto por última vez entrando en aquel taxi con vaqueros, botas y jersey, llegó al restaurante ataviada con un abrigo gris largo hasta el suelo por encima de un vestido ajustado negro y tacones altos. Se había alisado el pelo y llevaba maquillaje. Mientras dejaba el abrigo en el mostrador y caminaba hacia él, Michael vio que los demás comensales se la quedaban mirando al pasar. Se dio cuenta de que Caroline era una mujer capaz de provocar aquella reacción a diario si se lo proponía. Cuando se levantó para darle la bienvenida, advirtió que el hecho de que no se lo propusiera resultaba igual de excitante que su atractivo en sí. Mientras le apartaba la silla para que se sentara, Michael tuvo la sensación de haber ganado sin saberlo una competición de pretendientes que había durado años.

Por lo que respectaba a Caroline, ya había decidido que quería tener a Michael. No solo por todo lo demás que quería en su vida, ni porque se sintiera atraída por la sutileza de su humor y por su atractivo físico, dos rasgos que ahora le gustaban más que al principio, como si fueran un secreto que alguien le había confiado. Ya había encontrado aquellas cualidades en otras relaciones anteriores y había descubierto que al final no bastaban para captar su atención. Pero lo que no se había encontrado nunca era la calma de Michael; su capacidad para tomarse el mundo a la ligera sin parecer altivo ni frívolo. Ella no fue consciente de ello durante aquella cena, y tal vez no llegaría nunca a serlo durante su breve matrimonio, pero era una actitud que le venía más de su lugar de origen que de su carácter. Si alguna vez Caroline hubiera viajado a Cornualles y visitado los pueblos y aldeas de la costa donde Michael se había criado —Gorran Haven, Saint Mawes, Mevagissey—, habría conocido a más hombres de naturaleza parecida. Pescadores, granjeros,

tenderos. En todos ellos habría podido encontrar el mismo trato cauto pero fácil con el mundo, una visión de las cosas forjada a lo largo de muchas generaciones de familias costeras gracias a los intercambios con el mar. Se daba simplemente el caso de que, en vez de quedarse cerca del paisaje que le había dado forma, Michael se había marchado a Londres, donde aun así le quedaba una resonancia de aquellas costas. En años posteriores, Michael llegaría incluso a preguntarse si en realidad Caroline no se habría enamorado del mar de Cornualles. Como si lo que ella sentía que la completaba no fuera Michael sino el lugar del que venía, invisible para ella pero perceptible gracias a los ecos que había dejado en él.

Aquella noche se acostaron juntos por primera vez, en el piso de alquiler que Caroline tenía en Farringdon. Mientras ella lo exploraba con sus pequeñas manos por debajo de la camisa, Michael le bajó la cremallera del vestido y le desnudó los hombros. Tenía un cuerpo menudo y firme y una ropa interior sorprendentemente ordinaria. Ella, en cambio, no tenía nada de ordinaria. Michael se quedó a pasar la noche y ella lo despertó a la mañana siguiente usando otra vez las manos, guiándolo al interior de ella desde detrás mientras los dos seguían acostados y medio adormilados, con la luz del sol traspasando la sábana que ella había colgado para hacer de cortina.

Pasaron varias semanas antes de que su relación sexual se convirtiera en vehículo de algo más. Fue otra noche marcada por la lluvia. Michael ya le había dado a Caroline llaves del piso que tenía junto al puente de Hammersmith, pero aquel día tenía que quedarse a trabajar hasta tarde en la biblioteca, así que habían acordado que en vez de ir ella a su casa ya se verían a la mañana siguiente. Mientras Michael volvía a casa en bicicleta, estalló por fin una tormenta que llevaba amenazando todo el día. Para cuando llegó a su piso, Londres entero resplandecía bajo la lluvia y el diluvio taladraba el Támesis a ambos lados del puente. Metió la bicicleta en el vestíbulo, se quitó

el abrigo, los zapatos y los calcetines y entró en la cocina. Al entrar vio que parpadeaba la luz de los mensajes del teléfono. Casi nadie lo llamaba ya al teléfono fijo, de forma que pulsó el botón de play, esperando a medias oír que la voz de Nico lo había seguido desde el otro lado del Atlántico.

Pero no era Nico.

—Hola, Michael.

Su voz sonaba como si Caroline estuviera sentada en aquella misma cocina y acabara de levantar la cabeza de un libro para darle la bienvenida a casa. Él notó que ella estaba sonriendo.

—Adivina quién hay en el piso de arriba. ¿Quieres venir conmigo?

La encontró en el cuarto de baño, con un aroma de ámbar flotando en la atmósfera llena de vapor y varias velas encendidas y desplegadas alrededor del lavamanos. Estaba sentada en la bañera, cubriéndose los pechos con las rodillas como una niña tímida. Tenía los hombros y los brazos relucientes por el calor, y el espejo de la pared de encima era un óvalo de niebla.

Caroline miró cómo él se desvestía con una sonrisa minúscula jugueteándole en los labios. Al meterse en la bañera, a Michael se le puso la piel de gallina en los brazos y piernas. Se sumergió lentamente en el agua caliente. Ninguno de los dos dijo nada. Mientras él se hundía del todo, sumergiendo los hombros y la cabeza, ella se levantó un poco para dejarle sitio, revelando unos pechos que se elevaron relucientes por encima del agua. Cuando él emergió la atrajo hacia sí, haciendo unas olas chapoteantes que desbordaron la bañera. Y fue entonces cuando ella habló por fin:

—¿Por qué has tardado tanto? —le dijo, hablándole al cuello—. Esto es muy aburrido para una chica sola.

Después fueron dando tumbos hasta el dormitorio, envueltos en toallas a medio desenrollar y en los brazos y piernas del otro. Sus cuerpos mojados dejaron estampados de su abrazo sobre la colcha y las almohadas. Drogados

por la calidez del baño, se movían despacio, como si se acabaran de despertar. Caroline tenía el pelo húmedo, y al enrollárselo en los dedos Michael se lo notó tan tupido como si fuera terciopelo. Ella se dio la vuelta para que él la pudiera penetrar por detrás, y su espalda, caderas y culo adoptaron forma de violonchelo mientras se apoyaba sobre la base de las manos y presionaba contra él. Pero no solo quería sentirlo, sino también verlo, así que se separó de él, se dio la vuelta y se lo puso encima. La fricción de sus cuerpos liberó el perfume a ámbar de los aceites de baño que seguían teniendo en la piel. Michael se adentró con firmeza en ella, penetrándola gradualmente, más y más, hasta que ella lo tuvo todo dentro y él se corrió de forma repentina y poderosa.

Yacieron un momento en la estela del clímax de él, con todo el peso del cuerpo de Michael aplastándola contra la cama y sus corazones latiendo el uno contra el otro. A continuación, antes de que él empezara a apartarse de ella, Caroline puso a Michael tumbado boca arriba y se le sentó a horcajadas encima. Desde aquella posición, y mientras él le cogía los pechos con las manos ahuecadas, ella se lo quedó mirando con el pelo meciéndosele en torno a la cara, tapándole y revelándole de forma alternativa aquellos ojos de pirla que le sostenían la mirada. Meneando las caderas cada vez más deprisa, ella presionó contra el vientre firme de él. Acelerándose y empujando cada vez más fuerte, empezó a levantar la cabeza hasta que, enseñándole a Michael todo su esbelto cuello se corrió también, gimiendo por encima del retumbar de la lluvia en la ciudad del otro lado de la ventana.

Al despertar Michael a la mañana siguiente, ya no había más que un pensamiento único que se repetía en su mente, una voz que pertenecía al mismo tiempo a su pasado y a su futuro: «No quiero que esto se acabe». Pero el pensamiento iba acompañado de un miedo que no había experimentado en una forma tan pura desde la infancia. Era la inquietud de la felicidad: una

sensación que le crecía en el pecho, provocada por un placer tan palpable que por su naturaleza misma resultaba también insoportablemente frágil; tan fino que amenazaba con romperse y completamente efímero ante las certidumbres de la vida y la muerte.

Mientras Caroline se duchaba, también ella fue consciente de estar experimentando un cambio de percepción. Durante sus relaciones anteriores, su vida de soltera siempre había sido una tentación susurrante que ella tenía que mantener a raya. Ahora, en cambio, aquel susurro se había callado, y Caroline se dio cuenta de que hasta entonces solo se había querido a sí misma, pero ahora también quería a Michael. Mientras yacía encima de él la noche anterior, jadeando los dos como corredores de alta velocidad, y con el ruido de los coches lejanos llegándoles desde el puente, había sentido que algo sutil se concebía en su profundo interior. No una criatura, sino lo que podía pasar a continuación si ella lo permitía. Porque aquello ya no era cuestión de sexo, de sentirse deseada o de tener una nueva experiencia. Y eso mismo fue lo que le dijo a Michael aquella mañana mientras desayunaban. No era una cuestión de encaprichamiento ni de vencer la soledad. Era algo completamente distinto, pero, fuera lo que fuese, ella solo podía hablar de ello en términos de lo que no era, puesto que era algo que no había sentido hasta entonces. Sin embargo, le dijo mientras servía el café y se recogía un mechón de pelo por detrás de la oreja, lo que sí que sabía era que quería más.

La primavera siguiente contemplaron, con el brazo de Michael alrededor de los hombros de Caroline, cómo el camión de la empresa de mudanzas maniobraba para coger el camino que llevaba a Coed-y-Bryn. Mientras el camión se les acercaba pesadamente, bamboleándose por culpa de los baches, en sus retrovisores temblaban los tallos rotos de perifollo, como si los hubieran decorado expresamente para aquello, para la llegada a su hogar marital.

Durante la primera semana no salieron más que para ir a las tiendas o a los locales de comida para llevar del pueblo. A medida que iban abriendo las cajas y embalajes, los objetos de sus vidas anteriores empezaron a llenar las habitaciones de vigas bajas de Coed-y-Bryn. Lámparas de Nueva York, alfombras de Kabul, un juego de sillas de Berlín. Michael descubrió que Caroline era propietaria de dos guitarras y no sabía tocar ninguna. Entretanto él, para acallar las súplicas de ella, aceptó ponerse su uniforme de esgrima, que ella había encontrado y extraído con regocijo de una mochila mohosa. Las arrugas de la chaqueta se habían endurecido con el paso de los años, pero aún le iba bien, igual que los pantalones, que tenían unas manchas de óxido muy largas dejadas por los floretes que habían estado envolviendo. Caroline se puso la máscara igualmente oxidada, a continuación cogió una de sus espadas, que tenía la coquilla mellada y llena de arañazos, y se acercó a Michael con ella, dándole estocadas en los brazos y exclamando: «¡Defiéndete, defiéndete!».

Por las tardes, y a pesar de su inexperiencia, Caroline atacaba el jardín con entusiasmo, trabajando deprisa y caprichosamente. No sabía lo que hacía, pero no le importaba. Le dijo a Michael que quería sentir entre los dedos aquel giro en sus vidas, sentirlo en la tierra de su nuevo hogar y en la humedad que le traspasaba los vaqueros cuando se arrodillaba entre los matorrales y arbustos invadidos de zarzas.

Mientras las sombras de los atardeceres de mayo se alargaban sobre Caroline en el jardín, con una neblina de mosquitos enturbiando el aire por encima de ella, Michael seguía trabajando en la casa, desempaquetando y organizando el mobiliario de sus vidas de solteros. Por las noches, daba igual que hiciera frío o no, encendían la cocina de leña, descorchaban una botella de vino y se acurrucaban en un sillón individual para hablar de su futuro y

contemplar a través de las ventanas cómo las colinas se volvían del color de la tinta sobre el fondo del cielo cada vez más oscuro.

Y, sin embargo, en aquellos primeros meses Michael ya notó que la casa de campo por sí sola tal vez no fuera bastante para Caroline. Los ritmos de ambos se complementaban pero eran distintos, y la mudanza a Coed-y-Bryn había revelado esto mucho más que sus vidas en Londres. Tanto él como Caroline eran narradores, no de sus propias vidas sino de las ajenas. Era aquel territorio vocacional —el explorar cosas situadas fuera de sí mismos y darles forma— lo que habían compartido primero. Lo primero que los había unido. Pero mientras que Michael siempre se retraía a su escritorio para contar sus historias, Caroline se limitaba a pasar a la siguiente. Para ella, sus historias eran una necesidad, un ansia. Su fe en el hecho de contar la verdad era casi fanática, daba igual cuál fuera el resultado de sacar a la luz una historia. Mientras que Michael se dedicaba a sopesar con cautela el contenido para asegurarse de que no hubiera repercusiones y nadie saliera perjudicado, Caroline siempre había sido una temeraria con las consecuencias.

—¿Por qué no serlo? —le había dicho ella una vez, en tono desafiante—. Lo que tenga que pasar es lo que ya tendría que haber pasado, de haberse sabido la verdad. ¿Y qué alternativa hay? —le preguntó, preparando el terreno para su tema favorito—. La historia que se queda en el tintero —le dijo, señalándolo con un dedo acusador— es como la basura. Podemos enterrarla todo lo que queramos, pero siempre acabará saliendo a la luz.

Su pasión era contagiosa, y el compromiso de Caroline con su oficio era uno de los rasgos que Michael más había admirado de ella cuando se habían conocido. Pero él también sabía que tenía una parte de interés propio. Para Michael, el asunto de su escritura era un país extranjero, que primero descubría en persona y luego otra vez sobre la página. En cuanto regresaba a su escritorio, sus historias viajaban más lejos de lo que él había llegado, iban

a donde él no había podido ir, dejaban atrás aquel punto de referencia silencioso que era Michael, aquella mano que gobernaba desde lejos. Pero para Caroline, las historias ajenas eran su combustible. Ella viajaba por ellas y a través de ellas. El hecho de que salieran a la luz era su nutrición y contarlas era lo que le daba vida.

—Aquí podremos asentarnos —le había dicho ella la primera vez que habían visto Coed-y-Bryn y el agente inmobiliario los había dejado a solas para que hablaran.

Michael había querido creerla, y durante aquella primavera que habían pasado allí juntos la había seguido creyendo. Pero a veces, cuando subían paseando hasta la cima de la colina que había detrás de la casa de campo, o bien cuando él la sorprendía mirando por las ventanas del rellano, captaba un destello fugaz en su expresión, como si lo que estuviera viendo en aquellas colinas, campos y bosques no fuera libertad sino opresión.

La noche en que se habían conocido en el Frontline, a Michael los gestos de Caroline le habían recordado a una jaula para pájaros, como si el cuerpo menudo de ella estuviera lleno de pájaros aleteando contra sus rejas de alambre. Al mudarse a Coed-y-Bryn había notado que aquellos pájaros empezaban a tranquilizarse; plegaban las alas y relajaban la cabeza hasta entonces alerta. Pero seguían estando allí, dentro de ella. Su liviandad y su potencial para el vuelo seguían allí. Y eso era justamente lo que Michael veía ahora en la colina, o bien en el rellano, cada vez que algo asomaba brevemente a la superficie por debajo de los rasgos de ella: la punta de un ala despertando en su interior, el plumaje asomando en sus ojos y rozándole contra el ceño.

Al cabo de unos días de desempaquetar sus cosas, Michael se puso a trabajar en su siguiente libro. Igual que *Hermanos de barrio*, *El hombre que rompió el espejo* sería una obra de no ficción, pero tendría tono y estilo de

novela. Trataría sobre Oliver Blackwood, un neurocirujano brillante pero inestable que en los últimos años se había «cambiado de bando» rodeado de una gran controversia —y a menudo apoyándose en trabajo ajeno— para tratar cuestiones de neurociencia. Aunque formado en el funcionamiento biológico del cerebro físico, Oliver ya llevaba una década metiendo cizaña y buscándose problemas con sus escritos y conferencias sobre cuestiones abstractas de la mente. No es que Oliver viera una distinción muy clara entre ambas cosas. «Lo material —le había dicho a Michael al principio de su investigación— es lo único que tenemos y lo único que somos. Todo lo demás, la memoria, las emociones... —y le dio unos golpecitos sin miramientos a Michael en el costado de la cabeza—, lo ha creado, en el plano real o como simple ilusión, esta cosa esponjosa que tenemos dentro del cráneo.»

En la época en que Michael lo había conocido, Oliver se encontraba particularmente obcecado, con determinación de explorador victoriano, por localizar el origen neurológico de la empatía. Él creía que se trataba de una emoción que nacía en las «neuronas espejo», células del cerebro humano en las que se reflejaban, y por tanto se sentían, las acciones y sentimientos ajenos.

—Créeme —le había dicho una vez Michael antes de subir al estrado para participar en una mesa redonda—. Neuronas espejo. Son el futuro. Tú fíjate, van a significar para la neurociencia lo que significó el ADN para la biología. Piensa en ello, son el origen de todo. ¡De todo!

El título del libro de Michael aludía a la teoría de Oliver, pero también a su capacidad para autodestruirse. Aun dejando de lado sus ideas en materia de neurociencia, se podía hacer de él un estudio de personaje impresionante. Intelectual y actor, imbuido con la tradicional arrogancia de su oficio, era un hombre forjado a base de mal genio y razón a partes iguales. Sin embargo, lo que convenció a Michael de que tenía que ser el sujeto de su siguiente libro era el lugar que ocupaba la investigación de Oliver en su propia vida. De

hecho, por lo que él sabía, a Oliver lo movía el deseo no reconocido de entender sus propias carencias. De descubrir la manifestación neurológica de la emoción que más parecía faltarle a él. Era de esto que Michael quería que tratara su segundo libro, más allá de lo colorida que fuera la vida de Oliver. Un retrato íntimo del intento de averiguar por qué tenemos sentimientos hacia los demás, y a menudo más que hacia nosotros mismos. Emprendida por un hombre cuya actitud por defecto era pensar únicamente en sí mismo.

Michael llevaba los últimos dos años acompañando a Oliver a conferencias, charlas, estudios de radio, seminarios y teatros de operaciones. Durante los años que habían pasado juntos, y a medida que otros colegas abandonaban su amistad, la presencia de Michael en la vida de Oliver había crecido hasta ocupar los espacios que aquellos dejaban. Con el tiempo se convirtió en la clase de testigo que necesitaba un hombre como Oliver. Al principio Oliver únicamente había tolerado la presencia de Michael. Luego, en cambio, la había empezado a cortejar. Durante el último año de la investigación de Michael, había llegado a depender de ella. Oliver era un actor para quien la escena pública de la neurociencia popular se había convertido en escenario y sus muchos críticos y detractores en audiencia. Cuando esa audiencia dejó de estar a mano, sin embargo, o bien se cansó de sus excentricidades, le siguió quedando Michael; un público entregado de una sola persona, siempre dispuesto a presenciar las diatribas que soltaba Oliver de madrugada en su club de Londres, o bien a cogerle el teléfono una mañana para escuchar sus últimas teorías.

Michael y Caroline dejaron Londres en la misma época en que Michael abandonó a Oliver. Había llegado al punto de su proceso en que necesitaba alejarse del hombre en sí para ocuparse del hombre que iba a plasmar en la página. Michael sentía que el arco del libro ya estaba completo. Oliver lo había descrito casi a la perfección, trazando durante el último año un rumbo en

su vida privada que era exactamente inverso al ascenso de su vida pública. En este sentido a Michael le había ido bien su talento para ver historias: en el tiempo que llevaba con Oliver había visto cómo los rasgos de carácter que ya había captado en él al conocerlo se inflaban por culpa de la atención pública hasta hacer estragos en su matrimonio y en su relación con sus hijos y con los muchos colegas que ya no le hablaban. Y, sin embargo —y a Michael le pareció que esto dibujaba una simetría perfecta—, al mismo tiempo que Oliver era condenado al ostracismo por su familia y amigos, sus ideas sobre las neuronas espejo y la empatía empezaron a ser aceptadas por la comunidad científica.

Michael instaló su estudio en una de las habitaciones del piso de arriba de Coed-y-Bryn, una mesa sencilla delante de una ventana desde la cual, en un día despejado, podía ver resplandecer el río Severn en el horizonte. Aunque seguía cogiéndole el teléfono a Oliver, y hasta había aceptado verse con él una vez que había venido al oeste a dar una charla en Bath, Michael sabía que necesitaba retirarse al periodo de hibernación que su escritura requería. Después de dos años de hacer encajar su vida con el frenético horario de Oliver, ahora quería pisar el freno y tomarse sus días con más calma, a fin de poder tanto sumergirse en su historia como salir de ella.

Mientras Michael trabajaba en su libro en el piso de arriba, Caroline empezó un trabajo nuevo en Bristol. Antes de marcharse de Londres se había presentado para un cargo de productora en Sightline Productions, una empresa de televisión especializada en informativos y documentales de investigación. Los directores de la empresa se habían mostrado entusiasmados de tener a alguien con la experiencia de Caroline. Aunque no había llegado a convertirse en un personaje famoso gracias al canal por satélite, sí que había ido ganando respetabilidad dentro del ramo. Sus reportajes tenían personalidad, y a los

treinta años ya había sacado a la luz ella sola dos historias de alcance internacional.

Dos veces por semana, cuando Caroline viajaba a las oficinas de Sightline para asistir a las reuniones de planificación y desarrollo, a Michael lo despertaba filtrándose en su sueño el ruido ronco del motor del descolorido Volvo rojo. Diez horas más tarde, el regreso de ella se veía anunciado por la luz de sus faros al barrer los setos. Durante el resto de la semana Caroline trabaja en casa, editando guiones, haciendo llamadas y visionando montajes en la mesa de la cocina, en la planta baja.

La mayor parte del trabajo de Sightline tenía que ver con problemas en el sudoeste del país. Reportajes de media hora que se emitían después de las noticias locales; explotación laboral en las cuadrillas de trabajadores inmigrantes, malos tratos en geriátricos de Bath, las batallas medioambientales por la presa del estuario del Severn. De vez en cuando una noticia local provocaba interés a escala nacional; un estudio realizado por la Bristol University de los pesticidas y la reducción de la población de abejas, la historia de la lucha de una familia de Devon por el derecho a morir de su padre. Cuando eso pasaba, a Caroline le tocaba trabajar con el equipo de desarrollo y buscar los presupuestos más altos que suponía un encargo de algún canal nacional.

Nada de todo esto la satisfacía, y Michael lo sabía. Las pocas veces que Sightline le pedía que supervisara un rodaje, o cada vez que ella misma montaba uno, Michael notaba el cambio en Caroline nada más entrar por la puerta, con todas sus cámaras y bolsas de cintas colgando de los hombros. Y el efecto permanecía con ella durante la noche; mientras cenaban, leían junto al fuego o veían la tele. Él lo sentía emanar de ella cuando se le acurrucaba al lado. Incluso en la cama, a veces parecía que el hecho de que ella hubiera vuelto a probar su vieja vida de reportera revitalizaba su vida sexual.

Cuando Michael le preguntaba por la vida que tenían, Caroline le aseguraba que era lo que quería. Era ella quien había sugerido que se marcharan de Londres. Y era ella quien había dicho que tenía que dejar de viajar y cambiar de una vida errante a una con raíces. Solo necesitaba acostumbrarse a los distintos puntos de presión, a los nuevos ritmos de sus vidas. El trabajo sobre el terreno en el extranjero, le explicó una mañana en la cama, había sido como una droga. Eso era todo. Pero ahora se estaba quitando de aquella droga. Por ellos, pero sobre todo por ella misma.



Su primer invierno en Coed-y-Bryn fue largo; llegó en forma de una repentina helada de octubre que cubrió los campos y heló los árboles y se alargó hasta las neviscas de abril. A pesar del clima, o tal vez debido a él, fue en aquellos meses cuando Caroline cogió la costumbre de subir sola la colina que había detrás de la casa. Dentro de la casa no había cobertura de teléfonos móviles y Michael se fijó en que ella se llevaba el móvil en sus paseos. Aun así, no vio razón para preocuparse. No notaba que los sentimientos que ella tenía por él estuvieran remitiendo. Al contrario, su relación, aún reciente, estaba cobrando fuerza. Sus vidas todavía estaban encontrando una dinámica propia, tanto en común como por separado. Desde su adolescencia, Michael había vivido con un ligero miedo soterrado a no ser capaz de amar. A no poder ir más allá de la atracción inicial. A no dar todo su pasado y todo su futuro, además de su presente. Pero con cada día que pasaban juntos en Coed-y-Bryn, Caroline le demostraba que estaba equivocado.

Ella estaba preparando la cena cuando se lo dijo.

—Hemos conseguido el encargo —le dijo desde la cocina—. Nos lo ha dicho Peter hoy.

Estaba picando verduras, con un repiqueteo constante y rápido del cuchillo

sobre la tabla de cortar.

Michael estaba sentado a la mesa, corrigiendo un capítulo.

—Genial —dijo sin levantar la vista—. ¿Para una cadena nacional?

Era finales de abril y al otro lado de las puertas-ventanas el anochecer todavía retenía un atisbo de luz del día. El otoño anterior, sin decirle nada a Caroline, Michael había plantado un arco de bulbos de narciso en forma de C en la parte del jardín que lindaba con la casa. La letra había brotado en marzo y había hecho una pausa con las heladas de la primavera, mientras los altos tallos seguían germinando. Hasta hacía una semana no se había llenado toda del amarillo luminoso de las flores.

—Sí —dijo Caroline—. Para emitirse en octubre. Si conseguimos sacarlo adelante.

—¿Y podéis?

Michael tachó un párrafo con el bolígrafo y pasó la página.

—Creo que sí. —Ella levantó la tabla de cortar y la inclinó para dejar caer las rodajas de calabacín y cebolla roja en una sartén—. El tío ha aceptado colaborar. Es nuestro salvoconducto, siempre y cuando lo tengamos con nosotros.

Hubo algo en su forma de decir «nuestro» y «nosotros» que hizo levantar la vista a Michael de sus correcciones. Habían sido unas palabras más posesivas que incluyentes.

Ella estaba de espaldas a él, con la cabeza gacha sobre los dientes de ajo que estaba triturando con el costado de la hoja del cuchillo. El pelo le caía a los lados del cuello, revelando un montículo de vértebras en lo alto de la columna. De alguna forma, su piel había conseguido retener el color de miel durante todo el invierno, como si este supiera que de allí no tenía que marcharse.

—¿El tío? —dijo él—. Perdona, cariño, ¿de quién me estás hablando?

Ella se giró para mirarlo. Su expresión recordaba a la de una enfermera que le estuviera llevando noticias de un paciente a un familiar.

—El del chaval de Easton —dijo ella, apoyándose en la encimera de la cocina y cruzando los brazos. Seguía teniendo el cuchillo en las manos. A él le llegó el olor a pulpa de ajo de su hoja—. El chaval que fue a Pakistán. Su tío ha aceptado volver. Para hacer las presentaciones.

Él se acordó. Tres jóvenes musulmanes reclutados en una mezquita de Bristol. No tenían más de diecisiete o dieciocho años. Como si fueran mochileros en pleno año sabático de los estudios, se habían ido a un campo de entrenamiento situado en la frontera entre Pakistán y Afganistán. Dos de ellos habían regresado pero el tercero no. Sightline se había dirigido a su familia para hacer un documental. Y eso era lo único que ella le había contado, ya hacía unos meses.

Él dejó el bolígrafo.

—Es tremendo —dijo—. Felicidades. En Sightline tienen que estar en una nube de felicidad.

Ella sonrió y bajó un momento la mirada. Y tenía razón en sonreír. De pronto la situación era graciosa. De pronto los dos sabían lo que se avecinaba, y el hecho de que lo supieran hacía que la cautela con que ella le estaba dando la gran noticia quedara ridícula. Michael decidió secundar la sonrisa, aunque ya se le había alojado un dolor sordo entre las costillas.

Se reclinó hacia atrás y apoyó los pies en una silla.

—Pero ¿a quién tienen en nómina que pueda hacer un trabajo así? —dijo—. Me lo pregunto.

Ella le devolvió la mirada.

—Serían dos semanas. Como mucho.

—¿Cuándo?

—En cuanto arreglemos los visados y el viaje. Y encontremos a alguien que

se encargue de los sobornos. Pero ya estoy... —Su voz se apagó.

—Ya estás en ello —dijo él.

—Sí —dijo ella en voz baja.

Y de pronto la situación ya no tenía gracia, como si su confirmación acabara de expulsar por la ventana el humor que le habían encontrado.

Caroline se apartó de la encimera y se acercó a él; le levantó las piernas y se las puso sobre el regazo mientras se sentaba.

—No será Afganistán —le dijo—. Lo haremos todo desde Pakistán.

—¿Será seguro? —le preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

—Todo lo seguro que puede ser.

Se inclinó hacia delante y le cogió las manos.

—Es un encargo muy importante, Mikey. Las fuentes que ha mencionado el tío... Nadie ha tenido tanto acceso nunca. Nadie. En ninguna parte. Seremos los primeros. El grupo con el que está ese chaval quiere hablar de verdad. Quiere contar su versión de la historia. Y él también.

Mientras él le acariciaba el dorso de la mano y ella le apretaba cariñosamente los dedos, Michael comprendió que no tenía más remedio que aceptarlo. No podía hacer otra cosa que dar vueltas al perímetro de los deseos de Caroline, y por debajo de aquel dolor cada vez más intenso que notaba en las costillas, comprendió que también era lo que él deseaba. Era lo que se habían prometido el uno al otro desde el mismo principio. Ayudarse el uno al otro a ser felices, fuera como fuera.

Michael levantó los pies del regazo de ella y se inclinó hacia delante para cogerle la cara con las manos.

—Tú ten cuidado —le dijo, dándole un beso muy suave.

Ella tenía los labios cálidos y le devolvió el beso, atrayéndolo hacia sí, con

el sabor en la boca de la cebolla que había estado comiendo mientras cocinaba.

—Gracias —le dijo en voz baja, rodeándole el cuello con los brazos—. Te debo una, Mikey.

Después de que mataran a Caroline, Michael se llevó tan pocas cosas a Londres que acabó haciendo la mudanza él mismo, cargando sus pertenencias en la parte de atrás del Volvo. Había decidido vender Coed-y-Bryn con todo lo que había dentro. Todo le recordaba a ella. En la última semana, la familia de Caroline había volado hasta allí y había peinado las habitaciones, llevándose objetos personales y todo lo que habían querido. Michael también se había quedado con unos cuantos pequeños recuerdos; fotografías, una caja de postales y entradas de espectáculos a los que habían ido juntos, un dictáfono donde estaba grabado el mensaje que ella le había dejado en el contestador aquella noche en Hammersmith. Todo lo demás, sin embargo, se lo quitó de encima. Los compradores de la casa se quedaron con los muebles. La ropa de Caroline, que él no paraba de imaginarse llena de sus curvas, la regaló a una tienda de la beneficencia. Quería acordarse de Caroline, sí, pero por voluntad propia, no por las emboscadas que le tendían los objetos que lo rodeaban.

Ya era última hora de la noche cuando llegó con el coche a South Hill Drive y le dio la sensación de que el motor armaba un estruendo tremendo por entre las hileras curvadas de casas adosadas con las ventanas iluminadas por la domesticidad otoñal. Delante del piso de Peter no había sitio, así que Michael aparcó en doble fila para descargar sus posesiones en la acera. Por un momento se preguntó si era buena idea dejarlas allí desprotegidas mientras aparcaba el coche calle arriba. Pero un simple vistazo a la curva flanqueada de árboles bastó para tranquilizarlo. La suave pendiente estaba desierta y daba

a un desvío en forma de bucle que se limitaba a regresar al mismo punto de partida. En la vista aérea que Michael había encontrado en Internet, la forma de la calle recordaba a una raqueta antigua de tenis surcada de árboles; una burbuja accidental que sobresalía del mosaico de Londres para adentrarse en los espacios verdes de Hampstead Heath.

Michael estaba regresando a la acera para recoger sus últimas posesiones cuando vio por primera vez a Josh. Lo vio acercarse por la calle, con una gabardina echada al hombro y un maletín en la otra mano. Llevaba traje negro y una corbata azul con el nudo aflojado. Michael se dio cuenta enseguida de que iba borracho. El cuerpo se le bamboleaba y la mirada se le veía distante.

Michael se inclinó para recoger un par de cajas. Mientras colocaba una encima de la otra, vio que Josh se le acercaba y se detenía. Levantó la vista. Josh se estaba hurgando los bolsillos del abrigo en busca de unas llaves. Mientras las sacaba le devolvió la mirada a Michael y luego echó un vistazo al bloque de pisos que tenían al lado.

—Parece que somos vecinos —le dijo, enarcando las cejas. Tenía un acento americano templado en Europa.

Michael se irguió con las cajas a cuestas.

—Casi —dijo.

Josh se lo quedó mirando con cara inexpresiva, como si acabara de verlo por primera vez. No era tan alto como Michael pero sí más ancho. Tenía el pelo negro entreverado de canas y un flequillo que le caía encrespado por encima de unas gafas de montura fina.

—En fin —dijo Michael—. Buenas noches.

Hizo el gesto de irse hacia su piso.

—Déjame que te eche una mano.

Pareció que a Josh le había venido la idea de golpe y que encima lo había despertado.

—No, no hace...

Pero Josh ya se había guardado las llaves y se estaba echando al hombro la bolsa de las cosas de esgrima de Michael. Se pasó el asa del maletín por la muñeca y se agachó para recoger la última caja que quedaba en la acera.

—¿Es una guitarra? —preguntó, echándose la bolsa a la espalda mientras se ponía de pie.

—No —respondió Michael, encabezando la marcha hasta el piso—. Un equipo de esgrima.

—¿De esgrima? —dijo Josh desde detrás mientras Michael pulsaba con el codo el interruptor del temporizador de la luz del vestíbulo—. Nunca he probado la esgrima.

Lo dijo en un tono que sugería que tampoco quería probarla.

—La mía la regalé —siguió diciendo mientras subían el primer tramo de escaleras—. Mi guitarra. La regalé. Ya no me acuerdo de por qué.

Mientras subían las escaleras que llevaban al piso de Peter, Josh siguió hablando, contándole lo mucho que le gustaba aquella calle, que los demás vecinos «nunca te daban problemas» y que a sus dos hijas les encantaba el Heath.

—Es como tener el jardín más grande de Londres delante de tu puerta. O sea, ni la reina tiene nada parecido, ¿verdad?

Al llegar al tercer piso, la conversación de Josh dio paso a una respiración jadeante. Michael lo agradeció. Mientras subían, se había notado tenso en previsión de la pregunta que no le apetecía responder. Pero la pregunta no llegó, y el cansancio acabó haciendo callar a Josh.

Dentro del piso, Michael añadió sus cajas al montón que ya había en la sala de estar.

—Aquí está bien —dijo mientras Josh entraba detrás de él.

Josh dejó la caja en el suelo y se bajó la bolsa del hombro. Mientras se

erguía otra vez, se masajó la rabadilla con los nudillos. Llevaba anillo de casado, Rolex de oro y gemelos de plata. Y seguía jadeando.

—Te ofrecería una copa, pero...

En vez de terminar la frase, Michael señaló la sala vacía. Los fantasmas de los cuadros descolgados se manifestaban en forma de cuadrados y rectángulos de pared descolorida. Las estanterías estaban vacías y la cocina también. Olía a cinta de embalar y a té rancio.

Josh hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a su oferta abortada. Se quitó las gafas y se las limpió con la camisa mientras se acercaba a las ventanas, las mismas que Michael había visto en el primer correo electrónico que le había mandado Peter; dos ventanales alargados que ocupaban la mayor parte de la pared que daba al Heath.

—¿Sabes? —dijo Josh, girándose hacia Michael—. Llevo siete años viviendo en esa casa y no había estado nunca en este edificio.

Dio unos golpecitos al cristal, como si estuviera intentando tocar la noche.

—¿Ves estas vistas?

—Todavía no. O sea, desde aquí no.

—Magníficas —dijo Josh, sin hacer caso de la explicación de Michael—. Unas vistas magníficas.

Se giró nuevamente hacia la ventana y contempló la oscuridad. En el Heath, una farola solitaria emitía su resplandor naranja a través de un velo de niebla, iluminando los contornos de los árboles otoñales.

—Siete años y todavía no me he cansado —dijo, hablando con la ventana.

Pero cuando se giró para mirar a Michael, sí que se lo veía cansado, como si el subir las escaleras le hubiera hecho aflorar un recuerdo doloroso a la piel. Josh asintió con la cabeza, como mostrándose de acuerdo con su propia observación.

—Bueno, pues gracias otra vez —dijo Michael.

Josh se lo quedó mirando, como si intentara descifrar quién podía ser aquel nuevo vecino. Por un momento Michael le devolvió la mirada, sin saber muy bien qué hacer.

—No las merecen —dijo por fin Josh, cruzando la sala y recogiendo su abrigo y su maletín—. Soy Josh —dijo, ofreciéndole la mano—. Joshua Nelson.

—Yo Michael —contestó Michael. Se dieron un apretón de manos corto y eficiente. A Michael le dio la impresión de que Josh estrechaba manos muy a menudo. Ahora que lo tenía más cerca, pudo olerle el aliento a alcohol y a humo—. Encantado de conocerte —dijo—. Y en serio, gracias por la ayuda.

—A ver si vienes un día a visitarnos —dijo Josh, mientras salía al pasillo y se ponía el abrigo—. Mi mujer siempre está sirviendo copas, dando fiestas, ya sabes. Le gusta conocer gente. Gente nueva. Tienes que venir.

—Gracias, lo haré.

Josh levantó una mano a modo de despedida y salió por la puerta.

—Nos vemos, Mike —le dijo desde la escalera—. Que disfrutes de tu casa.

Michael cerró la puerta y volvió a la sala de estar, con su despliegue de cajas y bolsas abandonadas sobre la moqueta. Se giró hacia las ventanas y se vio a sí mismo reflejado, con la farola del Heath inflamándole el pecho. Se acercó lentamente a su reflejo. Al acercarse, el resplandor de sodio de la farola se le desplazó primero al vientre y después a la entrepierna. Se detuvo antes de llegar a la ventana, como si estuviera encarándose a aquel tipo que le devolvía la mirada. Un hombre alto, con jersey azul y vaqueros, los brazos largos colgando a los costados y el pelo rubio cada vez más escaso.

Allí era donde iban a empezar desde cero, él y aquel hombre de la ventana. En aquel piso con vistas al Heath, con sus manchas en la moqueta y sus cuadros olvidados pero recordados en las paredes. Era allí donde tendría que

hacer las paces con su pasado y con el hombre de la ventana que había permitido que este tuviera lugar.

Le empezó a sonar el teléfono y los dos hombres se metieron la mano en el bolsillo para mirar la pantalla. Era Peter. Ya había llamado a Michael dos veces en lo que iba de día. Las dos veces Michael había dejado sonar el teléfono sin descolgarlo, y ahora volvió a hacerlo. Dio otro paso hacia la ventana y dejó el teléfono en la repisa. La huella solitaria de Josh, allí donde había tocado el cristal, manchaba ahora el estanco a oscuras que había más abajo. Michael apoyó la cabeza en el cristal y dejó que la noche le refrescara la frente.

Un mensaje hizo vibrar su teléfono en la repisa, iluminándolo y encendiéndolo como si fuera una mosca agonizante. Michael le echó un vistazo pero no lo tocó. No había nada más que decir. Caroline estaba muerta y a él solo le quedaba la carcasa de aquella verdad, despojada no solo de ella sino también del hombre en que ella lo había estado convirtiendo.



Caroline nunca llegó a decirle a Michael que había elegido a Peter. Una semana antes de marcharse habían pensado juntos las preguntas para su «prueba de seguir viva», pero nada más.

«¿Cómo se llamaba el gato que tenía ella en Adelaide Road?»

«¿De qué color era la camioneta del vecino de ella en Melbourne?»

«¿Qué regalo le había llevado a su anfitriona en su última visita a Ciudad del Cabo?»

Eran las preguntas que alguien de Sightline, quizá Peter, les tenía que hacer supuestamente a los secuestradores de ella por teléfono. Las respuestas, en caso de que alguien la hubiera secuestrado, habrían demostrado que Caroline seguía viva.

«Misty.»

«Naranja.»

«Salsa Marmite.»

Habían convertido la elección de las preguntas en un juego, sentados los dos en el exterior de las puertas-ventanas de Coed-y-Bryn, delante de la C abierta de narcisos, con una botella de vino y comida india para llevar a sus pies. Juntos, se habían puesto a buscar historias de la vida de Caroline que ella todavía no le hubiera contado. Anécdotas de su infancia o de sus años de estudiante en Boston. Fábulas familiares que todavía la hacían partirse de risa después de tantos años.

Era el procedimiento estándar, le había contado ella. Nada de que preocuparse. Y fue entonces cuando Michael sintió ganas de preguntárselo. Porque él conocía otras partes del procedimiento estándar. En Nueva York había tenido amigos que hacían trabajos como el de ella. ¿A qué colega o amistad había elegido ella? ¿Quién había decidido Caroline que tenía que ser el encargado o encargada de darle la noticia a Michael? Pero no se lo llegó a preguntar, y ella tampoco se lo dijo por iniciativa propia. Como si tuvieran un miedo supersticioso a algún dios celoso, evitaron sacar el tema; se limitaron a recoger los vasos y los recipientes de la cena y, como el aire de fuera estaba cada vez más frío, entraron en la casa para acostarse.

Así que Michael no se enteró de a quién había elegido Caroline hasta que Peter llegó a la casa unas semanas más tarde. Era media tarde y unas nubes grises se amontonaban sobre las colinas, con el río Severn centelleando a lo lejos como una moneda en plena caída. Michael estaba en el jardín de atrás, amontonando ramas y zarzas en una hoguera. Al principio confundió el crujido de los neumáticos sobre la grava con el crepitar de las llamas. Pero luego oyó que alguien apagaba un motor y cerraba de golpe una portezuela. Dio la vuelta a la casa con los guantes de trabajar en el jardín todavía puestos y un puñado

de endrinos en una mano. Peter estaba de pie al lado del porche. Al oír los pasos de Michael se giró hacia él. La expresión que tenía en la cara, una expresión de niño, hizo que Michael se parara en seco.

Michael solo había visto a Peter unas pocas veces en su vida. En una fiesta de Navidad de Sightline y en una reunión de amigos para celebrar el cumpleaños de Caroline. También habían cenado juntos una vez con él y su mujer en Bristol. A Michael le caía bien. Tenía esos modales tranquilos y secos de quien ha decidido evitar las discusiones. No porque no pudiera ganarlas, sino porque no quería verse obligado a ello. Según Caroline, Peter habría podido llegar muy lejos en el mundo de la televisión si hubiera querido. Lo que pasaba era que había decidido quedarse a un nivel que le permitiera estar cerca de la creación de los programas. «Cerca —le explicó él una vez a Michael, con una sonrisa resignada— de la verdadera razón de ser de los programas.»

Durante el largo segundo que pasaron mirándose el uno al otro aquella tarde delante de Coed-y-Bryn, ninguno de los dos hombres dijo nada, permitiendo que lo poco que se conocían se interpusiera entre ellos. A continuación Peter dijo su nombre —«Michael»—, y fue entonces cuando él lo supo. Caroline había elegido a Peter. Peter era el encargado de llevarle el último mensaje de ella, el encargado de acercársele por la grava mientras él caía sobre sus rodillas y de repetir su nombre —«Michael»— y de apoyarle por fin las manos suavemente sobre los hombros mientras él se tapaba la cara con los guantes e inhalaba el aroma del humo de leña, con los endrinos arañándole la piel.

El sol de la tarde refulgía en el cristal esmerilado de encima de la puerta de entrada y bañaba en luz el pasillo de los Nelson. Michael se adentró por él, pasando junto a una serie de fotografías en blanco y negro que colgaban de la pared de su derecha. Una pareja besándose en un parque de Washington Square; un anciano chino contemplando algo que resplandecía fuera del encuadre; el skyline de Manhattan visto en miniatura entre dos hojas en primer plano. A su izquierda, hacia la mitad de aquella hilera de imágenes, una ancha escalera subía al resto de plantas de la casa.

Las fotografías las había hecho Samantha. Debajo de ellas colgaba una serie de dibujos y pinturas enmarcados de sus hijas, atiborrados de colores primarios chillones. En el primero, el tronco curvado de una palmera brotaba de una playa amarilla situada junto a un mar azul. Por encima de sus hojas verdes e irregulares se veía escrito con lápiz de color el nombre de la artista: Lucy, 4 años. Al lado había la típica casa de ilustración infantil, torcida y rodeada de unos setos garabateados, con otro garabato que sugería el humo de su chimenea; Rachel, 6 años. A continuación Michael dejó atrás un grupo de caballos, a mamá y papá, un camión de bomberos rojo y por fin, en el extremo de la pared que lindaba con la puerta de la sala de estar, un monigote alto y vestido con camiseta roja y pantalones marrones, que tenía un manchón amarillo a modo de pelo y su nombre escrito encima en azul: «Michael».

Michael se detuvo ante su retrato, se giró hacia la escalera e intentó oír algún movimiento en los pisos de arriba. Nada. Echó un vistazo a la puerta delantera de la casa para ver si estaba bien cerrada y vio que sí. Tal vez lo

sucedido fuera un simple descuido. Con el día precioso que hacía, ¿por qué iban a quedarse en casa? Lo más seguro era que Josh hubiera sacado a las niñas a jugar con una cometa en Parliament Hill, o a nadar en la piscina municipal que había al lado. Como tenía que estar pendiente de las dos, tal vez se hubiera olvidado de cerrar la puerta de atrás.

Michael se alejó de las escaleras en dirección a la sala de estar. Era consciente de que apenas tenía tiempo para aquello. Si el destornillador no estaba allí tendría que marcharse sin él. La luz entraba en la sala de estar por las tres ventanas altas en forma de haces parecidos a contrafuertes que descendían a través de sus cortinas. El mobiliario era de tonos claros, la moqueta de color avena y los estantes blancos. Más que una sala era un gabinete, una serie de vitrinas que albergaban una vida compuesta para su exposición. Artefactos de todo el mundo, libros de arte y guías de viaje. Una pintura al óleo de la costa de Norfolk. Mesillas atiborradas de fotografías de los padres, de las niñas, de Samantha y Josh el día de su boda. En el centro, un viejo arcón servía de mesilla de café. Michael estaba de pie en medio de aquella composición bañada en luz, las manos sucias extendidas hacia delante y las palmas hacia arriba, como un cirujano antes de operar.

Cuando por fin se había materializado la promesa de Josh, y los Nelson lo habían invitado a su casa, Michael había asistido a una fiesta en aquella misma sala, que fue donde conoció a Samantha y a las niñas. Corría una luminosa tarde de sábado de noviembre. Una semana de fuertes vientos se había llevado las últimas hojas de los árboles del Heath. El cielo era de color azul intenso, un último regalo antes del invierno, y el aire estaba helado. Aquella mañana Michael había asistido a clase de esgrima, una de las primeras. Regresó cruzando a pie el Heath, soltando nubecillas de aliento y dejando un rastro de pisadas en la hierba escarchada. La gente paseaba perros con bufanda y hacía footing con los guantes puestos. Mientras se acercaba a los estanques de detrás

de la calle, se fijó en que la mayoría de gente que iba allí a nadar en fin de semana llevaba gorro.

Fue Samantha quien le abrió la puerta. La nota doblada que Michael se había encontrado hacía unos días sobre el felpudo del pie de su escalera también la había escrito ella. Una caligrafía fluida y segura de sí misma. Con su nombre en la parte de delante y un mensaje sencillo dentro: «Damos una fiesta el sábado. A partir de las 14.00h más o menos. Ven si puedes. Samantha y Josh».

—Ah, hola. Qué bien que hayas podido venir —le dijo—. Pasa, pasa.

Samantha llevaba un vestido rojo de manga larga, con un cinturón de algodón gris atado por encima del vientre ligeramente prominente. Michael no estaba seguro de si ella sabía quién era él.

—Soy Michael —le dijo mientras entraba—. Vivo en la casa de al lado...

—¡Sí, claro! —Ella tenía una sonrisa tranquila y natural—. John me ha hablado mucho de ti.

Michael le ofreció la botella de Sancerre que había traído.

—Oh, no deberías haberte molestado —le dijo ella mientras la aceptaba—. En serio, no hacía falta. Pero gracias.

De la sala que ella tenía detrás venía un barullo de voces, una cacofonía de registros y conversaciones. Samantha condujo a Michael hacia ellas y levantó la voz por encima de las cabezas de sus invitados.

—¡Josh! ¿Josh? Mira quién ha venido.

—¿Quién?

Michael reconoció la voz de Josh de la noche en que había llegado a su nueva casa. Tono de autoridad con un matiz de sorpresa. Samantha le tocó el brazo.

—Ay, Dios, lo siento —le dijo ella con cara de alarma genuina—. Soy un desastre para los nombres.

Él se lo recordó y ella volvió a dirigirse a Josh levantando la voz.

—Michael —le dijo, asomándose al interior de la sala llena de gente, con una mano apoyada en el marco de la puerta—. De la casa de al lado.

Samantha se giró hacia él y le volvió a sonreír.

—Voy a meter esto en la nevera. Josh te traerá lo que necesites.

Michael se quedó mirando cómo se alejaba. Tenía el pelo rubio recogido y sujeto con una pinza en forma de flor roja. Sus zapatos de tacón también rojos repiquetearon con brusquedad sobre los azulejos de la cocina.

—¿Qué te apetece beber?

La pregunta de Josh llegó al mismo tiempo que este ponía una mano firme en la espalda de Michael y se lo llevaba a la sala. En la sala reinaba un barullo de gente, sonrisas y copas. Por entre las piernas de los adultos pasaban niños llevando vasos de zumo de naranja con las dos manos, o bien ofreciendo cuencos de frutos secos y patatas fritas a las amistades de sus padres. Josh llevó a Michael hasta una mesa llena de botellas y vasos, y la verdad es que se lo veía muy distinto al hombre que hacía unas cuantas semanas se había quedado contemplando el Heath de noche; era un hombre que estaba tomando su primera copa, no la última.

Mientras Josh le servía una copa de vino, Michael intentó escuchar lo que estaba diciendo. Pero el bullicio de la sala lo había cogido desprevenido. Acababa de entrar y su atención ya se estaba dispersando. Aunque ya llevaba cinco semanas de regreso en Londres, todavía no se había expuesto a una ocasión social como aquella. Ya había comprendido que su recuperación tendría que basarse en la rutina, en evitar cualquier cosa que pudiera acentuar el espacio que Caroline ocupaba a su lado. Sus recuerdos se habían convertido en un campo de minas. Jamás había sido consciente de que su cuerpo pudiera reaccionar tan deprisa al pensamiento, ni tampoco se había imaginado que su mente pudiera producir tanto dolor físico y tantas lágrimas.

No tenía costumbre de llorar, pero todavía hoy, seis meses después de que ella muriera, el mero hecho de pensar en Caroline, la sombra de una imagen, el recuerdo de cómo se recogía el pelo antes de ducharse o se ponía hidratante en la cara con los dedos, podía bastar para que se le hiciera un nudo en el pecho, se le acelerara la respiración y se le llenaran los ojos de lágrimas.

A fin de sortear aquellos recuerdos no deseados, Michael evitaba a los viejos amigos o bien a cualquiera que los hubiera conocido a Caroline y a él como pareja. Había rechazado las invitaciones de su editor a varias presentaciones de libros, y solo había aceptado verse con su agente en un restaurante situado lejos del despacho de este. Los cines, galerías y teatros a los que Caroline y él habían ido juntos resultaban impensables. En ese sentido, Londres se había visto mermado por su dolor, y a pesar de resultar tan familiar, también se había vuelto extraño.

Mientras Josh se servía otra copa de tinto, le apareció una criatura junto a la pierna, una niña que se puso a tirarle de la camisa. La melena rubia se le había soltado del lazo. Tenía manchas de chocolate por toda la camiseta y la barriga le abultaba bastante debajo del dobladillo.

—Eh —le dijo Josh—. ¿Has venido a decir hola?

Y se inclinó para cogerla en brazos.

—Esta es Lucy —dijo, apoyándosela en la parte interior del codo—. Y este —añadió, sacándole el nudillo a Lucy de la boca— es Michael, nuestro nuevo vecino.

Lucy sepultó al cara en el hombro de su padre. Le cogió el cuello de la camisa y le frotó el pliegue entre los dedos.

—¿Qué pasa, te has vuelto tímida? —le dijo Josh, guiñándole el ojo a Michael—. A ver cuánto dura, ¿eh?

Josh conocía bien a su hija. Menos de media hora más tarde, Lucy se puso a buscar a Michael por entre los presentes, con una muñeca en cada mano. Lo

encontró sentado en el brazo de un sofá, manteniéndose al margen de una conversación sobre el hospital local.

—Esta es Molly —le dijo Lucy a modo de presentación, poniéndole delante una de las muñecas—. Y esta —y le enseñó la otra muñeca, que tenía marcas de lápiz azul en la cara— es Dolly.

—Anda, hola —dijo Michael—. Encantado de conoceros. Pero ¿qué le ha pasado a Dolly en la cara?

—Bueno —dijo Lucy, como si Michael le hubiera preguntado su opinión sobre la conversación que estaba teniendo lugar detrás de él—. Empezó ayer, ¿sabes? Molly se enfadó mucho con Dolly.

Y con una naturalidad que no encajaba para nada con la niña a la que había conocido un rato antes, Lucy se puso a explicarle el origen de la disputa entre las muñecas. Mientras hablaba las iba mirando con el ceño fruncido, las dos desnudas, una rubia y otra morena, absorta en su historia. De vez en cuando también enarcaba las cejas, con dramatismo pero también sinceramente, como si estuviera probando la expresión por primera vez.

Michael la escuchó, agradecido por lo larga que era su explicación y encantado de dejarla hablar. No quería desconectar de la fiesta, pero la verdad era que la historia de Lucy y el solipsismo propio de su edad le suponían un alivio enorme. Hacía un rato Josh, guiándolo nuevamente con la mano en su espalda, le había presentado a un grupo de invitados. «Este es Michael, nuestro nuevo vecino», les había dicho antes de alejarse para recibir a otra gente que estaba apareciendo por el pasillo. Michael les había estrechado la mano y había transmitido la impresión de entrar sin dificultad en la conversación. Por dentro, sin embargo, su mente no paraba de desdoblarse, intentando anticiparse a todo lo que se decía a fin de eludir cualquier pregunta que pudiera obligarlo a mencionar a Caroline o su muerte.

Al final su preocupación resultó innecesaria. No pareció que a ninguno de

los demás invitados les extrañara su reticencia, ni tampoco se mostraron ansiosos por devolver sus preguntas. Ben, un colega del banco de Josh, tenía una casita de campo para pasar las vacaciones bastante cerca de donde había crecido Michael. En cuestión de minutos, Michael consiguió reconducir la conversación a las recomendaciones sobre restaurantes y galerías de Cornualles, paseos por la costa entre calas de guijarros y pubs escondidos. La única mujer del grupo, una joven abogada que se había presentado como «Janera, pero llámame Jan», tenía muchas ganas de hablarle de una obra de teatro que había visto hacía poco. Había ido sola y había acabado llorando. No se acordaba del nombre del autor de la obra pero ella había ido a la universidad con uno de los actores. Por entonces este tenía una buena mata de pelo negro pero ahora estaba completamente calvo, y ese detalle parecía emocionarla más que la obra en sí. El tercer invitado era un hombre mayor con blazer cuyo nombre Michael no había entendido. El hombre le preguntó a Michael si su piso tenía vistas a los estanques del Heath. Cuando Michael le contestó que sí, el hombre, que tenía las mejillas sonrosadas por los capilares, le contó que en los años sesenta él había nadado una vez en ellos el día de Navidad. Lo había hecho para impresionar a una chica cuyo nombre ya no recordaba. En la orilla, el agua estaba cubierta de una fina capa de hielo. Ella lo había esperado en uno de los bancos, envuelta en las bufandas de ambos y riendo.

Mientras Michael escuchaba y hablaba, asintiendo y sonriendo, le dio la sensación de que había atravesado un espejo y estaba observando un mundo de su pasado, un mundo más sencillo e infantil que no estaba tutelado por la muerte. Sabía que no era cierto, claro. Que todos los adultos de la sala habían perdido a seres queridos. Que todos cargaban con su dolor, por amortiguado que estuviera, y que también los acosaba el miedo a su propia muerte, siempre que permitían que su pensamiento se posara sobre aquella oscuridad. Pero

nada de todo esto era visible, ¿y por qué iba a serlo? Todo lo cubría la conversación, el deseo, los hábitos sociales. Y así fue como Michael acabó sintiéndose a la deriva, el único testigo que veía algo en una sala llena de ciegos charlatanes.

En su primera entrevista para *El hombre que rompió el espejo*, Oliver Blackwood le contó a Michael que uno no nacía hasta que tenía hijos. Por entonces Michael le contestó que él no podía saberlo porque no tenía ninguno, pero que ciertamente estaba de acuerdo con el dicho francés de que solo te hacías adulto al perder a tus padres. Y hablaba por experiencia. Su padre había muerto mientras él estaba en Nueva York. Y por aquella época su madre también estaba muy grave. Moriría un año después de la entrevista. Michael, que era hijo único, los echaba terriblemente de menos a ambos. En los meses posteriores al funeral de su madre, aquel comentario que le había hecho a Oliver le había vuelto a la cabeza todos los días.

Michael estaba empezando a salir con Caroline cuando una mañana descolgó el teléfono y oyó que un cuidador del geriátrico le decía que su madre había fallecido durante la noche. Cuando Caroline terminó de ducharse y bajó las escaleras, se encontró a Michael con el teléfono en la mano y mirando fijamente la mesa. Todavía se estaban descubriendo el uno al otro. Todavía faltaban varios meses para la noche en que él se la encontraría esperándolo en su cuarto de baño. Tenían un conocimiento superficial del otro. Y, sin embargo, Caroline lo acompañó durante cada paso del proceso de sedimentación de la muerte de su madre, cuidándolo durante el funeral y la tristeza silenciosa que vino después. Estaba familiarizada con aquello. Eso le dijo, para que él no lo considerara una imposición que llegaba demasiado pronto para ella o para los dos. Caroline conocía la muerte y sus efectos en los vivos, así que él tenía que permitir que lo ayudara, y lo hizo.

Pero ahora, en la estela de la muerte de ella, Michael no podía evitar pensar

que tanto Caroline como Oliver se equivocaban. Si él hubiera podido hablar con ella, si su fantasma se le hubiera aparecido una noche, él le habría dicho que nadie podía conocer bien a la muerte, que lo único que podía pasar era que la muerte te conociera bien a ti. Y si durante aquella primera reunión con Oliver él hubiera sabido lo que sabía ahora, le habría dicho que hay una vía para llegar a la madurez que va más allá de tener hijos o de perder a tus padres. Y esa vía es el nacimiento de un amor amputado. Es encontrar a una persona que le da sentido a tu vida, alguien que te expande, y que luego su muerte vuelva a cerrarte, como los dientes de un cepo para osos. Y experimentar en ese cierre un ligero desgarrón en el tejido de tus días, de tus años. Esa, le habría dicho a Oliver, era la verdadera vía para acceder al conocimiento adulto. Una forma infrecuente de sabiduría que uno compartía con los presos a cadena perpetua y con quienes sufrían encerrados; que te roben el futuro y sin embargo seguir viviendo.

—Así que Dolly le dijo que lo sentía y ahora vuelven a ser amigas.

Lucy señaló el final de su relato meneando las dos muñecas en alto delante de ella, agitando sus melenas sintéticas.

Michael sonrió.

—Vaya, pues me alegro —dijo—. Es más divertido ser amigas que no serlo, ¿verdad?

Lucy inclinó la cabeza para hacer como que pensaba.

—Puede seer —dijo, arrastrando la última palabra.

Una mujer con un chal de color azul parafina que estaba detrás de ellos se puso a abrir cáscaras de pistachos con la uña pintada del pulgar sobre la palma de la mano. En las inmediaciones de la puerta, los saludos de los viejos amigos se elevaban por encima de los murmullos de conversaciones de la sala como si fueran trozos de madera a la deriva cabalgando una ola.

—¿Cuántos años tienes, Lucy? —le preguntó Michael.

—Tiene cuatro —dijo otra voz.

Michael levantó la vista y vio que una niña mayor con media melena de color castaño los estaba mirando. Llevaba vaqueros, zapatillas deportivas y una sudadera con el nombre de un grupo de cantantes adolescentes escrito en una de las mangas.

—¡Cuatro y medio! —protestó Lucy.

—Yo tengo siete —dijo su hermana mayor como si no la hubiera oído—. Me llamo Rachel.

Hablaba con seguridad en sí misma, una niña criada entre adultos.

—¿Quieres venir a ver mis dibujos?

—¿A ti qué te parece, Lucy? —dijo Michael—. ¿Vamos a ver los dibujos de Rachel?

Lucy golpeó el sofá con la cabeza de Dolly.

—¡Son una tontería de dibujos!

—Bueno —dijo Michael, intentando aplacarla—. Eso lo tengo que decidir yo, ¿no? —Se puso de pie—. ¿Quieres venir tú también?

Pero Lucy ya no estaba escuchando. El hecho de que Michael aceptara la invitación de su hermana le había hecho perder automáticamente varios puestos en su escala de intereses.

—Vamos —dijo Rachel, cogiéndole de la mano—. Están en la cocina.

La pregunta que Michael se las había apañado para evitar entre los invitados de los Nelson se la acabó haciendo el mismo Josh. Estaban los dos al fondo del jardín, contemplando los estanques. Rachel, tal como había prometido, se había llevado a Michael a la cocina para que viera los dibujos que había desplegado en una mesilla de café de la galería. Samantha estaba sacando bandejas de canapés del horno.

—Ahora no acapares al pobre Michael —le dijo a su hija, con la cara

ruborizada por el calor del horno—. Puede que alguien más quiera hablar con él.

No había de qué preocuparse. Lo único que Rachel le pidió fue un recorrido rápido por su obra antes de que su madre la mandara de vuelta a la fiesta con un cuenco de aceitunas en cada mano. Michael le preguntó a Samantha si él también podía ayudar. Ella le dedicó otra de sus sonrisas y le dijo que no hacía falta. Le hablaba como si llevaran años conociéndose, y sin embargo sus modales resultaban un poco distantes, y aquel aire suyo de familiaridad quedaba desactivado —en opinión de él— por la prodigalidad con la que se lo aplicaba por igual a todo el mundo con que trataba.

Samantha sacó una última bandeja de canapés del horno y siguió a su hija por el pasillo en dirección al barullo de voces que se oía al fondo. Michael oyó el ruido de sus tacones alejándose por los tablones de madera. Pensó en seguirla pero no pudo. Después de la aglomeración de la sala contigua, el silencio de la cocina desierta le resultaba relajante, igual que la pureza de la luz invernal que se filtraba por la galería. Necesitaba tiempo para recobrar la calma antes de regresar a la fiesta. O tal vez se marcharía. Tal vez todavía fuera pronto para marcharse. Tal vez, admitió para sí mismo, no tendría que haber venido.

En una silla que tenía al lado había un ejemplar del *Herald Tribune*. Michael lo abrió, se puso a hojearlo y su mirada se vio naturalmente atraída por los artículos que trataban de guerras. Los candidatos presidenciales aprovechaban todos sus discursos para hablar de escaladas y de estrategias de salida. Una cuadrilla de trabajadores que estaban construyendo una carretera había muerto bajo las bombas de la FIAS en el este de Afganistán. Una investigación del FBI había llegado a la conclusión de que catorce civiles muertos a manos de Blackwater habían sido «muertes sin causa». Michael

todavía estaba leyendo el periódico cuando entró Josh. Fue directo a un cajón de la encimera y sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor.

—¿Fumas? —le dijo, enseñándole el paquete.

—No, gracias —dijo Michael.

—¿Vienes conmigo de todas formas?

Josh señaló con la cabeza la puerta de atrás, recolocándose las gafas sobre el puente de la nariz.

Fuera, la luz del atardecer había llevado nitidez al Heath, una paleta de tonos anaranjados, verdes y castaños bajo el cielo azul. Mientras Michael y Josh se alejaban por el jardín en dirección a los estanques, Josh encendió un cigarrillo.

—A Sam no le gusta —le explicó, con la voz ronca por el humo—. Pero bueno, yo también estoy de fin de semana, ¿verdad?

Mientras llegaban a la cerca del final del jardín, Josh dio otra calada larga. Michael se apoyó en la cerca y respiró hondo también. Por encima del agua el aire tenía un regusto a hierro y hojas caídas. Los árboles de más allá, que esa misma mañana se habían visto a la merced del viento, ahora estaban desnudos e inmóviles. En el estanque había un perro nadando del que no se veía asomar por encima del agua más que la cabeza dorada. Su propietaria lo estaba llamando desde la orilla del otro lado:

—¡Jasper! ¡Jasper!

—Dios bendito —dijo Josh—. ¿Jasper? No me extraña que se quiera quedar en el puto estanque.

Michael miró cómo el perro giraba lentamente hacia la voz de su propietaria, levantando el hocico mientras pataleaba en los bajíos. Al llegar a la orilla subió al trote la pendiente hacia ella, con el pelo largo de los flancos chorreando agua y las pezuñas oscurecidas por el barro.

—¿Estás casado, Mike?

La pregunta pareció salir de la nada. Michael no apartó la mirada de Jasper, que se detuvo a pocos pasos de su dueña y se sacudió el pelo para secarse. Después de mostrarse tan precavido entre los demás invitados, ahora iba y se dejaba distraer por la breve escapada de aquel perro. Y Josh se lo acababa de preguntar, así que tenía que contestar.

Se giró para mirarlo a la cara. Josh señaló con el cigarrillo el anillo de boda de Michael. Michael también le echó un vistazo. No se le había ocurrido nunca quitárselo. Por lo que a él respectaba, seguía casado.

—Lo estaba —dijo Michael, tocándose la parte inferior del anillo con el pulgar.

—Oh, mierda —dijo Josh—. ¿Divorciado?

—No —respondió Michael, contemplando una vez más el estanque—. Mi mujer murió.

—Dios.

Michael oyó que Josh daba otra calada y soltaba una fina nubecilla de humo.

—Dios —dijo—. Lo siento.

Era la primera vez que Michael tenía que decir aquellas palabras. Llevaba evitándolas desde su regreso a Londres. Ahora que había tenido que decirlas, sin embargo, le sonaban falsas. Como si estuviera diciéndolas otra persona por su boca.

—Me gusta más cuando está helado —dijo Josh, moviendo el cigarrillo de lado a lado en el aire que tenía delante; el movimiento hizo resplandecer la brasa—. El año pasado esto, todo esto, era hielo. Las chicas querían patinar, pero en fin, ya sabes.

Michael se dio cuenta de que Josh estaba hablando para llenar el vacío. Tuvo ganas de decirle que no hacía falta.

—Es por eso por lo que me he mudado aquí —dijo—. Teníamos una casa en

Gales. Pero cuando pasó...

Josh asintió comprensivamente, pero a Michael le pareció que también hacía cálculos. ¿Acaso se estaba acordando de la noche en que él había llegado? ¿De cómo habían estado los dos juntos en su piso, frente al montón escaso de cajas y bolsas tiradas en la sala de estar?

—¿Fue un accidente? —preguntó Josh.

—Más o menos —dijo Michael, respirando hondo otra vez y soltando el aire con un suspiro—. Pero no del todo. Estaba en Pakistán. Bueno, en la zona fronteriza...

Se interrumpió, sin saber muy bien cómo continuar.

—¿Estaba en el ejército?

—¡No, por Dios! —Michael se permitió una sonrisita perpleja al imaginarse a Caroline en el ejército—. No, era reportera. Estaba donde no debía y cuando no debía. Tal vez te enteraste y todo. Salió en los periódicos.

—¿Cómo se llamaba?

—Caroline —dijo Michael—. Caroline Marshall.

Josh dio otra calada a su cigarrillo.

—Qué horror —dijo, negando con la cabeza—. Lo siento, Mike. Qué horror.

Michael asintió con la cabeza. Tenía razón. Era un horror. Esa era la palabra, y lo sería siempre, por mucho tiempo que pasara, o por mucho que los recuerdos se disipasen. Pasó la mano por la parte superior de la cerca para sentir su realidad rugosa, la humedad de su madera en la piel.

—Lo siento —dijo—. No quería sacar el tema. En tu fiesta, digo.

Josh estiró el brazo y cogió a Michael del hombro, con más fuerza de la necesaria.

—¿Estás de broma? —dijo—. Anda, no digas tonterías. Y, además, no lo has sacado tú, lo he sacado yo.

Del otro lado del jardín les llegó un murmullo de voces. Algunos de los invitados habían pasado a la cocina.

—Si hay algo que podamos hacer —dijo Josh—, dínoslo. En serio. Por favor.

Michael asintió con la cabeza.

—Gracias.

Se abrió la puerta de atrás y se oyó más fuerte el parloteo de la fiesta.

—Tenemos que volver —dijo Josh, aplastando el cigarrillo y metiéndose la colilla en el bolsillo—. Por lo menos yo.

—No —dijo Michael, soltando la cerca—. Estoy bien, yo también voy.

Mientras cruzaban el jardín, Josh le volvió a tocar el brazo a Michael.

—¿Y a qué te dedicas, Mike? Para ganarte los garbanzos.

—Escribo —dijo Michael.

—¿Ah, sí? —dijo Josh—. ¿Has publicado algo?

—Un libro y demasiados artículos.

—¡Eh, está muy bien! —dijo Josh sin demasiado entusiasmo.

—¿Y tú trabajas para Lehmans? —preguntó Michael.

—Sí, en corretaje, sobre todo —dijo Josh, como si todo el mundo se dedicara a aquello—. Eh, oye, quiero presentarte a una persona. Es un viejo amigo mío de la universidad, Tony. Su mujer y él acaban de mudarse. Es editor.

Mientras se acercaban a la puerta de atrás apareció Samantha en lo alto de los escalones. Tenía una expresión tensa.

—¿Joshua? —le dijo, enseñando las palmas de la mano con gesto exasperado.

—¿Está ahí dentro Tony, cariño? —le preguntó Josh—. Quiero que conozca a Mike. Mike es escritor, ¿no te lo ha dicho?

En los años venideros, Michael pensaría a menudo que era sobre todo a

Tony a quien tenía que dar gracias por su amistad con los Nelson. O tal vez a quien tenía que culpar, teniendo en cuenta lo que sucedería a causa de aquella amistad. Si Tony y su mujer, Maddy, no hubieran estado aquel día en la fiesta, lo más seguro es que Michael nunca habría pasado de ser un vecino más de Josh y Samantha. Saludos matinales; conversaciones ocasionales por encima del seto que separaba el jardín comunitario de él del privado de ellos; vislumbres de los Nelson saliendo de un taxi por la noche, con la luz de una farola iluminándoles un momento la ropa antes de que se adentraran en las sombras.

Tal vez habría habido otras fiestas, y tal vez en una de ellas alguien habría desempeñado un papel parecido al de Tony aquella noche de noviembre. Pero Michael lo dudaba. Había inicios que tenían ventanas muy estrechas. Caminos múltiples de historias personales, psicologías y emociones que solo se cruzan una vez en la vida y nunca más. Al final, hay un momento para todo. Eso se diría Michael en los años siguientes, unas veces en busca de consuelo y otras veces lleno de pesar: que por mucho que intentara desenredar aquellos hilos, por mucho que intentara encontrar el origen en el tiempo de lo sucedido, no era capaz. Siempre había otro origen más allá, conectado por unos hilos finísimos pero conectado. El tiempo los había atravesado a todos —a él, a Caroline, a Samantha, a Josh, a Lucy y a Rachel—, y ellos no podrían haber hecho nada al respecto. Ninguno de ellos había decidido nada por maldad. Y sin embargo, todos juntos habían creado más oscuridad que luz.

A los demás residentes de South Hill Drive les costaba entender la amistad que tenían Samantha y Josh con Michael. Vista de lejos, resultaba al mismo tiempo improbable y desequilibrada. Él era un joven viudo, a quien el dolor había vuelto reservado; un freelance que flotaba a la deriva por las horas del día. Ellos una familia joven ajetreada por los ritmos de la vida y por los horarios y exigencias de las horas que compartían.

Pero no era el simple hecho de lo distintas que eran sus vidas lo que llevaba al resto de gente de la calle a comentar o cuestionar su amistad. Era también el ímpetu de su relación, la rapidez con que habían intimado después de la fiesta. Durante los siete meses siguientes, se habían implicado en sus vidas respectivas hasta un nivel que en amistades anteriores ninguno de ellos había experimentado hasta pasados varios años. Al cabo de pocas semanas, a Michael y a Josh ya se los veía regularmente saliendo por las mañanas a hacer footing en Hampstead Heath. Las niñas enseguida se acostumbraron a llegar a casa de la escuela y que Michael se reuniera con ellas en la cocina, tomara el té con Samatha o las ayudara con los deberes mientras su madre preparaba la cena. Samantha y él también quedaban mucho durante el día, en los cafés que bordeaban el Heath o en la cafetería de la Kenwood House. Tres o cuatro veces por semana, cuando Josh salía de la parada del metro de Belsize Park, un mensaje de texto le iluminaba a Michael el teléfono que tenía sobre la mesa: «¿Vienes a tomar una copa?». Para cuando llegó el día de Navidad, ya resultó natural que Michael fuera a comer a casa de ellos, llegando a su puerta de atrás todo cargado de regalos para las niñas y con una botella de champán para los padres. Todo esto dejaba perplejos al resto de vecinos de la calle, que seguían a través de las ventanas y los rumores su amistad acelerada. Lo que aquellos vecinos no acababan de entender, sin embargo, era que el origen de su sorpresa era al mismo tiempo su explicación. Era justamente por su novedad, por su falta de profundidad, por lo que Michael, Samantha y Josh habían investido a su reciente amistad de esa familiaridad que dan los años.

El invierno en que Michael los había conocido, el matrimonio de Samantha y Josh ya estaba siendo zarandeado por corrientes de fondo. Cada uno a su manera, y a pesar de haber conseguido en apariencia todo lo que querían, estaba quemado y decepcionado. En los dos últimos años aquella fragilidad interna había empezado a salir a la superficie. Michael descubrió que Josh, a

pesar de su afabilidad en público, se mostraba a menudo rencoroso y humillante con su mujer. Samantha, por su parte, respondía a los arrebatos de él con un silencio cada vez más profundo, un resentimiento arraigado que cada vez más se manifestaba en forma de desprecio exterior hacia Josh y su trabajo. Los dos bebían, Samantha en busca de consuelo y recompensa y Josh para redescubrir el optimismo de su juventud; para recordar los instintos y reflejos de cuando su vida era exactamente eso, suya. La primera vez que Michael los oyó discutir a través de la pared que su edificio compartía con la casa de ellos pensó que debía de haberles entrado un ladrón en casa. Pero enseguida reconoció el acento de Josh en los gritos contenidos y el tono de Samantha en las réplicas llorosas.

Tanto para Samantha como para Josh, Michael había aparecido en aquella fase de sus vidas como alguien desligado de sus pasados o de aquellas zonas de su matrimonio en las que se originaban sus ansiedades. No era un colega del trabajo de Josh ni un amigo de la universidad de Samantha ni tampoco un padre de la escuela de Lucy y Rachel. Carecía de asociación alguna con sus pasados, a diferencia del resto de sus conocidos comunes. Todos sus demás amigos habían sido amigos de Samantha o bien de Josh antes de serlo «de los dos». A menudo daba la impresión de que, en presencia de Michael, Samantha y Josh podían olvidarse del pasado de su matrimonio y al tiempo recordar lo mejor de sí mismos, y que era por eso, más allá de nada de lo que él pudiera aportar, por lo que le habían cogido tanto apego al hecho de tenerlo en su casa.

Asimismo, a Michael le sorprendía encontrar alivio en el hecho de que Samantha y Josh no hubieran conocido a Caroline. A Josh le parecía haber visto uno de sus reportajes estando en un hotel en Berlín, pero no estaba seguro. Lo que sí era seguro era que ninguno de los dos había llegado a conocerla en persona. Su muerte, para Samantha y Josh, era un dato más de la biografía de Michael. Algo con lo que él ya había llegado a su puerta junto con

el resto de su pasado, y no lo que los viejos amigos de Michael habían presenciado: una desgracia que le había caído encima. Para Samantha y Josh, la mujer de Michael solo había existido en la crónica que este hacía de ella. Cuando él les hablaba de Caroline, se sorprendía a sí mismo hablando de su vida, no de su muerte. Así pues para ellos no existía un «antes» de Caroline, solo aquel eco de su persona que seguía resonando en el hombre que estaba sentado a su mesa, no como ausencia, sino como parte de él.

En las primeras semanas de su amistad con Josh y Samantha, Michael comprendió que en vez de evitar las preguntas de los desconocidos, tal vez debería haber estado buscándolas desde el principio. En la falta de familiaridad de los Nelson con Caroline había descubierto no solo una anticipación de cómo iba a ser su vida en los años venideros, sino también de cómo había sido antes de que ella muriera, e incluso —y al pensar esto lo acometía una punzada de culpa— de cómo había sido antes de ella.



—¿Michael Turner? ¿El mismo Michael Turner que escribió *Hermanos de barrio*?

Tony le estrechó la mano a Michael con más fuerza cuando este le contestó que sí, que él era el autor de *Hermanos de barrio*.

Después de que Michael y Josh volvieran a entrar en la fiesta, Michael le dijo a su anfitrión que se lo había pensado mejor y que se tenía que ir ya. Josh le insistió en que se quedara. Tenía que conocer a Tony, le dijo. Acababa de asumir el control de la rama digital de una editorial de Londres. Le iba a encantar, era un tipo estupendo. Josh lo conocía desde segundo de carrera. Michael era escritor y Tony editor. Así que tenía que conocerlo sí o sí. Con la mano una vez más en el hombro de Michael, Josh lo condujo de vuelta a las conversaciones y las copas de la sala de estar.

Tony Epplin era un tipo alto con una calva incipiente y mejillas hundidas de corredor de fondo. Cuando le presentaron a Michael, a quien Josh describió como «nuestro vecino escritor», él le dio la mano con cortesía pero también con cautela. Cuando oyó el nombre de Michael, sin embargo, su expresión mostró una vitalidad nueva.

—Un placer conocerte —dijo, soltando por fin la mano de Michael—. Tu libro es magnífico. Me encantó, en serio.

—¿Os conocíais? —preguntó Josh, mirando a Tony desde su posición intermedia.

—Sí —dijo Tony—. Bueno, no. No en persona. Pero su libro sí lo conozco, ya lo creo. Fue un gran éxito. Lo conoce todo el mundo.

A Michael le pareció ver un vislumbre de la dinámica adolescente de ambos en la reacción de Josh. Sonriendo y asintiendo con la cabeza, este se giró para mirar a Michael como si acabara de verlo por primera vez:

—¿Ah, sí? ¿En serio? ¡Deberías habérmelo dicho!

A Michael le dio la impresión de que Tony había tenido siempre unos gustos a los que Josh aspiraba, tal vez desde aquellos primeros años en la universidad en que se habían conocido.

—¡Eh, Maddy! ¿Maddy?

Una mujer igual de alta que Tony se giró hacia ellos. Era la primera vez que Michael la veía, pero aun así le resultó familiar; había conocido a muchas mujeres parecidas a ella en Manhattan, en cócteles del Upper East Side o bien engalanadas con sus vestidos de noche en el Met. Tenía un cuello muy fino y unas patas de gallo que por alguna razón reflejaban más sabiduría que edad.

—¿Maddy? ¿Puedes venir un momento? —le dijo Tony—. Adivina a quién tiene Josh de vecino.

Maddy se acercó, apartando los cuerpos que la separaban de ellos con suaves toquitos de las yemas de los dedos en las espaldas. Llevaba muchos

anillos, la mayoría de oro, con esmeraldas y amatistas incrustadas. Michael vio que Samantha la seguía con la vista por encima del hombro de otro invitado. Parecía alerta, lista para intervenir a la menor señal de problemas.

—Te presento a mi mujer, Maddy —dijo Tony—. Maddy, este es Michael Turner —continuó, poniéndole una mano en el hombro a Michael—. El tipo que escribió *Hermanos de barrio*.

—Oh —dijo ella, ofreciéndole su mano—. Sí. Qué libro tan maravilloso. —Hablaba en tono pausado, natural y tan dueño de sí mismo como su belleza—. ¿No estaban adaptándolo al cine?

Mientras Tony y Maddy le comentaban lo mucho que les habían gustado ciertos pasajes de *Hermanos de barrio*, y le contaban que en una ocasión Tony se había pasado de largo la parada del metro por ir leyéndolo, Michael fue consciente de que el interés de la sala se concentraba en torno a su conversación. Tony tenía una voz fuerte y confiada que se imponía sobre el resto de las conversaciones. La atención que le estaba prestando a Michael empezó a llamar la atención de los demás invitados. En la curiosidad de las preguntas de Tony y Maddy, y en las ondas expansivas que transmitían al resto de la fiesta, Michael sintió la resonancia del éxito que le habían reportado las vidas de Nico y Raoul.

Samantha se les unió. Con el rabillo del ojo Michael vio que Josh se giraba para decirle algo al oído. Ella le pasó un brazo por la cintura y le dio un pellizco como felicitándolo por su descubrimiento.

—¿Cómo los conociste? —le preguntó Tony, arrugando la barbilla en gesto de interés profesional—. ¿Fue un encargo?

Josh los dejó para ir a buscar un par de copas. A su regreso le trajo a Michael otra copa de vino. Michael se la agradeció, dio un sorbo y se puso a contarle a Tony su primer viaje al parque de Inwood Hill, cómo había conocido al policía de Dykeman y la historia que este le había contado sobre

los dos hermanos que habían dejado la calle Arden inundada de cristales rotos y alarmas de coches.

—Creo que fue el nombre de la calle —dijo Michael cuando Tony volvió a preguntarle por qué había elegido aquella historia en concreto—. Me parecía muy incongruente. Y al mismo tiempo adecuado, supongo.

—¿Por qué? —le preguntó Maddy por encima del hombro de su marido.

—No lo sé. La palabra Arden siempre me ha recordado al bosque de *Como gustéis*. Un entorno transgresor, un lugar donde romper las reglas. —Se rió de sí mismo—. Un poco tomado por los pelos, ya sé, pero bueno.

—¡Las historias engendran historias! —dijo Tony, girándose hacia Maddy—. ¿No es lo que digo yo siempre? Las historias engendran historias. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Maddy cerró los ojos y asintió con la cabeza de forma apenas perceptible para confirmar la afirmación de su marido. Cuando volvió a abrirlos, se puso a mirar directamente a Michael. La mirada de ella lo hizo sentir adolescente.

Pronto Josh y Samantha empezaron también a hacerle preguntas. Los dos habían vivido en Nueva York de jóvenes. Josh había vivido en Nueva Jersey y luego había cruzado el río hasta el Upper West Side, mientras que Samantha había estudiado en la Parsons, al sur de Manhattan. A Michael le sorprendió el hecho de que ella conociera muchas de las calles que él mencionaba. ¿Cómo había llevado a cabo su investigación?, le preguntó ella. ¿Y la policía no lo había acusado nunca de estar implicado?

Otro de los invitados —Janera, la joven abogada— intervino para explicar que los periodistas —y por tanto suponía que los escritores también— tenían derecho a no revelar sus fuentes. Michael no estaba convencido de que esto hubiera podido aplicarse a su relación con Nico y Raoul, pero no dijo nada y dejó que la conversación siguiera su curso. Cuando Josh le preguntó en qué estaba trabajando ahora, Michael le dijo que estaba escribiendo sobre Oliver

Blackwood. El invitado mayor del blazer dijo que él había conocido a Oliver en la universidad.

—Por entonces ya era un capullo tocapelotas —dijo.

Tal vez fuera la bebida, o simplemente el alivio de que por fin le hubieran hecho la pregunta que llevaba tanto tiempo temiendo, pero a medida que la conversación se abrió a más temas —Oliver, la neurociencia, otros libros y escritores— Michael, arropado en el embrollo de conversaciones, y bajo aquella luz crepuscular que bañaba la sala, sintió que algo cedía en su interior. Fue un deslizamiento sutil, nada más que una astilla que se desprendía de un acantilado. Y sin embargo, era un movimiento, algo que caía. Seguía estando muy lejos de sentirse cómodo en aquel ambiente. En Nueva York, en una reunión como aquella, siempre había pensado que la energía de la ocasión provenía de las preguntas. Siempre había estado rodeado de gente preguntando, buscando. La efervescencia de sus interrogatorios siempre le había hecho sentirse cómodo y le había restado ansiedad a sus horizontes sin respuesta. Aquel día en casa de los Nelson, sin embargo, la fiesta parecía estar integrada por gente que ya había encontrado sus respuestas. Lo que fuera que pretendían descubrir, ya lo tenían. Su búsqueda había finalizado y, en consecuencia, Michael se sentía un muchacho en su presencia, igual que ya le había pasado bajo la mirada de Maddy.

Siguió atendiendo a sus preguntas, dando a Tony, a Josh y a Janera las respuestas más completas que podía. Llevaba meses sin hablar tanto. Y mientras hablaba, no paraba de añadirle mentalmente a sus palabras lo que él imaginaba que Caroline habría dicho de estar allí presente. Y luego también lo que habría dicho más tarde, mientras caminaban juntos de regreso a casa o se metían en la cama; sus comentarios sobre la gente a la que habían conocido. Cómo los habría descrito, juzgado e imitado; la pose imperial de Maddy, el estilo de anfitrión ansioso de Josh.

Siempre que Michael pensaba así en Caroline, proyectando su pasado sobre un presente imposible, y por mucho que le costara visualizarla, siempre se imaginaba su voz con claridad. Incluso ahora, por debajo del barullo de conversaciones de la sala de estar de los Nelson, la oía, como una corriente subterránea pasando por debajo de una ciudad. Su risa. Aquel acento suyo que era como una golondrina migratoria, su forma de susurrarle en el oído que era hora de marcharse.

La mañana en que ella se había ido a Pakistán, Michael no la había visto marcharse. El taxi había llegado a las cuatro de la madrugada. Él había querido levantarse con ella y despedirse con un beso en la puerta, pero Caroline se vistió sin despertarlo, así que él no se enteró de que su mujer se estaba marchando hasta sentir un beso en la frente y oír que le decía en voz baja: «Te veo en un par de semanas, cielo». Y así fue como se marchó.

La puerta de Coed-y-Bryn se cerró y el taxi maniobró sobre el camino de grava. Luego, mientras Michael se daba la vuelta también bajo el edredón, el ruido del motor impregnó la madrugada antes de alejarse por entre los setos. Así fue como ella lo dejó. Con palabras y ruidos. Tal vez eso explicara por qué ahora, mientras escuchaba a medias a Tony contando otra anécdota, Michael seguía oyendo la voz de Caroline con tanta claridad. Porque era lo último que había sabido de ella, y por tanto era lo último que retenía de ella.

Pero por mucho que la voz de Caroline estuviera en la misma sala que Michael, ella no estaba. Por primera vez desde su muerte, allí de pie en medio de la fiesta, Michael se sintió solo. No en el sentido de que le faltara ella, sino solo, sin más. Igual que puede sentirse un hombre soltero o un hijo único. Un único superviviente. Y esto, se dio cuenta Michael mientras se desvestía aquella noche para meterse en la cama, era lo que había sentido que se le movía por dentro. Algo se había aflojado en su recuerdo de ella, en su dependencia. Y por eso, allí de pie en medio de su sala de estar y hablando

con sus amigos, se había sentido tan inundado de gratitud hacia los Nelson. Hacia Lucy y sus muñecas, hacia Rachel y sus dibujos, y también hacia los padres de las dos niñas, Josh y Samantha, por haberlo invitado a su hogar.

Michael caminó hasta un escritorio situado en la esquina de la sala de estar. En él había un montón de libros de arte con un pisapapeles encima, de cristal y con una mariposa azul suspendida dentro. Al lado de los libros había una lámpara de biblioteca con la pantalla verde. Por lo que recordaba, aquel era el escritorio donde Josh había dejado el destornillador cuando él se lo había prestado. Michael miró alrededor de los libros de arte y debajo de la lámpara. Ni rastro del destornillador.

Igual que el resto de la sala, el escritorio estaba en exposición más que en uso. Michael echó un vistazo al resto de superficies; las mesillas de los lados del sofá, las librerías y el arcón del centro de la sala. El destornillador no estaba por ninguna parte. Lo único que había eran las esculturas, fotografías, pinturas y libros que ilustraban la vida de los Nelson. La luz del sol que traspasaba las cortinas iluminaba lentos remolinos de aire. Un coche suspiró calle abajo. Más lejos, en otra calle, una furgoneta que vendía helados se puso a emitir una versión enlatada de «London Bridge is Falling Down».

Michael no quería ponerse a abrir cajones ni a rebuscar en los armarios de debajo de los estantes. Tenía las manos sucias y dejaría huellas. Volvió a mirar la hora. El florete roto era el único que tenía con empuñadura francesa, y su instructor, Istvan, le había dicho específicamente que lo llevara esa semana. Volvió al escritorio y abrió el cajón tirando del asa con el meñique. Dentro había una libreta, un rollo de cinta adhesiva y dos talonarios antiguos. Cerró el cajón.



Las clases de esgrima se las había sugerido la psicóloga que le habían asignado en Chepstow para ayudarle a superar la muerte de Caroline. Al principio Michael se había resistido a la idea. La idea de que pudiera quitarse el dolor sudando como si fuera una fiebre le pareció tosca y en cierto sentido desleal. En aquella fase todavía le consumía el ansia de denunciar públicamente a quienes habían matado a Caroline y sus energías estaban canalizadas a saciar su rabia en vez de aplacarla. Pero al marcharse de Coedy-Bryn se acordó de lo que le había dicho la psicóloga y sacó de debajo de las escaleras la bolsa donde tenía el equipo de esgrima, intentando no acordarse de cuándo era la última vez que lo había abierto.

—Te puede ir bien —le había dicho ella mientras preparaba café para los dos en su despacho de detrás de la biblioteca—. Y no hablo solo del ejercicio —le dijo, llevando las dos tazas a la mesa a la que estaban sentados—. También el retomar una actividad del pasado. —Le acercó una de las tazas—. De antes.

Michael había encontrado el club de esgrima en Internet, un grupo pequeño pero entregado de practicantes, principalmente con espada y florete, que se reunía dos veces por semana en el polideportivo de una escuela de Highgate. La primera sesión a la que había asistido él tuvo lugar en una noche tempestuosa de finales de octubre. Las hojas caídas sepultaban los bordillos o bien se arremolinaban en las aceras. El polideportivo, en contraste con la noche de fuera, estaba iluminado por tubos fluorescentes que zumbaban en el techo. El equipo de Michael estaba enmohecido y sus brazos y piernas oxidados, apenas recordaban los movimientos de su juventud. Pero la psicóloga tenía razón. Durante unos segundos, y hasta unos minutos, consiguió olvidarse. Durante unos momentos preciosos, las partes de su mente y de su pecho que llevaban tiempo oprimidas por la muerte de Caroline se relajaron.

Por primera vez desde que Peter lo había visitado aquella tarde, tuvo la sensación de que podía respirar hasta llenarse los pulmones. De manera que Michael no solo regresó a la semana siguiente, sino que desde entonces no se había saltado ni una clase, y había encontrado una forma de liberación en la rejilla de su máscara, en la expectación y el repiqueteo de los combates y en el dolor de los muslos y antebrazos. Un acto que no pertenecía ni al pasado ni al futuro, sino que era puro presente.



Michael le había prestado a Josh el destornillador hacía un par de días. La noche antes a Josh se le habían roto las gafas. Estaban todos sentados en la cocina después de cenar, con los restos de una lasaña en el centro de la mesa y unas copas donde se veían las marcas que había dejado el vino de una botella de tinto. Tras una ronda de besos, las niñas se habían ido a la cama. Después de acostarlas, Samantha había vuelto con Michael y Josh a la cocina, donde una vez más habían acabado hablando de Nueva York, una ciudad que habían descubierto que compartían doblemente, como lugar donde habían vivido los tres y también como recuerdo.

—Pero ¿adónde han ido a parar todos? —dijo Samantha, colocando un trozo de brie sobre una galleta salada—. Eso quiero saber yo.

Josh estaba enfrascado en sus gafas, intentando ajustar un tornillito de su fina montura.

—¿Qué quieres decir con «ido a parar»? —dijo, sin levantar la vista—. Pues a refugios, albergues, habitaciones que les han dado.

—Pero ¿cómo sabemos eso? —le replicó Samantha—. ¿Cómo sabemos que no los han expulsado a todos a Nueva Jersey o al Bronx?

—Pues porque si los hubieran mandado allí —Josh levantó la cabeza para

mirar a su mujer—, estoy seguro de que Nueva Jersey y el Bronx habrían puesto el grito en el cielo.

—Si él les hubiera pagado lo bastante, no.

Josh negó con la cabeza y volvió a examinar la montura de sus gafas. Se había puesto para estar por casa una camisa holgada que tenía un costado del cuello ajado por las atenciones de los dedos de Lucy. Estaba cansado y se le notaba.

—Tienes que admitirlo —dijo Michael, levantando la vista de un ejemplar de *Vanity Fair* que había estado hojeando—. Pasó muy deprisa. Cuando yo me mudé allí, la gente seguía llamando a Bryant Park «el Parque de los Yonquis», ¿os acordáis? Luego, en cuestión de meses, ya estaban proyectando allí películas y montando ferias de Navidad.

—Pues eso digo yo —dijo Samantha, dando unos golpecitos en la mesa—. Demasiado deprisa. Giuliani no es tonto. Se dio cuenta de que lo único que importaba era sacarlos de las calles de Manhattan, y quizá también de Brooklyn. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Mierda.

Josh asomó la cabeza por debajo de la mesa. Al lado de su plato tenía una lente cóncava.

—Se ha caído el puto tornillo —les dijo desde abajo.

Samantha negó con la cabeza y se acabó su vino.

—¡Lo tengo!

Josh volvió a incorporarse, con la cara roja. En la punta del dedo índice tenía apoyado un tornillito en miniatura. Por un momento nadie dijo nada. Michael volvió a su revista mientras Samantha se ponía de pie y empezaba a despejar la mesa. Josh encajó la lente suelta en la montura y trató de meter dos veces la rosca del tornillo en su sitio. Las dos veces se le cayó encima de la mesa.

—Yo tengo un destornillador que te irá bien —le dijo Michael después del segundo intento—. En mi caja de las hojas de esgrima. Es magnético.

—Anda, mira el James Bond —dijo Samantha desde el lavaplatos.

—Gracias, Mike, me harías un favor. —Josh empujó su silla hacia atrás—. No tengo tiempo para... —siguió diciendo mientras salía de la cocina.

—Yo puedo llevártelas a... —empezó a decir Samantha.

—Te he dicho que no hace falta, Sam —la interrumpió Josh, levantando la voz desde el pasillo—. No nos pongamos dramáticos. Ya las arreglaré mañana.

Al día siguiente Michael llamó temprano a la puerta de los Nelson. Sabía que las niñas estarían desayunando en la cocina y que si aparecía por la parte de atrás de la casa solo le supondría a Samantha un contratiempo más para darles el desayuno y vestir las para la escuela. Fue Josh quien salió a abrir. Acababa de ducharse y todavía tenía húmedo el pelo de encima de las sienes. Llevaba una camisa planchada en la tintorería, corbata roja y zapatos lustrados. Con unas gafas desconocidas y la cara recién afeitada, parecía el hermano menor del hombre con el que Michael había cenado la noche anterior.

—Para tus gafas —le dijo Michael, enseñándole el destornillador.

Su tamaño en miniatura y su mango amarillo transparente hacían que pareciera un juguete de esos que vienen de regalo en los paquetes de golosinas.

—Ah, gracias, Mike —dijo Josh aceptándolo. Señaló la toalla que llevaba Michael echada al hombro—. ¿Vas a nadar?

—Sí, se me ha ocurrido —dijo Michael—. Ya que estoy despierto. Así llego antes que nadie.

—Pues afortunado tú, qué otra cosa puedo decir —dijo Josh mientras entraba en la sala de estar.

Desde el umbral, Michael podía ver el borde del escritorio de la sala de

estar, con las gafas de Josh plegadas en una esquina. Josh dejó el destornillador al lado de las gafas y volvió al pasillo. Desde la cocina, Samantha saludó a Michael con la mano sin decir nada. Estaba de pie frente a la encimera, llenando un par de cuencos de leche. Michael levantó la mano para devolverle el saludo, pero el ruido de una cuchara contra la mesa ya había desviado la atención de ella.

—Lucy, por favor —la oyó decir Michael mientras la perdía de vista.

—Bueno, te veo luego —le dijo a Josh.

—Sí, nos vemos, Mike —le contestó Josh, cerrando la puerta—. No nades demasiado.

De aquello hacía dos días. Michael llevaba desde entonces sin ver a Josh ni a Samantha. Las últimas dos noches Josh se había quedado trabajando hasta tarde. Y Samantha, por lo que recordaba Michael, se había ido el viernes por la mañana a pasar el fin de semana a un balneario con su hermana, Martha. Por lo que él tenía entendido, era un viaje que Martha había decretado más que ofrecido. Junto con varias amigas de Samantha, a Martha se le había ocurrido que su hermana pequeña necesitaba tomarse un descanso. Salir de la ciudad unos días. Josh y ella llevaban un tiempo con problemas. No hablaban nunca del tema cuando Michael los visitaba, y Josh casi nunca compartía detalles de su matrimonio cuando los dos amigos salían a hacer footing por el Heath. Pero ya hacía semanas que Michael había detectado los temblores superficiales de un seísmo más profundo. La última vez que habían cenado todos juntos, la noche en que a Josh se le habían roto las gafas, Michael lo había notado en la atmósfera, y también lo habían sentido las niñas en el tono de voz crispado de su padre. En Samantha, Michael no había percibido cambio exterior alguno. Josh y ella habían discutido por la cena, pero no más de lo habitual, y ella había mostrado la misma firmeza con que siempre defendía sus argumentos al conversar.

Pero cuando no estaba hablando, cuando no hacía más que mirar y escuchar, era cuando Michael la había visto más frágil que nunca. Su piel había perdido el brillo y tenía los músculos de la mandíbula tensos. El más ligero contacto en el sitio equivocado, pensó Michael aquella noche, bastaría para que se resquebrajara toda.

Al final fue con Samantha con quien más había hablado Michael durante aquella primera fiesta de noviembre. Aparte del puñado de preguntas que le había hecho al principio, ella básicamente había guardado silencio mientras él hablaba de *Hermanos de barrio* con Tony, Maddy y los demás. Alerta y a la escucha, pero callada. A medida que la fiesta empezaba a vaciarse, sin embargo, Samantha se había quedado en el salón para despedirse, como si no quisiera separarse de Michael, ni tampoco hablar demasiado con nadie antes de volver a hablar con él. Al final Tony y Maddy también se habían marchado; Tony había ayudado a su mujer a ponerse un grueso abrigo de piel y habían salido detrás de otra pareja al crepúsculo invernal de la calle.

La marcha de aquellos dos tuvo algo de despedida regia. Samantha los besó en las mejillas, pero con una formalidad que contrastaba con la efusividad exagerada de Josh, que había abrazado a Tony, había cogido a Maddy por los hombros y le había dicho: «Ha sido fantástico veros. En serio, hacía demasiado que no nos veíamos. Demasiado». Maddy asintió con la cabeza y los ojos cerrados y absorbió su entusiasmo con una sonrisa benévola.

Cuando Josh los acompañó hasta la puerta, Samantha y Michael se quedaron a solas en la sala. Samantha dejó su copa, caminó entre las lámparas de las mesillas y las encendió. Parecía distraída y tensa. Les llegó la voz de Tony a través de las ventanas. «Si tú lo dices, Josh —dijo con una risotada—. Pero ¡me lo creeré cuando lo vea!» Samantha corrió las cortinas.

—¿Café? —le preguntó ella mientras encendía una lámpara de mesa situada junto a un sillón de brazos.

—Sí —respondió Michael, sorprendido por las pocas ganas que tenía de irse—. Gracias.

Se bebieron sus cafés en el sofá.

—Pues le has caído muy bien a Tony —dijo Samantha, sacándose los zapatos de tacón y metiéndose los pies enfundados en medias por debajo de los muslos.

Se puso un cojín sobre el vientre y se lo dejó allí, como si fuera un bebé, bien pegado a ella.

—Le ha gustado mi libro —dijo Michael—; eso no quiere decir que le haya caído bien el autor.

Samantha se mostró de acuerdo con una sonrisa fatigada.

—Bueno, da igual, tienes suerte. A Tony no le cae bien mucha gente. —Dio otro sorbo de su café y añadió—: Se vanagloria de su buen gusto.

Dijo la última palabra como si le supiera amarga.

—Josh ha dicho que se conocen desde la universidad, ¿verdad?

—Sí. Tony fue nuestro padrino de boda.

Ella cambió de posición, acercándose más a Michael. Él se sentía algo mareado por el vino y se dio cuenta de que ella también debía de estar más que un poco borracha.

—Josh siempre ha admirado a Tony —dijo ella. Y de pronto se rió—. ¡Se le nota por los cuatro costados!

—¿Y Maddy? —preguntó Michael—. ¿También hace tiempo que la conocéis?

Samantha enarcó una ceja.

—No. No, a Maddy hace menos. Es su segunda mujer. Aunque eso sí —añadió, como si le estuviera reconociendo los méritos a una rival—, ella ya va por el tercer marido.

—Impresionante —dijo Michael, como si más que impresionante le

pareciera imposible.

Ahora que Caroline ya no estaba, él no se podía imaginar la existencia de una segunda mujer, mucho menos de una tercera. El matrimonio le parecía un recurso finito, un mineral escaso que él ya había agotado con la marcha de Caroline.

—Tiene que ser maravilloso —dijo Samantha.

Michael levantó la vista y vio que ella lo estaba mirando fijamente. Ahora tenía una sonrisa distinta, como si estuviera orgullosa de él.

—Vivir de tu escritura. Vivir de lo que te gusta hacer.

Él énfasis con que lo había dicho sugería que a ella le resultaba una idea tan imposible como a Michael el tercer matrimonio de Maddy.

—Puede serlo —dijo él—. Pero a menudo no lo es. Ser tu propio jefe, no sé, no siempre te da libertad.

Samantha lo miró como si él no la hubiera entendido.

—Tal vez —dijo ella, apartando la vista para mirar las librerías que había por toda la sala.

La lámpara de mesa que tenía al lado le iluminaba el vello de la mejilla y de encima del labio. Llevaba unos pendientes de diamante pequeños y pulcros.

—¿Qué te gustaría a ti? —le preguntó él—. ¿Qué te gustaría hacer, quiero decir?

—¿Qué me gustaría hacer a mí? —dijo ella, riendo—. Caray, por dónde empiezo.



Aquella noche Samantha le contó que sus padres se habían divorciado cuando ella tenía ocho años. Desde entonces, había dedicado la mayor parte de las vacaciones de su internado de Sussex a viajar para visitarlos a los dos. Su madre se había casado en segundas nupcias con un médico de Nueva York y

eso había llevado a Samantha a pasar toda una serie de veranos y navidades en Montauk y Vermont. Aquellos habían sido los escenarios de sus experiencias adolescentes. En una playa ventosa a los pies de un acantilado y en compañía de un surfista, con el vello del vientre rebozado de sal. En cabañas del bosque desdibujadas por los abetos y la nieve. Beberse su primera cerveza mientras se comía un bocadillo de carne de langosta y ver cómo los vagones de cola del tren de Amtrak se alejaban traqueteando de Manhattan en dirección al final de la línea de Long Island.

Aunque entre los ocho y los dieciocho años estuvo visitando muy a menudo la Costa Este, la verdad era que Samantha apenas pisó Manhattan. La ciudad era su punto de llegada y de partida, pero nada más. Unas cuantas tardes recorriendo los escaparates de la Quinta Avenida en invierno y otras cuantas en el luminoso y asfixiante zoo de Central Park en verano. Un total de veinte días, la mitad de calor intenso y la otra mitad helados.

—Supongo que es por eso que elegí la Parsons —dijo ella, descruzando las piernas, pero sin dejar de abrazarse el cojín contra el vientre—. Quiero decir que podría haber ido a otra universidad que estuviera más cerca de casa. La Central Saint Martins, el Kensington and Chelsea College... Supongo que a Oxford o a Cambridge no. No creo que allí impartan fotografía, ¿verdad? Pero bueno, esa no es la cuestión. Yo estaba decidida. Era Nueva York o nada. —Negó con la cabeza—. Dios, mis pobres padres. Menudo coñazo debí de ser para ellos.

Su deseo adolescente se había visto espolcado no solo por sus vislumbres de Manhattan, sino también por las visiones ajenas. Por la obra de Nan Goldin, Robert Frank o Garry Winogrand. A través de las lentes y encuadres de aquellos fotógrafos, Nueva York se había convertido para ella en un calidoscopio de actividad, en un torbellino de humanidad y construcciones. Durante su primer año en la Parsons se había dedicado a seguir sus ejemplos,

a pasar días enteros sumergida en el olor químico del cuarto oscuro. Un día, sin embargo, a finales del semestre de verano, dio un paso atrás para contemplar sus copias en papel fotográfico colgadas con pinzas y bañadas en la luz de la bombilla roja y se dio cuenta de que no tenía nada nuevo que decir ni que ver. Tenía veinte años y era el primer descubrimiento que llevaba a cabo de su yo adulto, fuera del bar o del dormitorio.

—Fue una suerte, en cierta manera —dijo, soltándose el pelo. Se pasó la mano por él y se deshizo un nudo con los dedos, como si estuviera separando los hilos de un telar—. O sea, hay gente que se pasa la vida entera sin darse cuenta. Imagínate pasar años y años haciendo mierda y sin saberlo.

—Esas fotos del pasillo —dijo Michael—, las has hecho tú, ¿no?

Samantha se lo quedó mirando como si él estuviera intentando pillarla en plena mentira.

—Sí.

—Pues no son una mierda —dijo él—. Son buenas.

Ella asintió lentamente, concediéndole aquello.

—No son malas. Pero a eso me refería. No las habría hecho si no me hubiera dado cuenta antes de que nada de lo que estaba haciendo era original. En serio que no lo era. Era terrible. Supongo que esas están bien. Pero es por eso por lo que están en la pared. Porque eran las únicas buenas que había.

En su último año Samantha tuvo que entregar dos proyectos de fin de curso. Al primero le puso como título *Elegir*. Se pasó tres semanas sentada en un establecimiento de comida para llevar del Midtown, entre Lexington y la Tercera. Llegaba temprano y se instalaba en una mesa que había al lado de las neveras de bocadillos, que ocupaban una pared entera, con los compartimentos bañados en luz blanca. Sacaba del bolso una novela para leer y se dedicaba a esperar, rodeada por las avenidas inundadas de tráfico del Midtown, y a pulsar con el pulgar por debajo de la mesa el botón del cable del disparador.

En una sola hora del almuerzo podía sacar hasta cincuenta o sesenta fotografías, gracias a que los ruidos del local tapaban el arrastre y el clic del obturador. Casi todas estaban mal encuadradas, y las hojas de contactos le salían llenas de barbillas y de coronillas. Pero a veces conseguía captar una cara entera; rasgos y tonos de piel del mundo entero, de todos los extractos sociales, de lo más bajo a lo más alto. Y todas las caras miraban el resplandor de aquellas neveras. Todas con expresiones pensativas, confusas y a veces hasta maravilladas, como si en vez de una nevera estuvieran contemplando un arca.

Para su segundo proyecto, *Espejismo*, Samantha salía de la ciudad para verla desde fuera. Una vez o dos por semana, después de pasarse el día entero en el local de comida para llevar, cogía la línea A del metro en dirección este, hacia Queens y Jamaica Bay. Con un trípode sujeto a la mochila, salía a caminar por las marismas de agua salobre y se pasaba el atardecer allí en cuclillas, encuadrando el skyline dentado de Manhattan por entre las hojas y los matorrales, mientras los aviones le pasaban por encima para aterrizar en el aeropuerto Kennedy y las bandadas de aves acuáticas cruzaban el cielo.



—Allí fuera volví a enamorarme de la ciudad —dijo ella, haciendo sitio a Lucy para que se sentara con ellos.

Lucy se acurrucó contra su madre, encajándose en las curvas de su cuerpo, y a continuación agachó la cabeza y se puso a pasar las páginas de un libro ilustrado mientras se chupaba el nudillo del dedo índice. Samantha le puso una mano en la barriga a su hija y la atrajo hacia sí, igual que había hecho con el cojín.

Los colegas de Josh ya se habían marchado y Michael era el último invitado que quedaba. También había estado a punto de irse, pero entonces Josh les

había traído un par de copas más, un Baileys para Samantha y un whisky para él. De forma que se había quedado y Samantha había seguido hablando. Mientras ella hablaba, Michael oyó a Josh en la cocina, cargando el lavavajillas y encendiendo la radio. Del piso de arriba venían las voces de un DVD, las conversaciones animadas de una película de Disney.

—Se veía... —Samantha frunció el ceño y volvió a negar con la cabeza—. Caray, llevaba una eternidad sin pensar en esto.

—Se veía ¿el qué? —preguntó Michael.

—Manhattan. Desde las marismas. Se veía, no sé... Vulnerable. Pequeño. Supongo que era lo que yo buscaba. Buscaba que se viera como unas ruinas incas o algo parecido.

—¿Ah, sí?

—Quizás.

—¿Y qué pasó?

—¿Pasó?

—O sea, ¿por qué lo dejaste? Lo dejaste, ¿no?

Samantha se rió.

—Me comprometí. Eso pasó. —Miró a Lucy y le acarició la cabeza. Lucy no levantó la vista de su libro—. ¿Por qué no vas a ver la película con Rachel, cielo? —dijo Samantha—. Es *Buscando a Nemo*. Esa te gusta, ¿no?

Sin decir palabra, Lucy se bajó del sofá y se fue con su hermana. Mientras se iba, Michael hizo un gesto hacia ella.

—Pues no te salió tan mal, ¿no?

—Uy —dijo Samantha—. Con Josh no. Eso fue años después. Me comprometí con Ryan. —Soltó un corto resoplido de burla—. Ryan McGinnis.



Había noches de su último año en la Parsons en que Samantha volvía a casa de

Queens, o bien de una sesión en su cuarto oscuro, y se encontraba una nota en la mesa del apartamento que compartía en MacDougal: «¿Noche de Bolsa?». La nota se la había dejado alguna de sus dos compañeras de piso. Y de vez en cuando Samantha les dejaba la misma nota a ellas. La expresión había acabado siendo una broma privada entre ellas, establecida unas semanas después de que se fueran a vivir juntas. Pero desde entonces se había convertido también en un estilo de vida, una vía de escape. Las tres eran estudiantes de arte, jóvenes y atractivas, y vivían en el sur de Manhattan. Pero también estaban sin blanca, y los interiores de las coctelerías y los restaurantes del índice Zagat frente a los cuales pasaban a diario les estaban más que vedados.

—Era terrible, en serio —dijo Samantha, negando con la cabeza al acordarse—. Si Rachel o Lucy hicieran algo así yo me pondría furiosa. Pero por entonces nos parecía justo. O sea, si ellos bajaban al sur de la isla de safari, ¿por qué no podíamos nosotras ir también un poco de caza? Al menos era así como lo veíamos.

A menudo los hombres a los que elegían también eran poco más que chavales. Recién licenciados que trabajaban en los escalafones más bajos de Wall Street. Las tres —Samantha y sus compañeras de piso— se pateaban kilómetros enteros por la ciudad todas las semanas. Una de ellas, una chica llamada Jade, de Ohio, había representado a su estado en las categorías infantiles de natación. Tenían cuerpos firmes y buenas piernas. De manera que no les costaba llamar la atención.

—Un vestido corto de Century 21, arquear la espalda y tacones altos. Es patético, sí, pero no hacía falta más. Nosotras lo veíamos como un trabajo más, supongo. —Hizo una pausa y bebió un poco de Baileys—. Y creo que ellos también.

Los hombres les pagaban las copas y la cuenta. A veces, en aquel último año, también las drogas. A cambio, Samantha y sus compañeras de piso les

dedicaban su atención. Hacían como que se sentían atraídas. Pero nada más. La mayor parte de las Noches de Bolsa terminaban cuando una de ellas levantaba un brazo como si estuviera haciendo de juez de carrera y las tres se subían a un taxi, con las tarjetas de visita de ellos y sus números de teléfono apuntados en el bolso. De vez en cuando, sin embargo, se subían cuatro cuerpos al taxi en vez de tres, señal de que una de ellas había cerrado una venta más importante en el mercado de valores.

Con treinta y un años, Ryan McGinnis aspiraba a la dignidad de la mediana edad de la misma manera que sus colegas mayores deseaban poder recuperar la juventud. Después de tres años trabajando como corredor de divisas para JP Morgan, era propietario de un apartamento en el Upper East Side y de una casa de cinco dormitorios de antes de la guerra civil en Greenwich, Connecticut. Al conocer a Samantha, Ryan se había sentido atraído por su acento y por la forma de su cuello, pero también por sus conocimientos de arte y de Europa. Tres veces por semana él se entrenaba en un gimnasio con vistas a Central Park, mezclando en el vestuario creatina con sus bebidas de proteínas. Se afeitaba el pecho y tenía un pack de cedés de *Autoaprendizaje de italiano* en la estantería del dormitorio. Hacía reír a Samantha y la miraba de una forma que ella se sentía codiciada.

A diferencia de los demás hombres a los que Samantha se había llevado a casa en sus Noches de Bolsa, Ryan quiso más. En cuestión de semanas después de que él la invitara a un French 75 en la azotea del bar 60 Thompson, colocándose delante como un ajedrecista que hace un jaque mate, la vida de Samantha cambió. Se dio cuenta de que le iba a resultar imposible vivir en Nueva York sin sentir la estela del dinero fluyéndole por las venas, sin escaparse de su calor residual o de las sombras que proyectaba su luz. Con Ryan, se encontraba a sí misma de pronto en el corazón financiero de la ciudad. En consecuencia, su vida se vio extrañamente escindida entre las

últimas semanas de su época de estudiante —terminar tesinas, hacer copias en papel fotográfico, mandar currículums y portafolios— y una vida nocturna de persona privilegiada: ir a Ciprianis y al Rainbow Room y encontrarse pendientes de diamantes sobre la almohada por la mañana.

La exposición de fin de curso de fotografía de la Parsons se celebró en una galería de Chelsea. Una amplia nave industrial situada en la primera planta de un almacén reconvertido. Ryan acompañó a Samantha, y se dedicó a moverse por entre los asistentes como un pulpo en un garaje. Después salieron todos a cenar y Samantha fue dolorosamente consciente de lo rígido que se veía el traje de él entre las camisetas y las sudaderas con capucha, y de lo desnuda que se sentía ella con su top sin tirantes. Vio cómo Ryan miraba las cosas. Le vio prestar mucha atención a las obras de la exposición y enarcar las cejas con gesto socarrón, como si todo lo que viera encerrara un chiste secreto. Cuando Samantha lo vio saludar con la cabeza al padre de otra estudiante con el que se cruzó delante de una fotografía, se sintió más su hija que su amante.

Antes de que se fueran a cenar, Ryan compró una de las fotografías de la serie *Espejismo* de Samantha; el skyline de Manhattan en el horizonte lejano, elevándose entre las dos hojas gigantes de almez que ocupaban el primer plano, y un ibis echando a volar por delante de la Torre Sur del World Trade Center.

—Para Greenwich —dijo mientras salían a la calle—. Allí quedará bien. —Se echó la chaqueta sobre los hombros—. Encima de la chimenea, o tal vez en la cocina.

Al despertarse a la mañana siguiente, Ryan pidió a Samantha que acompañara a su fotografía. Le dijo que ya le había llegado la hora de marcharse de la ciudad y que quería que ella se mudara con él. Su casa de Greenwich llevaba tres años vacía. Estaban los dos acostados en el apartamento de él, con el zumbido del aire acondicionado ya en plena batalla

con el calor de fuera. Desde donde ella estaba, podía ver las copas de los árboles de Central Park.

—Será genial —dijo Ryan, pasándose el nudillo del dedo índice por el mentón—. Venga, confía en mí.

Samantha aceptó, no solo por ganas de estar con él, sino también porque no sabía qué otra cosa hacer. Su padre, tras abandonar a la hija de su primer matrimonio, ahora vivía entregado a los hijos del segundo. Su madre, entretanto, había roto con el médico y había regresado a Gran Bretaña. Tanto ella como sus compañeras del apartamento de MacDougal habían expresado la intención de buscar puestos de ayudante y también de mandar sus portafolios a los directores de fotografía de varias publicaciones. Pero de momento no había salido nada. Después de tres años de estudios, los meses que Samantha tenía por delante eran un vacío desconocido. Ryan le estaba ofreciendo llenárselos. Se mudaron a Greenwich al mes siguiente. Al cabo de unas semanas, en un banco junto al Long Island Sound, Ryan le propuso matrimonio y ella aceptó.

Cada vez que regresaba a Manhattan para visitar a sus amigas de la Parsons o a sus antiguas compañeras de piso, Samantha se sentía afortunada. Ahora había muchas que trabajaban de dependientas en tiendas, o bien de camareras. Algunas había encontrado trabajo en galerías; organizando visitas privadas o bien sentadas todo el día en las recepciones de espacios cavernosos. Una de ellas hacía strip-tease en un local de bailes eróticos. La vida después de la universidad había sido despojada de toda la seguridad de sus días de estudiante. De pronto las aspiraciones que antaño habían albergado les parecían inalcanzables. Por comparación, Samantha tenía pocas preocupaciones. No le hacía falta pagar el alquiler. Tenía una relación estable. Y tiempo. Eso era lo que le había prometido Ryan. Tiempo para dedicarse a la fotografía, libre de las constricciones que suponía trabajar por turnos en una

cafetería o en una coctelería, o de las incomodidades que entrañaba ganarse la vida.

Pero en sus viajes de regreso a Greenwich, dándole vueltas al anillo de compromiso que llevaba en el dedo, a menudo Samantha se sorprendía mirando fijamente durante largos minutos por las ventanillas del tren. ¿Cómo había llegado a considerar su hogar el destino de ese billete? No era su hogar. Ni tampoco el de Ryan. La casa era demasiado grande, demasiado poco hospitalaria. Igual que todas las casas del vecindario, su tamaño resultaba exagerado, como si hubiera sido construida para una especie más grande que la humana. Sus vecinos eran gente mayor, refinada y asentada. Algunos tenían hijos de la edad de Samantha, o hasta nietos, que iban allí a pasar las vacaciones. Cuando ella los visitaba en compañía de Ryan para tomar una copa, clavando los tacones altos en el blando césped de sus jardines, tenía que resistir la tentación de destrozar la escena. Le entraban ganas de gritar o de arrancarse la ropa, solo para ver qué pasaba cuando alguien le removía a aquella gente sus aguas tranquilas.

De lunes a viernes Ryan se despertaba a las 6.30, se daba una ducha, se vestía y conducía su Porsche Boxter por la I-95 para ir a trabajar a la ciudad. A veces se quedaba allí a pasar la noche. Samantha se levantaba más tarde y sola en aquella casa llena de ecos. Empezó a planear varios proyectos fotográficos.



—Quería meterme por debajo de su superficie —dijo Samantha, sacándose de debajo la pierna sobre la que estaba sentada—. ¿Has estado alguna vez allí? ¿En Greenwich?

Michael negó con la cabeza.

—No.

—Es precioso. Pero... —Se interrumpió y frunció el ceño—. Es como un sitio envasado al vacío. No hay forma de entrar en él.

Se pasó unas semanas intentando fotografiar a las amas de casa en sus coches; unas mujeres diminutas perdidas en sus todoterrenos monstruosos, asiendo los volantes con unas uñas pintadas que parecían garras de aves enjauladas. Paradas en los semáforos y retocándose la pintura de labios en el aparcamiento. Pero Ryan no tardó en poner fin a aquello. Un miembro de su club de campo le hizo un comentario después de un partido de tenis. No hizo más que mencionarle de pasada que a su mujer le gustaba más mirar fotos de paparazzi que estar en ellas, pero con aquello bastó.

—Por el amor de Dios, Sam —le dijo Ryan al llegar a casa. Todavía iba con pantalones cortos y camiseta, con una mancha de sudor entre los omóplatos que parecía el mapa de un país alargado. Se sirvió un bourbon solo—. Móntate un cuarto oscuro, alquila un estudio, haz lo que necesites. Pero deja en paz a las putas mujeres de los vecinos, ¿quieres?



—Tendría que haberme dado cuenta —dijo Samantha, riéndose de ella misma de joven—. Pero era muy ingenua. Al menos al principio.

—¿Cuenta de qué? —preguntó Michael.

En la cocina sonaba la tele. Josh estaba viendo un concurso de temática deportiva. El ruido intermitente de los timbres y los aplausos llegaba hasta el salón donde ellos estaban sentados.

Samantha suspiró.

—Digamos simplemente que a Ryan no se le daba muy bien elegir. —Hizo una pausa y se corrigió—. Bueno, en realidad sí que se le daba bien. El problema era que sus elecciones nunca le parecían excluyentes. O sea, cuando se compró la casa de Greenwich no vendió el apartamento de Manhattan. Y

cuando no se pudo decidir entre un Lexus y un Porsche, pues se compró uno de cada.

Esbozó una sonrisa, mirándose los pies.

—Y cuando me propuso matrimonio a mí, se siguió tirando a su secretaria.

Samantha le había notado algo en la voz a la secretaria que le había hecho preguntárselo directamente. Algo en su forma de reaccionar cuando ella le había dicho quién era. Algo que la mujer sabía. La secretaria le dijo que Ryan estaba reunido, pero que le podía dejar un mensaje. Samantha hizo una pausa y por fin se lo preguntó directamente:

—¿Te estás follando a mi prometido? —dijo, haciendo lo posible para decirlo con voz tranquila.

Al otro lado de la línea se oyó cómo la mujer respiraba hondo y un susurro de dedos contra el micrófono.

—No pasa nada —la tranquilizó Samantha.

Estaba sentada en la cocina de Greenwich. Un aspersor del jardín rociaba la ventana de salpicaduras de agua. Las gotas reflejaban la luz con tanta ferocidad como si fueran diamantes. Seguramente debían de tener la misma edad, recordaba haber pensado Samantha, ella y aquella chica sentada a su mesa en un rascacielos de Manhattan. Se preguntó qué aspecto tendría. ¿Acaso Ryan quería algo distinto? ¿Pelo oscuro, ojos oscuros? ¿O bien, de haberse conocido alguna vez, Samantha habría visto un eco de sus propios rasgos y de su propio tono de piel y de cabello? Otra versión de ella, pero que estaba allí y no aquí.

—En serio, no pasa nada. Pero necesito saberlo —dijo—. Ahora.

Cuando la chica contestó, lo hizo en voz baja.

—Sí —dijo. Luego se vino abajo—. Lo siento mucho.

Pero Samantha ya había colgado. Tres horas más tarde, un Lincoln sedán la estaba llevando al aeropuerto, con su equipaje en el maletero y su fotografía

de la serie *Espejismo*, con su skyline lejano y perdido, inclinada entre las piernas.



—Eso al menos lo hice bien —dijo Samantha.

—¿Qué quieres decir con bien? —le preguntó Michael.

—Lo de marcharme. Lo hice como en las películas. Le destrocé a tijerazos unos cuantos trajes, le ensució las moquetas.

Lo dijo sin emoción alguna, mirando para otra parte. En su explicación no había rastro de furia. Dio otro sorbo de Baileys. Ya era la historia de otra mujer. De otra vida.

—¿Y qué hiciste luego? —le preguntó Michael.

Ella se volvió hacia él, como si la hubiera sobresaltado.

—Oh —dijo—. Pues me vine aquí. A Londres. Tenía que ganar algo de dinero, así que empecé a hacer trabajos temporales.

—¿Y la fotografía?

Josh apareció en la puerta. Se lo veía irritado.

—¿Cielo? —Levantó una mano hacia Michael—. Perdona, Mike —dijo antes de volverse una vez más hacia Samantha—. Lucy pregunta por ti.

Samantha enarcó las cejas, como diciendo: «Esto. Esto es lo que pasó».

Dejó su copa en la mesilla y se levantó del sofá.

—Vale —dijo—. Dile que ya voy.

—Yo tendría que irme —dijo Michael, levantándose también del sofá.

Josh se asomó al pasillo.

—¡Ya viene mamá, cielo! —gritó por el hueco de las escaleras—. Ya sabes lo que pasa —le dijo a Michael mientras Samantha pasaba por su lado y le ponía la mano en el hombro a su marido—. Hay que acostar a los niños.

Cuando Michael ya estaba en el recibidor y casi en la puerta, Samantha dio

media vuelta y bajó las escaleras. Esperó hasta estar a su lado y le dijo:

—Josh me ha contado lo de tu mujer. —Levantó la vista para mirarle a los ojos. Sin los tacones no era mucho más alta que Caroline. Le cogió la mano—. Lo siento mucho —añadió, escrutándole los ojos, como si buscara allí los escombros de su muerte.

—Gracias —replicó Michael.

Samantha le dedicó otra sonrisa de reconocimiento cansado y Michael volvió a darse cuenta de que no estaba sobria ni mucho menos. Se preguntó cuánto de su vida habría tenido intención de contarle. Ella le soltó la mano y regresó a las escaleras mientras de arriba le llegaba la llamada de su hija:

—¡Mamá!

—Ya voy, cariño —le dijo Samantha a su hija, levantando la voz—. Ya voy.



Mientras Michael subía las escaleras del edificio de al lado, no puedo evitar imaginarse cómo ascendía también la escalera de los Nelson al otro lado de la pared. A diferencia de la de ellos, la de él era comunitaria, la compartía con el resto de los ocupantes del edificio. En cada rellano fue dejando atrás dos puertas rojas numeradas, cada una de las cuales llevaba a las casas y las vidas de otra gente. Al otro lado de la pared desnuda que tenía al lado, la escalera de los Nelson, con su barandilla de madera oscura y su moqueta roja, ascendía únicamente por sus vidas. Los dormitorios de las niñas, el de Samantha y Josh, los cuartos de baño y el de invitados. Josh había mencionado que en el piso de arriba tenía un estudio.

Michael era de la misma generación que los Nelson. Samantha era un año más joven que él y Josh unos años mayor. Y, sin embargo, para Michael era como si sus vidas estuvieran a varias décadas de distancia. Todo lo que él había perdido en el naufragio de la muerte de Caroline había ido a parar con

facilidad a la orilla de la treintena de Josh y Samantha. La casa, los hijos. Las vidas arraigadas que tenían, sólidas y asentadas en comparación con la de él, recién desarraigado, viviendo en unas habitaciones de alquiler a cuatro pisos por encima del suelo.

Al llegar a su puerta, Michael hizo girar la llave en la cerradura y la abrió. Su piso estaba a oscuras y el aire seguía teniendo un olor que no era el de él. Entró en la cocina sin encender la luz. Del televisor del piso de abajo venían los ruidos de un concurso de talentos de sábado noche. Él se notaba espeso después de haber pasado la tarde bebiendo. Se llenó un vaso de agua del grifo, se lo bebió y se llenó otro. Se llevó el vaso a los ventanales del fondo de la sala y se asomó a Hamsptead Heath. Las farolas que flanqueaban el camino se habían encendido y las ramas de los árboles recibían su luz desde debajo. La misma vista que llevaba contemplando a diario desde que estaba allí. Las aguas oscuras de los estanques, el mero esbozo de un cisne deslizándose por una de las orillas. El camino de cemento, los senderos dejados por los pasos, los árboles desnudados por el viento. A lo lejos, más calles de Londres, adentrándose un poco en la vegetación del Heath. La misma vista, y sin embargo, aquella noche, mientras Michael la contemplaba una vez más, bebiéndose su agua, ligeramente distinta, puesto que ahora sabía que la compartía con los Nelson, de la casa de al lado.

Michael se apartó del escritorio y echó otro vistazo a las mesillas de la sala de estar. Ni rastro del destornillador. Intentó pensar dónde más lo podía haber dejado Josh. ¿En un cajón de su mesilla de noche? Pero no podía ponerse a registrar la casa. Una cosa era estar allí y otra muy distinta ponerse a hurgar en las mesillas de noche. Iba a tener que apañarse sin el florete de la empuñadura francesa. Podía pedirle uno prestado a Istvan, pero ya sabía lo que le contestaría.

—Es una relación amorosa. —Le había dicho Istvan mientras se subían las cremalleras de las chaquetas para empezar su segunda lección, con su acento húngaro colándose en su inglés—. ¿Tú usas a las mujeres de los demás? —le había dicho, poniéndose el guante—. No. Y si lo haces, te metes en líos, ¿verdad? Pues no uses la espada de otro hombre. Te acabará haciendo daño a ti en vez de a tu oponente.

Michael regresó al recibidor y se detuvo al pie de la escalera. La escalera era de madera, estaba pintada de blanco y tenía una moqueta roja que bajaba por el centro, sujeta con unas varas plateadas en la parte cóncava de cada peldaño. En todos los meses que llevaba conociendo a los Nelson, no había subido aquella escalera ni una sola vez. Todas las cenas, conversaciones y copas que habían compartido se habían visto confinadas a la cocina y su galería. Solo cuando venía más gente pasaban todos a la sala de estar. La planta baja había sido la totalidad de su jurisdicción en casa de ellos.

Por la calle pasó otro coche. En su estela, Michael oyó traquetear por la acera un cochecito de niño. Plantado en el recibidor, oyó acercarse el ruido de

sus ruedas y cómo se tropezaban con el borde de una losa levantada por la raíz de un sicómoro. Mientras el ruido del cochecito se alejaba por la calle, se imaginó con claridad aquella raíz, con la corteza pulida hasta la textura del cuero por los miles de zapatos que la habían pisado. Más allá, la furgoneta de los helados empezó otra vez su versión tintineante de «Yankee Doodle Dandy». Más cerca, en algún lugar de la sala que ahora quedaba a sus espaldas, una mosca estaba asaeteando una ventana.

Michael volvió a asomarse por el pasillo en dirección a la puerta de atrás, que estaba abierta. Sabía que la de delante estaba bien cerrada porque veía la lengüeta de su cerrojo encajada. A pesar del calor que hacía ese día, no había visto ventanas abiertas en la casa. ¿De verdad Josh se marcharía sin cerrar también con llave la puerta de atrás? ¿Y si lo había hecho y a fin de cuentas no había sido una equivocación? La mente de Michael empezó a elaborar aquella conjetura, y de pronto le parecieron posibles toda una serie de situaciones. El Heath llevaba lleno de gente desde el inicio de la ola de calor. Vistas desde el otro lado de los estanques, las casas de este lado de la calle ofrecían una imagen tan atractiva como vulnerable. A lo largo de las décadas, cada vez más propietarios habían abierto ventanas en las paredes de atrás de las casas, como si las casas tuvieran sed y ansiaran vistas del agua y del Heath. Si las mirabas desde el otro lado del agua, sin embargo, aquellas ventanas convertían el interior de las casas en una galería, sobre todo en los largos atardeceres del verano. No sería difícil, incluso desde aquella distancia, espiar los movimientos de dentro de una de ellas.

Subiendo un poco la calle había una maraña de caminitos ocultos entre los estanques y los jardines. Un par de semanas después de conocerse, Michael y Samantha se habían llevado a las niñas a buscar castañas de indias por aquellos caminitos. Ahora, en verano, el follaje había crecido hasta cubrirlos.

Sería fácil sentarse allí durante horas sin que nadie te viera, vigilando una casa en espera de que sus dueños salieran.

Michael sintió un escalofrío en la nuca. Pensó en volver a preguntar en voz alta si había alguien, pero si había intrusos en la casa no quería alertarlos de su presencia. Ya lo habían oído llamar a gritos a Samantha y a Josh desde la puerta, pero ¿cuánto ruido había hecho desde entonces? ¿Acaso pensarían que se había marchado al no obtener respuesta? ¿O bien seguían allí, esperando a que se marchara? ¿Esperando a oír cómo se cerraba la puerta de atrás para poder escaparse ellos también?

Miró hacia arriba en dirección al recodo de las escaleras, donde estas trazaban una curva y desaparecían tras la pared. Sentía el pulso en el cuello y las sienes. Tenía que mirar en los otros pisos de la casa. Para asegurarse.

Tan en silencio como pudo, Michael caminó hasta las escaleras. Mientras subía los primeros escalones, pisando en la moqueta para amortiguar sus pasos, se dedicó a mirar fijamente el recodo que quedaba por encima de él, casi esperando que apareciera alguien doblándolo. Y fue entonces cuando sucedió.

Una punzada de reconocimiento, tan inmediata que Michael no fue consciente de dónde había salido, ni de si había sido un sabor, un contacto o un sonido. Lo único que supo, con claridad dolorosa, fue que era ella, Caroline. Como si acabara de despertarse un instante a su lado y ella estuviera viva una vez más, igual de viva que él.

Michael se quedó paralizado, sin mover ni un músculo. Su respiración era acelerada y el corazón le aporreaba las costillas. Levantó la vista una vez más hacia el recodo de las escaleras, intentando que su mente asimilara lo que acababa de pasar. La sensación había sido tan fuerte que ahora la única persona que él esperaba que bajara las escaleras ya no era un ladrón, sino Caroline, milagrosamente regresada de entre los muertos. Primero sus pies,

luego sus espinillas, sus muslos, su cintura, sus manos, sus brazos, sus pechos, su cuello y lo último de todo su cara, todo revelado en las seductoras fracciones de su descenso.

Pero Caroline no apareció. No vino a él. Al doblar el recodo, Michael no encontró más que la moqueta roja de la escalera, la barandilla oscura que trazaba la misma curva y el vacío blanco de la pared.

Se quedó escuchando. La furgoneta de los helados había interrumpido su melodía en la calle de al lado. La mosca de la sala de estar zumbaba, se detenía y volvía a zumbar. Pero del otro lado del recodo de la escalera no venía sonido alguno. Negó con la cabeza, como para despertarse. No creía en fantasmas. En todos los meses transcurridos desde la muerte de ella, ni una sola vez le había pasado por la cabeza que Caroline siguiera con él. Su ausencia era la cosa más segura que había conocido jamás.

Pero ahora sí que había estado con él. Ahora mismo. Él la había sentido, la había experimentado de forma absoluta. Y todavía la sentía. Se estaba disipando, la resonancia se estaba enfriando, pero seguía allí, como si él estuviera caminando lentamente hacia atrás para alejarse de un fuego y adentrándose en una noche fría. Y Michael no quería alejarse. No quería enfriarse. A pesar de todo el dolor que conllevaba, quería volver a sentir aquella calidez. Como quien toca un hematoma o una herida a medio curar, quería experimentar otra vez el dolor de volver a sentirla.

Subió otro escalón y se detuvo. No estaba pensando con claridad. Estaba en casa de su vecino. Llegaba tarde. Tenía que irse. Si había intrusos, ya debían de haberlo oído. ¿Acaso había hecho ruido, justo ahora, al experimentar la sensación de que Caroline estaba allí? No lo sabía. Todo había sido muy rápido, como cuando te golpean desde atrás. Daba igual, ya no importaba. Tenía que marcharse. Tenía que salir por la misma puerta de atrás por la que había entrado y cerrarla tras de sí.

Pero no podía. No podía bajar la escalera, al menos mientras todavía lo acompañara la calidez que había sentido. Al menos mientras hubiera la posibilidad de sentirla otra vez. Tenía que saber de dónde había venido aquella sensación. Al sentirla, le había parecido que se adentraba en ella, como si su origen se encontrara por encima de él. De forma que tenía que seguir avanzando, no retroceder. Era el único camino. Tenía que seguir adelante.

Michael puso el pie en el siguiente escalón y reanudó su ascenso de las escaleras. Entretanto, escuchó a la casa. Seguía en silencio. Como si él se estuviera moviendo por una fotografía. Como si estuviera solo.

El día que murió Caroline, el comandante Daniel McCullen se despertó temprano en su dormitorio de la segunda planta de su casa en Centennial Hills, un pueblo residencial situado al noroeste de Las Vegas. Tal como le venía sucediendo desde hacía semanas, se despertó con el cuerpo empapado de sudor y el corazón a cien. Acababa de tener el mismo sueño otra vez. El del motociclista. El de los niños que jugaban al fútbol y su celebración después del gol. Pero, como siempre, era peor que un sueño, porque también era un recuerdo, y cada vez que regresaba se iba volviendo más real.

Se dio la vuelta en la cama. Su mujer, Cathy, seguía durmiendo a su lado, con un hombro desnudo asomando del edredón. Estaba de espaldas a él, y por un momento Daniel se limitó a mirar cómo respiraba y a intentar sincronizar los movimientos entrecortados de su propia caja torácica con el ritmo más tranquilo de la de ella.

Daniel seguía enamorado de su mujer. A juzgar por lo que él podía ver, si se comparaba con muchos colegas suyos de la Fuerza Aérea, aquello era todo un logro. Para muchos compañeros, sus matrimonios habían sido las primeras víctimas de su servicio. Hombres capaces de mantener la serenidad bajo fuego enemigo que sin embargo se venían abajo cuando una relación se torcía. Mujeres oficiales de vuelo que se presentaban voluntarias para prolongar su servicio en vez de volver cansinamente a casa con unos maridos que ya no las reconocían. Pero Daniel siempre lo había tenido muy claro. Cathy y las niñas eran lo primero. Eso le había prometido a Cathy al casarse con ella, y desde entonces había intentado ser fiel a su promesa.

En el mundo en el que se habían conocido no había parecido una promesa difícil de cumplir. Pero es que entonces, hacía doce años, todo parecía posible. La tarde en que él se le había presentado, paseando por el jardín donde se estaba celebrando la graduación de su hermano menor, a Daniel los años que tenía por delante le parecían iguales que los cielos a los que emergía cuando salía de un banco de nubes: abiertos y precitados. Suyos. Solo hacía un año —pocos meses después de graduarse él mismo— que Daniel había pilotado sus primeras misiones de combate en Bosnia. Por debajo de él, en la estela del rugido de su motor a reacción, se había cobrado sus primeras vidas. Sin embargo, tal como afirmaron sus oficiales al mando y también los periódicos, habían salvado muchas más. Su poderío aéreo había surtido efecto y Daniel había regresado a casa convertido en un héroe. Así pues, mientras él se presentaba aquella tarde a Cathy en el jardín, la hacía reír y por fin la llevaba a la pista de baile, no sospechó para nada que su vida acabaría tan despojada de certidumbres. Que un día podría acabar invirtiéndose su sensación de que aquellos años —y hasta sus guerras— se habían creado para él, y que se acabaría sintiendo un juguete del mundo y no viceversa.

Secándose la palma de la mano en la sábana, Daniel estiró el brazo y le puso la mano en el hombro a Cathy. Le notó la piel suave y cálida. Ella no se despertó. A juzgar por la luz que se filtraba a través de los pinos de playa que había al otro lado de su ventana, todavía no debían de ser las seis. A Daniel le pasó por la cabeza despertarla. Suavemente, con besos y apretándose contra ella desde atrás. Tal vez, después de una noche de descanso y con las niñas todavía dormidas, podrían hacer el amor como antaño. Él sabía que lo necesitaban, necesitaban sentirse el uno al otro de forma instintiva, sin pensar.

Pero no hizo nada. La ansiedad de su recuerdo seguía dentro de él, su residuo presentaba demasiados riesgos, amenazaba con encenderse en cualquier momento igual que una pantalla defectuosa. De forma que se limitó a

mirar cómo Cathy dormía y acercó una mano para acariciarle el cabello que le caía por encima de la almohada.

Hasta con los problemas que habían tenido hacía poco, a Daniel le seguía pareciendo un regalo aquello de despertarse juntos. De saber que iban a volver a compartir la misma cama aquella noche. Que ya no tenían que preocuparse porque a él le llegaran órdenes, ni mirar las noticias con un ojo puesto en lo que estas podían representar para ellos en un par de meses. Por eso se habían mudado a Nevada. Para despertarse así y saber aquello. Para sentir que su futuro era un terreno igual de sólido que su presente. En cuanto Daniel se había enterado de lo que iban a hacer en la Base de Creech, había pedido el traslado allí. Desde su matrimonio ya había cumplido tres periodos de servicio en la fuerza aérea, dos en Afganistán y uno en Irak. Los tres habían resultado muy duros para Cathy y para las niñas. Y aunque de forma distinta, también para él. Fue durante aquellos periodos de servicio, a lo largo de las conversaciones de dos minutos por teléfono vía satélite y de las sesiones entrecortadas de Skype, cuando Daniel entendió el valor de su familia. En su último regreso de Afganistán, Kayce, que por entonces solo tenía seis años, le había abrazado las piernas y le había pedido que prometiera que no volvería a marcharse así nunca más. Daniel le dijo que haría lo que pudiera. Y cuando vio el correo electrónico sobre Creech y la reactivación de la 432, lo hizo.

Los planes para la 432 en la Base Aérea de Creech parecían la respuesta perfecta a la petición de Kayce; la oportunidad para que Daniel lo tuviera todo. Seguir pilotando misiones y cumpliendo con su deber pero estando con su familia. Ver crecer a sus hijas, no con varios meses de por medio, sino día a día y hora a hora. Despertarse con Cathy y saber que aquello no se lo iban a quitar.

«Cuidado con lo que pides.» Eso solía decirle de niño su madre. Cuando había querido jugar con el equipo de fútbol de su hermano mayor. Cuando

había querido una moto de trial más potente. Cuando lo eligieron para el equipo de boxeo de la universidad. Si su madre hubiera estado en Langley con Daniel cuando presentaba la solicitud de traslado al 15 Escuadrón de Reconocimiento, quizá le habría dicho lo mismo. E, igual que cuando era niño, habría tenido razón.

Cathy y él lo habían estado hablando unas noches antes. Se estaban tomando una copa en la terraza mientras las niñas hacían los deberes, con una botella de Sauvignon blanco de Sonoma exudando su sudor helado bajo los últimos rayos de sol.

—No si estás pilotando misiones al mismo tiempo, Dan —le había dicho Cathy, bajando la vista y negando con la cabeza.

Daniel se rió, exasperado. Sabía que ella tenía razón, pero no lo iba a admitir. No después de todo lo que habían hecho para estar allí. Mudarse a la otra punta del país y sacar a Kayce de la escuela. Esta era la mejor opción de todas, quería decirle él. Ella debería estar agradecida, no resentida.

—Venga ya —dijo él—. ¿De verdad ha sido tan malo?

Intentó mantener un tono despreocupado. Ella levantó la vista, como si no lo reconociera.

—Sí —dijo ella—. Y está empeorando.

Él sintió un nudo en el pecho. Dio un sorbo de vino.

—Ya no duermes —dijo ella—. Y cuando duermes hablas y gritas. Y con las niñas...

—Eso fue una vez —dijo Daniel en tono cortante. No había sido su intención decirlo en aquel tono—. Una vez —repitió, más suavemente.



Si había gritado así a las niñas, y si le había hecho lo que le había hecho a

Kayce, era por una razón. Sus acciones habían tenido una causa, pero no había sido capaz de confesársela a Cathy. Ni se la podría confesar nunca.

Acababa de terminar un turno en Creech. Se había producido un ataque que llevaban semanas planeando. Se había alcanzado el objetivo y el misil había conectado, pero otros aspectos de la operación no habían salido bien. En el último momento, y a falta de seis segundos para el impacto, habían aparecido doblando la esquina dos niños en una bicicleta, uno sentado en el manillar y el otro detrás, pedaleando.

Maria, su operadora de sensores, estaba sentada a su lado.

—Mierda —dijo ella cuando los vio aparecer.

—¿Son niños?

Daniel oyó el eco de su propia pregunta en sus auriculares. Lejos de allí, en otras salas a oscuras de América y a miles de kilómetros de distancia, en Afganistán, lo oyeron también otros hombres uniformados y trajeados.

—Demasiado tarde.

Faltaban seis segundos para el impacto y ella todavía podía desviar el láser del objetivo a su ubicación secundaria. Daniel se quedó mirando cómo el contador que tenía en la esquina de su pantalla bajaba hasta el cuatro, el tres y el dos. Maria y él vieron cómo la imagen de los monitores fundía de golpe a blanco.

Al despejarse el humo y el polvo, Daniel pilotó el Predator en círculos mientras Maria hacía un zoom. El coche del objetivo era un amasijo negro y retorcido, con el armazón todavía en llamas. A unos seis metros, la bicicleta de los chicos también estaba retorcida, con la rueda delantera aún girando. Atrapada debajo de ella había una pierna segada y calzada con una sandalia.

Daniel le había escrito un mensaje de chat al coordinador de inteligencia: «¿Posibles víctimas infantiles?».

La respuesta le había llegado a la velocidad del habla. «Confirmados dos

posibles adolescentes. Varones.»

Una hora después de aquella respuesta Daniel estaba de vuelta en casa, sentado en la terraza y viendo a Kayce y Sarah jugar en el jardín. Los dos «posibles adolescentes» mencionados por el coordinador habían sido igual de altos que Kayce. Y ella tenía nueve años. Mientras Daniel miraba a las niñas, estas se habían puesto a pelearse y a tirar cada una en una dirección del manillar de una bicicleta roja. Daniel no había tenido intención de asustarlas. Ni tampoco de asustarse a sí mismo. Pero aquello había sido demasiado y demasiado pronto. La rueda girando. La sandalia.



Cathy se inclinó hacia delante y su copa de vino reflejó la luz. Una estrella de color melocotón blanquecino se arqueó en el suelo de madera de la terraza, entre ambos. Ella respiró hondo y soltó un suspiro.

—¿Esto es por Barbara? —le preguntó Daniel.

—No —respondió ella, negando otra vez con la cabeza y mordiéndose el labio—. Ya sabes que no es por ella. Te lo he dicho. Hemos aceptado que no estamos de acuerdo. Y no hay más.

Barbara era otra maestra de la escuela de Cathy, una escuela primaria de alto standing situada en la parte oeste de la ciudad. Hacía un par de meses, junto con otros miembros de Nevada Desert Experience, había sido detenida a las afueras de la Base Aérea de Creech. Daniel había visto la manifestación al llegar para su turno matinal. Una pequeña multitud desplegada alrededor de la verja de las instalaciones, con sus pancartas caseras golpeadas por la brisa: «¡No en nuestro nombre! ¡No a los drones! ¡Fuerza aérea americana, matáis por control remoto!».

De haber sabido Daniel que Barbara estaba entre ellos, habría salido y habría intentado hablar con ella. No para echarle la bronca, sino para sacarla

de su error. Él entendía los orígenes del grupo, aquellas pruebas nucleares que habían resquebrajado la tierra a barlovento de sus casas y las escuelas de sus hijos. Seguramente a aquellas manifestaciones también se habría sumado él. Pero esto era distinto. Esta era una clase distinta de guerra, y lo que estaban construyendo de forma pionera en Creech no suponía una amenaza para nadie que viviera cerca de allí. Lo que estaban haciendo era salvar cientos, tal vez miles de vidas en otra parte. Daniel estaba convencido. Tenían cifras y proyecciones que lo demostraban. Y todos los meses recibían correos electrónicos de parte de las tropas de tierra, dándoles las gracias por su trabajo.

Para cuando Daniel salió de la base con el coche al acabarse su turno, la manifestación ya no estaba. Al parecer, solo había estado allí un par de horas antes de que la policía llegara y practicara sus detenciones. Aun así, había recibido más atención de lo que habría querido Daniel. Él creía en lo que estaba haciendo en Creech y quería que Cathy también creyera en ello. De forma que le incomodaba pensar que ella iba a trabajar todos los días con Barbara y la escuchaba.



Daniel reclinó la espalda en su asiento. La sombra de la cerca de su jardín reptaba lentamente por la hierba hacia ellos.

—Bien —le dijo a Cathy—. Porque Barbara no está informada. No lo entiende.

—Sí, ya lo sé —dijo Cathy. Su voz sonaba cansada.

Daniel también soltó un largo suspiro.

—¿Y qué quieres hacer, pues? —dijo. Contempló los tejados de las otras casas que había más allá de su jardín, coronadas por un cielo alto, de un color azul que ya se iba oscureciendo—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

Cathy se encogió de hombros y observó la estrella de luz que proyectaba su vino.

—No lo sé —repuso—. No lo sé.

Daniel la miró, intentando descifrar su expresión. Tenía el entrecejo muy pronunciado. Él no entendía en qué momento sus conversaciones se habían convertido en esto. En algo tan forzado y a la defensiva. Había habido una época en que se lo contaban todo, por difícil que resultara la verdad. Él esperó a que ella le devolviera la mirada, pero ella no lo hizo. Él tenía ganas de decirle muchas cosas. Que la quería mucho. Que en el mundo había cosas terroríficas. Que quería protegerla a ella y a las niñas de aquellas cosas. Y que, sin ella, no podía hacer nada de todo aquello. También quería pedirle perdón. Habían venido a Las Vegas para sacar las guerras de sus vidas. Y ahora Cathy se las encontraba en casa todos los días. No porque él estuviera sirviendo en el extranjero, sino porque no lo estaba haciendo. Porque al estar lejos de la guerra, él se había convertido en la guerra. Pero Daniel no le dijo nada de todo esto. Parecía que se le hubiera bloqueado la garganta. Que pronunciar aquellas palabras fuera a hacer temblar los cimientos de la casa y provocar su desplome. Esta era la mejor opción de todas. Eso se había dicho a sí mismo. Y si ahora lo cuestionaba, ¿adónde irían? ¿Qué harían?

—Pero es que... —empezó a decir Cathy.

Daniel se inclinó hacia ella. Cuando lo hizo, Cathy lo miró por fin. Tenía lágrimas en los ojos que le distorsionaban el azul de los iris. Ella le sonrió a pesar de las lágrimas, igual que hacía cuando estaba intentando explicar algo a las niñas. Algo adulto, algo difícil.



El ruido de la puerta del dormitorio al rozar la alfombra hizo que Daniel se girara en la cama.

—Eh, pequeña —dijo, con la voz todavía ronca de dormir—. ¿Qué pasa?

Sarah, su hija menor, estaba en la puerta, con su libro ilustrado favorito, *La pequeña oruga glotona*, colgando de la mano.

—¿Ya es por la mañana? —le preguntó ella.

Llevaba un pijama de Disney con una princesa rubia coronada en la barriga.

—Supongo que sí, cielo —susurró Daniel.

Se apoyó en los codos para sentarse en el borde de la cama y se puso una camiseta.

—¿Por qué no dejamos dormir a mamá, eh? —dijo, acercándose a ella y cogiéndola en brazos.

Mientras la sacaba de su dormitorio y la llevaba por el rellano, con el libro ilustrado golpeándole en la cadera, Sarah se metió el pulgar en la boca y apoyó la cabeza en el hombro de su padre. Daniel inhaló el aroma de su cabello. Olía a niño dormido, a sueños que no eran recuerdos. Y aquello, pensó Daniel mientras entraban en la habitación de su hija y él la sentaba en el borde de la cama, ya era razón suficiente para todo lo que estaba haciendo, y para todo lo que había hecho.



En 2007, Centennial Hills era uno de los pueblos residenciales más recientes de la periferia de Las Vegas. A veces, cuando todavía llevaban pocas semanas viviendo allí, y mientras daba marcha atrás para sacar su Toyota Camry de la entrada para coches de su casa, Daniel podía oler claramente la pintura secándose en las cercas y los gases que se elevaban del asfalto de las calles. El hospital local estaba medio cubierto de andamios y todas las casas, incluida la de él, tenían el mismo estilo de finca suburbana estándar, todavía sin moldear por las vidas de sus habitantes. Hasta los árboles y arbustos desérticos que flanqueaban las calles peladas y los callejones sin salida eran

más antiguos que las casas a las que daban sombra, plantados por los promotores inmobiliarios para darle al vecindario un aire de madurez extrañamente juvenil. En el último destino de Daniel, Langley, Virginia, una vez dejabas atrás el cinturón de Wal-Mart y las gasolineras, podías encontrar rastros de los hombres y mujeres que habían fundado pueblos como Smithfield y Suffolk. Sus apellidos daban nombre a las calles, sus antepasados estaban en el Ayuntamiento y sus huellas dactilares petrificadas en los escalones de entrada y las repisas de las casas más antiguas. En Centennial Hills las únicas huellas dactilares que quedaban en la pintura eran las de los jornaleros mexicanos reclutados por los contratistas para acabar la faena. Los nombres de las calles, a juzgar por lo que veía Daniel —«Avenida Rockridge Peak», «Danskin Drive»—, los había elegido un urbanista del centro de la ciudad, y ni siquiera estaba seguro de si se había constituido un Ayuntamiento propio.

Para contrarrestar su falta de madurez, las calles de Centennial Hills, posicionadas en el margen de la ciudad, enmarcaban unas vistas antiquísimas. Y fueron aquellas vistas las que dieron la bienvenida a Daniel cuando salió para Creech aquella mañana; la sierra de Charleston, con sus cumbres irregulares elevándose por entre una luz lechosa hasta la cima del mismo monte Charleston. Una montaña monda y plisada que dominaba la extensión de Las Vegas como un dios implacable.

En las últimas semanas, mientras se alejaba con el coche por su calle en dirección a aquel paisaje, Daniel se había sorprendido a menudo dedicándole un saludo militar silencioso a aquella montaña. Como si de sus escabrosas laderas se pudiera extraer alguna clase de suerte o de sabiduría que fuera a seguir allí mucho tiempo después de que la ciudad fuera tragada por las arenas sobre las que había sido construida. A pesar de lo cerca que quedaba, Daniel nunca había visitado la sierra. Había sacado de la caja su bicicleta de montaña pero la tenía sin usar en el garaje, mientras que sus botas de senderismo se

limitaban a esperar en el trastero. De forma que aquel día, al llegar al final de la calle y girar a la izquierda, trasladando las montañas del parabrisas a la ventanilla del pasajero, la sierra de Charleston seguía resultándole desconocida. Era su vista de todos los días, pero todavía no su paisaje. Era un rasgo de su geografía, pero todavía no de su territorio. A diferencia de aquellas otras montañas que había a miles de kilómetros de distancia.

Aquellas montañas sí que las conocía Daniel íntimamente. Tampoco había subido nunca a ellas, pero sí que conocía bien las aldeas que reposaban en sus pliegues, las sombras que sus cimas proyectaban al atardecer y las costumbres de los pastores que conducían sus rebaños por sus faldas. Hacía poco que había aprendido a predecir, si las condiciones climáticas eran propicias, a qué hora las nubes bajarían en forma de niebla de las cimas más altas a los barrancos de los valles. En los últimos meses había empezado a sentir que aquellas montañas eran propiedad suya. ¿Acaso no eran su lugar de trabajo en la misma medida que de aquellos pastores? Para las tropas que operaban en la zona no significaban más que elevaciones del terreno, agotamiento y miedo. Eran territorio hostil. Pero para Daniel eran su terreno de caza, y como tal su tarea era no solo conocerlas sino también aprendérselas. Incluso amarlas, de tal forma que desde la oscuridad de su Estación de Control en Creech pudiera orientarse por sus alturas con la misma naturalidad que las águilas que llevaban siglos cabalgando sus corrientes de aire caliente.

Mientras giraba por un cruce, el teléfono de Daniel empezó a sonar. Echó un vistazo a la pantalla y se puso el manos libres en el oído.

—Hola, cielo.

—Esta tarde Kacye tiene fútbol —dijo Cathy—. Me había olvidado.

Su voz sonaba tensa. Daniel imaginó que Sarah debía de estar portándose mal a la mesa del desayuno.

—Vale —dijo él—. Sale a las cinco, ¿no?

—¿Puedes llevar también a Macy a su casa? Me acaba de llamar Emily para decirme que hoy trabaja hasta tarde.

Redujo la velocidad para pararse ante un semáforo. Se le puso al lado un camión, en cuyo guardabarros metalizado centelleaba la luz de sol. El cielo de encima de la carretera era azul cian. Iba a hacer un día precioso.

—Claro —dijo Daniel—. Mándame su dirección en un mensaje de texto.

—Gracias —dijo Cathy.

Daniel oyó un chillido amortiguado de fondo y el ruido de una cuchara al caer.

—¿Sigues sin comerte el desayuno? —preguntó.

Pero Cathy ya había colgado.

La operadora de Daniel, Maria, vivía más al oeste, quince minutos más cerca de Creech. Compartía coche con su marido, de forma que en la mayor parte de los turnos Daniel la recogía por el camino. Muchas veces, también la llevaba a casa al final de la jornada. Aquella mañana, Maria ya entró hablando en el Camry, pero no con Daniel.

—Pero ¿qué dices? —dijo, con el teléfono apoyado contra el cuello mientras cerraba la portezuela y estiraba de su cinturón de seguridad. Daniel se alejó de la acera mientras ella se abrochaba el cinturón—. ¿Eso me dices? —siguió diciendo, con su timbre hispano taladrando a quien estuviera al otro lado de la línea—. ¿Eso me dices? Pues yo te digo una cosa a ti, señorita. Eso no me vale, ¿me oyes? Yo trabajo, ¿lo sabías? Yo trabajo. De ocho de la mañana a seis de la tarde. ¿Qué clase de ventana te parece esa a ti? ¡Dios bendito! Eso no es una ventana, es un puñetero socavón. Ajá. Ni hablar. ¿Y qué piensas hacer entonces, eh?

Daniel encendió la radio para no escuchar la conversación de Maria. Mientras subían por la vía de acceso para coger la 95 Oeste, «My heart is broken in three» de Slim Whitman llenó el coche. En cuanto cogieron

velocidad de autopista Las Vegas se alejó a toda prisa, pasando gradualmente de un paisaje de centros comerciales a barrios residenciales, a continuación a calles a medio construir y por fin a desierto abierto, hasta que no quedaron más que unos cuantos todoterrenos en plena exploración y un grupo de topógrafos con los cascos de obra brillando bajo el sol. Cuando Maria por fin colgó el teléfono, su única explicación fue negar con la cabeza con gesto exasperado. Se giró hacia su ventanilla y se quedó mirando pasar el desierto a su lado, los cactus y matorrales, el tono tostado de su arena. En sus primeros días de hacer aquella ruta en coche para ir al trabajo, a Daniel aquel paisaje le había resultado hermoso, en especial con el sol bajo, cuando todo se teñía de ámbar y hasta la piedra más pequeña proyectaba una sombra larguísima. Ahora, en cambio, con el sol alto, la luz del desierto ya era plana e intensa, y su calidez había dado paso a una canícula amenazadora.

Daniel no preguntó a Maria por su llamada telefónica. Agradecía el silencio de ella y sabía que ella se sentía igual. Los dos necesitaban que aquel tramo de carretera estuviera libre de conversaciones. Ir en coche hacia el oeste por la Autopista 95 les permitía prepararse, iniciar la transición diaria entre los distintos compartimentos de sus vidas. Aquel mismo día, cuando estuvieran volviendo por la misma carretera pero hacia el este, sería distinto. Entonces el coche y la autopista serían su cámara de descompresión. Hablarían, se preguntarían por sus familias y contarían chistes. Pero ahora la Autopista 95 era su camino a la guerra, y como tal exigía más silencio que conversación.

Daniel sabía que la gente como Barbara veía aquel trayecto diario al trabajo como el paradigma de la cobardía americana; la vanguardia de una nueva era de guerra asimétrica. Pilotos de caza que iban a la batalla sin tener que combatir, sin arriesgarse a nada más que una multa por exceso de velocidad o un accidente de tráfico. Pero no era así de simple. La guerra, tal como había aprendido Daniel, nunca era simple.

Era verdad que todavía había días en que deseaba estar una vez más en la carlinga a miles de kilómetros de distancia y arriesgando su vida junto con las patrullas de infantería, en vez de limitarse a verlos trabajar. También era verdad que echaba de menos el hecho en sí de volar. No solo el valor que entrañaba —algo que se remontaba al mismo código de los caballeros medievales—, sino también la pura experiencia de hacerlo. El vencer a la gravedad; el estallido y la presión de los quemadores auxiliares de un F-16; el componente de delicadeza que tenía una potencia así, mientras pasaban a toda velocidad países enteros bajo sus alas. El olor a metal del avión y su sonido cuando bregaba a sesenta mil pies de altura. En su primer vuelo de entrenamiento, Daniel se había enamorado del cielo de allí arriba, un tesoro reservado únicamente a los ungidos con el poder de volar a aquellas alturas y aquellas velocidades. El color azul de la porcelana glaseada, con unas estelas que parecían pinceladas finas sobre su acabado.

Era puro romanticismo, él era consciente de ello, pero igual de poderoso. Y, a fin de cuentas, había sido aquel romanticismo lo que lo había llevado a querer hacerse piloto. Su abuelo había pilotado cazas F-86 sobre el río Yalu, en Corea. Sus relatos de aquellos días, ilustrados por un puñado de fotografías en blanco y negro, habían seducido la imaginación del joven Daniel. Relatos de combates singulares contra pilotos de cazas MiG a los que no conocías de nada pero con quienes compartías aquellos cielos como si fuerais hermanos. Los destellos plateados de una incursión que regresaba a la base, el rugido de sus motores al acelerar por las mañanas. La hermosa rutina de la caza, en equipo o en solitario, en unos cielos extranjeros y despejados.

Eran los relatos de su abuelo, además de a su familia o a las tropas de infantería, lo que Daniel cada vez más intentaba proteger cuando pilotaba un Reaper o un Predator desde las pantallas de Creech. La herencia de su abuelo y de todos los pilotos que habían subido a los cielos a combatir. Porque,

además de ser uno de los primeros pilotos de Vehículos Aéreos No Tripulados del país, Daniel estaba seguro de que también había sido uno de los últimos que habían pilotado misiones en un avión tripulado. El ejército ya estaba entrenando a marines jóvenes, de dieciocho o diecinueve años, que iban a las misiones sin experiencia previa de combate aéreo. La palanca de control que él manejaba ahora en todos sus turnos de trabajo había sido remodelada recientemente a partir del joystick de la Playstation de Sony. A Daniel no le gustaba, pero era consciente de su lógica. Sin saberlo, bajo las miradas de sus padres y hermanos, América iba a entrenar a sus futuros pilotos en los dormitorios y salas de estar de todo el país. Combatirían como si el mundo fuera una zona de fuego a discreción, arropados por el zumbido de los servidores informáticos y los ordenadores; pero jamás oirían los sonidos del cielo, de la fuerza de rotación de un motor, de la tensión del ala, de la pureza de su aire enrarecido.

Y en Daniel —que había sentido la inclinación de un ala, que había vivido la adrenalina del miedo— recaía ahora el deber de traducir la esencia de aquellas décadas de vuelos tripulados a las Estaciones de Control de Creech. El conocimiento de ser al mismo tiempo el heraldo de la Muerte y su presa, de oír el sonido de tu velocidad, de sentirse, en un mismo momento, vulnerable e invencible. El respeto a la amenaza de la tierra. El recuerdo del aire.



Media hora después de salir dando marcha atrás de la entrada para coches de su casa de Centennial Hills, Daniel y Maria se detenían delante de las cancelas de la Base Aérea de Creech. Mientras esperaban que el guardia les hiciera una seña con la mano para que pasaran, Daniel escrutó la verja circundante. Había que decir que Creech todavía no tenía mucho aspecto de base aérea. Indian Springs, el pueblo con el que lindaba, era pequeño, debía

de tener como mucho mil quinientos habitantes, pero sus calles periféricas estaban a casi un tiro de piedra de la autopista a su paso por Creech. Remolques y caravanas, incluso un viejo remolque Slipstream, todo a la vista de los barracones y hangares del interior de la verja. Cuando Daniel había empezado a trabajar allí, más de un año antes de que se reactivara oficialmente la 432, habían tenido el problema de que se les colaban gatos del pueblo y les parían camadas de gatitos en los garajes. El único edificio que había al lado de la base era el casino de Indian Springs, un edificio descolorido de dos plantas provisto de un café, un puñado de máquinas tragaperras y un bar llamado Flying Aces, «Ases del vuelo». Más allá, por lo que sabía Daniel, solo había más desierto, salpicado de un puñado de reservas naturales, hasta llegar a California y al Parque Nacional de Yosemite.

El guardia les ordenó que avanzaran, echó un somero vistazo a sus pases y por fin les hizo pasar con un gesto de la mano y un breve saludo militar. Era uno de los guardias de más edad, destinado allí tal vez desde que le habían cambiado el nombre a la base. Veterano del Golfo, quizá. Mientras Daniel entraba, se preguntó qué debía de pensar de ellos y de la forma en que se presentaban allí. Porque tal vez Creech no tuviera mucho aspecto de base aérea, pero es que él y Maria, con sus deportivas, sus camisetas y pantalones cortos, en fin, tampoco tenían demasiada pinta de tripulación de vuelo.

Pero lo eran. Y eso era lo que Barbara y el resto de los detractores siempre olvidaban. No estaban arriesgando la vida al volar. No estaban físicamente expuestos a la guerra. Pero eso no quería decir que no estuvieran expuestos. Seguían viviendo presiones y también otra clase de riesgos, que Daniel todavía no había entendido del todo ni mucho menos, puesto que los contornos de su experiencia de combate se alteraban tan deprisa como la tecnología que él pilotaba.

Para Daniel —y aunque nunca habían hablado del tema, él sospechaba que

también para muchos de sus colegas—, la mayor presión que entrañaba pilotar un VANT era ser testigo. Les pagaban para que miraran. Aquel era su trabajo. Grabar cientos de miles de horas de imágenes para luego ser revisadas y procesadas por soldados y analistas tanto en Afganistán como en Langley. Cuando hacía falta, también se les pedía que atacaran. Y que luego lo revisaran todo. Y eso era algo que Daniel no había hecho nunca. En Bosnia, en Irak o en Afganistán, para cuando detonaban las bombas, para cuando sus misiles daban en el blanco, él ya estaba a millas de distancia, volando por encima de la velocidad del sonido, dejando atrás incluso el retumbar lejano de sus propios proyectiles. En Creech tampoco oía detonar sus misiles, pero aunque estaba todavía más lejos del campo de batalla, lo veía todo. Veía estallar sus bombas, veía el resultado y a veces veía también sus efectos sobre una serie de individuos a los que llevaban semanas siguiendo. Individuos a los que él ya conocía. Como el motociclista.



Daniel siempre había sabido que el motociclista tenía que morir. Su fotografía llevaba meses en la pared de Creech, entre otras fotos de caras. La lista de fechorías que figuraban debajo se remontaba al inicio mismo de la invasión, en 2003. Daniel quería que muriera. Es más, quería ser el piloto de la misión que lo matara. El motociclista se llamaba Ahmed Al-Said, y tenía las manos manchadas de sangre de soldados americanos. Si tenía oportunidad, Daniel, con Maria a su lado enfocando las cámaras y guiando los láseres, quería ser el piloto que vengara a aquellos soldados.

Llevaban meses siguiendo el rastro de Al-Said por las calles del sur de Bagdad. Lo habían visto beber café en sillas de jardín de plástico en la calle, visitar a su abuela y hacer de enlace con un grupo de insurgentes que estaban poniendo artefactos explosivos de fabricación casera. Durante aquellos meses,

Al-Said los había llevado hasta otros individuos que a su vez habían sido seguidos por otros drones, otros pilotos y otros operadores que también vigilaban sus casas, sus coches y a sus hijos desde una serie de pantallas desperdigadas por América. Pero Daniel y Maria se habían centrado en Al-Said; en cómo recorría las callejuelas de la ciudad con su moto; en cómo recogía a su hijo de la escuela. En cómo vivía.

Se convirtió en una cara familiar para ellos, como ese colega al que ves todo el tiempo en la oficina pero con el que no hablas nunca. Daniel empezó a saberse de memoria su rutina semanal. Su partida de ajedrez de los miércoles, el café que se tomaba los viernes después de rezar. Tenía treinta y seis años, solo un par menos que Daniel, y también tenía dos hijos, niño y niña. Luego, un día, les llegó la orden. Era hora de matarlo. Era hora de que Ahmed muriera. Según una fuente sobre el terreno, iba a montar una emboscada contra un convoy americano. Antes de que Ahmed pudiera alcanzar al convoy, sin embargo, Daniel y Maria, que lo habían estado vigilando desde el cielo, lo alcanzarían a él.

El día de la misión lo siguieron desde primera hora de la mañana. Debía de estar de buen humor. Se detuvo tres veces en sus trayectos por la ciudad para bajarse de un salto de su moto y echarse un partidito de fútbol con los niños de la calle. Era algo que le habían visto hacer alguna vez, a veces hasta dando un giro de ciento ochenta grados con la moto para volver atrás y unirse a algún grupo de chavales a los que había visto dar patadas a una pelota en alguno de los callejones. Era la época en que Kayce empezaba también a jugar al fútbol. Hacía poco que Daniel le había comprado su primer par de botas. Aquella misma semana, Cathy le había dejado que pusiera en su dormitorio unos pósters de David Beckham. En el primer partido que jugó aquel día Ahmed, Maria hizo un zoom que les mostró de cerca cómo se tiraba en la dirección incorrecta para dejar que un niño le marcara un gol. En el tercer partido,

menos de una hora antes de que lo mataran, Daniel vio que otro de los niños se le subía a los hombros para celebrar un gol.

La información de que disponían era correcta. Después del último partido, Ahmed fue en moto hasta un barrio de la periferia, donde se reunió con otros dos insurgentes. A uno de ellos ya lo conocían. Al otro no. Mientras escuchaban la confirmación de armas de los supervisores de Okaloosa, Florida, Daniel y Maria observaron cómo los hombres descargaban de su furgoneta dos lanzacohetes y tres AK-47. El grupo todavía estaba ocupando su posición cuando Maria los colocó en el punto de mira y, tras confirmar que había una zona despejada para la explosión, Daniel les lanzó un misil Hellfire desde su Predator.

Tal vez Ahmed tuviera más experiencia que los otros. O tal vez simplemente tuviera mejor oído y más reflejos. Fuera cual fuese la razón, a cinco segundos del impacto, reconoció el estampido sónico del misil y echó a correr alejándose de la furgoneta, como si supiera lo que estaba a punto de pasar.

Al despejarse el humo, los otros dos hombres estaban muertos. Ahmed, sin embargo, tirado a cierta distancia, seguía vivo, revolcándose por el suelo y agarrándose el muñón de la pierna izquierda. Tenía la cabeza echada hacia atrás, con el cuello muy tenso, y estaba gritando. Esto era lo que habían querido, se dijo Daniel a sí mismo mientras Maria ajustaba el objetivo. Acababan de salvar vidas americanas. La misión había sido un éxito.

Daniel apartó la vista de la imagen a tiempo real para mirar la pantalla de la imagen térmica. Mostraba la misma escena pero dibujada con varios arcoíris de temperaturas: una pintura abstracta y alucinógena con una mancha de color naranja intenso extendiéndose en el centro. Mientras Daniel miraba crecer aquel manchón de calor humano, como si fuera la lenta burbuja de una lámpara de lava, también vio que su punto de origen, la silueta de Ahmed, cambiaba de color como si fuera un camaleón. Del naranja pasó al amarillo, a

continuación al verde y por fin —empezando por los brazos y piernas y llegando al tronco— el cuerpo se le enfrió hasta ponerse azul, fundiéndose por fin con el color del suelo y con el polvo.



—Objetivo todoterreno blanco y camioneta azul.

—Oído, sensor.

—Estableciendo altura.

—Oído, sensor.

La voz de Maria le llegaba a Daniel dos veces, una amortiguada y lejana desde el asiento contiguo que ella ocupaba en la cabina de vuelo, y otra más próxima por los auriculares. La estación de control de tierra estaba a oscuras, iluminada únicamente por los catorce monitores y paneles de control que tenían delante. El zumbido de los sensores se armonizaba con el murmullo del aire acondicionado, haciendo que el calor del desierto no fuera más que un recuerdo en su piel. Los dos llevaban sus trajes de vuelo, remangados hasta las insignias idénticas: un búho negro que agarraba tres centellas y debajo el lema de la unidad, *Victoria per scientiam*, «A la victoria por el conocimiento». Sus termos de café llevaban dos horas fríos en un estante entre ambos, debajo del estandarte que exhibía el lema no oficial pero mucho más usado de la unidad: «Si no puedes alcanzar el cielo —le decía el estandarte a todo el que entrara en la sala—, desata el infierno».

Ya hacía más de una hora que Daniel y Maria tenían en el aire a su Predator cuando les llegó la orden de la misión. La estación de Karachi había recibido una información sobre los movimientos de Hafiz Mehsud, el número tres de los talibanes paquistaníes. A Daniel le sonaba aquel nombre, y también la cara del individuo. Su fotografía también estaba en una pared de Creech, a solo tres retratos de distancia de la cara tachada de Ahmed Al-Said. Según un

informador, respaldado por grabaciones de vigilancia, se había acordado una reunión en un punto de las montañas situado al noroeste de Miran Shah. Un equipo de infantería ya había identificado el convoy de Mehsud saliendo de un recinto amurallado que había en el borde del pueblo: un todoterreno blanco seguido por una camioneta azul.

Al cabo de unos minutos, los demás miembros de la cadena de ejecución se presentaron, ya fuera hablando directamente por los auriculares de Daniel o bien mandándole mensajes de chat a su pantalla. Eran el observador de seguridad de Creech, un coordinador de inteligencia de Langley y un par de supervisores de la base aérea de Elgin, Florida. Iba a haber otra gente viendo la misión, quizás incluso algún empleado de la Casa Blanca. Daniel nunca sabía cuánta gente había mirando ni desde dónde, pero sabía que estaban allí, incluso en una misión de último minuto como aquella. Viendo cómo volaba, escuchando y grabando los resultados.

—¿No hay unidad de tierra? —preguntó Daniel.

—Negativo —respondió el coordinador—. Es al otro lado de la frontera.



Fue en las horas siguientes a la misión de Al-Said, después de ver cómo el cuerpo de Ahmed se enfriaba hasta fundirse con el azul del polvo, cuando Daniel estableció por primera vez su rutina posterior a las misiones de ataque, la misma que llevaba siguiendo desde entonces. Después de dar parte, Maria y él abandonaron en coche la base y se metieron en el aparcamiento del casino de al lado. Mientras Maria iba al baño, Daniel le pidió un par de cervezas a Kim, la camarera del Flying Aces. Kim, una cuarentona rubia y maternal, saludó a Daniel con la cabeza pero no interrumpió su conversación con otro cliente.

—A mí me encantan esas italianas —dijo mientras le tiraba sus cervezas a

Daniel—. Las que tienen tomate y mozzarella.

—Caprese —dijo un tipo mayor que estaba al otro lado de la barra. Llevaba una gorra de béisbol que ponía «Veterano de Vietnam» y hablaba sin levantar la vista de su cerveza—. Se llaman caprese.

—Esas mismas —dijo Kim—. Sí, las caprese. Me encantan.

Por encima de ella había cuatro televisores grandes colgados en ángulos orientados a las cuatro esquinas del bar. En todos se emitía el mismo programa de vídeos: animales resbalando en el hielo y acrobacias con bicicletas que salían mal. También había pantallas encima de la barra para jugar a videojuegos, con ranuras al lado para introducir billetes, desde un dólar hasta cien. Al lado del veterano de Vietnam había una mujer tejiendo un jerseyito de bebé azul, mientras que justo delante de Daniel había cuatro tipos jóvenes a los que reconoció de Creech, todos tecleando en sus teléfonos.

Mientras esperaba a Maria, Daniel examinó el resto del Flying Aces. Tenía las paredes decoradas con fotografías en blanco y negro de bombarderos de los años cuarenta, con los logos y los nombres pintados en el morro: «Gato con botas», «Pide un deseo», «Nadie me invitó». Debajo, apoyados en las mesas laterales, había montajes de instantáneas tomadas en el bar.

Cuando Maria volvió, se llevaron sus cervezas a una de aquellas mesas. Con el ruido del programa de vídeos detrás de ellos, y con la foto de una despedida de soltero con ropa de gala a un lado de la mesa, ella levantó su vaso para brindar.

—Por Ahmed.

Y, aunque lo decía en broma, cuando entrechocaron el borde de los vasos ninguno de los dos sonrió. Era la primera vez que veían a alguien desangrarse, y aquel manchón de color naranja que se había desparramado tenía algo que había alterado la atmósfera de su éxito. Se pasaron un rato hablando de otras cosas. Del coronel de la base, de las pruebas de baloncesto que tenía que

hacer pronto el hijo de ella y de las reformas que querían hacer en sus casas respectivas. Por fin se terminaron las cervezas y se marcharon, atravesando el coro crepuscular de tragaperras y máquinas recreativas del vestíbulo. Volvieron a coger la autopista que los había traído en silencio hacia el este, de regreso a sus familias y sus casas.

Pero Daniel no se fue a su casa, al menos no directamente. Lo que hizo fue dejar a Maria y luego dar media vuelta con el coche y volver a coger la autopista del desierto para doblar por una carretera secundaria que había a varios kilómetros de la ciudad. La carretera no tardó en convertirse en pista forestal, que hizo que el Camry temblara y se sacudiera sobre sus piedras, y por fin desapareció del todo. Daniel le mandó un mensaje de texto a Cathy diciéndole que le habían ordenado comparecer para dar un parte extraordinario; a continuación apagó el teléfono y salió del coche. Se pasó una hora allí, sentado en el capó del Camry, hasta que el sol se ocultó por detrás de la sierra de Charleston. Mientras veía oscurecerse el paisaje, intentó llenarse la vista con el desierto que estaba desapareciendo ante sus ojos; con sus matorrales bajos, con su arena y con aquellas rocas que resplandecían de camino al anochecer. Con su cielo impoluto. Quería dejar de ver la misión de Al-Said. Borrarla de su memoria. Quería eliminar la imagen de Ahmed poniéndose a un niño en hombros para celebrar un gol, tirándose al lado que no era para dejar que le marcaran, revolcándose por el suelo gritando. Pero no pudo. Y seguía sin poder. Desde entonces había habido muchas misiones, y muchos otros ataques. Pero el motociclista Ahmed había seguido con él durante todos ellos, un residuo recalcitrante que se le derramaba a Daniel bajo los párpados. A la victoria por el conocimiento.



—¿Creech? —La voz del supervisor tenía un aire inseguro, algo alejada del

protocolo habitual—. Tenemos dos vehículos acercándose desde el sur-suroeste. Total aproximado de ocho pasajeros.

—¿Podemos ver una imagen? —preguntó María.

Al cabo de unos segundos apareció una imagen procedente de un Global Hawk, un dron espía que vigilaba a los vigilantes.

El mensaje de chat del coordinador apareció en otro monitor: «Supongo que eso es el punto de encuentro, ¿no?».

«¿Hay información sobre la fuente?», contestó tecleando Daniel, con una mano en los controles del Predator.

«Negativo —respondió el coordinador—. Langley encontró la pista en las montañas del interior.»

—Dos misiles —dijo María en voz baja desde su asiento—. Dos misiles, colega.

Al cabo de otra media hora, el convoy de Mehsud llegó a un pequeño recinto amurallado situado en la parte alta de uno de los valles orientales, medio sumido en las sombras y medio a la luz. Diez minutos más tarde, el segundo convoy, seguido por el Global Hawk, apareció también en el campo visual de ellos. Un monovolumen seguido de otra camioneta. Daniel miró cómo a ambos vehículos se les calaba el motor en medio del empinado camino que llevaba al valle del este. En un momento dado, los dos se detuvieron y se abrió una portezuela del monovolumen. Salió un hombre, caminó hasta el margen del camino y se puso a orinar.

En un punto más elevado del valle, en el recinto con murallas de barro, una figura solitaria, que a Daniel le pareció un hombre, salió a uno de los tres patios interconectados. Había un árbol en una esquina y por un momento el hombre desapareció bajo su sombra. Cuando volvió a salir a la luz, no paraba de extender el brazo hacia delante, una y otra vez. A sus pies se reunió un alboroto de puntos oscuros de movimientos erráticos. Daniel se dio cuenta de

que eran pollos. Estaba dando de comer a los pollos. Al acercarse el convoy de Mehsud, dejó de darles de comer un momento y levantó la vista.

El vehículo que encabezaba el convoy se detuvo ante las murallas del recinto y de él salieron dos hombres. Los dos llevaban rifle.

—Hay confirmación de arma, comandante —dijo en el oído de Daniel uno de los supervisores—. Rifle por dos.

—¿Objetivo identificado? —preguntó Daniel.

—Negativo —respondió el coordinador. Tenía acento de la Costa Oeste, como de surfista—. Si Mehsud está ahí —siguió diciendo—, sigue dentro de uno de los vehículos.

Daniel movió suavemente la palanca de control hacia la derecha y dio la vuelta al Predator. Maria respondió ajustando los sensores y manteniéndolos centrados en el recinto. En sus pantallas siempre reinaba el silencio, pero había veces en que Daniel estaba casi seguro de notar también silencio sobre el terreno. Como ahora. Tal vez se equivocara, pero la escena tenía un aspecto extrañamente plácido. El árbol, que le daba la impresión de ser una higuera, los dos guardias con las armas bajas y esperando a la sombra de la tapia del recinto. La camioneta y el todoterreno, también esperando. Todo el mundo estaba esperando. Él, Maria, los supervisores, el coordinador y el observador. En alguna parte, también el piloto del Global Hawk. Y todos confiaban en que en el asiento de atrás de alguno de aquellos vehículos también estuviera esperando Hafiz Mehsud.

—Muy bien, todos, atención.

Volvía a ser el coordinador, señalando la llegada del segundo convoy. Primero paró el monovolumen y después la camioneta. La puerta del monovolumen se volvió a abrir lateralmente, una mancha oscura creciente en la pantalla monocroma de Daniel: de ranura a cuadrado a rectángulo.

—Tenemos dos, tres, cuatro y cinco. Cinco, repito, cinco pasajeros

confirmados. Todos varones.

El último hombre en salir llevaba algo echado al hombro. A continuación, el tercero en salir volvió un momento al interior de la camioneta para sacar un objeto. Parecía pesado y más corto que lo que fuera que estaba cargando su colega.

—¿Es un arma? —preguntó Daniel.

—¿Un lanzacohetes? —sugirió el coordinador.

—Demasiado corto —dijo uno de los supervisores.

—Pues un mortero —dijo el coordinador.

—¿Tenemos confirmación? —les preguntó Maria a ambos.

—Posible confirmación de arma —respondió el coordinador.

—Venga, vamos a ver —dijo Maria mientras salía otro hombre de la camioneta que confiaban que fuera la de Shareq.

También llevaba un rifle al hombro.

—Eso quiere decir confirmación de arma por tres —apuntó uno de los supervisores.

—Posiblemente por cuatro —le recordó el coordinador.

A continuación salió otro hombre. Era más lento, de más edad, y se apoyaba en un bastón.

Maria hizo un zoom sobre esta última figura. Llevaba chaqueta de combate por encima de su indumentaria tribal y algo que parecía un maletín, muy pegado al costado.

—Es él —dijo el coordinador—. Es nuestro hombre.

Daniel sintió que se le aceleraba el pulso. Ya habían salido de los vehículos nueve hombres. Y se estaban acercando los unos a los otros, apelotonándose.

—Objetivo facilísimo —dijo Maria a modo de confirmación.

Daniel respiró hondo, intentando controlar la adrenalina. Recordó la lista de supuestos crímenes que había en la pared debajo de la fotografía de Hafiz

Mehsud. Ningún detalle en particular, solo lo larga que era la lista. Y ahora lo tenía allí, al mismo hombre, uniendo a aquellos dos grupos. Dentro de unos minutos entrarían en el recinto, o bien algunos de los presentes empezarían a marcharse. Examinó el terreno que abarcaba su pantalla para ver si había más gente. Fue entonces cuando vio un movimiento dentro del monovolumen, una mancha de color claro en la oscuridad de su portezuela abierta.

—Puerta del monovolumen —dijo.

—Oído, sensor —respondió Maria, desplazando el punto de mira al monovolumen.

—¿Qué problema hay, comandante? —preguntó el coordinador.

Por primera vez, su tono sonaba apremiante, tenso.

—¿Eso era una mujer? —preguntó Daniel.

—¿Una mujer? —respondió el coordinador—. Ni hablar. En una reunión como esta, no.

—¿Supervisores? —preguntó Daniel.

Ahora la portezuela abierta del monovolumen ocupaba media pantalla, pero estaba completamente a oscuras.

—No hay forma de saberlo —dijo una de las voces de Florida.

—Yo he visto algo... —dijo el otro.

—Yo he visto a un hombre —dijo el coordinador, interrumpiéndolo—.

Posible décimo pasajero.

—Atención —dijo Maria.

Los dos grupos se habían acercado todavía más. Estaban hablando, con los guardias armados un poco apartados. El hombre del patio también había salido ahora al frente del recinto a mirar.

—¿Qué tienes, Creech? —preguntó el coordinador.

—Hellfire por dos confirmado —respondió Daniel.

—Muy bien, comandante, tiene luz verde de inteligencia.

—¿Permiso para disparar? —preguntó Daniel, adoptando su protocolo de las ejecuciones.

La voz del observador le sonó en el oído antes incluso de que él terminara de preguntarlo.

—Adelante, comandante. Permiso para disparar.

Nadie dijo nada desde Florida, de forma que Daniel tiró de la palanca de control con fuerza hacia la izquierda para que el Predator trazara una curva cerrada y se colocara en trayectoria de ataque. Pronto se oiría por aquellas colinas el tenue zumbido de sus hélices.

—Misiles armados.

—Oído, sensor.

—Activar objetivo.

—Oído, sensor.

—Objetivo establecido.

—Oído, sensor.

—En tres, dos, uno. Misiles lanzados.

Los dos Hellfire desaparecieron de sus rampas en el diagrama del Predator que Daniel tenía en el monitor. Mientras él contemplaba la escena a la que se estaban dirigiendo —la sombra del árbol y las furgonetas detenidas—, el zumbido grave de sus auriculares le llenó los oídos; por debajo de él, las seis personas que había en la línea contenían la respiración. La cifra del contador que tenía a la izquierda fue descendiendo. Dejó atrás el diez, dejó atrás el cinco. El hombre que había dado de comer a los pollos se acercó más. Volvió a aparecer una mancha de color claro en la portezuela del monovolumen. Cuatro, tres, dos. Una cabeza cubierta con un pañuelo. Uno.

La imagen de la pantalla fundió a blanco de golpe, emitiendo un centelleo.

—Impacto —dijo Maria a su lado.

Daniel esperó a que las pantallas recuperaran lentamente la definición.

Maria aumentó el zoom al máximo. Los vehículos estaban ardiendo. Los pocos cuerpos que quedaban estaban tirados boca arriba. El zumbido de los servidores, el aire acondicionado de la estación de control, una voz de surfista muy nítida en su oído:

—Buen trabajo, comandante. Muy bien.

Mientras Michael llegaba al recodo de la escalera, uno de los tablones del suelo se dobló un poco y su crujido le hizo detenerse. Sin avanzar ni un paso más, y con el corazón en un puño, se inclinó hacia delante y se asomó por la esquina.

No había nada. Más escaleras y después un rellano con la misma moqueta roja mullida que ya había dejado atrás. Ningún fantasma. Ningún intruso. Tampoco Caroline. Solo una parte de la casa de los Nelson que él no había visto nunca.

Pensó en dar media vuelta y bajar la escalera. Pero ahora que estaba allí, en la parte alta de la casa, ¿no debería al menos mirar en las habitaciones de aquella planta? En busca de quien pudiera haber entrado por la puerta abierta, o de quien pudiera haber conjurado aquella repentina esencia de Caroline. Así fue como Michael se convenció a sí mismo para dar los últimos pasos que lo separaban del rellano. En realidad, sin embargo, sabía que ya no estaba buscando a otro intruso que ella. La resonancia de la sensación que había experimentado seguía apagándose dentro de él, como si Caroline acabara de abandonar el aire del rellano que él tenía delante, invitándolo a un juego imposible del escondite.

Al menos aquello era lo que su cuerpo le decía a Michael. Su mente, en un intento de asimilar de forma racional lo sucedido, ya estaba descartando lo que únicamente percibía como dolor, un dolor todavía capaz de controlarlo después de tantos meses. Caroline estaba muerta. Lo único que quedaba de ella estaba en sus recuerdos, y era solo eso —le previno su mente— lo que

estaba experimentando ahora: recuerdos, desencadenados por alguna asociación invisible o inaudible. Michael quería dar crédito a aquella voz racional, tan segura de sí misma. Pero no podía. Era una voz despojada de misterio, y también de la más seductora de las drogas: la esperanza.

Al llegar al rellano, Michael se vio a sí mismo de pie entre tres puertas de madera: una a cada lado, en los extremos de un pasillo corto, y la tercera delante y un poco a su derecha. La que tenía delante estaba cerrada, igual que la de la izquierda. La puerta de su derecha, sin embargo, estaba abierta. Mientras se acercaba a ella, Michael divisó en su interior la pata de una cama, la esquina de una alfombra y, cuando estuvo más cerca, un sillón cubierto de prendas de ropa: unos pantalones, unas medias y un enredo de camisas y blusas, como si sus propietarios se hubieran evaporado en pleno abrazo. Entró en la habitación y se detuvo ante la cama, examinando los bultos de su edredón en busca de la silueta de un cuerpo. Pero no había ningún cuerpo. No lo había habido nunca. Solo restos, eso era lo que había quedado de ella. Y eso era lo que habían enterrado. No a la Caroline que él había conocido y amado, sino únicamente sus restos.



Michael nunca había sido un hombre violento. La leña que había visto prender en otros era un combustible desconocido para él. Durante los años pasados con Nico y Raoul en Inwood había descubierto los contornos de la violencia, pero solo en calidad de observador. Había visto cómo entraba en una sala, o bien cómo poseía la cara de un hombre, tensándole los tendones del cuello y ruborizándole las mejillas. Había visto también lo repentino de su estallido: el espasmo brusco del puñetazo, el destello de sardina de una navaja. Y más de una vez había estado en presencia del peso de su amenaza; la gravidez de una pistola en la mesa, con el bronce de un cargador de munición encajado dentro.

Pero nunca, ni siquiera cuando se había sentido amenazado, había experimentado la compulsión de hacer daño. Hasta que habían matado a Caroline.

El deseo había surgido en él pocas horas después de encontrarse con Peter esperándolo en el porche de Coed-y-Bryn. Era de noche y los bosques del otro lado del valle ya eran una franja oscura. Por encima de ellos, el cielo mostraba las primeras estrellas. Peter todavía estaba en casa, haciendo la cena para los dos. Había dicho que no le parecía buena idea que Michael se quedara solo. Pero durante unos minutos, cuando Michael fue arriba a cambiarse, pudo estar solo.

Al entrar en su dormitorio, vio el sillón que estaba al lado de la cama de Caroline cubierto de ropa tirada, igual que años más tarde lo estaría el del dormitorio de Samantha y Josh. Michael se dejó caer en el suelo a su lado y metió lentamente las manos por debajo del revoltijo de ropa, como si estuviera buscando huevos debajo de una gallina dormida. Abrazó con fuerza el montón y pegó la cara a los vestidos de Caroline, a sus camisetas y al jersey que había llevado la noche en que se habían conocido, el del cuello caído que le dejaba al descubierto un hombro.

Quería matarlos. A aquellos hombres sin cara que habían asesinado a su mujer desde el aire. A los planificadores, oficiales y espías que habían jugado con su destino como si fueran dioses. Quería encontrarlos, delatarlos y poner patas arriba sus nidos y madrigueras. Quería hacerlos pagar.

Durante las semanas siguientes, aquellos pensamientos se propagaron por Michael como si fueran un virus, una rabia que enmascaraba su dolor. A medida que la noticia circulaba por el mundo y que los comentarios periodísticos se acumulaban y el nombre de Caroline se repetía una y otra vez en la radio y la televisión, él aprendió todo lo que pudo sobre el programa estadounidense de drones. Hasta bien entrada la noche y la madrugada,

haciendo caso omiso de quienes le aconsejaban que durmiera y descansara, Michael se dedicó a rastrear blogs, foros y chats en busca de información. Intentando averiguar desde qué bases podría haber sido controlado el Predator. Buscando información sobre las víctimas inocentes o invisibles en los informes de las misiones. Sobre los misiles que habían hecho pedazos a su mujer.

Cuanto más averiguaba Michael, más profundas eran las injusticias que encontraba. Caroline y su equipo habían estado en Pakistán, un país con el que América no estaba en guerra. Por eso su vehículo no estaba marcado y por eso ni Sightline ni su mediador se habían puesto en contacto con el ejército americano. Por eso no se habían seguido los protocolos de una zona de guerra. Aunque el ataque había sido una operación encubierta, el Pentágono había emitido un comunicado reconociendo el incidente. El comunicado lo definía como un trágico accidente. Habría una investigación interna. Además de Caroline, también habían muerto su director británico, un cámara sueco y el chófer e intérprete paquistaní. Entre los muertos había un chico de catorce años. Los gobiernos británico, australiano y sueco exigían respuestas. Se les contestó que se someterían a examen los procedimientos operativos y las líneas de mando. Que habría respuestas. Pero la declaración del Pentágono también mencionaba que los periodistas habían estado «infiltrados» y «entrando en una zona de alto riesgo». Venía a decir de forma implícita que ya conocían el riesgo que entrañaba lo que estaban haciendo. Y la misma declaración recordaba al mundo que un influyente terrorista había sido abatido con éxito en la operación. Michael se dio cuenta de que la carga de culpa, ya desde el primer momento, estaba siendo disipada, diluida.

Por la noche, cuando no podía dormir, se imaginaba las entrevistas que concedería cuando fuera capaz de hacer frente a una cámara o un micrófono. Cómo retransmitiría su furia. Cómo se aseguraría de que la historia no pudiera

sacarse nunca del debate público. Cómo exigiría que los responsables afrontaran la justicia, no una oscuridad que lo cubría todo, sino un foco resplandeciente, y cómo a la luz de aquel foco la muerte de Caroline podría evitar otras muertes futuras. Se las apañaría para encontrar la manera de infligir dolor a quienes la habían matado.

Y luego, igual de deprisa que lo había inundado, la marea de venganza se retiró de Michael. Lo abandonó de la noche a la mañana. Una noche se despertó en plena madrugada y se dio cuenta de que no quería nada de todo aquello. De que no quería retransmitir nada, solo alejarse del mundo, encogerse e hibernar con su pena. Aquel fue quizá, lo comprendería más tarde, el verdadero momento de la muerte de Caroline para él. Una asimilación más silenciosa y más completa de la noticia que le había dado Peter al arrodillarse junto a él en la grava y ponerle las manos en los hombros. Una solitaria y terrible aceptación de los hechos.

En los meses siguientes, Michael rechazó todas las peticiones de entrevistas. No hizo declaraciones y también interrumpió sus investigaciones. Los restos de Caroline fueron repatriados en un avión de transporte de la Royal Air Force. Una semana más tarde, su familia y él la enterraron en la misma capilla que habían visto juntos por primera vez desde la ventana de la cocina de Coed-y-Bryn. Michael sabía que dentro del ataúd no había apenas nada. Vio cómo lo bajaban a la fosa, tiró un puñado de tierra sobre la madera y le dio la espalda. Dejaría que fuera el mundo quien clamara por su muerte. Dejaría que fueran los demás quienes descubrieran los detalles y las razones. Porque para Michael solo había una verdad que averiguar, y él ya la había descubierto aquella noche en que se había sentado en el suelo de su dormitorio y había pegado la cara a la ropa de Caroline; en su olor, más débil a cada hora que pasaba, y en las sábanas de su cama, que todavía llevaban las marcas del cuerpo de ella, un cuerpo que ya no estaba entero y ya no estaba allí.



Por encima del sillón del dormitorio de Samantha y Josh había una ventana alta que enmarcaba las hojas del sicómoro de delante de casa. Delante del sillón había una cama king-size, sobre la cual colgaba un paisaje abstracto, algo que podrían ser colinas, cielo y tal vez un río. A ambos lados, las mesillas de noche delimitaban el territorio de la habitación. En la derecha había un montón de novelas, revistas femeninas y un cuenco de cerámica lleno de pendientes. En la izquierda un libro sobre la guerra civil americana, un estuche de gafas y el cable de un cargador de teléfono. En el suelo de madera, ejemplares del *Financial Times* y del *Herald Tribune*. La cama en sí estaba deshecha, con la colcha amontonada en el centro. En la otra punta había dos almohadas apoyadas contra la cabecera, en cuya forma todavía se veía la hondonada dejada por una espalda.

Michael miró encima de la cama y entre la ropa del sillón. En los últimos siete meses, estar en casa de los Nelson había sido muy a menudo como revivir ecos de una vida pasada: ayudar a Lucy a montar un coche de Lego, mirar cómo Samantha y Josh cargaban el lavavajillas o, en cierta ocasión, ver cómo cada uno de ellos llevaba en brazos a una niña dormida por las escaleras para acostarla.

Pero aquellos momentos no eran ecos, sino visiones. Vislumbres de una vida futura junto a Caroline que le había sido robada. Una vida de hijos y de familia. Hasta la cama que tenía delante era una de aquellas visiones. La cama que habían compartido Caroline y él siempre había sido nueva. Una cama llena de promesas, no de años. Y eran los años lo que Michael quería: la acumulación de cosas compartidas. No solo un matrimonio, sino una vida entera.

Dio la espalda a la cama. El rastro de Caroline que lo había llevado

escaleras arriba no se encontraba allí. Y, además, él no debería estar mirando aquello. Tenía la sensación de haberse perdido por los pasillos de un crucero y haber ido a parar inesperadamente a la sala de máquinas; los mecanismos no pensados para ser vistos por el público, las distintas piezas entregadas a la tarea de mantener estable la quilla sin importar el estado de la mar. Echó un vistazo por la ventana a la tranquilidad de la calle, donde las hojas de los sicómoros filtraban la luz de la tarde. Y al hacerlo, pareció regresar a la superficie del día, a su realidad más ordinaria, a la ciudad atontada por el calor. ¿Y si Josh viniera a casa en ese momento y lo encontrara en su dormitorio? ¿Cómo se lo explicaría? ¿Cómo se le podía haber ocurrido subir las escaleras y todo? Pero Michael no había oído ni un solo ruido desde que había entrado en la casa. ¿Acaso si hubiera un intruso se habría pasado tanto tiempo callado? Lo de la puerta abierta debía de haber sido un simple descuido. Tenía que marcharse ahora que todavía podía. Les escribiría una nota a Samantha y a Josh, cerraría la puerta de atrás y se marcharía.

Aunque en los meses posteriores a su muerte Michael había perdido todo el deseo de saber exactamente qué le había pasado a Caroline, había una pregunta que no podía sacarse de la cabeza: ¿Quién? Era lo único que todavía quería saber. No por qué, sino quién. Quién había pulsado el botón. ¿Quién era la persona que había detrás del piloto, el operador, el contratista?

¿Quién era el hombre o la mujer que había matado a su esposa?

¿Qué aspecto tenía?

¿Qué soñaba?

¿A quién amaba?

¿Cómo se llamaba?



Una mañana de marzo, cuatro meses después de que se mudara a South Hill Drive, una carta del comandante Daniel McCullen le trajo a Michael la respuesta a aquella última pregunta.

La carta iba dirigida a sus editores de Nueva York. Algún becario o trabajador de correos había tachado la dirección de Manhattan y la había reenviado, escribiendo a mano la de Michael con letra redondeada y fluida: «South Hill Drive 34, apartamento 6, Londres NW3, 6JP». La carta de dentro también estaba escrita a mano. Era una caligrafía serena y con pocas variaciones, incluso en la quinta línea, donde a Michael le daba la sensación de que debería haber traicionado algo —una interrupción en la bajada de una

letra, una marca más honda en la página— cuando la mano que guiaba el bolígrafo había escrito las palabras: «Lamento decirle que yo era el piloto aquel día».

Michael leyó por primera vez aquella frase sentado en los peldaños inferiores de su escalera comunitaria. Se estaba atando los cordones de las deportivas cuando la carta entró por la ranura de la puerta de la calle junto con el resto del correo del día y cayó en la esterilla que había debajo. Folletos de organizaciones de caridad, extractos bancarios, una revista de viajes para un inquilino que ya hacía mucho que no vivía allí y una carta con matasellos tanto de California como de Nueva York dirigida al señor Michael Turner.

Michael y Josh llevaban dos meses quedando un par de veces por semana para ir a pasear y hacer footing por el Heath. Los días en que quedaban venían dictados por los horarios cambiantes del calendario laboral de Josh, que a su vez dependían de la situación de los diversos mercados extranjeros. Josh había asumido como resolución de año nuevo perder peso y contrarrestar las horas semanales que se pasaba bajo las luces de la oficina y en el metro. Michael quería hacer ejercicio para estar en forma de cara a su esgrima y para salir un poco del apartamento entre que se despertaba y se ponía a trabajar, pero también para aliviar su ciática, resultado de una lesión de infancia que había regresado recientemente desde el pasado para mandarle calambres a la pierna izquierda todas las mañanas. No sabía qué era lo que había provocado que le volviera, quizá la esgrima, o el haber vuelto a trabajar en serio en *El hombre que rompió el espejo* y pasarse largas horas sentado a su mesa. A veces se preguntaba incluso si no sería otra forma que asumía su duelo. Tal vez aquella pesa de plomo que había tenido en el pecho desde la muerte de Caroline le había resbalado cuerpo abajo hasta encajarse en la pantorrilla. Fuera cual fuese la causa, aquella tenaza eléctrica que le oprimía la rabadilla y los músculos de la nalga derecha obligaba a Michael todas las mañanas a ir

cojeando de la cama al cuarto de baño, y le hacía falta media hora de caminar bastante para que la pierna empezara a distenderse y pudiera volver a flexionar el pie derecho con libertad.

Cuando Michael, sentado en la escalera, leyó aquella quinta línea, sintió que el calor abandonaba su cuerpo. La escalera pareció latir a su alrededor y todo se volvió borroso. Regresó al encabezado de la carta. «Querido señor Turner —decía—. Entiendo que esta es una carta que seguramente usted no querrá recibir, pero confío en que cuando la lea tal vez pueda comprender por qué me he sentido a la vez impulsado y moralmente obligado a escribirla.»

Michael le dio la vuelta a la página y la escrutó hasta el final. Una firma ilegible, con la letra impresa debajo: «Daniel McCullen». O sea que así se llamaba. Aquel era el nombre del individuo que había matado a su mujer, escrito a tinta por la misma mano que había manejado los controles de aquel Predator; del hombre que había disparado, por medio de sus dedos, de la fibra óptica, de un satélite, de la hidráulica y los goznes, dos misiles Hellfire, cuyos propulsores habían escupido fuego por los cielos despejados de las montañas que ella tenía encima.

Michael se pasó un rato sin hacer nada más que mirar fijamente aquel nombre. Daniel McCullen. Por fin regresó a la realidad, le dio la vuelta a la página y empezó a leerla otra vez por el principio. «Querido señor Turner.» Cuando llegó por segunda vez a la firma, dobló la carta, la metió en su sobre y se guardó el sobre en el bolsillo de los pantalones cortos; a continuación se puso de pie, un poco mareado, y se obligó a sí mismo y a lo que acababa de descubrir —y que le ardía en la parte frontal de la mente— a salir a la mañana invernal de la ciudad.

Michael estuvo todo su paseo y su sesión de footing con Josh de aquel día —dieron la vuelta al estanque de natación masculina, subieron por el lado este del Heath para rodear los terrenos de la Kenwood House y volver a través del

bosque hasta Parliament Hill— sintiendo que los bordes de la carta le rozaban el muslo, y que sus palabras se le infiltraban, como si fueran una droga que iba penetrando lentamente, en el cuerpo y en la mente. Era un día nublado y el suelo arenoso del Heath se les encharcaba bajo los pies. Los paseantes solitarios seguían a sus perros por el bosque desnudo de hojas. Había una mujer nadando sola en el estanque mixto, con su gorro de natación azul avanzando lenta y luminosamente entre un cisne y una gaviota en reposo, meciéndose en su estela.

Al principio de su paseo fue Josh quien estuvo hablando. Contándole que Samantha quería volver a trabajar, o a la universidad.

—Parece que no le importa cuál de las dos cosas —le dijo mientras paseaban por los senderos de la parte baja—. Y eso es lo que me molesta a mí. O sea, no me importa que trabaje, claro que no. Nos pondrá las cosas más difíciles con las niñas, y Dios sabe que no le hace falta, pero en fin. —Hizo una pausa, no para pensar, sino para recobrar el aliento—. Si está decidida a poner las cosas más difíciles, por lo menos que decida qué es lo quiere. ¿Me entiendes o no?

Michael notó que habían discutido. Josh solo hablaba tanto rato de Samantha cuando discutían. Normalmente ceñía su conversación a las intrigas del trabajo y a asuntos de actualidad. A veces hablaba de fútbol, aunque sabía que Michael no era de ningún equipo. Pero de vez en cuando usaba aquellas sesiones en el Heath para hablar de Sam y de las niñas. Nunca contaba nada demasiado íntimo, pero aun así Michael tenía la impresión de que le contaba más a él que a sus compañeros de trabajo o al resto de sus amigos hombres.

Cuando a Michael se le pasó por fin el calambre de la pantorrilla arrancaron a paso de footing frente a la fachada de la Kenwood House. Casi de inmediato la conversación de Josh dio paso a su ya familiar jadeo, a su cara ruborizada por el esfuerzo y al rebote del tirabuzón infantil de su flequillo

sobre la frente. Corrieron así, sin nada que rompiera el silencio más que el sonido de sus respiraciones vaporosas, hasta el final de su ruta. Al coronar la cima de Parliament Hill, tal como ya se había convertido en su costumbre, los dos se sentaron en uno de los bancos y contemplaron Londres, gris y lleno de grúas, desplegado ante ellos como un ejército en pleno asedio.

Michael estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Josh permanecía recostado en el banco de al lado, con las piernas extendidas y los brazos desplegados sobre el respaldo, como si estuviera intentando que le entrara todo el aire posible a los pulmones. Tenían las espinillas y las pantorrillas salpicadas de barro y les salía vapor de los hombros. Michael sentía el sudor hormigueándole en las sienes. Se quitó los guantes, se sacó la carta del bolsillo, la extrajo desdoblándola del sobre y se la dio a Josh.

—¿Qué te parece esto?

—¿Qué es? —dijo Josh mientras la cogía.

Michael se limitó a señalar la carta con la cabeza, como diciendo: «Léela y lo verás».

Mientras Josh leía, Michael contempló la ciudad, sin apartar la vista del skyline ni siquiera mientras Josh soltaba un «mierda» en voz baja. Un avión en pleno descenso para aterrizar en Heathrow avanzó trabajosamente por el cielo, con un tren de aterrizaje que se veía de color blanco sucio sobre el fondo oscuro de las nubes. Mientras contemplaba cómo descendía sobre las torres y las hileras de casas, Michael se sorprendió a sí mismo pensando que en aquel mismo instante, en algún lugar, Daniel McCullen estaría durmiendo en su cama. Tal vez junto a su mujer. En la carta le mencionaba que estaba casado. Aquel parecía ser parte de su razonamiento. «Como marido que soy —había escrito—, me imagino que me gustaría saber por qué murió mi mujer». También decía que estaba en desacuerdo con el secretismo de la

investigación interna del Pentágono. Con las limitaciones que le habían impuesto. También se disculpaba, más de una vez. Pero a Michael le dio la sensación de que no se disculpaba tanto por sí mismo como por la situación. Por los movimientos del mundo que los habían llevado a todos a aquella situación. Escribía como una víctima. Como si la muerte de Caroline fuera algo que le hubiera pasado y no algo que él hubiera causado.

—Dios bendito —dijo Josh, devolviéndole la carta—. ¿Se la has enseñado a alguien más?

—No —dijo Michael, volviendo a meterla en el sobre—. Me ha llegado esta mañana. Justo antes de que nos viéramos. —Miró los matasellos—. Viene de San Diego y de Nueva York.

John lo miró, como con admiración.

—Es una locura —dijo, negando con la cabeza—. Una locura. —Le puso una mano en el hombro a Michael—. Lo siento mucho. Vaya mierda de carta. Pero ¡qué mierda! —Apartó la mano y se giró hacia las vistas—. ¡Qué morro, el cabrón!

—Puede ser —dijo Michael.

—¿Puede ser? —Josh lo volvió a mirar, levantando la palma de las manos con gesto interrogativo—. ¿Cómo que puede ser? El tío.... —Se interrumpió, incapaz de terminar la frase—. Tendrás que informar a la comisión de investigación —dijo con más autoridad.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque no puede hacer esto —dijo, genuinamente enfadado—. Es una puta manipulación. No tiene derecho. Va a poner en peligro el proceso entero. Por eso.

Michael asintió con la cabeza.

—Sí, supongo que debería.

Josh volvió a contemplar la ciudad, la catedral de San Pablo, el London Eye

y el vapor que se elevaba de la pirámide de Canary Wharf en el este.

—¿Cómo puede hacer eso? —dijo, jadeando—. Además, es una puta ridiculez. O sea, ya sé que lo que estaba haciendo Caroline era importante. Pero la guerra... Afganistán, Irak... Es todo una puta distracción. Entretanto, en China se están frotando las manos, les encanta todo esto. Hacen lo que les da la gana. Te lo digo: a quien tendríamos que estar prestando atención es a China. No a un puñado de países con el producto interior bruto de Birmingham.



En cualquier otra circunstancia, Josh y Michael no habrían sido amigos. Las dinámicas de su conversación eran divergentes y sus ritmos trazaban contrapuntos. Josh hablaba así a menudo, pontificando con firmeza, como si tuviera acceso privilegiado a los asuntos del mundo. Cuando hablaba, casi nunca dejaba sitio para una segunda opinión o una visión alternativa. Michael, tanto por carácter como por formación, prefería escuchar, sondear, bloquear y esquivar; era su vía mucho más indirecta para llegar al meollo de la discusión.

Pero las circunstancias de su encuentro inicial, junto con el hecho de que Michael ciñera su territorio a las inmediaciones de su piso —un par de kilómetros cuadrados que abarcaba Hampstead Heath, las calles de South End Green y Belsize Park—, habían hecho que intimaran casi por accidente. Ya desde el principio, Josh había adoptado cierta actitud de hermano mayor hacia Michael. En la semana siguiente a su fiesta de noviembre, Samantha y él habían vuelto a invitarlo a su casa para cenar con Maddy y Tony. Y un poco después, él los había acompañado a una cena en la casa nueva de Tony y Maddy, que quedaba a pocas calles de distancia.

En ambas cenas, Michael se había sentido el hermano pequeño de los otros dos hombres, no por edad, aunque sí era más joven que ellos, sino por el

menor volumen de cosas que parecía haber movido en el mundo. Su dolor lo había vuelto ingrátido, y Josh era consciente de ello. Cada vez que le ponía la mano encima a Michael, y lo hacía a menudo —en el hombro, en la espalda o en el brazo—, parecía que estuviera intentando devolverle cierta solidez a su ser; reintegrar su esencia al nivel físico.

Con Tony la cosa era más sutil. En calidad de editor y lector, tenía un concepto elevado de Michael. Aun así, el hecho de que Michael no perteneciera a nada, su existencia solitaria en el mundo, habían llevado a Tony a detectar también aquella falta suya de solidez, y a sentir también la necesidad de apuntalarlo. No a base de familiaridad fraternal, como era el caso de Josh, sino prestando atención a sus temas de conversación cuando estaba en su presencia; haciendo preguntas —demasiadas, en opinión de él—, igual que se las hace un maestro a un alumno tímido pero prometedor.

El interés de Tony por Michael nunca se extendía más allá de los ratos que pasaban juntos. Por lo que Michael sabía, Tony le tenía simpatía y se alegraba de verlo, pero invertía poco más en su recuperación que los buenos deseos habituales de un ser humano a otro. Para Josh, sin embargo, en calidad de vecino, Michael se había convertido en algo más parecido a un proyecto a largo plazo. Solo en el último mes, Josh había invitado dos veces a una compañera suya del trabajo a cenar la misma noche en que venía Michael. Aunque Samantha le había dado instrucciones estrictas para que no insistiera, sus intenciones estaban bastante claras. Después de que los hiciera coincidir por segunda vez, Michael le sacó el tema al final de la velada. Estaban los dos vaciando la mesa de la cocina: Michael le llevaba los platos y los cuencos a Josh, que los metía en el lavavajillas.

—¿Estás intentando liarme con esa chica? —le preguntó mientras dejaba una pila de platos en la encimera.

Emily, que también trabajaba de corredora para Lehman's, acababa de pedir

un taxi y marcharse. Samantha estaba en el piso de arriba, organizando el contenido de una cesta de colada. Josh miró a Michael con una cara de sorpresa burlona que enseguida se convirtió en una sonrisa juvenil.

—Hay que comer, Mike —dijo, encogiéndose de hombros—. Solo digo eso. Hay que comer.

—¿Comer? —dijo Michael.

—Venga ya —le replicó Josh—. Emily es fantástica, ¿no? Es divertida, lista. Muy buenas tetas —dijo, asintiendo con la cabeza con expresión de experto.

Como era habitual a aquella hora de la velada, Josh estaba borracho.

—Es muy atractiva —dijo Michael—. Y se la ve encantadora. Pero...

—Ya sé —lo interrumpió Josh, borrando la sonrisa de su cara—. Ya sé —repitió, inclinándose para dejar caer los tenedores y los cuchillos en la parrilla de plástico. Se incorporó otra vez y se giró para apoyarse en la encimera—. Pero en algún momento tendrás que empezar a vivir —dijo, como si estuviera sugiriendo algo inevitable—. En algún momento tendrás que volver a subirme al caballo.

—¡*Estoy* viviendo! —dijo Michael.

Extendió los brazos para mostrar la sala, la mesa de la cena y a ellos. Y era cierto. Todavía no estaba listo para algo como Emily. Hacía menos de un año de la muerte de Caroline. Y, sin embargo, después de los últimos dos meses en Londres estaba empezando lentamente a sentirse vivo otra vez. La muerte de Caroline lo había dejado entumecido, como cuando se te duerme un brazo. Pero ahora la sangre estaba regresando a sus capilares emocionales. Como si se estuviera despertando. Había recobrado hacía poco el entusiasmo por *El hombre que rompió el espejo*, por darle forma a los años que había pasado con Oliver e hilar las teorías de este en el entramado de una historia. Entretanto, las lecciones de esgrima, pese a despertarle una vez más la ciática,

también le habían devuelto parte del vigor físico. Ahora, cuando se duchaba por las mañanas notaba un asomo de sabor a un futuro que no tenía por qué ser un eco de su pasado.

Josh le tomó la palabra a Michael y no volvió a intentar presentarle a nadie más. Pero la conversación que habían tenido al final de aquella noche marcaría el nacimiento de un tono distinto en su amistad. De cierto aire conspiratorio en materia de mujeres que se vería reforzado en dos ocasiones posteriores distintas. La primera de aquellas ocasiones la planeó Josh. La segunda no.

El jefe de Josh le había asignado la tarea de entretener durante una semana a una delegación de inversores y propietarios de fondos de cobertura mexicanos procedentes de Guadalajara. A Michael le contó que eran hombres cultos que estarían encantados de cenar con un autor de éxito. ¿Podía hacerle un favor y venirse a cenar con ellos una noche? Lo pagaba todo el banco.

Unas noches más tarde, mientras cenaban todos en un restaurante de Mayfair, Michael descubrió que la descripción que había hecho Josh de sus clientes era precisa. Muchos de ellos, además de ser hombres de negocios e inversores, eran profesores universitarios, pensadores mexicanos de lo más insigne en sus distintos terrenos y que hablaban no solo inglés y español, sino también francés, alemán y, en el caso de un ingeniero, chino.

Era la primera vez que Michael visitaba el centro de Londres desde su regreso a la ciudad. Mientras caminaban desde el restaurante hasta un club privado, primero por Curzon Street y luego por Queen Street, la capital le pareció imposiblemente grandiosa, con su arquitectura clásica iluminada desde abajo, un continente entero de siglos y más siglos que infundían solidez a las angostas callejuelas del norte de Green Park. Los mexicanos parecían cómodos en aquel entorno, y todavía más en el club. Estaban perfectamente familiarizados con el poder y con su lenguaje universal. Mientras Michael

bebía con ellos, los vio coquetear con las camareras y pasarles tarjetas de visita que se sacaban de la pechera de la camisa, y le parecieron más gánsters que profesores. Como si el profesorado de una facultad hubiera pasado por el prisma de *Grand Theft Auto* y hubiera emergido con un toque de peligro en el corte de la ropa y cierto aire amenazante en su lustre.

Después del club, Michael se quiso ir a casa. Llevaba años sin beber tanto. Pero Josh, que parecía haberse vuelto más él mismo a medida que la noche se acercaba a la mañana, le insistió en que se quedara. Al director de la delegación, un capitalista de riesgo y profesor de sociología llamado Ramón, le había encantado hablar con Michael de *Hermanos de barrio*.

—¡Has triunfado! —le dijo Josh, pasándole un brazo por detrás del cuello y agarrándole el hombro—. Pero si quiere que vayas allá a dar una conferencia y todo. Venga, esta noche eres mi invitado. Un par de horas más y luego cogemos un taxi juntos. Te lo prometo.

El siguiente local, al que fueron en el coche con chófer de uno de los mexicanos, era un club de bailes eróticos al que se entraba por una anónima puerta con toldo en una plaza situada al sur de Piccadilly. Mientras desfilaban por entre los porteros del local, Michael se dio cuenta de que era la misma plaza en cuya parte de atrás estaba la London Library. Aquel descubrimiento, en un lugar que conocía tan bien, acentuó su sensación de ser extranjero en una ciudad que creía conocer. Mientras se adentraban por un pasillo estrecho y entraban en un salón en penumbra, el encargado del club dio la bienvenida a Josh con un abrazo. Josh pareció crecerse otra vez en los brazos de aquel tipo. Le dio su tarjeta de crédito de Lehman's e hizo pasar a sus invitados, señalándoles una serie de reservados que había al fondo del local.



Al día siguiente Michael tenía un recuerdo vago de la noche, donde solo

despuntaban unos pocos detalles. Aunque en apariencia lujoso, el club tenía cierto aire de ferry de los que cruzan el Canal de la Mancha. Los techos eran lo bastante bajos como para que se vieran manchas de humedad grises en torno a las rejillas de ventilación. Los brazos de los sillones estaban descoloridos y deshilachados. Desde su reservado, el grupo tenía una buena vista del escenario, sobre el cual iba apareciendo una sucesión de mujeres, cada una anunciada por los compases de una canción nueva, para desnudarse y hacer su número en un poste de acero pulido. Michael no pudo evitar quedárselas mirando. Hacía casi un año de la última vez que se había acostado con Caroline o que había tenido cerca un cuerpo desnudo. Las mujeres del escenario, sin embargo, no estaban igual de desnudas que Caroline aquella última noche. Sus cuerpos surcados de músculos y bronceados con espray relucían bajo las luces del escenario. La piel de Caroline, a pesar de estar bronceada todo el año, siempre había sido mate. Tenía los pechos naturales, pequeños pero con forma de pechos de mujer más joven. Los senos de las mujeres del escenario, en cambio, estaban en muchos casos endurecidos por implantes y permanecían extrañamente inmóviles sobre su pecho tenso mientras ellas adoptaban sus posturas lentas y descendentes sobre el poste. Cada vez que se inclinaban o se abrían de piernas, sus labios vaginales mostraban un vislumbre rosado de sinceridad repentina en medio del espectáculo; la biología disipaba fugazmente la fantasía de su danza.

A diferencia de Michael, los demás hombres del reservado no parecían interesados en las mujeres del escenario: la familiaridad disipaba la potencia de su exhibición. Daba la impresión de que la dinámica del grupo era más poderosa que ninguna actuación que estuviera teniendo lugar fuera de él. Pero luego las mujeres empezaron a ir con ellos y todo cambió. Algunas acababan de estar en el escenario y desde allí habían sentido la fuerza gravitatoria del dinero del grupo que estaba en la sala. Los mexicanos pidieron botellas de

champán y las mujeres se presentaron con nombres falsos y acentos extranjeros: croata, rumano y nigeriano. Al llegar ellas, la concentración del grupo se fragmentó enseguida. Cada uno de los hombres, al entrar en el radio de la atención de una mujer, volvió a convertirse en individuo. En cuestión de minutos el grupo ya se estaba dispersando, a medida que las mujeres, de una en una o de dos en dos, se llevaban a los mexicanos al otro lado de la cortina de terciopelo que daba a las habitaciones privadas.

A su regreso, Josh y sus colegas empezaron también a emparejarse con las mujeres. Mientras cogía la mano que le estaba ofreciendo Bianca, una joven serbia alta y morena que llevaba puesta una parodia de vestido de noche verde, Josh se dirigió a Michael desde su lado de la mesa.

—¡Eh, Mike! ¿Quieres bailar?

Michael levantó la mano y negó con la cabeza para indicar que no le apetecía. Crystal, una rubia menuda que estaba sentada junto él, se inclinó para susurrarle algo al oído, con la sombra de una infancia rusa en la voz.

—No, venga —le dijo ella—. Tú también tienes que divertirte. Por favor.

Y mientras hablaba iba dando golpecitos al pie de su copa con sus uñas de corte recto y pintadas a cuadros.

—¡Oh, venga, Mike! —dijo Josh mientras Bianca se lo llevaba del reservado—. Pago yo.

Como Michael sonrió y volvió a negar con la cabeza, Josh levantó las manos en gesto de rendición y le dedicó un encogimiento de hombros a Crystal, como diciéndole: «Yo lo he intentado, pero es que no aprende». Luego dejó que Bianca se lo llevara hacia las cortinas mientras señalaba a Michael con el dedo, como un entrenador recordándole a su joven pupilo que su entrenamiento no se había acabado ni mucho menos.

Después de un par de bailes más, uno con Crystal y luego otro con Bianca,

Josh fue fiel a su palabra. Se puso la chaqueta, se inclinó por detrás de Michael y le dio un golpecito en el hombro.

—Venga, soldado —le dijo—. Vamos a sacarte de aquí.

De pronto parecía más sobrio, y Michael se preguntó —y no por primera vez— cuánto de lo que había hecho aquella noche Josh había sido puro teatro; un espectáculo, como el de las chicas del escenario, en beneficio de los mexicanos.

Mientras salían del club, el encargado estrechó a dos manos y con entusiasmo la mano de Josh. Mientras los dos hombres hablaban, Michael se giró para echar un vistazo a los reservados donde los mexicanos seguían bebiendo y hablando con una nueva tanda de chicas. Habían perdido el lustre de hacía un rato y ahora se los veía desprotegidos, casi como niños, bajo las bolas de espejos y las luces. El poder con el que habían entrado en el club había sido transferido a las mujeres a quienes habían invitado a copas y a quienes habían pagado para pasar unos minutos con ellas. Michael se fijó en que el ingeniero que hablaba chino estaba sentado solo a un lado, con la corbata desanudada y dándose vueltas con gesto ausente al anillo de boda con la otra mano. Michael se quedó mirando cómo suspiraba y daba un sorbo de la flauta de champán con el borde manchado de pintalabios rosa que tenía delante.

—No te preocupes por ellos —le dijo Josh mientras recogían los abrigos del guardarropa—. Ya son mayores. Saben cuidarse solos.

Después de aquella noche, Michael no volvió a ver a Josh hasta dos días más tarde, en su cocina. Samantha les estaba dando la cena a las niñas. Mientras comía, Lucy se dedicaba a supervisar otra batalla de voluntades entre Molly y Dolly, que acababan de recibir sendos cortes drásticos de pelo. Michael había pasado a regalarle a Sam un par de libros, un tratado sobre fotografía y las galeradas de la nueva novela de un amigo. Estaban tomando

todos el té cuando Josh entró, dejó el maletín en el recibidor y le dio un beso a cada niña en la cabeza. Sacó una botella de tinto del botellero y se puso a abrirla.

—¿Qué te parecieron los mexicanos? —le preguntó a Michael mientras se servía el vino—. Unos tipos bastante interesantes, ¿no?

—Bastante más animados que los profesores que tuve yo —dijo Michael.

—Eso seguro —dijo Josh—. Unos tipos muy interesantes. Muy interesantes. Y listos para los negocios.

—¿Salió bien? —preguntó Michael mientras Josh llevaba una silla entre sus dos hijas—. ¿El lado bancario del asunto?

—Es pronto para saberlo —contestó Josh, estirando un brazo para acariciarle el pelo a Lucy—. Pero es de ahí de donde va a venir el dinero pronto. México, Brasil... Están cambiando la dinámica global. Está claro que lo están haciendo mejor que nosotros.

Michael no sabía si Samantha había captado el subtexto de los comentarios de Josh o si simplemente había decidido pasarlo por alto. En cualquier caso, Josh parecía estar disfrutando del conocimiento privado que Michael y él estaban compartiendo en su casa. Como si, aunque fuera en pequeña medida, hubiera iniciado a su vecino a la vida que él tenía fuera de aquella cocina y de aquella casa, y al hacerlo hubiera separado un pedacito de Michael para tenerlo él solo.

La reacción que tuvo Josh una semana más tarde, cuando Michael se los encontró a Maddy y a él en una vinoteca de Belsize Park, no pudo ser más distinta. Lo que Michael vio allí no era nada sospechoso en sí mismo. Él estaba volviendo del supermercado con un par de bolsas de la compra y los vio a través del escaparate de la vinoteca. Si Josh no hubiera estado mirando directamente en su dirección, él no los habría molestado. Pero resultó que sus miradas se encontraron y Josh se puso a hacerle señas para que entrara. Ya

estaban pagando para irse, de forma que Michael solo se sentó con ellos el tiempo suficiente para preguntarle a Maddy cómo se estaban adaptando al barrio Tony y ella y para que ella le preguntara a él cómo iba su libro nuevo.

Durante toda la conversación Josh pareció tenso, y se miró dos veces el reloj en menos de un minuto. Maddy, sin embargo, mantuvo el mismo interés distante que había mostrado todas las veces que Michael la había visto. Como si la persona con la que estaba hablando no fuera más que un miembro de una numerosa comitiva de recepción invisible que se extendía a ambos lados de ella.

Cuando Michael recogió sus bolsas para marcharse, Josh se despidió distraídamente con la mano.

—Sí que iré, sí —dijo, para confirmar la sesión de footing por el Heath que tenían pendiente al día siguiente—. Te veo en los estanques a las ocho.

Pero cuando se vieron en su sesión matinal de footing, fue como si no se hubieran encontrado en la vinoteca el día antes. Michael no esperaba que Josh sacara el encuentro a colación, pero había entrevistado a suficiente gente como para darse cuenta de que la omisión de un tema bastaba para invocarlo.

Al final de su sesión de footing, mientras estaban sentados en su banco de siempre en Parliament Hill, a Michael le pareció que Josh estaba a punto de mencionar la copa que se había tomado con Maddy. Cogió aire como si estuviera a punto de dar una explicación, o tal vez de pedirle a Michael que no comentara a nadie lo que había visto. Pero la petición no llegó. Se limitó a reclinarsse en el respaldo y contemplar la ciudad, como si después de tantos años trabajando en su centro todavía estuviera intentando entenderla.



Sentados en el mismo banco, meses más tarde, Michael dobló la carta de Daniel para guardársela en el bolsillo de los pantalones cortos. Mientras lo

hacía, pasaron dos chicas haciendo footing por el camino de detrás de ellos. Llevaban gorras, pecheras fluorescentes y mallas de lycra. Josh las siguió un momento con la mirada y, como si la desaparición colina abajo de las chicas le indicara el momento, se apoyó las manos en las rodillas, respiró hondo y se puso de pie.

—Es hora de irme a casa —dijo—. Tengo que estar en la oficina a las diez.

Se alejaron juntos por el camino, siguiendo a las corredoras. Los dos en silencio. Desde miles de kilómetros de distancia, Daniel y su carta los habían hecho callar a ambos. Se desviaron del camino, cruzaron una arboleda de fresnos jóvenes y una espesura de zarzamoras y llegaron a un camino que desembocaba en la calle más cercana, cuyo asfalto empezaba de golpe en el borde del Heath.

Mientras seguían caminando por entre las casas adosadas, dentro de las cuales se despertaban las vidas matinales, Josh se puso a hablar otra vez. Michael oyó poco de lo que decía. La carta que llevaba en el bolsillo le estaba frotando la mente igual que le había frotado la pierna al correr. Oía un ruido de fondo entre las sienes. Sentía que las palabras de la carta lo aislaban. Sentía que estaba bajo las aguas de un océano gigantesco y oscuro. Y, sin embargo, al mismo tiempo se sentía extrañamente conectado por ellas, de la forma más íntima, al hombre que las había escrito. Como si los dos hubieran comido del mismo plato o hubieran compartido a la misma mujer.

Se metieron por un callejón estrecho que daba a South Hill Drive y bajaron su pendiente, dejando atrás los jardines y las verjas de las casas de la parte alta de la calle. Michael intentó captar de qué iba lo que estaba diciendo Josh. Por alguna razón que no acababa de entender, Josh estaba enfadado con la oficina de Lehman en Manhattan. Algo relacionado con propiedades inmuebles, hipotecas subprime y derivados tóxicos, una panda de

universitarios especulando con bonos que le habían dejado «con el culo al aire y casi en la calle».

A veces, cuando Josh hablaba de su banco en aquellos términos, a Michael le venían ganas de pararlo en medio de la calle y hablarle del misil que había matado a Caroline. Le venían ganas de decirle que había sido un AGM-114 Hellfire, un arma del tipo «disparar y olvidarse» que fabricaba la Lockheed Martin. Quería explicarle que desde 1999 el Hellfire había sido el misil que más usaban los Predator. En 1997, dos años antes de que se instalara el primer par en las alas de un Predator, una sociedad limitada encabezada por la empresa para la que Josh trabajaba, Lehman Brothers Holdings, había comprado una participación del 50 por ciento de una empresa nueva llamada L3 Communications. A su vez, L3 se había formado a partir de diez unidades de alta tecnología de Lockheed Martin. L3 se puso entonces a fabricar el equipo óptico y los sensores del Predator, el mismo equipo que con toda probabilidad había filmado a Caroline desde seis mil metros de altura mientras ella estaba sentada en el asiento de atrás de aquel monovolumen blanco. Y también había sido un equipo fabricado por L3 el que habría disparado el láser del objetivo a la capota del monovolumen.

Esto era lo que Michael tenía ganas de decirle a Josh. Que los beneficios de L3 se habían multiplicado con cada dron que se ponía en el aire. Que sus sueldos y bonificaciones, junto con los beneficios y bonificaciones de muchos bancos y empresas de todo el mundo, se nutrían de muertes en lugares lejanos, allí donde no llegaba el objetivo de ninguna cámara convencional. Que Caroline, mientras hacía su trabajo, también se había quedado «con el culo al aire», sentada en el centro resplandeciente del estallido termobárico de cinco mil grados de aquel Hellfire. Que, con ese calor, la carne se derrite al instante, el hueso se evapora y la persona a la que amas pasa de existir a no existir en menos de un segundo. Y que a pesar de que a aquellas armas las llamaban de

«disparar y olvidarse», cuando alguien disparaba un Hellfire siempre habría alguien que no se olvidaría nunca.

Pero Michael no interrumpió a Josh y tampoco le dijo nada. La carta de Daniel había constreñido su mundo y había vuelto a tensar sus fibras, de forma que ahora, como si tuviera visión de rayos X, volvía a ver todo el despliegue de la red de causas y efectos que descendía en espiral hasta la muerte de Caroline. Pero ya no quería ver. Ya no quería sentir cómo unas vidas afectaban a otras, y cómo la codicia afectaba a la muerte, salvando océanos y continentes enteros. Así que, en vez de exponerle a Josh sus pensamientos, se limitó a seguir escuchándolo mientras bajaban por South Hill Drive, bajo los sicómoros, que ya empezaban a echar flores. Cuando llegaron a sus casas, situadas una al lado de la otra, Michael se dirigió a la puerta de la suya, sacando las llaves que llevaba colgadas con una cadena del cuello.

—¿Qué vas a hacer, pues? —dijo Josh mientras caminaba también hacia su casa.

Michael metió la llave en la cerradura.

—¿Con la carta?

—Sí —dijo Josh—. Tienes que informar a la comisión.

Michael se miró los pies.

—No puedes dejar que ese tipo se salga con la suya.

Michael volvió a mirar a su vecino y se dio cuenta de que en muchos sentidos era un niño en el mundo.

—Ya se ha salido con la suya, Josh. Él y todos los demás.

Josh asintió con la cabeza para apaciguarlo.

—Claro, ya lo sé —dijo, dedicándole a Michael una de sus miradas de hermano mayor—. Pero esto es algo concreto. Sobre esto sí que puedes hacer algo.

Michael no dijo nada. No debería haberle enseñado la carta a Josh.

—Pero vas a hacerlo, ¿no?

—Quizá —contestó Michael—. No lo sé.

—Bueno, tú dime si puedo ayudarte en algo. —Josh se miró el reloj—. Mierda —dijo, abriendo la puerta—. Llego tarde. Hasta luego.

—Sí —contestó Michael, entrando en el recibidor del edificio—. Hasta luego.

Pero Michael sí que sabía qué iba a hacer. Ya lo había decidido en el Heath, mientras corrían por los bosques pelados en dirección a Kenwood. Iba a contestar a la carta. Iba a escribir a Daniel y le iba a pedir que le contara más cosas. Iba a pedirle que volviera a vivir aquel día; que le contara cómo había sido. ¿Qué había soñado por la noche? ¿Cómo se había despertado? ¿Qué tiempo hacía? ¿Qué había comido y bebido? ¿Y qué había hecho después, durante las pocas horas en que todavía no sabía que la había matado y Michael todavía no sabía que estaba muerta? ¿A qué había dedicado el rato durante aquella cesura de distancia y zonas horarias, mientras Michael trabajaba en el jardín y el dolor venía a buscarlo desde la otra punta del mundo? ¿Qué había hecho y qué había pensado? Mientras a miles de kilómetros de distancia un fortín de paredes de adobe se fundía con las sombras y una nubecilla de humo flotaba por entre las hojas de una higuera, con un puñado de pollos picoteando la tierra de entre sus raíces.

Michael ya estaba volviendo al rellano cuando de nuevo sintió a Caroline: un cambio en la textura del aire, una intuición fugaz. Se detuvo y se giró hacia la puerta que había justo delante de las escaleras. Un haz de luz recorría el marco de arriba abajo, y él se dio cuenta de que no estaba cerrada del todo. Por la calle se acercó y se alejó el ruido de un ciclomotor, agudo e insistente. Al apagarse, Michael se quedó escuchando a la casa, pero siguió sin oír nada. Solo el ruido de su propia respiración y aquella penumbra de Caroline que se negaba a dejarlo ir.

Abrió la puerta empujándola con el pie. Se abrió con facilidad y reveló un cuarto de baño. Una ventana amplia, con la persiana medio cerrada, daba al peral del jardín y a las copas de los árboles de alrededor de los estanques. Había una banqueta acolchada tallada en el antepecho y ocupada por un montón de revistas femeninas con las páginas deformadas por la humedad. Delante de él vio un retrete con un armario de madera encima de la cisterna. A su derecha, un lavabo con una colección de cepillos de dientes dentro de un tazón y un tubo enrollado de pasta de dientes al lado. Encima del lavabo, un espejo reflejaba la luz de la ventana y un poco más allá, a lo largo de la pared opuesta, había una espaciosa bañera de esmalte, con la alcachofa de la ducha en su horquilla y la manguera metálica serpenteando dentro de la bañera. En una esquina de la bañera estaban los juguetes del baño de Lucy: un flotador en forma de pulpo violeta, una esponja de *My Little Pony* y, embarrancado de costado, un pez amarillo de plástico con el que unos días antes ella había rociado de agua a Michael desde la piscina infantil.



Ya desde la primera fiesta, Lucy y Rachel habían sido a menudo el pretexto para que Michael pasara tiempo con sus padres. Cuando Sam se las llevaba a pasear por el Heath, o de compras por Hampstead, a menudo llamaba a Michael para preguntarle si quería acompañarlas. También Josh cogió la costumbre de invitar a Michael si tenía que pasar el día con las niñas, ir a jugar con cometas a Parliament Hill o visitar algún museo del centro de la ciudad. Igual que Sam, se había dado cuenta de que las niñas solían portarse mejor cuando estaba presente Michael y de que dejaban de prestarse tanta atención la una a la otra para recibir también la de él.

Las niñas aceptaron enseguida a Michael dentro de su órbita doméstica. Con ocho años, Rachel empezaba a aspirar a una madurez que estaba fuera de su alcance. Para ella, tener a Michael presente equivalía a experimentar con proyecciones de su yo de más edad; a practicar expresiones faciales y del habla, posturas y poses, con un adulto que no era ni de su familia ni su maestro. Era una niña bastante seria y tenía tendencia a intentar llevarse a Michael aparte para hablar con él. Se le acercaba con el ceño fruncido y se lo llevaba en silencio a la galería, o bien aproximaba un taburete mucho para que él tuviera que girarse y hablar con ella y solo con ella. Cuando hacía esto, Rachel se comportaba a menudo como si sus asuntos —sus dibujos, sus libros y sus historias de la escuela— fueran mucho más importantes que las trivialidades de la vida familiar o de las demás niñas de su edad. No fingía nunca, y Michael tampoco cuestionaba su sinceridad. Él opinaba que Rachel mantendría un rumbo parecido durante la adolescencia, hasta que las hormonas o algún chico le demostraran lo contrario. Pero hasta que esto sucediera, Michael podía imaginársela perfectamente como académica o activista de

temperamento grave, una mujer poderosa y estridente, silenciosamente convencida de que el mundo acabaría doblegándose a sus designios.

En contraste con el deseo que mostraba su hermana de escapar de las limitaciones de su edad, Lucy se regodeaba en las licencias de la suya. Con cuatro años, en su solipsismo de niña pequeña se había injertado una conciencia incipiente de los privilegios que entrañaba ser niña. Para ella, Michael era alguien ante quien podía actuar, y con quien forzaba los límites de lo que podía conseguir impunemente, sin miedo al castigo de sus padres. Cuando caminaban todos por el Heath, a menudo insistía en que Michael la llevara a hombros; su estatura le proporcionaba una perspectiva adulta y una modalidad segura de peligro que la excitaban. Samantha le decía que dejara en paz a Michael y Rachel miraba con expresión de desaprobación sabia. Pero Lucy se mantenía incólume a las peticiones de su madre y a los juicios de Rachel. Siempre conseguía lo que se proponía, y acababa subida a los hombros de Michael con regocijo desatado, rodeándole la frente con una mano y estirando la otra para tocar las ramas bajas de los árboles.

A Michael le resultaba imposible pasar tiempo con las niñas sin que se le fuera formando un nudo de tristeza apagada en la garganta. Con el paso del tiempo ya apenas lo sentía, y asociaba su resonancia con la simple atmósfera de su compañía. Pero había otras veces, cuando tenía a Caroline en mente, o bien cuando un objeto o canción hacían aflorar un recuerdo, en que la sensación se volvía más discernible. Y en aquellas ocasiones Michael se acordaba de las conversaciones que habían tenido sobre ser padres. Michael había tenido más ganas que Caroline. Ella, en cambio, solía decir que aunque quería tener hijos en el plano intelectual, la idea le producía un miedo instintivo. No de la criatura en sí, sino de ser una mala madre. Había llevado una vida independiente y egocéntrica. Por eso le había pedido más tiempo a Michael. Para poder cultivar la parte de ella misma capaz de dar cabida a

tener hijos; para aprender otra vez a considerar que sus horas y minutos ya no eran de ella, sino también de ellos. Si Caroline hubiera vuelto de Pakistán, se habrían puesto a intentarlo aquel verano. En eso habían confiado. En que llegara al mundo un bebé en primavera, con las primeras flores, cuando los árboles del otro lado del valle empezaran a tener hojas.



En la otra esquina de la bañera, una colección de frascos, con tres hileras de profundidad, pugnaba por el poco espacio de la repisa. Muchos eran muestras de hoteles —champús, acondicionadores y geles de baño— coleccionados, supuso Michael, durante los viajes de negocios de Josh, las vacaciones familiares o los fines de semana que Samantha pasaba en el balneario con Martha. Fueron aquellos frascos los que llamaron por fin la atención de Michael, plantado allí en la puerta. Su inconsciente debía de haber detectado el aroma mucho antes que su mente sensorial, porque solo ahora, mientras caminaba hacia la bañera y aquella aglomeración de frascos de muestra, Michael consiguió discernir el olor. Una fragancia de ámbar, a la vez olor y recuerdo. Un sutil genio contenido en una de las botellas de aceite de baño, el mismo que Caroline estaba usando la noche en que lo había esperado en Hammersmith. La noche en que él la había encontrado allí arriba, con las rodillas pegadas al pecho y las ondulaciones del espinazo fundiéndose con su nuca. Debía de haberlo traído con ella aquella misma noche al piso. Un frasco de hotel, que debía de haberse metido en el bolso en alguno de los muchos países en los que había trabajado.

Mientras Michael se acercaba a la bañera, volvió a concentrarse en aquel recuerdo, hasta que, sin transición alguna, dejó de estar solo y Caroline apareció allí con él, desnuda en la bañera, mirándolo. Y él se la quedó

mirando, se quedó mirando sus ojos castaños y dorados y su cara de rasgos finos que, mientras él la miraba, se convirtieron en una prometedora sonrisa.

Intentó respirar, pero se había quedado sin aire. La sala se estaba quedando en penumbra, cediendo la iluminación a una serie de velas de baño que palpitaban en medio del vapor. Estiró el brazo, para tocarla a ella pero también para encontrar el frasco. El que acababa de invocar de aquella forma a Caroline. Tenía que saber cuál era.

Se inclinó hacia delante con el brazo extendido. Pero, en cuanto lo hizo, Caroline empezó a difuminarse. Ya se estaba disipando, abandonándolo. Verla desaparecer era como una segunda muerte. Se oyó a sí mismo decir «no», como un condenado ante la certidumbre de su sentencia. Pero fue inútil. Ella no cambió de expresión, mantuvo la sonrisa mientras lo abandonaba, como si el fantasma fuera él y no ella.

Michael cayó de rodillas, con el brazo estirado para tocar el hombro evanescente de ella. Pero la visión no pudo aguantar tanto, y al mismo tiempo que la mano de él traspasaba el aire vacío, el cuarto de baño regresó; la luz del sol que entraba por la ventana, la bañera de esmalte, los frascos en miniatura y un ruido a su espalda, al otro lado de la puerta.

Al principio Michael pensó que el ruido formaba parte de la aparición. Pero tras desaparecer todo rastro de Caroline, volvió a oírlo. Un movimiento, algo que rozaba la moqueta. Se quedó paralizado, todavía de rodillas junto a la bañera, intentando oír. Un golpe contra la madera. Un tablón del suelo que cedía bajo algo pesado.

El aire le regresó de golpe a los pulmones y con claridad repentina. Estaba de rodillas en el cuarto de baño de su vecino, con el sudor haciéndole cosquillas en el cuello, entre los omóplatos y en el ceño. Todo había pasado muy deprisa. El tiempo, por culpa de aquel aroma y de Caroline, se había

evaporado. Había dejado de tener significado. Pero ahora se dio cuenta de que lo significaba todo. No estaba solo. Tenía que marcharse.

Apoyó los brazos en el borde de la bañera para coger impulso y se puso de pie. Volvió a escuchar. Nada. Tal vez se hubiera equivocado. Tal vez fuera el viento que entraba por alguna ventana abierta. Pero no había viento. Hacía un día apacible. ¿Acaso era verdad que un intruso había entrado en la casa antes que él? ¿Y si no era ningún intruso, sino que Josh seguía en casa? En cualquier caso, él tenía que arriesgarse mientras pudiera. Podía salir por la puerta del cuarto de baño, bajar las escaleras y cruzar la cocina en cuestión de segundos. En medio minuto podía estar en su jardín. Y un par de minutos más tarde en su piso. Pero tenía que marcharse ya; rápido y sin hacer ruido. Si no, sería demasiado tarde.

En un par de zancadas, Michael salió por la puerta del baño y llegó al rellano. Fue entonces cuando vio a Lucy, de pie en lo alto de las escaleras, mirándolo.

Llevaba puesto su pijama; pantalones de color rosa y camiseta a rayas rosas y blancas, con un barco de vela estampado a la altura del vientre. Tenía el pelo aplastado por un lado, como si fuera heno bajo el viento, y una mejilla todavía surcada por las arrugas de su almohada. Durante una fracción de segundo siguió teniendo la mirada amodorrada. En cuanto lo vio a él, sin embargo, los ojos se le despertaron de golpe, llenos de pánico ante la anomalía de ver a Michael, con la cara llena de lágrimas y las manos sucias de barro, saliendo en estampida del cuarto de baño donde solo podían entrar sus padres.

El sobresalto le provocó un espasmo en todo el cuerpo. En aquel mismo momento dio un paso atrás y su pie descalzo buscó un punto de apoyo detrás de ella, donde no lo había. Michael se abalanzó hacia Lucy, pero ya era demasiado tarde. Ya estaba cayendo, tan de repente que se desplomó hacia

atrás con los brazos todavía pegados a los costados y la mirada clavada en Michael, mientras una vez más él intentaba agarrar algo donde solo había aire.

La fuerza de su arremetida lo dejó tirado cuan largo era en el rellano mientras el torso, las piernas y los pies de Lucy desaparecían más allá de la cúspide de las escaleras. Michael no vio nada más pero lo oyó todo. El golpe sordo del cuerpo de la niña y el golpe seco de su cabeza, repentinos y estrepitosos en medio del silencio de la casa. Y luego, también de repente, silencio otra vez.

Michael se agarró a la moqueta, llamó a la niña y gateó hacia delante. Pero era inútil. Se asomó desde lo alto de la escalera y vio a Lucy tirada abajo, con la cabeza por debajo del cuerpo en la curva del recodo. Tenía el brazo derecho detrás de la espalda y la pierna izquierda torcida en un ángulo extraño por debajo del cuerpo. Los ojos cerrados. La camiseta a rayas del pijama se le había subido por culpa de la caída, replegando el barco de vela y desnudando su pálido vientre. Desde lo alto de la escalera, donde estaba tendido boca abajo, Michael se quedó mirando aquella franja de carne regordeta, deseando ver subir y bajar al ritmo de su respiración. Pero no se movió, y Lucy tampoco.

Los tres primeros días después de marcharse de Las Vegas, Daniel se dedicó a recorrerse la costa de Sonoma, durmiendo en el coche y comiendo en cafeterías de la carretera o en marisquerías de los acantilados. Cathy no le había pedido que se marchara. Pero tampoco había intentado impedirselo. Y aunque lo hubiera intentado, él se habría ido de todas formas. Sabía que tenía que irse.

Mientras conducía por la 95 primero hacia el norte y después hacia el oeste, dejando atrás Creech, Reno y Sacramento, Daniel se dijo a sí mismo que irse ahora no era peor que las veces en que se había marchado de servicio al extranjero, a Bosnia, Irak o Afganistán. Entonces había dejado a su familia por el bien de esta, y ahora volvía a hacerlo. No podía dormir, y cuando dormía soñaba en infrarrojos, o en el negro y el verde de la visión nocturna. Se había vuelto más irresponsable. Bebía durante el día. En el último mes las niñas lo habían encontrado dos veces llorando en el porche de atrás. Sus sueños estaban empeorando. Se habían vuelto más frecuentes pero también más variados. Al motociclista se le habían unido los dos niños de la bicicleta, un anciano que caminaba por el otro lado de una tapia, un joven marine que se alejaba de su patrulla y pisaba una mina. Y ahora también la mujer. Una simple mancha blanca en el asiento de atrás de un monovolumen, una pincelada de seda. Pero suficiente.

Les habían comunicado lo sucedido a Maria y a él al día siguiente. Cuando llegaron a Creech para su turno vespertino, en vez de ir directamente a la sala de informes, como de costumbre, les dijeron que fueran a otra parte de la base.

El barracón al que les habían indicado que fueran estaba en la parte de Creech más alejada de las estaciones de control de tierra. Daniel nunca había estado en aquella parte de la base, y mientras un guardia los escoltaba a través del aeródromo, con sus líneas amarillas que trazaban curvas hacia las pistas de despegue, supo que había algún problema. A Maria también se la veía incómoda. Ninguno de ellos dijo nada.

Mientras se acercaban a un barracón alargado y sin ventanas, Daniel miró a través de uno de los hangares que quedaban a su derecha. Estaba abierto por los dos extremos, dejando ver el contorno de los morros en forma de huevo y las hélices de tres Predator aparcados sobre sus patas. Era en uno de aquellos hangares donde Daniel había visto su primer VANT, un Reaper Modelo I. Había sido en su primer día en Creech, cuando todavía estaba haciendo formación. Su instructor civil, un ex piloto de cazas llamado Riley, se había plantado delante de ellos y había dado unos golpecitos con la mano en el flanco del Reaper. A Daniel le había sorprendido lo grande que era, ocho metros del morro a la cola. Y también lo ciego que era. No tenía ni ventanas ni carlinga. Solo una bola gris colgando debajo del morro, que albergaba un Sistema Multi-Espectral de Localización compuesto de cámaras, sensores, lentes y láseres.

—Pensad en él como un abejorro gigante —les había dicho Riley, señalando los soportes para misiles que había debajo de cada ala—. Un abejorro gigante con un agujón tremendo.

Dentro del barracón los estaba esperando el teniente coronel Ellis. A su lado había sentado un civil con traje.

—Este es el agente Munroe de la CIA —dijo el coronel.

El agente Munroe los saludó con la cabeza mientras Ellis despedía al guardia e indicaba a Daniel y a Maria que se sentaran. Los dos hombres tenían

delante expedientes de papel manila. El coronel miró su fajo de páginas, levantando las esquinas para leerlas.

El agente Munroe les dijo que todavía estaban recibiendo los informes. Pero que, por lo que sabía de momento, la patrulla de inteligencia que había acudido la noche anterior al lugar de los hechos había encontrado señales de ciudadanos extranjeros muertos en el ataque.

—También sabemos —dijo, dejando escapar un pequeño suspiro— que un equipo de rodaje británico, con un cámara sueco, lleva más de veinticuatro horas desaparecido de su alojamiento en Islamabad.

Hablaba despacio, con claridad, como un profesor cansado.

Se inclinó hacia delante sobre la mesa que los separaba.

—Nadie tiene ni puta idea de cómo llegaron allí, de cómo los paquistaníes no los vieron ni tampoco de qué estaban haciendo. Ni puta idea tampoco de por qué nosotros no sabíamos que estaban ahí, pero, como pueden ver, comandante McCullen y cabo Rodriguez, por lo que sabemos de momento, la cosa no pinta bien. Nada bien.

El agente Munroe se pasó veinte minutos interrogándolos sobre la misión, las condiciones de vuelo, el protocolo de ejecución de ataque y las confirmaciones de armas. Daniel sabía que ya habían oído las grabaciones de la misión y no había duda de que también habían visto las conversaciones de los chats. Mientras contestaban a sus preguntas, el coronel se dedicó a mirar sin conseguir disimular una expresión de disgusto. A Daniel le dio la impresión de que no era disgusto hacia ellos, ni tampoco hacia el agente Munroe, sino hacia todo el procedimiento.

Al acabarse el interrogatorio, el agente Munroe cerró su expediente y les recordó a ambos la confidencialidad de la misión. Se reclinó hacia atrás en su silla.

—Ahora me toca decirles —añadió en tono menos formal— que, si esto es

lo que parece, va a salir a la luz en algún momento. Podemos limitar las repercusiones hasta cierto punto, pero solo hasta cierto punto. —Los miró primero a uno y después al otro—. Así pues, mi consejo —dijo guardándose el expediente en el maletín— es que se preparen para unas cuantas turbulencias.

En cuanto terminó de hablar, el coronel les hizo una señal con la cabeza.

—Eso es todo por ahora —dijo—. Gracias, comandante y cabo.

María y Daniel se pusieron de pie, se cuadraron y se volvieron hacia la puerta. Antes de que llegaran a ella, Ellis volvió a hablarles.

—Felicidades —les dijo desde detrás—. Ayer hicieron un buen trabajo.

Ellos se dieron la vuelta para mirarlo. Estaba de pie, con la espalda muy recta.

—Esto es desafortunado —dijo, señalando a Munroe. El coronel llevaba el pelo canoso al rape y mostraba vestigios de una mandíbula ancha entre los carrillos colgantes—. Pero han eliminado ustedes a un importante terrorista. —Siguió mirándolos fijamente—. Han defendido el Credo del Aviador Americano y tienen que estar puñeteramente orgullosos de ello. No lo olviden.

—Sí, señor —dijeron ellos al unísono—. Gracias, señor.

Fuera del barracón no había guardias, así que regresaron ellos solos al Centro de Control de Tierra. Daniel estaba un poco mareado. María iba en silencio a su lado. Al final fue ella quien habló.

—No había forma de saberlo —dijo ella.

—Yo la vi —contestó Daniel—. En el monovolumen.

—Viste algo —le corrigió María—. No sabes qué era.

Daniel no contestó. El sol estaba poniéndose, proyectando una luz rosada sobre las cadenas peladas de las colinas circundantes.

—Los supervisores lo confirmaron todo —dijo María mientras se acercaban al centro de control de tierra. Se le estaba endureciendo la voz,

como en respuesta a un acusador silencioso—. Y también el OB-4. Que seguro que era uno de los hombres de Munroe.



Daniel se lo dijo a Cathy aquella noche. No quería decírselo, pero sabía que aquella vez no tenía opción. El agente Munroe tenía razón. La historia llegaría a los medios, y Daniel quería que Cathy se enterara por él antes de verlo en la CNN.

—¿Una mujer? —Ella apartó la vista de inmediato, negando con la cabeza, con la boca abierta—. ¿Una mujer? —volvió a preguntar, como si estuviera intentando cambiar la respuesta de él.

Daniel esperó a que dijera algo más, o a que volviera a mirarlo, pero ella no hizo ni una cosa ni la otra.

—Sí —dijo él.

Quería decir más cosas. Una mujer, un niño, un hombre. ¿Qué diferencia había? Todos eran inocentes y todos morían, eso era lo horrible del asunto. Pero era una guerra. Ella sabía que aquellas cosas pasaban.

A Cathy ya se le estaban llenando los ojos de lágrimas.

—No es la primera vez —se oyó decir a sí mismo—. Me refiero a periodistas. Quedan atrapados en el fuego cruzado. Y los matan.

Cathy bajó la cabeza. ¿Por qué no quería mirarlo?

—Pero no los matas tú, Daniel —susurró—. No los matas tú.



Cuando la historia se hizo pública, fue peor de lo que Daniel se había esperado. De alguna forma, consiguieron publicar sus nombres. El nombre de ella. Caroline Marshall. Tenía treinta y cuatro años y acababa de casarse.

Pasaron imágenes de sus reportajes. Cathy le dijo que no los mirara, pero él los miró, y supo que ella también. Ella había estado en los mismos lugares que él. Bosnia, Irak, Afganistán. Era guapa. Tenía un pelo castaño claro recogido en una coleta o cortado en media melena. Sus rasgos eran delicados, como de pájaro. Ante la cámara se mostraba enérgica, como si le importara lo que estaba pasando.

Munroe y su equipo consiguieron que no se hicieran públicos ni el nombre de Daniel ni el de Maria. Lo único que dijo el comunicado de prensa fue: «Un ataque americano con drones». Ninguna mención ni a Creech ni a los supervisores, coordinador de inteligencia, operador ni piloto. Era como si el Predator realmente no hubiera estado controlado por nadie. Como si detrás de su vuelo no hubiera habido mano alguna y por sus cámaras no hubiera estado mirando nadie.

La investigación interna arrancó la semana siguiente. Al cabo de un mes a Daniel le dieron la baja médica después de que un psicólogo de la Fuerza Aérea le diagnosticara Síndrome de Estrés Postraumático y su caso se saltara los procedimientos habituales. En su último día en Creech, el coronel Ellis le entregó un expediente. Tenía varias páginas y detallaba hasta la última misión a la que había contribuido estando de servicio en Creech. Vigilancia, asaltos a domicilios, localización por láser, patrullas, apoyo a inteligencia, control de mando, ubicación y eliminación y ejecuciones selectivas.

—Puede estar orgulloso, comandante —le dijo Ellis mientras le estrechaba la mano—. Ha cumplido usted con su deber. Y le estamos agradecidos.

Sentado en el aparcamiento al volante de su Camry, con el murmullo del tráfico de la Autopista 95 al otro lado de la verja, Daniel abrió el expediente y lo hojeó. En la primera página, al pie de una hoja de cálculo, había una sola cifra impresa en negrita: **1.263**, el número total de combatientes enemigos muertos como resultado de las misiones que constaban en el expediente. No

había más cifras en la página. No había más totales, como si para la Fuerza Aérea aquella fuera su única calificación y cualquier otro cálculo le correspondiera a él y a nadie más que a él.

A la mañana siguiente, Daniel se despertó con ganas de mar. Había crecido en el interior del país. Entre campos de trigo y caminos sin asfaltar que subían a las colinas. La costa nunca había sido su entorno. Y, sin embargo, se despertó convencido de que el mar era lo único que podía serenarlo. Solo el mar parecía lo bastante enorme como para paliar los estragos de sus ansiedades. O lo bastante simple como para purificarle la mirada.

Así que se marchó. Cathy le dijo que lo entendía, pero él dudaba que lo entendiera. A pesar de compartir la casa de Centennial Hills, en el último año se habían ido distanciando cada día más, separados por sus distintas realidades. Cathy les diría a las niñas que él pasaría unos días fuera, en viaje de trabajo. No, a ella no le parecía buena idea que las viera para despedirse. A su pesar, Daniel aceptó y al cabo de unas horas se marchó, tirando su mochila en el asiento de atrás del Camry y dando marcha atrás por la entrada para coches de su casa para abandonar su hogar.

Se pasó doce horas seguidas al volante, deteniéndose solo dos veces para poner gasolina y para ir al baño. Evitó entrar en San Francisco virando al norte y vio aparecer las luces de la ciudad en la oscuridad de su retrovisor. Al final, cuando se terminó la tierra, paró en un aparcamiento con vistas a la desembocadura del río Russian, surcando con los faros una nube de neblina y espuma de mar. Cuando apagó el motor, el silencio descendió como un estertor de muerte.

Salió del coche. Le dolían las piernas y la espalda. Tenía la garganta seca. Encima de él brillaban las estrellas y una fina tajada de luna nueva. Estaba oscuro, y sin embargo podía distinguir las olas que rompían en las rocas de más abajo, gorgueras blancas y alargadas que palpitaban por la orilla. Una

brisa de mar le traía sal a la cara y por toda la piel. Cerró los ojos y dejó que el viento le apartara el flequillo de la frente. Al golpearle la brisa, notó que se le movía el pelo de los brazos.

Y fue entonces, plantado aquella noche ante el océano Pacífico, con el río detrás, cuando Daniel decidió lo que tenía que hacer. Iba a encontrar al marido. Iba a localizar al hombre con el que se había casado Caroline Marshall y escribirle. Le contaría lo sucedido. No porque fuera su deber, sino porque no le quedaba otro remedio. Porque sabía que era la única forma de poder seguir con su vida. Estaba cansado de ser invisible. De vivir desvinculado de sus actos. De presenciar pero no ser nunca presenciado. Quería ser dueño de su vida, y sabía que eso significaba ser dueño de toda ella. Si creyera que podía encontrar a los demás —a la mujer del motociclista, a los padres de los niños y al hijo del anciano—, lo intentaría también. Y tal vez lo intentara algún día. Pero de momento empezaría con el marido. Eso fue lo que se prometió a sí mismo mientras las olas susurraban debajo de él. Ya sabía cómo se llamaba y a qué se dedicaba. Se lo habían dicho los periódicos. No le costaría encontrarlo. Pero todavía no. Primero, antes de encontrarlo a él, tenía que encontrar las palabras. Tardaría un poco. Pero vendrían a él. Todo vendría a él. Eso fue lo que se dijo Daniel a sí mismo aquella noche mientras contemplaba el océano. Porque al final, todo vuelve.

—¡Distancia! ¡Distancia, Michael! ¡Es tu mejor defensa! —Istvan se metió el pulgar por debajo de la cubierta acolchada de su máscara y se la subió hasta la frente—. Ya lo sabes —dijo—. Si te pones tan cerca, ¿cómo puedes dar una estocada? Vamos. —Golpeó suavemente la coquilla de Michael con su hoja—. Otra vez.

De un golpe en la parte superior de la máscara, Istvan volvió a bajársela para que le cubriera la cara y se puso en guardia. Vestía pantalones holgados de chándal, deportivas y camiseta. El brazo de la espada lo llevaba protegido con una manga de entrenador de ante marrón. El guante se le estaba deshaciendo por las costuras. A ambos lados de la rejilla de la máscara todavía tenía pegadas dos banderas húngaras descoloridas.

Con un rápido repiqueteo de las hojas de los floretes, Istvan volvió a acercarse a Michael; su cuerpo parecía muy erguido y lento en contraste con lo deprisa que movió el brazo del arma mientras se echaba atrás para bloquear a las seis y a continuación deslizaba la espada por debajo de la de Michael para lanzar una estocada *glisé*. Alcanzó a Michael en la parte exterior del hombro, casi en el mismo lugar exacto donde le había alcanzado antes. Istvan dio un paso atrás y se puso en guardia.

—Otra vez —dijo desde detrás de la máscara—. ¡Y esta vez piensa!

Pero Michael no podía dejar de pensar. Dentro del espacio cerrado de su máscara, bajo su malla oscura, tenía la sensación de estar pensando con tres cerebros a la vez y ninguno suyo. Un enredo de pensamientos zumbantes; de

imágenes y sonidos en pugna, que centelleaban y desaparecían demasiado deprisa para retenerlos.

Estaba intentando concentrarse. En el estoque que tenía delante, en los ataques que le venían de Istvan, en la luminosidad del cielo que entraba por los ventanales altos del polideportivo. En cualquier cosa que pudiera impedirle aunque fuera un segundo ver la única imagen que permanecía constante; la de Lucy, inmóvil en el recodo de la escalera, con el vientre pálido desnudo y la pierna atrapada debajo del cuerpo.

Todo lo demás era indistinto. No sabía cuánto tiempo se había pasado en lo alto de las escaleras, mirándola desde arriba. Ni tampoco cuándo exactamente se había puesto de pie y, pasando por encima del cuerpo, había bajado las escaleras para salir de la casa. Sabía que había cerrado la puerta de atrás al salir y que al recoger sus zapatos había limpiado la tierra del escalón de la puerta. Pero no recordaba haber entrado en su jardín ni tampoco en su edificio. Solo sabía que había ido allí porque lo primero que recordaba era estar sentado en su sofá, con la cabeza apoyada en las manos, mientras las luces y ruidos del día regresaban a él. Fue como emerger después de estar a gran profundidad; como salir por entre las olas encrespadas a un aire terriblemente luminoso.

A medida que los minutos volvían a él, también regresó la misma voz instintiva que lo había convencido de subir aquellas escaleras hacía unos minutos. Pero ahora su desesperación apuntaba en una dirección distinta. Ahora le estaba diciendo que tenía que cambiar la historia mientras todavía podía. Que tenía que cambiar la verdad de lo sucedido aquel día. Michael negó con la cabeza para rechazar la idea. Tenía un deseo violento de no haber estado nunca en casa de los Nelson. No haber subido nunca las escaleras, de no haber ido nunca en busca de Caroline. Quería no haber entrado nunca en su dormitorio ni en su cuarto de baño. Quería no haber estado nunca allí.

La alternativa le resultaba imposible de afrontar. Solo había sido capaz de redescubrir su vida en los últimos meses. Ya había perdido mucho; a Caroline, el futuro en común de ambos y a la persona en la que él se habría convertido junto a ella. Y por culpa de la forma en que Caroline se le había escapado en el cuarto de baño de los Nelson, le daba la impresión de haber sufrido todas estas pérdidas hacía apenas unos minutos. No podía, ni quería, perder nada más. Esto fue lo que le dijo la voz del superviviente mientras él estaba sentado en el sofá, mirando la moqueta. Que si era lo bastante rápido, todavía podía conseguirlo. Podía dar forma a la historia. Lucy estaba muerta. Sabía que eso no podía cambiarse. Él no había querido asustarla y causarle aquel sobresalto. Si todavía pudiera salvarla, lo haría. Pero era demasiado tarde. De manera que se salvaría a sí mismo. Recordaba haberse dicho que había que salvar algo. Al final se incorporó del sofá, se lavó las manos, recogió el equipo de esgrima del recibidor, salió de su piso y se echó la bolsa al hombro mientras bajaba las escaleras.



—¡Mejor! ¡Bien!

Istvan dio dos pasos rápidos hacia atrás. Tenía el cuerpo pesado pero los pies todavía livianos; pies de bailarín. De alguna forma Michael estaba consiguiendo seguir su lección, dejando que la memoria muscular le guiara el cuerpo y el brazo.

—Ahora —dijo Istvan, levantando su florete como si estuviera haciendo un saludo militar—. Cuando yo baje el arma, ataca con *patinando*, *tempo* o velocidad, lo que prefieras. Luego continúa a las ocho.

Michael dobló las rodillas para ponerse en guardia, con los ojos en el botón de la punta del arma de Istvan. Mientras esta bajaba, dio un paso corto hacia delante y luego arremetió, estirando el brazo hacia el vientre de Istvan.

Zafándose del bloqueo, se echó hacia delante hasta notar que su propio botón se hundía y la hoja de su arma se flexionaba y trazaba la curva de un impacto.

—¡Bien! —exclamó Istvan, brincando hacia atrás—. ¡Y otra vez!



Cuando Michael salió de su edificio se encontró la calle desierta. Al final del camino que salía de la puerta de su casa, dobló por la loma que pasaba frente a la casa de los Nelson, vio que sus ventanas estaban igual de impasibles que las demás y siguió pendiente arriba hasta doblar a la izquierda por un sendero estrecho. Emergiendo de las sombras de aquel atajo, cruzó un camino asfaltado que dividía por la mitad dos de los estanques antes de llegar al Heath en sí.

Todo seguía igual. Una gallineta macho se zambulló en busca de comida en el estanque que quedaba a su izquierda y después remó con las patas hasta un nido de ramitas apiladas para alimentar a sus polluelos. A la derecha de Michael, más lejos, el estanque de natación mixta era una estampa puntillista de bañadores y cuerpos desnudos. Distinguió a varias chicas que hacían cola para entrar en las duchas. Los uniformes rojos y amarillos de los socorristas que vigilaban. Las boyas blancas que se mecían en las estelas de los nadadores.

Cuando llegó al Heath, se encontró también allí con una escena que no había cambiado para nada. Picnics y gente boca abajo tomando el sol. Un niño en patinete, más o menos de la edad de Lucy, iba impulsándose a taconazos por el camino, bastante por delante de su madre, que iba detrás empujando un cochecito de bebé.

—¡Joseph! —le gritó la madre al coronar una loma—. ¡Joseph! ¡Más despacio!

Michael siguió caminando. No quería levantar la vista del suelo, quería

esconder la mirada de cualquiera que pudiera verlo. Pero al mismo tiempo no podía evitar ir echando vistazos al Heath, a su vida tan abundante y despreocupada. Había una mujer en biquini hablando por teléfono; un hombre sin camisa y con vaqueros despatarrado en un banco, con los michelines rosados en torno a la cintura. Otro hombre apoyado con los codos sobre la hierba, la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados para recibir al sol.

¿Cómo era posible que lo que él había hecho no hubiera cambiado nada? Una vida se había terminado a pocos metros de allí y hacía apenas unos minutos. Tal vez dos vidas. Se habían extinguido cuatro años de recuerdos, ideas, dolores, colores y juguetes favoritos. Rasgos y cualidades de sus padres, sus abuelos y bisabuelos, todos muertos en el instante de la caída de Lucy. Y al morir, la vida de la niña se había convertido en cuestión de segundos en una carga para la de él. Por culpa de querer volver a ver a Caroline, había acabado con Lucy. Habría dolorosas ondas expansivas de pena que alcanzarían a Samantha, Josh, Rachel y a cientos de otras personas que él no conocía. Sus vidas cambiarían. Aunque ellos no lo supieran, para aquella gente el tono de los años por venir ya estaba contaminado, el matiz de su existencia ya se había oscurecido. Y sin embargo, allí fuera, en el Heath, bajo el sol de la tarde, todo seguía igual. Lo que sabía Michael, y nadie más que él, parecía quitarle todo el sentido al tiempo y el espacio; al significado mismo de aquellas palabras. Como si al causar la muerte de Lucy, Michael hubiera demostrado que todo era una ilusión.

Pero no era una ilusión. También de eso era consciente ahora, mientras atravesaba el Heath con la bolsa de esgrima echada al hombro. Puede que le resultara irreal, allí al aire libre, fuera de las paredes de la casa de los Nelson. Pero no lo era en absoluto. Era muy real. Era la verdad, y Michael era consciente de que no tenía más que unos minutos para sacarse a sí mismo de aquella verdad.

Mientras atravesaba una estribación sur del Heath en dirección a East Heath Road y a las calles que daban a Rosslyn Hill, Michael repasó mentalmente el horario de la verdad alternativa que estaba intentando crear. Su clase con Istvan era a las cuatro de la tarde. Caminando deprisa, normalmente tardaba unos treinta minutos en llegar a la escuela de Highgate. Ya desde la primera clase había ido siempre a pie, sin importar qué tiempo hiciera. En parte para evitar los atascos de tráfico, pero también para quitarse el calambre de la ciática y hacer un poco de calentamiento de cara a los rigores de la sesión. Asimismo, la caminata de vuelta a casa le servía de ejercicio suave de recuperación tras el esfuerzo. Para llegar hoy a tiempo siguiendo su ruta de costumbre, a la hora de la caída de Lucy ya tendría que haber estado en mitad de Heath. Así de simple. Nadie sabía que había estado en casa de los Nelson. Nadie lo había visto ni entrar ni marcharse. Si conseguía llegar a su clase de esgrima a tiempo, entonces podría borrar los minutos que había pasado allí, eliminarlos del día, igual que cuando reescribía un manuscrito. Una sola tecla pulsada durante unos segundos podía alterar para siempre una historia.

Se miró el reloj. Eran las cuatro menos diez. Debía de haber pasado más tiempo del que pensaba en lo alto de las escaleras, o en su sofá. Ahora ya solo podía confiar en tomar un autobús a Highgate. Al levantar la vista vio una parada de autobuses más adelante. Sabía que uno de los autobuses de Highgate paraba allí. En sábado, sin embargo, debían de pasar como mucho tres o cuatro por hora. De manera que apretó el paso, con la pantorrilla derecha igual de agarrotada que una barra de hierro, arrastrando un poco la pierna como si la tuviera encadenada a una bola de presidiario.

Todavía estaba a cincuenta o sesenta metros de East Heath Road cuando vio acercarse al autobús de Highgate desde South End Green. Era de un solo piso e iba casi vacío; solo llevaba a una mujer leyendo el periódico hacia el fondo. Volvió a apretar el paso y contempló cómo, con facilidad dolorosa, el

intermitente izquierdo del autobús se ponía a parpadear y el vehículo aminoraba la marcha hasta detenerse junto a la parada. La mujer se levantó de su asiento, se alejó por el pasillo y se apeó por las puertas centrales. Michael levantó el brazo con la esperanza de que el conductor lo viera por el retrovisor lateral. Oyó el motor del autobús, girando pesadamente a la sombra de los árboles. Siguió acercándose sin quitar la vista del intermitente derecho, deseando que empezara el parpadeo del izquierdo. Se le pasó por la cabeza gritar, pero no quería llamar la atención.

Luego el intermitente derecho se puso a parpadear con ritmo deliberado: dos, tres veces, mientras el autobús se apartaba suavemente del bordillo y el conductor reducía la marcha para afrontar la ladera que subía hasta Spaniard's Road. Michael aminoró la marcha y lo vio marcharse, sintiendo, mientras el autobús se alejaba, que los minutos que había pasado en casa de los Nelson se iban volviendo más indelebles a cada segundo.



—¡Un paso! ¡Y otro! —Istvan hizo una finta en busca de la muñeca de Michael y de pronto se vino abajo, como si se hubiera tropezado. Pero entonces Michael sintió que la hoja de su florete le pinchaba el empeine. Istvan no se tropezaba nunca—. Venga, Michael —le dijo mientras se incorporaba para volver a ponerse en guardia, en tono de padre decepcionado—. Hoy estás demasiado lento. Demasiado lento. ¡Otra vez!

Michael se había quedado sin energías. Como si le hubieran sacado un tapón del pecho y la vitalidad se le estuviera yendo por el agujero. Era consciente de que la excitación de intentar llegar a la escuela a tiempo lo había impulsado durante los ejercicios iniciales de la lección. Ahora en cambio, aun mientras bloqueaba y atacaba, lo único que quería era dormir, descansar la cabeza en una almohada y despertarse al cabo de varias semanas

para descubrir que nada de todo aquello era cierto o bien que todo estaba olvidado.



El taxi apareció al pie de la colina como un regalo. Michael siguió caminando hacia la carretera con la vana esperanza de que llegara otro autobús a la parada. Cuando llegó a la acera, sin embargo, lo que vio fue el taxi; un taxi negro, con el letrero naranja iluminado. Levantó el brazo, intentando aparentar tranquilidad, con el corazón aporreándole el pecho.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el taxista mientras estaban parados en un semáforo.

Michael era consciente de que el hombre lo había estado examinando por el retrovisor desde que él se había subido. Contestó a aquellos ojos del espejo:

—Sí, sí. Es este calor, ya sabe.

—¿Seguro? —insistió el taxista—. Porque se lo ve un poco pachucho, la verdad. —Estiró el brazo a un lado y le enseñó una botella a través de la mampara—. ¿Quiere un poco de agua?

—Gracias —dijo Michael mientras cogía la botella—. Seguramente también un poco nervioso —añadió después de beber, señalando su bolsa de esgrima—. Hoy tengo el examen de instructor.

Nada más decirlo se arrepintió. Lo único que necesitaba la historia era que él llegara a tiempo. Y, sin embargo, ya estaba mintiendo, inventando.

—¿Sí? —dijo el taxista—. Pues buena suerte, hombre. Seguro que será un paseo.

Michael asintió con la cabeza y le dedicó una breve sonrisa al retrovisor. Estaba intentando bajarse el pulso y respirar más despacio.

—Gracias —volvió a decir al devolver la botella—. A ver si es verdad.

Le pidió al taxista que lo dejara a unos cien metros antes de llegar a la

escuela. Mientras el taxi se alejaba, Michael se agachó como si se estuviera atando un cordón del zapato, esperó a que el taxi doblara un recodo y a continuación recogió la bolsa y dio media vuelta para volver a entrar en el Heath. Atravesó una arboleda y cogió el camino por el que normalmente iba andando a sus clases; una senda hollada por los paseantes, que emergía del follaje del Heath justo delante de la entrada lateral de la escuela.

Cruzó la calle y se miró el reloj. Eran las cuatro y cinco. Mientras echaba a andar hacia el polideportivo, sintió que con cada paso que daba se disipaban los minutos que había pasado dentro de casa de los Nelson. Como si, al atravesar las puertas correderas que daban al vestíbulo, estuviera adentrándose en otra versión del tiempo. Una versión en la que él no había entrado en la casa de al lado, en la que no había subido la escalera y en la que no había salido del cuarto de baño con la cara surcada de lágrimas para encontrarse a Lucy en pijama y dando un paso atrás con el pie descalzo para apoyarlo en el vacío.



—¡Distancia! —le gritó Istvan.

Al cabo de un segundo, como para subrayar la idea, dio un fuerte golpe en la coquilla de Michael. La vibración del impacto le recorrió la mano cansada. Michael sintió una náusea que le subía del estómago y le helaba la piel. Dio un par de pasos atrás para alejarse de Istvan, que seguía hablando.

—Por eso te dije que trajeras la empuñadura francesa —le estaba diciendo a Michael—. Para que no hicieras esto. ¡Otra vez!

Pero Michael ya no podía oírlo. Dentro de su máscara, a cámara lenta, Lucy estaba volviendo a caer. Todo había ido demasiado deprisa para que él lo viera mientras sucedía, de forma que lo estaba viendo ahora. El pie yendo hacia atrás y hacia atrás, hacia abajo y hacia abajo, los dedos del pie que se

quedaban a escasos centímetros de la moqueta roja. La inclinación del cuerpo de la niña y la mano izquierda que se abría como si quisiera coger algo. Pero sus brazos seguían inmóviles, y sus ojos muy abiertos también retrocedían cada vez más, y su otro pie se despegó del rellano y siguió elevándose hasta quedar por encima de su cabeza. De su pelo rubio alborotado que ya no se veía, ni tampoco sus ojos, sus brazos y pies, todos desaparecidos escaleras abajo.

Istvan lo estaba atacando de nuevo, pero Michael levantó la mano para detenerlo. Dio otro paso atrás, dejó caer el florete y se dobló por la mitad. Iba a vomitar.

—¿Michael? —oyó que le decía Istvan, como si le hablara desde otro mundo.

Su meta de llegar a la escuela a tiempo lo había consumido. Había sido lo único que importaba. Pero ahora que ya había llegado, la marea de los hechos lo estaba inundando. Lucy, la que había venido a él con sus muñecas, la que acariciaba el cuello de las camisas de sus padres hasta desgastarlo. La que lo había rociado de agua con un pez de plástico desde su piscina infantil y cuando se le subía a hombros le cogía la frente con una mano y con la otra tocaba las ramas de los árboles. Ella ya no estaba y era él quien la había matado.

Michael se quitó la máscara sin dejar de correr y la tiró al suelo mientras abría de un golpe la puerta de los vestuarios. Llegó al lavabo con la primera bilis subiéndole por la garganta. Se agarró al borde de esmalte, con el cuerpo entero recorrido por las arcadas, y vomitó violentamente y durante mucho rato, con las rodillas fallándole mientras su cuerpo intentaba expulsar el recuerdo de lo que había hecho.

Cuando terminó, oyó que Istvan le hablaba desde fuera.

—¿Michael? ¿Michael? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —se oyó decir. Se secó la boca con el dorso del guante—. Algo me ha sentado mal.

Habló con la cabeza todavía gacha y los ojos cerrados. Lentamente, apoyándose en los codos, abrió el grifo y se miró en el espejo de encima del lavabo. Le devolvió la mirada un hombre al que ya no reconocía. Estaba pálido, la última semana de sol se le había borrado de la piel. El sudor le había pegado el pelo a las sienes y a la frente. Tenía los ojos inyectados de sangre, las mejillas hundidas y la chaqueta blanca de esgrima salpicada de babas amarillas. Se lo veía agotado. Pero lo que más sorprendió a Michael era que también parecía inocente. Igual que no habían quedado marcas en el día, tampoco habían quedado en él. Había estado convencido de que la vida y la muerte de Lucy le habrían dejado señal; de que le habrían aflorado a la piel como si fueran un moretón espiritual. Y de que todos los que lo vieran a él la verían también a ella. Pero no se veía nada. Solo un hombre alto y pálido inclinado sobre un lavabo, preguntándole qué hacer a continuación.



Ya estaba oscureciendo cuando Michael regresó cruzando el Heath. El calor del día estaba siendo sorbido por la noche. El sol bajo les proyectaba un halo a los árboles y los mosquitos flotaban en el aire como el polvo de un taller. La mayoría de familias habían desaparecido, dejándoles el Heath a los bebedores y los amantes; a quienes habían venido o se habían quedado para ver cómo la ciudad y las estrellas se revelaban con el cielo púrpura intenso de fondo.

Caminaba despacio. El vacío de su cuerpo le parecía religioso, como si lo hubieran ungido. También sentía la mente recién despejada, como si esa fuera la consecuencia de matar; un emerger repetitivo a órbitas cada vez más luminosas de claridad, hasta que resultaban insoportables su intensidad y la profundidad de sus cortes. Había sucedido en un segundo y sin embargo ahora

le tocaba cargar con ello el resto de su vida. Aquella era la ecuación que Michael no conseguía cuadrar, la suma que le iba dando vueltas por la cabeza mientras se desviaba de su ruta habitual para adentrarse en partes del Heath que no había visto nunca.

No había habido nadie más en la casa. Solo él y, sin que él lo supiera, Lucy, durmiendo en el piso de arriba. Era un momento en el tiempo del que solo eran dueños ellos dos. Michael ya sentía cómo aquellos segundos se derramaban y desbordaban las orillas de la intimidad de ambos. Él había subido aquellas escaleras primero en calidad de vecino preocupado y después en busca de Caroline, de la posibilidad de volver a verla. Si ella no hubiera muerto primero, tampoco habría muerto Lucy. De forma que aquellos segundos en lo alto de la escalera también eran culpa de Daniel McCullen. Allí donde estuviera ahora, mientras Michael deambulaba por el Heath, también era cosa de Daniel la caída de Lucy, aquella última onda expansiva de la explosión del Hellfire. El eco más reciente de la muerte que había causado.

E incluso ahora, mientras Michael se detenía en un claro, la onda expansiva seguía creciendo. ¿Acaso Josh o Samantha la habrían descubierto ya? ¿O tal vez habría sido Rachel, subiendo las escaleras, llamando a su hermana y por fin tratando de entender por qué estaba tirada en el recodo con la pierna atrapada bajo el cuerpo? Michael continuó caminando, siguiendo un sendero que entraba en el bosque. Una vez resguardado por su dosel, volvió a detenerse y se apoyó en el tronco de un roble. Rodeó su contorno con las manos para sentir la solidez de su crecimiento, la certidumbre de su corteza. ¿Por qué estaba regresando a casa? ¿No debería estar huyendo en dirección contraria? ¿Yéndose de Londres y de Gran Bretaña? Alguien debía de haberlo visto. Con la prisa que llevaba se había ido directo de cuidar el jardín a la casa de los Nelson. Todavía tenía las manos sucias al entrar en la casa. Habría dejado rastros. Pisadas. Huellas dactilares. Se sabría todo.

Michael salió del camino, dejó la bolsa de esgrima en el suelo y se deslizó tronco abajo. Se presionó con la base de las manos en las cuencas de los ojos y trató de pensar con claridad. Como tenía las manos manchadas de tierra no había tocado nada. ¿O sí? No estaba seguro. ¿Y cuando había intentado cazarla al vuelo, o al cerrar la puerta? Pero aunque hubiera tocado algo, ¿qué crimen había cometido? No había allanado la casa. Si era un visitante habitual, ¿cómo podía haberla allanado? Sus huellas dactilares siempre estaban en el pomo de aquella puerta. ¿Y a Lucy? Tampoco la había tocado. Simplemente la había visto, había presenciado su caída. Pero de no haber estado él allí, ¿acaso también se habría caído? ¿Acaso se habría despertado siquiera? También se había oído el ciclomotor, su gruñido repentino. Y el camión de los helados. Pero ¿dónde había estado Josh? ¿Acaso a fin de cuentas él también había estado en la casa?

Michael abrió los ojos. No podía marcharse. Tenía que regresar. Tenía que contarlo, que explicarse. Tenía que explicarse o al menos intentarlo, por imposible que pareciera. Ahora que volvía a ver las cosas con claridad, tenía que desandar su huida, impulsada por el pánico, su escapatoria inicial. Se incorporó, se echó la bolsa al hombro, con los floretes chocando entre ellos, y siguió su lento deambular hacia el sur.

Michael emergió de entre los árboles y se encontró a sí mismo adentrándose en las luces vespertinas. Las hierbas altas mecidas por la brisa estaban iluminadas igual que los pelos del brazo de una mujer en verano. Parliament Hill, donde tantas veces se había sentado con Josh, quedaba delante de él y a su izquierda. Las multitudes dispersas de la jornada se habían congregado allí para presenciar los últimos minutos de luz. Por el camino que coronaba la colina apareció alguien haciendo footing. Un perro brincaba por la hierba seca en pos de una pelota. En los últimos momentos del día, la vida había sido persuadida para salir a la superficie en toda su belleza simple y compleja.

Como diciendo: no os olvidéis de esto durante las horas de oscuridad. Esto es lo que esperáis, la razón de que trabajéis y la razón de que améis. Esto es lo que nos han dado y a lo que damos forma. Esto es lo que un día perderemos o nos quitarán, lo que sea que venga primero.

Michael dio la espalda a la colina y siguió caminando con las hierbas rozándole las piernas desnudas y las manos. Aquel atardecer, las vistas de Parliament Hill no eran para él. Ni tampoco la compañía de sus multitudes. Su destino era una casa que estaba a un par de calles de distancia. Tenía que serlo, ahora lo veía. La casa en la que había visto a su mujer muerta y donde, sin intención ni malicia, había causado la muerte de la hija de sus vecinos.

Tomó la ruta más larga posible, quedándose en el Heath hasta que ya no pudo evitar las aceras y calles circundantes. Tenía la sensación instintiva de que mientras pisara los suelos arenosos y estuviera entre sus plantas y árboles estaría a salvo, suspendido. Una columnata de hayas lo llevó hasta las tiendas de South End Green. Mientras se acercaba a sus escaparates iluminados, vio a un camarero poniendo las mesas de delante de su restaurante italiano. Michael se armó de valor para lo que lo estaría esperando en South Hill Drive. En cualquier momento, pensó, el azul intermitente de un coche de policía o de una ambulancia barrería la calle ante sus ojos, como la lámpara de un faro que avisaba de lo que él había hecho.

Pero cuando Michael se acercó a la esquina de la calle no había ninguna luz intermitente. Solo bebedores y fumadores estivales llenando el jardín del pub The Magdalen. Dentro había un televisor emitiendo un partido de fútbol. Las camareras cargaban torres bamboleantes de vasos de pinta. Un perro atado en la entrada bebía a lametones el agua de un cuenco metálico.

Michael pasó por delante del pub, escuchando los fragmentos de conversaciones y mirando las caras en busca de expresiones que delataran la noticia de lo que había sucedido ese día en aquella misma calle. Pero no

encontró nada. Y cuando llegó a la casa de los Nelson, tampoco había ningún coche patrulla ni ambulancia. No había cordón policial alrededor de la zona. No había ningún agente de cara severa en la puerta. La casa estaba igual de oscura y silenciosa que cuando él había entrado en ella a primera hora de la tarde, una casa más en la elegante curva de la calle, igual de asentada e implacable que las demás.

Por un momento, mientras pasaba frente a la puerta de entrada, se le ocurrió que tal vez todo hubiera sido una visión. Caroline en la bañera, Lucy apareciéndose y luego cayendo. Tal vez su deseo de que nada hubiera pasado no hubiera sido al fin y al cabo un deseo, sino una realidad. Al llegar a la puerta de su casa, sintió una ráfaga de excitación ante aquella posibilidad. ¿Era posible que su mente no solo hubiera invocado a Caroline, sino también todo lo demás que había visto en la casa?

Subió la escalera escuchando sus propios pasos y tratando de detectar cualquier otro ruido procedente de la escalera del edificio de al lado. Al llegar a la segunda planta le vino otra idea a la cabeza. ¿Y si todo había pasado exactamente tal como él lo recordaba pero todavía nadie la había encontrado? ¿Y si Lucy seguía tirada allí, sola, en aquella escalera a oscuras, esperando a su descubridor? Y su descubridor todavía podía ser Michael. Todavía podía ser él quien la encontrara y llamara a la ambulancia y a la policía.

Entró en su piso, dejó su bolsa en el recibidor y entró a la sala de estar. Tal como ya era su costumbre desde la noche de su mudanza, Michael fue hasta la ventana del fondo de la sala sin encender las luces. Quería pararse a pensar. A asegurarse de que estaba tomando la decisión correcta. Ya no estaba seguro de qué era real y qué era una pura invención de su mente. Y tenía que estar seguro, antes de hacer nada. Caminó hacia su reflejo y al llegar a las ventanas

Michael puso las manos en su fría superficie y apoyó la frente en el cristal. Y fue entonces cuando vio a Josh.

Desde las ventanas de su piso Michael solo podía ver el final del jardín de los Nelson. Su peral, maduro y alto, no le dejaba ver el resto. Pero allí donde no llegaba la copa del árbol, incluso en primavera y en verano, siempre había podido distinguir los últimos metros cada vez más angostos de hierba, con la cerca al final y el sauce del otro lado cuyas ramas colgaban hasta el estanque. Era un jardín alargado, así que de noche la luz de la cocina o de la galería solo alcanzaba una parte de su pendiente. Pero era una parte lo bastante grande como para que a veces, si el cielo estaba despejado y había luna, Michael pudiera ver a Josh allí, fumando un cigarrillo antes de ir a la cama, con la brasa resplandeciendo en la oscuridad cada vez que él daba una calada. Y era allí donde Josh estaba nuevamente aquel anochecer; de pie junto a la cerca donde Michael le había hablado por primera vez de Caroline. Pero aquella noche Josh no estaba fumando, sino cogiendo la cerca con las dos manos, agarrando su madera, llorando con la cabeza gacha entre los brazos.

Desde la atalaya de su piso, Michael contempló cómo las convulsiones recorrían las anchas espaldas de Josh. Cerró un puño y se puso a golpear con él la madera de la cerca, no muy fuerte pero de forma suave y continua. Al final, como si aquel esfuerzo hubiera agotado la voluntad que le quedaba, Josh se desplomó sobre las rodillas y así se quedó, tapándose la cara con la mano y con la espalda todavía temblando, recorrida por el voltaje de la muerte de su hija.

Pocos minutos después de que Michael se marchara aquella tarde, Josh regresó a casa. Había vuelto a South Hill Drive andando deprisa, así que aunque la casa de Tony y de Maddy solo estaba a unas pocas calles de distancia, al entrar en el recibidor ya tenía la camiseta manchada de sudor. Cerró la puerta de la calle sin soltar el picaporte para que el clic de la lengüeta del cerrojo no despertara a Lucy y luego se fue directo a la cocina a beber algo. Cogió un vaso del armario y lo llenó primero de hielo de la nevera y luego de agua. Mientras bebía con una mano apoyada en el grifo, Josh escuchó por si oía a su hija. Aquella mañana Lucy se había despertado irritable, malhumorada y con un poco de fiebre. Al principio él había pensado que no era más que el calor, pero cuando ella le había pedido si podía volverse a la cama, él se había dado cuenta de que debía de estar enferma. Ya desde bebé, dormir era la forma que tenía el cuerpo de Lucy de hacer frente a las enfermedades. De manera que Josh le había dicho que sí y la había acostado.

Samantha se había ido a pasar el fin de semana con su hermana y a primera hora de la mañana había dejado a Rachel en casa de una amiga que celebraba una fiesta durante todo el día en su piscina. Así que después de meter en cama a Lucy, Josh se encontró inesperadamente solo. Era un sábado caluroso de junio y por una vez no tenía ninguna hija a la que entretener. Su tiempo le pertenecía a él. Pensó en llevarse el periódico al jardín, o en subir a su estudio y echar un vistazo a algunos de los correos electrónicos que llevaba semanas evitando. Pero le dio la sensación de que hacía un día demasiado

soleado para todo aquello y de que aquellas horas libres eran un regalo demasiado espléndido. Sobre todo porque caían en fin de semana, cuando no solo estaba fuera Samantha, sino también Tony.

Puede que le mandara un mensaje de texto a Maddy y luego lo borrara. O tal vez ni siquiera hubiera corrido aquel riesgo. A fin de cuentas, su casa estaba al lado. Fuera como fuera, con mensaje de texto, llamada o bien dejándose llevar por el momento, Josh se marchó. Tal vez solo fuera un momento. Fue menos de una hora seguro, pero aun así se marchó. Dejando a Lucy dormida en su habitación del piso de arriba, y sin darse cuenta de que la corriente de aire había abierto la puerta de atrás, cerró la puerta principal y se fue.

Y ahora estaba de vuelta, con el cuerpo vaciado por el sexo urgente en que se habían enzarzado y con una emoción adolescente de escapada ilícita que ya iba remitiendo hasta convertirse en una sensación de eficiencia pragmática. Había sido un riesgo, pero una vez corrido ahora Josh tenía que restaurar el ritmo de la jornada y borrar los minutos de su ausencia. Se terminó el agua, se quitó la camiseta, la metió en la lavadora y subió las escaleras para darse una ducha.

Lo primero que vio fue el pelo de Lucy, rubio sobre el fondo rojo. Durante unos segundos no entendió lo que veía. Pero, a medida que cada peldaño revelaba más de ella —sus ojos cerrados, la camiseta del pijama replegada hacia arriba, su vientre pálido—, Josh se dio cuenta de que estaba mirando a su hija, inmóvil delante de él.

Se pasó un largo rato en las escaleras con Lucy en brazos, meciéndola contra su pecho, sintiendo cómo la calidez abandonaba su cuerpo. El informe del forense diría que aquello había sido una equivocación lamentable. Que no debería haber movido el cuerpo. La policía también preguntó a Josh al interrogarlo por qué había llevado a Lucy al sofá de la planta baja en vez de dejarla tal como la había encontrado. Aunque el informe decía que lo más

seguro era que hubiera muerto al instante —bien por la contusión en la parte de atrás de la cabeza o por la fractura del cuello— había existido una posibilidad, por mínima que fuera, de que hubieran podido salvar a Lucy de no haberla movido. Pero Josh sabía que se equivocaban. Nada más tocarla, ya había notado que su hija estaba muerta. Por eso la había abrazado así, apretándosela con fuerza contra el pecho desnudo, para poder recoger el poco calor que le quedaba; para poder sentir frías contra la suya aquella sangre y aquella piel que Samantha y él habían fabricado y habían conocido desde que era un bebé.

La policía fue la primera en llegar, un coche patrulla con dos agentes. Poco después paró al lado la ambulancia que había llamado Josh. Un grupo de chavales sin camiseta y con bicicletas se congregaron en la calle, lamiendo helados de colores vivos. Al otro lado de la calle, una mujer con los brazos cruzados y apoyados en la repisa de la ventana de un tercer piso llamó a su marido para que saliera a mirar. Unas puertas más allá, un anciano, ex profesor de clásicas, estaba leyendo el periódico al sol delante de su casa. Ahora se levantó con el periódico en la mano y se puso a mirar junto con los chavales de las bicis y la mujer de la ventana cómo los paramédicos sacaban una camilla con una manta abultada en el centro. Un rato más tarde, después de que el sol abandonara su jardín, volvió a levantar la vista mientras doblaba su tumbona y vio cómo los fotógrafos de la policía metían su equipo en la casa.

En la comisaría, una sargento detective, una joven que aún no debía de tener treinta años, le tomó declaración a Josh. Al mismo tiempo, en una sala del mismo pasillo que tenía dos ventiladores de mesa girando a toda velocidad, un agente de la unidad de protección familiar revisaba antecedentes a partir del nombre de Lucy y la dirección de los Nelson. En mitad de su declaración Josh, todavía aturdido, se puso furioso. ¿Por qué estaban interrogándolo? La niña se había caído. Era un accidente. ¿De verdad creían que había matado a su hija?

La sargento detective lo dejó despotricar, mirándolo con ojos fatigados. Fue a la esquina de la sala, le sirvió una taza de té y le preguntó si quería azúcar y si quería llamar a la madre de Lucy. También podían mandarle a una mujer agente. Lo que él prefiriera. Mientras ella le llevaba su té, él asintió con la cabeza y se echó a llorar otra vez.

Samantha se estaba preparando para la cena cuando recibió la llamada. Se acababa de duchar y todavía tenía el pelo envuelto con una toalla. Martha ya estaba abajo, esperándola en el bar del hotel. Al principio Josh no quiso decirle por qué tenía que volver a casa. Pero ella insistió. Él tenía la voz rota, apagada y espesa. Ella nunca le había oído así. Como el llanto no le dejaba terminar las frases, ella se limitó a preguntarle:

—¿Rachel o Lucy, Josh? ¿Rachel o Lucy?

Y entonces él se lo dijo. Aunque no se movió para nada, Samantha sintió que se desplomaba desde una gran altura. Con el teléfono pegado a la oreja, ella también rompió a llorar, mientras Josh repetía sin parar la frase:

—Lo siento, lo siento.

Martha la llevó en coche a Londres, directamente a la comisaría para que pudiera estar con Josh. Una mujer policía ya había visitado a los padres de la amiga de Rachel y se lo había explicado todo. Sí, había dicho la madre de la amiga, tapándose la boca con la mano y asintiendo con la cabeza, pálida. Sí, claro que Rachel podía quedarse a pasar la noche allí.

Samantha y Josh regresaron a casa en taxi y recorrieron abrazados el breve camino que llevaba a la puerta de su casa. Para cuando Michael vio a Josh en el jardín ya habían estado más de una hora en casa. Samantha se fue directa a la cama, donde lloró hasta quedarse dormida. Pero Josh no podía dormir, así que se dedicó a caminar por la casa, intentando entender lo sucedido. Descorchó una botella de vino y se bebió dos vasos seguidos; a continuación salió al jardín, donde, sin saber que Michael lo estaba mirando desde arriba,

se dedicó a llorar frente a las aguas oscuras de los estanques, golpeando la cerca una y otra vez con la mano hasta caer de rodillas y sucumbir al llanto.

Aquella noche Michael tampoco pudo dormir. Había regresado del Heath con la intención de contárselo todo a Samantha y a Josh. Pero la visión de Josh llorando le quitó toda la determinación del cuerpo. Se quedó tanto rato en la ventana como Josh junto a la cerca, y solo se alejó de ella cuando lo vio levantarse y regresar a la casa.

Michael fue a su cuarto de baño, se desnudó y se duchó, permaneciendo con la cabeza bajo el impacto del agua hasta que se acabó el agua caliente. Mientras miraba cómo el agua le limpiaba la tierra de las rodillas y la hacía desaparecer girando por el desagüe, se planteó brevemente la posibilidad de suicidarse. Lo que había pasado era demasiado abrumador. La visión de Caroline, la caída de Lucy y el llanto de Josh. Quería marcharse de allí, escapar. Pero en algún lugar más profundo, por debajo del pensamiento mismo, supo que se trataba de un impulso químico, una reacción pasajera que él tenía que dejar que siguiera su curso. Y así fue: el deseo remitió mientras Michael se secaba, entraba en su dormitorio y trataba de decidir qué hacer a continuación.

De una cosa estaba seguro ahora. No podía confesar. No podía decirles a Samantha y a Josh que había estado en su casa. Acostado en su cama durante el resto de la noche, con los ojos abiertos en la oscuridad, Michael se repitió esto una y otra vez. Que ahora, después de decidir su estrategia durante los segundos pasados en el rellano, y al marcharse después, ya no valía la pena seguir acumulando rabia ni dolor. Lucy se había ido. Él la había visto morir. Pero no la había matado. Había sido testigo de su muerte pero no responsable. Decirles la verdad a sus padres no la devolvería a la vida. Lo más seguro era que únicamente lo sacara a él de las vidas de ellos, justamente cuando más podía ayudarlos, en calidad de amigo y vecino.

Michael era consciente de que aquella lógica parecía perversa, y además también dependía de que no lo pillaran; de que no encontraran un rastro de su presencia en la casa. Y aunque consiguiera escapar de las sospechas, estaba tan desorientado que no sabía si sería capaz de justificar lo que pensaba dentro de una hora, ya no digamos a la mañana siguiente. Pero sí que sabía, en lo básico, que era verdad. Tenía que ser práctico y pensar —ahora que ya había pasado y Lucy estaba muerta— que había que hacer lo mejor que se pudiera.

Tumbado en su cama, con la luz del amanecer ascendiendo por la pared que tenía al lado, Michael se dedicó a darle vueltas y más vueltas a combinaciones distintas de razonamientos, hasta convencerse a sí mismo de que esta era la única vía de avance. De que a partir de ahora todos sus esfuerzos y actos debían ir dirigidos a la curación y no a la culpa. Mientras el sol ascendía lentamente y los primeros nadadores llegaban a los estanques del otro lado de su ventana, decidió que únicamente podría aferrarse a aquel argumento si lo convertía de forma aplastante en su propósito definitorio. Y sí, también sería su expiación, su penitencia. Cargaría a solas con el conocimiento de la muerte de Lucy, mientras intentaba por todos los medios ayudar a sus padres a recuperarse del dolor, de la misma forma en que ellos lo habían ayudado a recuperarse del suyo.

Mientras Michael se hacía estas promesas a sí mismo, fue cobrando conciencia dolorosamente de la presencia de la casa de los Nelson al otro lado de su pared. Su peso resultaba inverosímil y sin embargo también dolorosamente tangible. Durante el resto de aquella jornada, mientras se obligaba a sí mismo a salir de la cama, vestirse y comer, sintió la presión que ejercía la casa de al lado contra sus pequeños aposentos. Y también la idea de Lucy muerta ejercía presión sobre él. Parecía impensable que toda su vitalidad se pudiera haber acallado en un único instante. Que en el momento de

estrellarse en aquella escalera, todo lo que Lucy era y había sido —todos sus recuerdos, las vidas imaginarias de sus muñecas, sus juguetes y colores favoritos— se hubiera convertido en la simple descripción que hacía Oliver Blackwood de un objeto esponjoso y cargado de muerte dentro de su cráneo.

Pero lo más terrible de todo era el hecho de que él había sido el responsable de aquella reducción, de aquella grotesca transición de cuerpo a cadáver. Aparte de su dolor, aquel era el filo cortante de su muerte para Michael; el conocimiento mareante que llevaría consigo durante el resto de su vida. El hecho de que era él quien había provocado que Lucy se cayera. Había sido él quien la había matado.

Aunque se quedó en su piso durante el resto del día, Michael fue incapaz de no pasarse todo el tiempo mirando por las ventanas. Pero por muchas veces que mirara, no volvió a ver a Josh en el jardín, ni tampoco a Samantha. Llevaba el teléfono en el bolsillo. Se dedicó a escuchar por si oía algo en la casa de al lado, pero no oyó nada. Y, sin embargo, sabía que estaban allí, al otro lado de la pared, los dos, destrozados por la pérdida que él había causado, despertándose igual que recién casados sin hijos a una vida completamente alterada.

Hacia media mañana, mientras estaba llenando la tetera en el fregadero, Michael vio que paraba un coche en la calle. Una mujer salió, caminó hasta la portezuela del pasajero y la abrió. Bajó entonces a la acera Rachel, con una mochila azul a la espalda. La mujer, bajita, bronceada y con una pulcra media melena gris, la acompañó por el camino hasta la puerta de su casa. Al cabo de unos minutos la mujer reapareció, se metió en su coche y se marchó.

Michael tenía ganas de hablar con ellos. Pensó en llamarles o en mandarles un mensaje de texto. Pero no podía hacerlo hasta que alguien le comunicara la noticia a él. Eran las reglas que se había impuesto a sí mismo. Después de borrar los minutos que había pasado en casa de los Nelson, ahora tenía que

comportarse y reaccionar como si su verdad fuera la única. Como si él se hubiera limitado a cruzar el Heath para ir a su clase y luego hubiera vuelto. Había dormido y ahora era domingo. Un día tranquilo, con un banco de nubes altas en el cielo que empujaban un calor húmedo sobre la ciudad. Un día que las familias pasaban juntas, al menos hasta el atardecer, que era cuando Sam o Josh solían llamarlo para invitarlo a que fuera a cenar con ellos.

Era incapaz de trabajar y tampoco quería salir del piso, pero tenía que hacer algo. De forma que se sentó en su escritorio del estudio e hizo los gestos propios del trabajo; ordenó notas, imprimió el último capítulo que había escrito. En él, Michael describía su primer encuentro con Oliver Blackwood, pero lo había escrito quitándose a sí mismo de la escena. Después de organizar la conversación que habían tenido y sus observaciones —el Mercedes SLK plateado de Oliver, los colores vivos de su corbata—, se había dedicado a narrarlo todo en tercera persona, como si él no hubiera estado presente.

El encuentro se había producido en el funeral de un amigo de Michael, un novelista que había muerto de hemorragia cerebral repentina. Oliver era el cirujano que lo había operado. No había conseguido salvarlo, y sin embargo —según le contó a Michael en la primera conversación que habían tenido en el velatorio—, dejó de lamentarse de su fracaso al cabo de unos días, tras enterarse de cuál era la profesión de su paciente.

—Habría perdido el lenguaje —le dijo Oliver con franqueza de médico—. Se habría quedado sin la capacidad lingüística. Un hombre de letras, dedicado a la palabra, y sin acceso a nada de eso. —Estiró el brazo más allá de Michael para coger un canapé de una bandeja que pasaba, un rollo de salmón descansando sobre una rebanada de pan—. No —añadió, dando un mordisco—. Mejor así en muchos sentidos. A veces lo es.

Aunque en el capítulo que tenía delante Michael había quitado su respuesta

a Oliver, ahora, sentado a su escritorio, con el peso de la casa de los Nelson al lado, se sorprendió a sí mismo repitiendo años más tarde:

—Sí —se oyó decir a sí mismo, como si de alguna forma la palabra vocalizada pudiera reforzar su determinación—. Sí, a veces lo es.

Michael estaba mirando fijamente un bolígrafo que tenía en la mesa cuando sonó el timbre de la entrada. La mente, todavía distendida por las imágenes recurrentes de Lucy, se le había distraído. Una palpitación le recorrió el cuerpo. Llevaba toda la mañana caminando de un lado a otro por su casa como si estuviera a punto de hacer su entrada en un auditorio, con un nerviosismo incómodo en la boca del estómago. Así que al principio, cuando oyó el timbre, distraído y confuso como estaba, no hizo nada. Pero luego volvió a sonar, más rato y con más insistencia. Michael fue al recibidor, levantó el auricular y pulsó el intercomunicador.

—¿Sí? —dijo con voz ronca y seca.

—¿El señor Turner? —le preguntó una mujer.

—Sí —dijo Michael.

—Soy la sargento detective Slater, del Departamento de Investigaciones Criminales. ¿Le importaría dejarme subir para charlar un momento?

Michael se quedó mirando la rejilla de plástico del altavoz, sin levantar el dedo del botón del intercomunicador.

—¿Hay algún problema? —dijo.

—Simple rutina —contestó ella—. Pero prefiero explicárselo en persona, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —dijo Michael—. Cuarto piso, arriba del todo.

Pulsó el botón de entrada y oyó el clic de la puerta de la calle al abrirse, seguido del ruido de los pasos de Slater al entrar. No entró nadie detrás de ella.

Volvió a oír los pasos de la detective segundos antes de que esta llegara a

su piso. Un repiqueteo delicado que arrancaba ecos del cemento de las escaleras. No esperó a que ella llamara a la puerta, sino que se la abrió y le dio la bienvenida con un gesto de la cabeza.

—Gracias, señor Turner —le dijo ella, mientras él le sostenía la puerta abierta para que entrara.

Era una mujer menuda, con una constitución parecida a la de Caroline. Iba vestida de paisano, con vaqueros, blusa y una americana azul marino echada sobre el brazo. Se secó la frente con la mano, acalorada por el ascenso de las escaleras.

—¿Quiere una taza de té? —le dijo Michael, cerrando la puerta.

Ella le sonrió con naturalidad encantadora.

—No, estoy bien, gracias. Pero un vaso de agua sí que me encantaría.

Ella lo siguió a la cocina y la sala de estar anexa. Mientras él abría el grifo, probando la temperatura con las yemas de los dedos, ella recorrió la sala entera, terminando en el mismo lugar donde Michael se había quedado mirando a Josh la noche antes.

—Qué vista tan preciosa —le dijo, contemplando primero el Heath y después el jardín de los Nelson.

Michael ya no pudo soportar la espera. Se había sorprendido a sí mismo con su capacidad para infiltrarse en la corriente del día anterior alterado. Pero no estaba seguro de poder sostener su versión de los hechos si lo interrogaban directamente. Necesitaba saber si ella lo sabía.

—¿Le importa si le pregunto a qué ha venido? —le dijo mientras le traía el vaso de agua.

Ella volvió a sonreír y aceptó el vaso. Tenía el pelo castaño y muy corto, estilo chico. No aparentaba más de veintiocho o veintinueve años. Michael se fijó en que tenía la cicatriz de una quemadura en el cuello.

—Es para unas preguntas rutinarias —le dijo ella. Dio un sorbo de agua—.

¿Nos sentamos? —preguntó, señalando el sofá.

Mientras Michael se sentaba, ella se sacó de la americana un cuaderno y un bolígrafo y se sentó a su lado.

—¿Me puede confirmar su nombre? —dijo, con el bolígrafo suspendido sobre la página.

Michael soltó una risa que parecía un esputo de aire.

—Lo siento —dijo—. Pero primero quiero saber a qué viene esto.

Ella levantó la vista del cuaderno, con el lápiz todavía listo. Por un momento no dijo nada, como si estuviera sopesando la culpa de él. Pero luego volvió a sonreír. Michael captó que era el gambito inicial de muchas de sus conversaciones. Tal vez fuera una técnica aprendida.

—Normalmente la cosa funciona mejor si soy yo quien hace las preguntas —dijo ella, e hizo una pausa, como para permitir que regresara el tono oficial—. Estamos haciendo preguntas puerta a puerta —siguió, dejando el bolígrafo—. En relación con un incidente que tuvo lugar ayer en casa de sus vecinos.

—¿Un incidente? —dijo Michael.

—Sí —contestó ella, volviendo a coger el bolígrafo—. Los Nelson. Una muerte.

Cuando se acordara al cabo de los años, Michael se daría cuenta de que su reacción en aquel momento, aunque derivada de su conocimiento de lo sucedido, había podido reproducir la de un vecino que oía genuinamente la noticia por primera vez. Tuvo que ver con el hecho de oír aquellas palabras en boca de otra persona. De cerciorarse, por medio del lenguaje y ya no de la vista, de que la caída de Lucy había tenido lugar; de que era un suceso vivo en el mundo. Era historia, y ya estaba causando acciones y reacciones.

Se le escapó una exclamación ahogada, como si hubiera tocado un plato que quemaba. La sargento Slater lo miró.

—¿Quién? —preguntó él.

—La hija menor —dijo ella simplemente—. Lucy.

Michael se llevó la mano a la boca.

—Oh, Dios mío —dijo, apartando la mirada.

Sus palabras y sus sentimientos eran reales. No entendía cómo, pero era como enterarse de nuevo. Ya no solo saberlo, sino también oírlo.

—¿Cómo? —dijo, volviéndose hacia ella.

La sargento le sostuvo la mirada. Él casi esperaba que le contestara: «Dígame usted, Turner», o bien que sacara sus huellas dactilares de detrás de su cuaderno. Pero no lo hizo. Se lamió los labios, y él vio que estaba nerviosa. ¿Acaso debía ella contarle tantos detalles? Tal vez, a pesar de su trato familiar, fuera una novata. Ciertamente su edad lo sugería.

—Una caída —dijo ella—. Seguramente accidental, pero... —Se interrumpió y esbozó otra sonrisa, breve y tensa—. Bueno, ya sabe. Tenemos que estar seguros. Así pues —volvió a coger el bolígrafo—, ¿me puede confirmar su nombre?

—Michael —dijo él en voz baja—. Michael James Turner.

—¿Y su fecha de nacimiento?

Las preguntas eran estándar. Si era una novata, la sargento detective Slater hacía su trabajo bien, desgranando sus preguntas con ritmo experto. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo en aquella calle? ¿A qué se dedicaba? ¿Cuánto hacía que conocía a los Nelson? Michael las contestó de forma directa. Ninguna de ellas todavía requería que se desviara de los hechos. Pero entonces, llegando a ella como si fuera igual de inocua que las demás, ella le planteó la pregunta crucial:

—¿Y dónde estaba usted ayer por la tarde entre las tres y las cinco?

Michael empezó por la verdad sin adulterar:

—Tuve una clase de esgrima —le dijo—. A las cuatro. En el polideportivo de Highgate.

Ella tomó nota. El silencio lo puso nervioso. El ruido de su bolígrafo.

—El que hay junto a la escuela —añadió.

Ella levantó la vista de la página.

—Sí —le dijo, como invitándolo a que no se alargara—. Lo conozco. —
Volvió a bajar la vista—. ¿Y a qué hora salió usted para ir a su clase?

Michael hizo una pausa. Él se había esperado que llegaran gradualmente a aquella cuestión, no que se la planteara de entrada.

—Hum —dijo—. Debió de ser a las tres y cuarto, tres y veinte como muy tarde.

Ella volvió a levantar la vista para mirarlo a los ojos.

—¿Para ir a Highgate?

—Ah, lo siento —dijo Michael—. Voy a pie. Tendría que haberlo mencionado. Siempre voy andando a las clases.

—Ajá —dijo Slater, apuntando aquello también en su cuaderno—. ¿Y puede alguien confirmar que estuvo usted en el polideportivo?



Y eso fue todo. Michael, con menos de diez palabras, había trazado el curso de su día alternativo. Y la sargento detective Slater lo había apuntado. Era una declaración. Existía. Se podía cuestionar y poner en duda. Extrañamente tranquilo, Michael se puso a hablarle de Istvan y buscó el número en su teléfono para dárselo. Si ella interrogaba a Istvan, ¿acaso este mencionaría que Michael había vomitado? Y en caso de que sí, ¿acaso ella adivinaría la causa? No se podía hacer nada al respecto. Era un riesgo que tenía que correr. A fin de cuentas, Istvan era su coartada.

¿Había alguien más que pudiera haberlo visto en la clase?, le preguntó Slater. ¿El recepcionista? ¿Los jardineros? Michael dijo que no se le ocurría nadie. Ella asintió con la cabeza. Cuando ella le preguntó, él le contó el paseo

que había dado por el Heath de vuelta a casa. Era un anochecer precioso, de forma que se había parado a descansar en el bosque. Se había entretenido. ¿Y había visto algo en casa de los Nelson al marcharse? ¿O al volver? No, dijo Michael. No, no recordaba haber visto nada.

Mientras hablaba, Michael ya no tenía la sensación de estar escondiéndole sus actos a Slater, sino más bien trabajando por una causa que iba más allá de la investigación de ella. Sabía que podía ayudar a Samantha y a Josh. Era lo correcto. Por mucho que deseara no serlo, era un veterano reciente de la misma modalidad de desgracia. Era lo menos que podía hacer: arriesgarse a ser llevado ante la ley para continuar en las vidas de ellos.

Slater lo siguió interrogando. No, no había visto la ambulancia. Y no, tampoco había oído nada en la casa de al lado después de volver a su piso. ¿Había visto a Josh? No desde... se paró a pensar cuándo había sido. El jueves por la noche. Debía de haber sido el jueves. Sí, habían cenado juntos.

—No —se corrigió. Ella dejó de escribir un momento—. Perdón. Fue a la mañana siguiente.

—¿Esa fue la última vez que le vio? —preguntó Slater.

—Sí —dijo Michael. De alguna forma se había olvidado de verdad—. Me pasé por su casa a prestarle un destornillador. Para sus gafas.

—¿Un destornillador? ¿Es que él no tenía ninguno?

—De ese tamaño no —dijo Michael—. Era de mi equipo de esgrima —añadió, mirando su bolsa de esgrima, que estaba en el pasillo.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Era temprano, antes de las ocho. Las niñas todavía no se habían ido a la escuela —dijo, recordando cómo Lucy aporreaba la mesa con la cuchara—. O sea que sí, debió de ser temprano.

Al cabo de unos minutos Slater se levantó para irse, guardándose el cuaderno y el bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta y dándole su tarjeta.

—Por si se acuerda de algo más.

—Sí, claro —dijo Michael, dejando la tarjeta en la encimera de la cocina.

La acompañó a la puerta.

—¿Cómo lo llevan? —le preguntó mientras se la abría—. Samantha y Josh —aclaró aunque no hiciera falta.

Ella frunció el ceño y suspiró, mirando el hueco de la escalera. No, pensó Michael, la sargento detective no tenía mucha experiencia en esto.

—Están destrozados —dijo sin mirarlo y enarcando las cejas, como si no pudiera haber otra respuesta. Por fin lo miró—. Ha sido un golpe terrible.

Ella le ofreció la mano y le dio un apretón.

—Gracias por su ayuda, señor Turner —le dijo—. Siento haberle estropeado el día.

—No, gracias a usted —dijo Michael, sorprendiéndose a sí mismo—. Por informarme.

La detective asintió con la cabeza y por la cara le pasó la sombra fugaz de una pregunta. Pero la dejó pasar.

—En absoluto —contestó por fin mientras caminaba hasta la escalera—. Que tenga un buen día, señor Turner.

Y se marchó, con los piecitos repiqueteando por la escalera, sacando en su cuaderno el día falso de Michael por la puerta de su edificio y llevandoselo al día de verdad.

Tres días después de la visita de la sargento detective Slater, Michael volvía a estar sentado con Josh en su banco de costumbre de Parliament Hill. Era temprano por la mañana y era la primera vez que Michael veía a Josh desde la noche en que lo había visto llorar junto a la cerca. Samantha lo había llamado el día antes. Estaba lavando los platos en el fregadero cuando ella lo llamó. Mientras el teléfono vibraba en la encimera, Michael se quedó mirando el nombre de Samantha en la pantalla y por fin lo cogió.

—Samantha —dijo, confiando en que el nombre de ella bastara para comunicar todo lo que quería decir.

—Gracias por la tarjeta —dijo ella en voz baja, casi un susurro. Hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, la voz se le quebró al decir su nombre—. Oh, Michael.

Samantha se pasó un momento largo llorando. Michael la escuchó y por fin le preguntó si quería que fuera a verlos. No, dijo ella, todavía no. Pero a continuación le preguntó si podía ir a hacer footing al Heath con Josh.

—Lo necesita —dijo ella—. Necesita salir y hablar.

—Es muy pronto —dijo Michael.

—Ya lo sé, pero, sinceramente, necesita salir. —Hizo una pausa—. Y yo necesito que salga. Un poco nada más.

—Sí —dijo Michael—. Claro.

—Creo que contigo hablará —continuó—. Porque, bueno...

—Sí —repitió él—. Ya sé.

Después de que Samantha colgara, Michael se quedó un rato de pie en el

mismo lugar donde había contestado el teléfono, mirando la calle desde la ventana. Luego entró en su estudio, eligió un cuarteto de cuerda de Beethoven que tenía en el iPod y se sentó a su escritorio a dejar que las notas largas y reverberantes inundaran la sala y lo inundaran a él.

Al oír la voz de Samantha le habían entrado unas ganas desesperadas de contárselo todo. Sobre la pared de encima de su escritorio había una postal de una urna griega con los versos de Keats escritos debajo: «Belleza es verdad y verdad es belleza». Se estaba relegando a sí mismo a la fealdad; a una única mentira que se extendería por los años siguientes. Sería un impostor para siempre. No de la misma forma en que lo era en su escritura, en pos de una claridad mayor, sino un impostor en su vida, en aras de una omisión, una mentira. Se convertiría a sí mismo en una manifestación de la misma técnica que usaba como autor; se estaba borrando de aquellos minutos en casa de los Nelson igual que siempre se había borrado de la página.

Pero estaba decidido. Y al pasar al siguiente movimiento, la música pareció confirmar la justicia de la solución. Su sacrificio. Así pues, se resistió al impulso y no dijo nada. No volvió a llamar a Samantha. Se limitó a hacer lo que ella le pedía, que era despertarse temprano a la mañana siguiente, ponerse pantalones cortos, camiseta y zapatillas deportivas y a ir a buscar a Josh a la casa de al lado.

Se lo encontró ya esperando delante de la puerta de la casa. Pudo ver que no había dormido; tenía la piel de debajo de los ojos amoratada por la fatiga. Igual que Michael había contestado a la llamada de Samantha diciendo el nombre de ella, ahora se acercó a Josh saludándolo con el suyo:

—Josh.

Él no contestó, sino que se limitó a saludarlo con la cabeza y a echar a andar por la calle en dirección al Heath, como si tuvieran que hacer un trabajo y, dado que no había otro remedio que hacerlo, más valía que fuera deprisa. Se

adentraron en la hierba del fondo de la calle e iniciaron su ruta habitual, caminando en silencio por entre la columnata de hayas, cruzando los campos hollados donde solían asentarse las ferias ambulantes y llegando al curso en sombras del camino de circunvalación. Mientras atravesaban el South Meadow, Michael notó que se le empezaba a distender la pantorrilla y que los músculos agarrotados se le abrían como una rosa. Pero Josh, caminando a su lado, permanecía cerrado. Michael no quería ser el primero en hablar. Gracias a los primeros días tras la muerte de Caroline, en que Peter había estado a menudo en la casa de campo —visitándolo y haciéndole la comida—, sabía que a Josh su silencio le parecería la única parte de sí mismo de la que seguía siendo dueño y que todavía podía entender.

Al llegar a Highgate Gate bajaron por entre los árboles hasta los terrenos de la Kenwood House y a continuación volvieron a ascender hasta el camino de grava que recorría la fachada de la casa. Mientras pasaban frente a sus ventanas cerradas, oyeron a los empleados dentro, preparándose para la jornada. Abriendo la tienda y llenando las cajas registradoras. En algún lugar de los jardines, alguien podaba un seto con un cortacéspedes de mano. En la última ventana, Michael pudo vislumbrar a ambos: a Josh caminando cabizbajo, como si estuviera siguiendo una línea que tenía delante de los pies; y a sí mismo, más alto, con la zancada amputada de la pierna mala llegándole al hombro en forma de sacudida extraña. Al llegar al final de la casa siguieron un arroyo que bajaba por entre los estratos de arena de Bagshot y arcillas de Clayton y a continuación cruzaron un puente peatonal que salvaba el Wood Pond y desembocaba en lo que ya eran los South Woods. Se pusieron a hacer footing sin comunicarse para nada, arrancando donde lo hacían siempre, en el margen del Duelling Ground, cruzando su óvalo de hierba agostada para tomar el camino que bajaba hacia Hampstead Gate. Su ruta permaneció inalterable, imperturbable. Y todos los demás aspectos de su sesión de footing también

discurrieron igual que siempre, salvo el aire que llevaban con ellos, contaminado por la conciencia silenciosa de la muerte de Lucy, conocida en parte por ambos hombres, pero únicamente conocida del todo entre ambos.

Al llegar a Parliament Hill, aminoraron la marcha para subir la cuesta y recorrieron caminando los últimos metros que los separaban de los bancos que había dispersos por la cima en formación de saludo militar a la extensión de Londres. Michael se sentó en su banco de costumbre y al cabo de un momento sintió que la madera que tenía debajo se hundía al añadir Josh su peso al de él.

La ola de calor se había interrumpido. Había ejércitos de cúmulos altos salpicando de sombras el mosaico de la ciudad. Una brisa fresca procedente del norte, detrás de sus espaldas, anunciaba lluvia. Una bandada de estorninos subió y descendió sobre los campos de deporte, como cuando alguien sacude la sábana sobre una cama.

Michael se giró para mirar a Josh. Aparte de la fatiga, se lo veía como siempre. Vio, sin embargo, que sus ojos habían dejado de enfocar a la distancia, como si ya no pudiera soportar la promesa de ningún horizonte.

—Lo siento —dijo Michael, y lo decía en serio, en el sentido pleno de la palabra, más en serio que jamás en su vida.

Josh no lo miró.

—¿Cómo te has enterado? —le dijo.

—Por la mujer policía. Vino a mi piso.

Josh ya estaba negando con la cabeza y mordiéndose el labio inferior. En medio de la frente le apareció una vena que parecía un gusano gigante.

—Menuda zorra —dijo—. Me trató como a un puto criminal. ¡Como a un sospechoso!

Josh se giró para mirarlo, con los ojos reanimados por la furia. Michael vio lo profundas que eran sus raíces, más hondas todavía que el corazón y el estómago.

—O sea, ¿te imaginas que después de lo de Caroline... alguien hubiera venido y te hubiera señalado con el dedo y...? —Se interrumpió—. Lo siento —dijo, apartando otra vez la vista—. Es que...

—Lo sé —dijo Michael—. No pasa nada, en serio.

Josh reclinó la espalda en el banco.

—Por lo menos esa parte ya se ha acabado. La investigación criminal, o como se llame. El jefe de ella ha dicho que no hay sospechas. —Soltó un soplo de incredulidad—. ¿No hay sospechas? Claro que no hay sospechas, joder.

—Estoy seguro de que era el procedimiento habitual —sugirió Michael—. Lo estándar en estos casos.

—¿Ah, sí? —dijo Josh en voz más baja—. Pues entonces deberían revisar a fondo su puto procedimiento.

No había sospechas. Michael se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas mientras asimilaba lo que acababa de decir Josh. Llevaba dos días convencido de que volvería a verla. A la sargento detective Slater. Cada mañana esperaba que le sonara el interfono y oír el golpeteo de sus pasos en la escalera. Esperaba ver cómo volvía a sacar el cuaderno y el bolígrafo. Cada mañana se despertaba convencido de que su día falso habría sido puesto a prueba y desenmascarado y de que sus minutos muertos habrían sido resucitados.

—El forense emite su dictamen hoy —dijo Josh desde su lado—. Le han hecho la autopsia...

La voz se le quebró al decir la palabra, con todas las imágenes que evocaba. La pequeñez de su cuerpo. Rompió a llorar en silencio.

Michael estiró el brazo y le puso una mano en la espalda. Era la primera vez que se invertía la ecuación de su contacto. Sintió en la palma de la mano

que un espasmo recorría los músculos de los omóplatos de Josh; sintió la naturaleza física de su dolor.

—Joder, Mike —dijo Josh cuando consiguió hablar otra vez—. Te lo aseguro. Cuando tienes hijos... nadie te dice... o sea, sí, pero... —Se frotó toscamente la cara con las manos y luego se las miró, como si esperara ver en ellas una mancha de su dolor—. El amor —dijo—. Es... es... —no pudo encontrar la palabra, y cuando la encontró le llegó en forma de susurro—... cruel.

Michael apartó la mano. Sentir la fragilidad de Josh y tocarla era demasiado para él.

—¿Cómo está Sam?

Josh respiró hondo y recobró la calma.

—Mal —dijo, mirando con el ceño fruncido la constelación de colillas que había a sus pies—. No para de culparse a sí misma por la valla. La valla de seguridad infantil. —Suspiró y se puso a negar otra vez con la cabeza—. La quitamos. No lo entiendo. Nunca le había pasado nada. Siempre iba con cuidado, tal como le habíamos enseñado. —Se encogió de hombros—. Yo... yo no la oí. Nada. Solo cuando ya...

Volvió a quedarse sin palabras, incapaz de decir lo que había matado a su hija.

Michael contempló la ciudad, la cúpula de San Pablo rodeada de grúas enormes, los haces de luz del sol estallando contra los edificios altos de cristal. Pero tampoco lo entendía. ¿Acaso había estado Josh en la casa? ¿Era eso lo que le estaba diciendo? ¿Acaso sabía lo sucedido? Michael tragó saliva y trató de hablar con voz natural:

—¿Tú estabas abajo? —le preguntó.

Josh guardó silencio un momento. Cuando volvió a mirar a Michael, tenía una expresión defensiva.

—Claro que estaba abajo. —La vena volvió a mostrarse con orgullo en su frente—. ¿Dónde iba a estar si no?

—Quiero decir si estabas en el jardín... —dijo Michael—. Cuando pasó. En caso de que sí, no podrías...

Josh apartó la vista.

—No —dijo, como si fuera una respuesta que ya había dado demasiadas veces—. No estaba en el jardín.

Una mujer que paseaba a un par de doguillos llegó y se sentó en un banco situado a la izquierda de ellos. Se puso a buscar en su bolso hasta encontrar un paquete de cigarrillos, sacó uno y se lo encendió, protegiendo la llama con la palma ahuecada. Los doguillos que tenía a los pies jadeaban entrecortadamente por el esfuerzo del ascenso.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos minutos. Josh volvía a mirar el suelo. Michael estaba sentado a su lado, todavía intentando asimilar sus palabras. Josh le debía de haber dicho a Slater que estaba en casa. Y también a Sam. Sin saberlo, los dos habían conspirado para hacer que fuera verdad la versión del otro de lo sucedido en aquellos minutos. Josh había estado en la casa y Michael no. Pero entonces ¿dónde había estado Josh? Michael no lo sabría nunca y tampoco se lo podría preguntar.

Michael sintió un rubor de furia desesperada. Si Josh no se hubiera ido de casa... Pero se había ido, así que ya no importaba. Lo único que importaba, y seguiría importando durante los próximos meses y años, era lo que Michael pudiera hacer para ayudar a curar la herida que los dos habían causado. Eso era lo único que podía poner ya en la balanza para contrarrestar lo sucedido en el rellano y en las escaleras. Tendría que hacerlo de muchas formas, incontables. Pero no podía ofrecer nada más.

—Si puedo hacer algo... —dijo finalmente Michael—. Para ayudar...

Josh no pareció oírle, y Michael ya estaba a punto de repetir su

ofrecimiento cuando por fin contestó.

—Es porque la moví —dijo Josh, más para sí mismo que para Michael. Estaba asintiendo con la cabeza, como si hubiera encontrado la respuesta a un rompecabezas—. Por eso me interrogaron.

La imagen de Lucy cayendo regresó a Michael de la nada. A cámara lenta: un pie descalzo buscando apoyo, su pelo rubio, su mano abriéndose. Y no dejaría de pasarle. Eso ya lo sabía. Lucy siempre estaría con él. Nunca lo abandonaría, igual que a Josh no lo abandonaría nunca la imagen de su hija tirada en el recodo de la escalera.

—Pero ¿quién no lo haría? —dijo Josh—. O sea, por el amor de Dios, es mi hija...

—Lo más probable es que solo estuvieran siguiendo el procedimiento —dijo Michael en voz baja—. De verdad, Josh. Siguiendo el manual.

Josh asintió con la cabeza, pero menos convencido. Se levantó de golpe.

—Tengo que irme a casa.

Michael se levantó también del banco. La mujer de los doguillos les echó un vistazo, soltando el humo por una comisura de la boca.

—Me voy solo, Mike —dijo Josh, levantando una mano.

Tenía cara de ir a romper a llorar otra vez. Como un hombre que estaba en conflicto con el mundo y estaba perdiendo.

—Claro —dijo Michael—. Por supuesto. Dale recuerdos a Sam —añadió mientras Josh le daba la espalda—. Y en serio, si puedo ayudar en algo...

Pero Josh ya se estaba alejando por el camino. Michael vio marcharse a aquel hombre cuya vida él había destrozado en menos de un segundo. Un hombre que, igual que él, había elegido salvarse, y cuya decisión los había hermanado sin saberlo a ambos, unidos como estaban ahora por sus mentiras y por los minutos falsos que se habían inventado.

—Eso es. Ahora aléjate. Despacio. Aléjate. Tranquilo.

Daniel bajó la fusta que tenía en alto, dio la espalda al caballo, una yegua vieja y zaina, y caminó en dirección a la cerca donde estaba apoyada Sally, en la otra punta del campo sin desbrozar.

—No mires atrás —le dijo ella levantando la voz. Sus dos perros, que estaban acostados a sus pies, levantaron la cabeza al ver que se acercaba—. Eso es —añadió—. Con tranquilidad. Sigue viniendo.

Después de cinco meses en el West Valley, era la primera vez que Daniel dejaba que Sally le diera una lección. Hasta ahora había preferido mantenerse a distancia de los caballos y ocuparse de sus tareas de mantenimiento. Pero esa mañana, al ofrecérselo ella otra vez, había aceptado. Y no sabía por qué, pero se alegraba de haberlo hecho. En el papel de maestra, Sally parecía más relajada que de costumbre. Como si el resto de su vida fuera una simple distracción o una molestia. Ahora ella le estaba hablando con una voz persuasiva y más amable de lo que Daniel le había oído nunca. Y también estaba sonriendo. O sea que debía de estar funcionando, pensó Daniel mientras se acercaba a ella. El caballo lo debía de estar siguiendo.



Cuando Daniel había empezado a trabajar para Sally, no había sabido muy bien qué pensar de ella. Era huraña, irritable y ferozmente independiente. Los años de vivir sola la habían vuelto una mujer de pocas palabras, igual de

curtida que su piel tostada por el sol. Él no tenía ni idea de cómo se las había apañado para llevar una casa de huéspedes durante tantos años. Pero lo había hecho. Y no una casa de huéspedes cualquiera, sino una de las mejor consideradas de todo el condado de Sonoma.

En algún momento había tenido marido, pero ya hacía años que la había abandonado. Daniel todavía no conocía las circunstancias; solo que, por culpa del abandono, Sally, que ya pasaba de la setentena, necesitaba ayuda en temporada alta. Ayuda con el jardín, las tareas de mantenimiento y todos los demás trabajos que ella prefería dejar a otros mientras se ocupaba de sus caballos.

—No, no es doma natural, coño —le había dicho ella la primera vez que él se lo había preguntado—. No es más que sentido común. Escuchar y mirar. Tomarse un puñetero momento para no pensar todo el tiempo como un ser humano. Darse cuenta de que nuestra forma de ser y de hablar no es la única.

Hacía solo unos días que Daniel había aparecido con el coche por el camino de la propiedad de ella, procedente del pueblo vecino de Sebastopol. Le había hecho desviarse de la carretera un letrero simple y escrito a mano: «SE NECESITA EMPLEADO», escrito en mayúsculas y con rotulador rojo. Encima había otro letrero, pintado y descolorido: «Casa de huéspedes y centro de armonía equina West Valley». Era principios de temporada, febrero. Sally se apresuró a decirle que le había dado el trabajo solo por eso. Porque había sido el primero en aparecer con el coche por aquel camino. Una sola equivocación, le había avisado mientras lo acompañaba a sus aposentos —un cuarto vacío con una cama individual y un hornillo—, y ya podía coger el coche y volverse por donde había venido.

Pero Daniel no había cometido ninguna equivocación. Se habían acabado las equivocaciones. De forma que ahora, en junio, cinco meses más tarde, mientras Sally le explicaba sus técnicas, se sentía seguro en su puesto. A lo

largo de los meses habían establecido una dinámica entre ellos. A él le parecía que se entendían. Tal vez incluso estuvieran empezando a caerse bien.



—Ok, no te alejes más —dijo Sally, levantando la mano—. Ahora date la vuelta. Despacito.

Daniel hizo lo que ella le decía y se giró para encontrarse con la yegua a su espalda, cabizbaja, con los flancos temblando bajo el contacto de las moscas matinales.

—Ahora gira a la izquierda —dijo Sally desde la cerca—. Igual de tranquilo y suave. Así.

Daniel obedeció y subió lentamente la pendiente del prado. La yegua se giró con él y caminó a su lado como si fuera atada, meciendo la cabeza sobre la cuesta. Él intentó decir algo, pero nada más coger aire para empezar Sally lo interrumpió.

—No hables —le ordenó—. Límitate a caminar. Camina y siéntela a tu lado. Eso es. La tienes contigo. Está contigo.

Mientras Daniel seguía andando junto a la yegua, pensó en lo mucho que les habría gustado ver aquello a Sarah y Kacye. Y también a Cathy. Pero ellas seguían en la otra punta del país. Era una de las cosas a las que más le había costado acostumbrarse. A no ser capaz de girarse hacia su mujer o sus hijas y compartir una imagen o un pensamiento. Pero así había sido su vida durante los seis meses —menos un día— que habían pasado ya desde que saliera dando marcha atrás de su propiedad en Centennial Hills y se alejara rumbo al oeste para no volver.



Al cabo de unos días en la costa de Sonoma, Daniel había decidido quedarse allí. No alejarse del mar. Pero también tenía que seguir moviéndose, de forma que siguió conduciendo. Ya no podía ir más al oeste, de forma que se dedicó a recorrer la carretera de la costa, en dirección norte hasta llegar a Florence, en Oregón, y en dirección sur hasta San Diego. Mientras estuvo viajando, evitó los quioscos de prensa, los bares que tuvieran televisión y las emisoras de radio que daban boletines de noticias. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no hacía falta andarse con tanto cuidado. En cuestión de semanas, los medios de comunicación ya habían perdido interés en la noticia que le había reventado la vida a él, y que únicamente volvió a emerger cuando la comisión de investigación emitió su veredicto: «Muerte accidental». Así llamaron a lo que él había hecho. Había sido un accidente. Había muerto gente. Había muerto ella. Un par de columnas en la página tres o cuatro. Una información en algún que otro canal de noticias. Ni siquiera en Australia y en Gran Bretaña habían prestado apenas atención a la declaración del Pentágono. El mundo ya había pasado a otra cosa. A otras historias y otras muertes, alimentando su ansia eterna de presente inmediato.

Durante todo el procedimiento, habían conseguido que la prensa no mencionara para nada el nombre de Daniel. Ya fuera porque el agente Munroe había puesto en juego sus tácticas de supresión, o bien porque había cogido los mandos el coloso del protocolo militar, a los ojos del mundo aquel dron no lo había tripulado nadie.

Pero también él iba sin tripulación. Durante los primeros meses de viajar por la costa, Daniel había recorrido sus acantilados y sus pueblos de pescadores sin ser capaz de asentarse en ninguna parte. Tenía los nervios a flor de piel y a menos que bebiera lo suficiente, dormía muy poco y con un sueño intranquilo. Era consciente de que mientras estuviera así, no podía regresar a Las Vegas. Como seguía viviendo de la paga de su licenciamiento y

no tenía un trabajo que lo atara a ningún lugar, se dedicó a vagabundear por la costa de California como si fuera un colgado de los sesenta, exiliado de su vocación, propietario de una casa a la que no podía regresar. Pese a todo, aquella casa era su destino final. De eso estaba seguro. No la casa de Centennial Hills en sí, sino Cathy y las niñas. Ellas eran su hogar y también la razón de que Daniel se hubiera marchado tan lejos, para que algún día en el futuro pudieran seguir siéndolo.

Aunque una parte del pacto que Daniel había hecho con Cathy era que él no fuera por la casa, seguían en contacto regular. Llamadas telefónicas semanales y correos electrónicos. También hablaba por Skype regularmente con las niñas, afeitándose antes en los cuartos de baño de las pensiones para mantener su pulcritud militar de otros tiempos. A Sarah y Kayce les habían contado que a su padre lo había vuelto a reclamar el trabajo. Y Daniel se había convencido a sí mismo de que esto era verdad en cierta forma. Era una historia fácil de aceptar para sus hijas. Durante los años de su servicio en el extranjero, la ausencia de Daniel se había vuelto igual de familiar para ellas que su presencia. Pero aun cuando estaba de servicio, siempre tenía permisos, así que hacía unos meses, y con la aprobación de Cathy, había hecho un viaje a Las Vegas para verlas.

Solo pasó un día con ellas. Cathy le había dicho que sería un trastorno demasiado grande de sus vidas —para ella y para las niñas— si se quedaba más tiempo o iba a dormir a la casa. Así pues, lo que hizo fue llegar la noche antes y registrarse en un aparthotel de la MGM que había junto al bulevar. Como de costumbre, no pudo dormir, de forma que se pasó gran parte de la noche paseando por las galerías comerciales y los casinos, mirando cómo los jugadores daban de comer a las máquinas.

Se juntaron para desayunar en uno de los restaurantes parisinos, bajo un techo atravesado por un pie de la Torre Eiffel. Ver a las niñas casi fue

demasiado para Daniel. Pero él sabía que Cathy lo estaba vigilando, evaluando sus reacciones y su conducta, de forma que mantuvo la compostura y reprimió el deseo de cogerlas en brazos y apretárselas contra el pecho. Mientras pagaba la cuenta, Cathy le dirigió una mirada, una mirada en la que la mujer que él había conocido y la que estaba empezando a conocer parecían estar ambas implorándole que viera lo frágil que era todo esto y que entendiera lo que tenía.

Aquella noche Daniel se llevó a las niñas a Disney sobre hielo, pero antes pudieron pasar el día entero juntos. La mayor parte la dedicaron a pasear por el Bulevar, con Sarah en su cochecito y Kayce cogida de la mano de su padre. Entre hacer compras en los centros comerciales y picotear comida, vieron Nueva York, París, Venecia y Egipto; versiones enanas del Empire State, del Arco de Triunfo y de las Pirámides. Más tarde, de camino al espectáculo, se detuvieron para ver la coreografía de las fuentes del lago de delante del Bellagio, con sus chorros altísimos de agua elevándose de la oscuridad a la luz.

Después de tantos meses en la región vinícola y en las costas de Sonoma, ahora a Daniel la ciudad le parecía imponente y al mismo tiempo tan efímera como un decorado de película. Nunca se había fijado en que por todo el Bulevar había altavoces que emitían música. En las farolas, en las macetas y por todos los centros comerciales pavimentados con adoquines falsos. Hasta los pasos elevados que cruzaban la carretera parecían zonas temáticas sobre la gente sin techo, dado que, por lo que él podía ver, eran los únicos lugares donde se permitía ejercer su oficio a los mendigos de la ciudad.

Mientras Daniel contemplaba las fuentes del Bellagio, con las niñas chillando y saltando a su lado, comprendió que había estado equivocado. Durante todo el tiempo que había pasado en Creech, su actividad allí le había parecido extrañamente discordante y desconectada del resto de Las Vegas.

Aquí, en el corazón de la ciudad, la fantasía, la evasión y el juego eran las notas dominantes. Allí fuera, en el desierto, se hacía frente a la realidad. A la guerra y la muerte. El Bulevar tenía como propósito olvidar la muerte. Creech era donde se administraba.

Pero no era así de simple, y mientras aquellas fuentes bailaban al unísono, Daniel pudo verlo con claridad repentina. Creech no estaba desconectado de la aspiración de la ciudad, sino que formaba un continuo con ella. En Las Vegas se traducían a América varias versiones del mundo para que América no tuviera que desplazarse hasta ellas. En consecuencia, aquellos otros países y lugares eran simultáneamente traídos hasta allí y apartados con fuerza. Igual que pasaba con aquellas pantallas que él solía observar en Creech. ¿Porque acaso no era lo mismo que solían hacer en la base, Maria y él, mientras sus cafés se enfriaban en la mesilla? Llevarse una versión de la guerra a América. Una versión en primer plano y sin embargo lejana, un equivalente seguro, para que no tuvieran que ir hasta ella en persona.

Durante todo el espectáculo de aquella noche, mientras los participantes en el baile de Cenicienta daban vueltas y trazaban piruetas sobre el hielo, Daniel sintió que la cultura de la imitación de aquella ciudad se extendía a todo el tiempo que él había vivido en ella. Ahora veía que todo aquel tiempo había sido una serie de simulacros y representaciones. Las avenidas y casas ocres de Centennial Hills no formaban una comunidad, sino su mera imagen. Las plantas y árboles desérticos plantados en la grava eran modelos en miniatura del desierto real que se extendía más allá de las cancelas cerradas con llave de las calles sin salida. Incluso las montañas de Charleston, se dio cuenta, parecían una versión a escala de aquellas cordilleras que él había sobrevolado en Pakistán y Afganistán, como si las hubieran comprado dentro del mismo lote que la Torre Eiffel bajo la que habían desayunado. Y también ellos lo eran, tenía que admitirlo. Él, sus hijas y Cathy, los tres sentados y

comiendo tortitas como una familia de verdad en vacaciones. También ellos eran una simple imitación. Una familia de pega, vacía por dentro, y todo por culpa de él.

Cuando Daniel devolvió las niñas a Cathy aquella noche, tras sujetarlas con las correas a sus sillitas de coche en el aparcamiento del Thomas and Mack Center, les hizo a todas ellas la promesa silenciosa de que iba a llenar como fuera aquel vacío interior. Que llegaría un día en que ya no serían la simple imagen de una familia, sino una de verdad, viviendo una vida en común en vez de tener que inventársela.

Mientras conducía de vuelta al oeste al día siguiente, por la misma ruta que solía coger para ir a Creech, Daniel por fin salió de la autopista y subió a las montañas que cuando vivía en la ciudad solo había visto de lejos. Paró el motor en el arcén de la cima de un valle alto, salió del Camry e inhaló el aroma a eucaliptos que le traía la brisa. A aquella altura la nieve todavía salpicaba el suelo de debajo de los arbustos. Daniel se agachó sobre ella, se llevó un puñado a la cara y se la apretó contra la mejilla, agradeciendo la realidad de su punzada de frío.

—¿Estás viendo a un médico? —le había preguntado Cathy la noche anterior, justo antes de llevarse a las niñas en el coche—. Porque deberías, Dan —le dijo, con una mano en la portezuela abierta del conductor—. En serio.

—Sí —le dijo él—. Y me está yendo bien. Me siento mucho mejor, Cathy.

—Estupendo —le dijo ella, dándole un apretón cariñoso en el brazo—. Dios, me alegro mucho de oírlo.

Y por primera desde que se habían encontrado para desayunar, Daniel creyó que ella hablaba de corazón. ¿Acaso era cierto, pues, que ella quería que él volviera? ¿Acaso él podría cumplir con la promesa que les había hecho, y antes de lo que había pensado?

Lo que le había dicho a Cathy era mentira. Pero al mismo tiempo no lo era. Era cierto que se sentía mejor, y había estado trabajando en su recuperación, simplemente no con un médico. Aun así, había estado trabajando. Las hileras de viñas que parcheaban las colinas. La bruma del río y la niebla del mar. Un halcón cola roja elevándose desde un árbol. Había llegado incluso a enterarse de qué organizaciones benéficas para veteranos de guerra había en la zona, y había visto sus adhesivos para coches, que anunciaban que trabajaban con «héroes». Pero Michael no se consideraba un héroe. Ni tampoco un veterano de guerra. Ese era el problema. El ejército era una familia, o eso te decían siempre. Hasta que te licenciabas. De pronto estabas fuera. El ejército era lo único que Daniel había conocido desde la universidad. Se había pasado un tercio de su vida volando y ahora de pronto se veía en tierra. Tal como le había dicho el coronel Ellis, había defendido el Credo del Aviador Americano: «Ser escudo y espada de mi nación, su centinela y vengador». ¿Y cómo se lo habían agradecido ellos? Echándolo a empujones tan deprisa como habían podido.

Sin volar, Daniel se sentía depauperado, torpe, como si le hubieran quitado uno de los sentidos. También se sentía despojado de todo lo demás que volar le había traído: autoridad, identidad y propósito en la vida. Incluso en sus años en Creech, cuando ya no pilotaba desde una carlinga sino desde una estación de control de tierra, la sensación de volar le seguía trayendo bienestar. Y era por eso por lo que no había acudido a las organizaciones benéficas para veteranos. Porque si no podía seguir viviendo en el ejército, Daniel prefería olvidarlo, y sabía que aquellas organizaciones lo hacían a uno hablar y rememorar. Y rememorar significaba ver. Y era por eso por lo que se había montado su propia recuperación en Sonoma en vez de buscarla en otra parte. Por lo que podía volver a ver lo obligaban a rememorar. Ya había visto demasiado, eso lo tenía claro. Se había pasado demasiado tiempo mirando,

hasta desear que se le pudrieran los ojos. De forma que sí, había mentido a Cathy, pero lo había hecho por una buena causa. Si quería volver con ella y con las niñas, tenía que encontrar su propio camino. Y de momento, eso implicaba quedarse en el oeste, en Sonoma, y trabajar para Sally. Y también implicaba las cartas, las cartas que le había estado escribiendo a Michael.



—Vale, supongo que con eso ya basta. —Sally se bajó de la cerca de un salto y echó a andar hacia la granja, mientras los perros se levantaban para seguirla—. Hay pienso en el cubo de la comida —le dijo a Daniel por encima del hombro—. Dale unas cuantas. Pero no demasiadas.



Daniel había desempeñado otros trabajos y otras rutinas durante el tiempo que llevaba en el oeste —había trabajado en la vendimia y había ayudado en un puerto pesquero—, pero solo al llegar al rancho de Sally se había sentido con valor para escribir a Michael.

Cuando por fin le llegaron las palabras, le llegaron deprisa, y la primera carta la escribió de una sola sentada: «Querido señor Turner: Entiendo que esta es una carta que seguramente usted no querrá recibir». Al terminarla, la leyó entera, la metió en un sobre, escribió la dirección de la editorial de Michael y se metió en el coche para ir a echarla al correo en San Francisco. Quería establecer contacto, sí, quería darse a conocer. Pero eso no significaba que quisiera que lo encontraran.

El único remite que Daniel puso en la carta fue un apartado de correos del Área de la Bahía. Tampoco esperaba que Michael le contestara, al menos con una carta. Tal vez reaccionara publicando el nombre de Daniel en Internet, o

acudiendo a la prensa. A fin de cuentas, aquella carta sería una noticia. En cualquier caso, a Daniel le costaba imaginar que Michael le fuera a escribir directamente a él.

Aquella incertidumbre sobre la reacción de Michael provocó que, durante las semanas después de escribirle, Daniel se despertara todas las mañanas bañado en expectación nerviosa. ¿Qué consecuencias habría si Michael hacía público su nombre? Al mismo tiempo, sin embargo, se despertaba aliviado. Porque por fin lo había hecho. Había completado el círculo, y esa era la única vía de progreso, de eso estaba seguro, fueran cuales fueran las consecuencias.

Cuando por fin le llegó la carta de respuesta de Michael, Daniel no solo se quedó sorprendido de recibirla, sino también de abrirla y leer que Michael le pedía más cartas. No había ni acusaciones ni recriminaciones ni furia. Solo preguntas. En forma de lista. Sobre sí mismo, su familia y su trabajo. Y sobre el día en que había matado a su mujer.

Al principio Daniel no lo entendió. Había confesado. Había salido de las sombras. ¿Acaso no bastaba con eso? Pero mientras trabajaba aquel mismo día en el rancho de Sally, limpiando los establos, reponiendo la despensa y cortando los helechos del margen del arroyo, comprendió que no, que no bastaba. Confesar y marcharte era fácil. Pero confesar y quedarte, seguir dando vueltas a tu delito, regodearte en los detalles, era otra cosa muy distinta. Él debería saberlo mejor que nadie. Así que tal vez aquellas preguntas fueran una modalidad de castigo. La forma que tenía Michael de hacerle pagar, obligándole a recordar, a ofrecerle su vida para ser diseccionada. Su forma de sacarle alguna clase de victoria a su pérdida; una victoria por medio del conocimiento.

Daniel abrió el puño para revelar un puñado de pienso y dejó que la yegua bajara el hocico sobre ellas, rozándole la palma de la mano con los morros. Mientras el animal comía, él le acarició con la otra mano los músculos de

debajo de la crin. Le notó el pescuezo recalentado por el sol. Oyó el ruido de una ducha a través de la ventana abierta de uno de los huéspedes. Por primera vez en lo que parecían años, se sintió satisfecho.



Ese día Daniel le enviaría su cuarta carta a Michael. Tras contestar él a la primera, Michael le había mandado otra lista de preguntas. Algunas pedían aclaraciones o más bien detalles. Otras eran preguntas nuevas. Daniel sabía que Michael era escritor, pero no se imaginaba qué podía hacer con las respuestas que él iba mandándole. Aun así, a pesar de esta incertidumbre, o tal vez debido a ella, Daniel decidió contestar. Y ahora se disponía a mandar su respuesta a la tercera carta de Michael. En parte para pagar su deuda con el marido de la mujer a la que había matado, pero también para sí mismo. Porque ahora Daniel también estaba escribiendo las cartas para sí mismo. Como forma de recuerdo riguroso, de remembranza concienzuda, como vía para rastrear —por medio de sus respuestas a Michael— los tortuosos caminos que habían llevado a lo sucedido.



—¡Te he dicho que no demasiadas!

Daniel, que ya había metido la mano en el cubo para sacar más raciones, se giró y vio a Sally detrás de él.

—Acuérdate de que no es una recompensa. Es su instinto el que tiene que trabajar para ti, no su hambre, coño. —Sally estaba sacando a otro caballo del establo al campo—. Pero es agradable, ¿eh? —le dijo cuando pasó a su lado—. Tener esa conexión. Sin tocaros siquiera.

Daniel detuvo la mandíbula de la yegua, que ya estaba empujando con el

hocico por debajo del brazo de él, en busca de las raciones.

—Sí —contestó, aunque Sally ya estaba demasiado lejos para oírlo—. Lo es.

Hacía dos meses de la última vez que Michael y Josh habían ido a hacer footing juntos por Hampstead Heath cuando Samantha le comunicó que su marido las había abandonado. Estaban en un café de South End Green con los ventanales abiertos a la acera. El día había amanecido nublado y luego se había despejado, y la luz de color vainilla sugería la llegada del otoño. Había un par de autobuses aparcados cerca, proyectando sus sombras sobre la mesa a la que estaban sentados.

Samantha le contó a Michael que Josh se había ido de casa el día antes. Habían estado hablándolo un par de horas, dijo Samantha, y habían acordado que de momento era lo mejor. Ella había pensado en pasar a visitar a Michael en algún momento para contárselo, pero dado que se acababan de encontrar por casualidad, aprovechaba para referírselo.

Michael no supo qué decir. Por fin le dijo que lo sentía mucho y le preguntó si estaba bien. No se había esperado que fueran a romper. Él se había imaginado que durante aquellos últimos meses de silencio debían de estar más unidos, no distanciándose.

—Dios, Sam —le dijo—. Debe de ser duro.

Samantha asintió con la cabeza, con la mandíbula tensa, conteniéndose. De pronto se le escapó una risa. Una risotada breve e histérica que hizo temer a Michael que también rompiera a llorar.

—La verdad es que es increíble que hayamos durado tanto —dijo entre los últimos coletazos de la risa.

Michael apenas había visto a Samantha y a Josh desde la muerte de Lucy. El

funeral solo había sido para la familia más cercana y se había celebrado dos días después de que el forense dictaminara que la muerte había sido accidental. La semana siguiente Michael había ido a tomar un café con Samantha, en el mismo café donde estaban sentados ahora. Ella se había pasado todo el rato que habían estado juntos llorando y se había marchado antes de que el café se enfriara. Desde entonces él solo la había visto un par de veces y normalmente de la misma forma: sin planearlo, cruzándose en la tienda o en el supermercado. Aquella distancia que se había creado de repente entre los Nelson y él le resultaba casi insoportable. Después de decidir su estrategia y de justificar sus propias decisiones, ahora la ausencia de los Nelson le estaba denegando a Michael la única vía de escape para su culpa: la posibilidad de ayudar a Josh y a Samantha. Aquella ausencia lo había dejado vacío e incapaz de centrarse, atormentado por lo que había hecho y lo que había visto.

Desde el día en que habían ido a correr juntos por el Heath un par de meses atrás, Michael solo había visto una vez a Josh. Fue una tarde en que Michael estaba cuidando el jardín, trabajando en los bordes del seto que separaba el parterre de hierba de su edificio del de sus vecinos. Estaba oscureciendo y Josh salió a fumar un cigarrillo junto al sauce. De camino al estanque se limitó a saludar con la cabeza a Michael, pero de regreso a la casa se acercó a hablar con él. Sentía lo del otro día en el Heath, le dijo; no se tendría que haber marchado así. Michael le contestó que no pasaba nada, que lo entendía. Fue entonces cuando Josh se lo quedó mirando como si no lo conociera, como si algo acabara de recordarle lo recientemente que aquel desconocido había entrado en sus vidas.

—Nos vemos —le dijo Josh mientras se daba la vuelta para marcharse.

Pero Michael no lo vio más. Desde aquel día, Josh y Samantha se dejaron ver todavía menos. Cuando él pasaba frente a su casa, apenas se veían señales

de que viviera gente en ella. Más bien parecía que sus habitantes estuvieran guardados dentro, igual que se guarda un huevo vaciado o una gema solitaria, afiligranada y tan ligera que apenas pesa, dentro de una caja llena de pañuelos de papel. Su desgracia se había vuelto delicada, y Michael pensaba que era por eso que no salían de casa: por miedo a que cualquier trastorno o evento exterior pudiera empeorar su fractura.

A Rachel también la había visto una sola vez, en una librería de Hampstead y en compañía de su madre. Él no se había acercado a ellas. La expresión de Rachel tenía algo que se lo había impedido. Siempre había sido una niña muy seria, pero ya no era solo eso. Mientras él la miraba, ella iba y venía por la librería como si le hubieran gastado una broma de la que nadie le había advertido. Como si le hubieran ocultado hasta ahora una verdad de la que el resto del mundo siempre había estado al corriente. Con lentitud huraña eligió un par de libros de los estantes, los hojeó y los devolvió a su sitio. Estaba desconectada, su curiosidad había sido desactivada. Y, sin embargo, Michael estuvo seguro de que si él se acercara a ella, Rachel lo notaría. Igual que lo notan los gatos o los caballos. Rachel sentiría su falsedad y la fealdad de su conducta.

Rachel había pasado una buena parte del verano en casa de Martha, en Sussex, en compañía de sus primos. Era justamente allí adonde estaba yendo Samantha cuando Michael se la encontró por la calle. A recoger a Rachel y llevársela a casa. Pero tenía un poco de tiempo antes de coger el tren, le dijo. ¿Quería ir a tomar un té?

—No quería que Rachel estuviera en casa —le explicó ahora a Michael, mientras removía el azúcar—. Cuando se marchara Josh.

—¿Ella lo sabe? —preguntó Michael—. ¿Sabe que su padre se ha ido de casa?

Samantha miró el interior de su taza, como si la hubieran pillado con las

manos en la masa.

—Todavía no —dijo—. Pero se lo voy a decir esta noche. Se lo explicaré.

—Sería lo mejor —dijo Michael—. Antes de que llegue a casa.

—Hacemos bien —dijo ella, levantando la vista hacia Michael—. Tienes que creerme. Todo ha ido a peor desde que... Él ha ido muy a peor.

Uno de los autobuses arrancó y se alejó de su marquesina. Samantha miró cómo enfilaba lentamente la calle, desplazando una cuña de luz de sol a la acera.

—¿A peor?

—Ha estado bebiendo. —Ella seguía mirando el autobús, como si Josh fuera en él—. Todo el tiempo. Por la mañana y antes de irse a la cama. Siempre ha tenido mal genio, pero...

—¿Ha vuelto al trabajo?

Ella enarcó las cejas y soltó otra risita.

—Ya lo creo —exclamó—. En cuanto ha podido, joder.

—¿Eso no es bueno?

—Quizás. —Ella respiró hondo y soltó un suspiro—. Luego sale por ahí —dijo, devolviendo su atención a Michael—. O se queda en la oficina. Nunca sé cuál de las dos cosas. Hasta la una o las dos de la mañana.

Tomó un sorbo de té. Michael se dio cuenta de que ya no había discusión posible. Samantha había tomado aquella decisión hacía tiempo y esto ya eran sus consecuencias, sus resultados.

—Todo el mundo tiene su forma de sobrellevar las cosas —sugirió él—. Puede que esta sea la suya.

—Lo sé, lo sé. Pero... —Hizo una pausa. Luego, con una ligera caída de hombros, añadió—: Sinceramente, ya hacía tiempo que esto se veía venir.

—¿En serio?

Michael pensó en las cenas que habían compartido, los paseos y las fiestas.

A menudo los había notado tensos, y no creía que Josh hubiera sido nunca un marido fiel durante mucho tiempo. Y sin embargo, tampoco le había pasado por la cabeza que pudieran romper, y siempre le había costado imaginárselos salvo como pareja casada.

—Lo que ha pasado —dijo Samantha, y aquella vaga referencia a la muerte de Lucy bastó para tensarle la cara— solo lo ha... acelerado. —Dio otro sorbo de té. Michael la imitó. No dijo nada. Notó que Samantha estaba sopesado la posibilidad de contarle algo. Cuando ella dejó la taza sobre la mesa, lo hizo con cuidado, como si estuviera colocando la última pieza de un puzle; a continuación se inclinó hacia delante y acercó su cara a la de él—. No estoy segura —dijo, mirándolo a los ojos—. Pero creo que Josh ha estado teniendo una aventura.

—¿Josh? —dijo Michael.

—Con Maddy. —Samantha dijo su nombre como si ella también estuviera admitiendo algo—. Creo que se ha estado follando a Maddy.

Michael se acordó de la noche en el club erótico y de cómo Josh lo había señalado a él con el dedo mientras la bailarina, Bianca, se lo llevaba a los cuartos privados. Había sido un acto irresponsable e inmaduro. No parecía guardar relación alguna con el refinado erotismo de Maddy y su reserva distante. Pero luego se habían encontrado en la vinoteca de Belsize Park y al día siguiente Josh se había mostrado incómodo en su salida a hacer footing.

Una vez hecho su anuncio final, Samantha se reclinó en su asiento. En su voz no había ni rabia ni celos. Solo la certidumbre de su decisión. La bebida, Maddy... Ella había sopesado la suma de los factores —todo a la luz de la muerte de Lucy, él lo sabía—, y había decidido el rumbo a tomar. Su vida estaba cambiando, se estaba alterando a cada segundo. Era un espectáculo aterrador y emocionante a la vez.

—Dios —dijo Michael—. ¿Crees que Tony lo sabe?

—No lo sé —dijo Samantha—. Ni me importa. —Pero la delató la bajada de tono de su voz—. Quiero que Josh esté bien, Michael —dijo, inclinándose otra vez hacia delante—. De verdad. Pero... —Le brotaron las lágrimas—. Tengo que pensar en mí misma y en Rachel.

Michael estiró el brazo y le puso una mano sobre la de ella

—Claro —le dijo—. Claro.



Samantha tenía veinticinco años cuando conoció a Josh, en un tren que estaba saliendo de la estación de Wandsworth. Hacía seis meses que había vuelto de Nueva York y acababa de mudarse con unas viejas amigas del instituto de su calle. Llevaba una semana en un trabajo nuevo, de asistente personal en el bufete de un arquitecto de Victoria. Todavía se estaba acostumbrando a la rutina y a entrar a trabajar temprano. Si no hubiera estado todavía amoldándose, lo más seguro era que no se habrían conocido nunca.

Los dos llegaban tarde al trabajo. Las puertas del tren empezaron a cerrarse mientras ellos todavía estaban subiendo las escaleras del andén. Samantha iba un poco por delante de Josh, de forma que fue ella quien entró primero en el vagón. Mientras ella estaba entrando, él le saltó detrás y al aterrizar le pisó la parte de atrás del tacón.

Samantha se giró a tiempo de ver cómo el zapato le caía del vagón a la vía. Las puertas se cerraron y mientras el tren arrancaba con una sacudida se encontró de golpe con que medía cinco centímetros menos que en el andén. El hombre que ahora tenía delante era solo dos o tres centímetros más alto.

—Joder. Lo siento mucho.

Se había quedado con una cara tan seria y alarmada que a Samantha se le escapó la risa. También le resultó reconfortante su acento, que le recordaba a las calles de sus años de estudiante. Se llamaba Joshua y sí, tal como le

confirmó mientras la llevaba a comprar un par de zapatos nuevos a Victoria, había crecido en Nueva York.

—Bueno, en Nueva Jersey —dijo mientras entraban en una tienda de la cadena L K Bennett—. Pero da un poco igual, ¿no?

A Samantha le impresionó la confianza que Josh mostraba en la tienda y cómo opinaba sobre los distintos pares de zapatos de salón que ella se iba probando. A su vez, a él lo impresionaron los tobillos de ella cuando se puso de pie para mirar en el espejo el par que había elegido. Y también lo bien que se lo había pasado con el percance. Antes de separarse, él le dio su tarjeta de visita y se quedó mirando cómo ella entraba por las puertas de su oficina, confiando en que mirara atrás. Ella aguantó sin hacerlo tanto como pudo y por fin echó un vistazo por encima del hombro al pasar por la recepción. Él seguía allí, sonriéndole a través de las puertas giratorias y saludándola con la mano en alto.

Josh siempre había querido visitar Europa. Tal como le gustaba comentar a la gente, él venía de allí. Su padre había descubierto que su tatarabuelo era de Lancashire. Así pues, al terminar la universidad se había dedicado a recorrer el continente con el interraíl. Había visitado Lancaster, se había recorrido a pie los Peninos, había acampado en los archipiélagos de la costa de Dinamarca, había dormido en estaciones de tren de Bruselas y Boloña y había hecho surf en Biarritz. Su billete se había agotado pero su entusiasmo por Europa no. De forma que se había quedado una temporada, trabajando donde podía, y por fin se había matriculado para hacer un máster de empresariales en Londres.

A pesar de trabajar en el distrito financiero, Josh se las apañaba para seguir disfrutando de la ciudad como si fuera un turista. Después de Nueva York, y de las circunstancias de su regreso, a Samantha Londres ya le parecía una segundona, un lugar donde vivir a falta de otro mejor. Pero Josh cambió esto.

Los fines de semana la llevaba a hacer recorridos en autobús abierto, al museo John Soames y a pasear en barca por el Serpentine. Él quería ver Stonehenge, visitar Edimburgo durante el festival y coger el ferry que iba a Irlanda. Era un hombre expansivo, justo cuando ella sentía que su vida se estaba contrayendo. Samantha había jurado que no volvería a salir con banqueros ni con hombres adinerados. Se habían acabado sus Noches de Bolsa. Pero esto parecía distinto, o al menos eso se decía a sí misma y a sus amigas. Y lo era. Él la hacía reír. Lo pasaban bien en la cama. Él conseguía que ella se corriera y después quería hablar. Quería saber quién era ella y por qué.

Se casaron en el Ayuntamiento de Praga, con tres amigos de testigos, y se fueron de luna de miel a Ko Tao, Tailandia. La primera casa que se compraron fue en Clapham, y la segunda, al nacer Rachel, en Kensal Rise. Pero Josh era bueno en lo suyo. Era un trabajador implacable. Al principio a Samantha le gustaba aquello: su impulso competitivo, su rechazo de todo lo que no fuera quedar ganador y su voluntad de arriesgarse. Lo ascendieron. Subió en el escalafón. Mientras ella estaba embarazada de Lucy se volvieron a mudar, esta vez a una casa de cuatro pisos cuya parte de atrás daba a los estanques de Hampstead Heath. Una casa georgiana robusta y plácida. Habrían preferido tener a los lados casas como las de ellos en vez de un bloque de pisos de los años cincuenta a la izquierda. Pero seguía siendo más de lo que se habían esperado. Un hogar para la familia. Un lugar donde quedarse. Cuando se mudaron, Rachel, que solo tenía cuatro años, fue la primera en cruzar el umbral, llevando a cuestas su caja de lápices de colores y juguetes. Sus padres entraron detrás de ella y Josh insistió en coger a Samantha en brazos y llevarla dentro como si fueran recién casados. Menos de cinco años más tarde, en un día nublado de agosto, él se marchaba por la misma puerta, solo y sin más equipaje que un par de maletas.



Michael apartó la mano de la de Samantha.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó—. Lo de Maddy.

—Oh —dijo ella—. Lleva años cociéndose. En cierta manera, desde antes de que Tony se casara con ella. Supongo que no lo sé seguro. Pero me sorprendería equivocarme. —Ella levantó su taza de té para beber—. Lo más seguro es que solo esté jugando con él —dijo mientras la devolvía al platillo—. Para aliviar su aburrimiento. Es esa clase de mujer.

—Pero Tony... —dijo Michael—. Josh lo adora.

—No —dijo Samantha con rotundidad—. Josh quiere *ser él*. Aspira a ser él. —Ella agitó una mano delante de la cara, como si estuviera apartando el hilo de una araña. No quería hablar más del tema. Le dedicó a Michael una de sus sonrisas; distante, una máscara de cortesía—. Me he matriculado para hacer un máster —dijo para cambiar de tema—. En septiembre. De fotografía, en el Royal College of Art.

El resto del tiempo que pasaron en el café Samantha lo dedicó a hablar de su futuro y no de su pasado. Por mucho que Michael quisiera ayudarla a pasar su desgracia, de momento ella apenas mencionaba su dolor ni las circunstancias de la muerte de Lucy. Él había intentado sacarle el tema con delicadeza cuando habían ido a tomar un café la semana después del funeral. Pero Samantha se había limitado a negar con la cabeza.

—Lo siento, Michael —le había dicho, llorando en silencio—. No puedo.

Desde entonces, y recordando la primera semana tras la muerte de Caroline, él había entendido por qué Samantha se estaba guardando su pérdida para sí misma. Era como si su dolor fuera un recién nacido, un niño pequeño con el que ella, y solo ella, se estaba aprendiendo a comunicar. Él sabía que ella hablaría del tema cuando estuviera lista, pero hasta entonces Michael se tendría que conformar con el hecho de estar presente, por muy impaciente que

estuviera por prestar una ayuda más tangible. De forma que mientras se acababan los tés y se marchaba otro autobús, liberando más espacio de cielo por encima de ellos, Michael se dedicó a escuchar, consciente de que era una forma de ayuda tan buena como cualquier otra. Le dio la sensación de que las promesas que Samantha se estaba haciendo a sí misma tenían como objetivo cumplirse pero también reforzar su decisión de separarse de Josh. El máster de fotografía, encontrar trabajo, reanudar una vez más sus clases de yoga y apuntarse al club de lectura de una amiga. Michael no sabía cuántos de estos propósitos se harían realidad. Se acordaba de que en los meses posteriores a la muerte de Caroline él también había hecho planes parecidos: regresar a América, dejar de escribir para trabajar para una organización caritativa o una ONG, o incluso intentar usar el dinero del seguro de vida de Caroline para montar una fundación con el nombre de ella que ayudara a periodistas jóvenes. Y sin embargo, se acabó quedando en Inglaterra, se mudó a Londres y al final, incluso durante la agitación y las noches sin dormir de los dos últimos meses, regresó a los cómodos parajes de *El hombre que rompió el espejo*. Pero ahora sabía que mantener sus promesas no había sido lo importante. Y lo mismo le pasaría a Samantha. De momento, el poder de aquellas promesas consistía en formularlas, no en hacerlas realidad. De forma que Michael se limitó a escuchar, consciente de que, si lo que Samantha le había dicho de Josh era cierto y se habían separado de forma definitiva, entonces él tendría que concentrar seguramente su expiación en ella sola. Tendría que dedicarle su atención y su tiempo a ella.

Mientras salían del café, Samantha se detuvo en la acera de delante. Llevaba una maleta pequeña con ruedas, como si tuviera intención quizás de pasar más de una noche fuera. Michael estaba a punto de preguntarle si quería que la acompañara a la estación del metro cuando vio que ella todavía tenía algo que decir.

—No ha sido solo culpa de Josh —dijo mientras volvía a guardarse el monedero en el bolso—. No sería justo hacerte creer eso. También ha sido culpa mía.

Michael se hizo a un lado para dejar pasar a una mujer con un cochecito de bebé. Samantha la vio pasar empujándolo por la acera, con un bracito infantil colgando del asiento. A la luz del sol Michael vio que la muerte de Lucy había grabado una serie de arrugas en torno a los ojos y la boca de Samantha. Ella se giró hacia él.

—No he... —empezó a decir, con las lágrimas aflorándole otra vez a los ojos—. No he podido perdonarlo, Michael. —Le cogió el brazo—. Por lo que pasó. O sea, él estaba allí. —Mientras lo decía, le apretó el brazo, hundiéndole los dedos en la carne—. Él estaba *allí* —dijo otra vez, viniéndose abajo.

Michael la abrazó mientras ella lloraba, sintiendo sus sollozos como puñaladas, igual que había sentido los espasmos de la espalda de Josh en Hampstead Heath. Por encima del hombro de ella, observó el bracito infantil que colgaba inerte del carrito mientras su madre lo empujaba calle arriba. Y a modo de respuesta le llegó un vislumbre, como le pasaba todo el tiempo, del brazo de Lucy colgando del borde de la escalera, con el otro torcido por detrás. No, quiso decirle a Samantha. No, Josh no estaba allí. Pero yo sí. Esto es culpa mía, todo: tu dolor, el que se marche Josh y la pena de Rachel. Yo la vi caer. Yo la oí morir. Porque yo estaba allí, en tu casa. Yo estaba allí.

Pero ¿de que serviría? ¿Cómo iba su confesión a ayudar a aquella mujer que estaba llorando en sus brazos? No la ayudaría. Si se lo contaba, lo estaría haciendo por sí mismo, no por ella. Eso se dijo Michael mientras se apartaba con delicadeza de Samantha, y ella, recobrando la calma, se apartaba también.

—Dios —dijo ella, secándose los ojos—. Menuda pinta debo de tener. Lo

siento. —Respiró hondo. La tormenta había sido repentina pero ya había pasado—. Yo *quiero* perdonarle —dijo, con el ceño fruncido—. De verdad.

—Le perdonarás —dijo Michael—. Con el tiempo.

—¿Tú crees?

En los ojos de ella apareció una mirada infantil de esperanza, de ganas de que le contaran una verdad adulta a medias, o incluso una mentira, con tal de que la hicieran sentirse mejor.

—Sí —se oyó decir Michael—. Claro que sí. Fue un accidente, Samantha. Un accidente terrible. Nadie quiso que pasara, y todo el mundo desearía que no hubiera pasado. Pero no puedes culpar a Josh. —Nuevamente tenía unas ganas desesperadas de decirle más, de contárselo todo. Pero tenía que protegerla—. Josh no pudo impedir que pasara —siguió—. Pero tampoco hizo que pasara.

—Ya lo sé —dijo ella—. Pero no paro de pensar en todo lo que podríamos haber hecho. En todo lo que deberíamos haber hecho.

—No lo hagas —dijo Michael, cogiéndola de los hombros. Inclino la cabeza para que sus miradas se encontraran—. Ahora tienes que mirar adelante. Pensar en Rachel, como dijiste. Y en ti misma. Y si puedes, ayudar a Josh.

Samantha asintió con la cabeza.

—Sí —dijo en voz baja—. Lo sé. —Levantó la vista para mirarlo—. Aquel piloto americano... —dijo ella, sopesando las palabras con cuidado—, ¿lo has perdonado?

Michael no se esperaba aquella pregunta. Pues claro que no, tuvo ganas de decir. ¿Por qué iba a perdonarlo? ¿Solo porque ha salido de su escondrijo y me ha escrito? Pensó en la carta más reciente de Daniel. En lo dispuesto que estaba este a contestar sus preguntas. En el hecho de que parecía considerarse una víctima más de la muerte de Caroline y no su perpetrador. Pero Michael

tenía que ir con cuidado. Samantha estaba acudiendo a él a modo de vía de avance. Y, sin embargo, tampoco podía mentir. No sobre aquello.

—Es muy distinto —dijo por fin—. Él apuntó a Caroline. Tenía intención de hacer daño. Quizá no a ella, pero a alguien. O sea, que no estoy seguro de haberlo perdonado todavía. Aun así —añadió, viendo cómo la expresión de Samantha se teñía de decepción—, supongo que sí he llegado a entender, un poco, que no tenía intención de matar a Caroline personalmente. Que al menos en ese sentido fue un accidente.

Samantha volvió a asentir con la cabeza. No tenía ni idea de que Daniel y su misil también habían matado a su hija.

—Gracias, Michael —dijo, cogiéndole una mano con las de ella—. Gracias. Eres un buen hombre.

Él no contestó. No pudo. Estaba asqueado de sí mismo. Había vuelto a ratificar aquellos minutos falsos. Esta vez no solo por sí mismo, sino también por Josh. Tal vez, pensó, aquella fuera también la naturaleza de su expiación. De su contribución a la curación de Josh. El convertir su mentira en verdad y el fusionar ambas mentiras en una sola.

Samantha se miró el reloj.

—Tengo que irme —dijo. Extendió el asa de su maleta—. Te llamo cuando volvamos —dijo, dedicándole otra sonrisa, esta más cálida que la anterior—. Adiós, Michael —le dijo, alejándose—. Y gracias otra vez.

—Adiós —contestó él mientras ella se alejaba, levantando una mano para despedirse.

Samantha le devolvió el saludo y levantó la voz por encima de las cabezas de la gente que se agolpaba en la acera entre ellos:

—Te llevaré a Rachel de visita —dijo, de puntillas—. Estoy segura de que tiene ganas de verte.

La mañana del 16 de septiembre de 2008, los canales de noticias del mundo entero emitieron las imágenes de los empleados de Lehman Brothers saliendo de sus oficinas de Canary Wharf con sus expedientes y posesiones en cajas. La crisis llevaba semanas cociéndose y Josh ya sabía que no iban a escaparse de ella. Su equipo, y la oficina entera de Londres, siempre había rendido beneficios. Pero él sabía que el país de las finanzas no se mostraría sensible a aquellos detalles, ni tampoco a ningún concepto de fronteras nacionales. En Estados Unidos los bonos basura habían fracasado. Se había detenido la construcción de miles de hectáreas de urbanizaciones en las afueras de Las Vegas y Miami. Pocos días más tarde Josh, en el recinto de la Bolsa y en compañía de cientos de empleados de Lehman, había presenciado cómo sus acciones se desplomaban. Desde entonces en el edificio de Canary Wharf ya no se habló más que de estrategias de salida; jefes de equipo que abandonaban la sala para hacer llamadas telefónicas; jóvenes corredores calculando con quién tenían que alinearse.

Cuando llegó, el final fue muy rápido. Menos de una semana después de reunirse con la Reserva Federal americana en Nueva York, el banco ya no existía. Josh oyó la noticia por la radio mientras se estaba preparando el desayuno. Ya se había esperado un desastre, pero no tan grande. No se había imaginado que el banco fuera a morir del todo. Cuando llegó a la oficina, se encontró a sus colegas ya abandonando el edificio, caminando hacia los taxis o en dirección a la estación del metro, llevándose cajas de archivo Iron Mountain, bolsas de basura, bolsas de la compra y plantas de escritorio.

Desde su oficina en la planta 30, Josh vio cómo una media luna de equipos de filmación cubría la marcha de sus colegas, siguiéndolos con sus lentes igual que las flores siguen el sol. Era consciente de que, si quería encontrar otro puesto, ya tendría que estar haciendo llamadas y organizando almuerzos. No le costaría nada. Se le daba bien su trabajo y la gente lo sabía. El que había fracasado era el banco, no él. Sin embargo, se quedó junto a la ventana, con el teléfono de su mesa desenchufado y el móvil apagado.

Por fin Josh dejó de mirar la escena de la calle. Echó un último vistazo a sus cajones, cogió su maletín y salió de su oficina, pidiéndole a su secretaria, que también estaba vaciando su mesa, que le mandara por mensajero sus efectos personales a su piso nuevo de Hampstead. Cogió un ascensor de servicio, dejó atrás las mismas plantas que solo hacía unos días habían bullido de actividad y salió por una puerta lateral del edificio. No quería darles la satisfacción de verlo a las cámaras ni a nadie más. Y lo que era más importante: mucho más allá de cualquier orgullo profesional, Josh no quería que Rachel encendiera la televisión y viera a su padre perder su trabajo igual que ya lo había visto perder a su otra hija, a su mujer y su casa.

Josh salió a la luz del día y echó a andar en dirección oeste por el Middle Dock. La luz del sol rebotaba en las ventanas altas de las torres y se curvaba en forma de destellos resplandecientes sobre las aguas que discurrían a su lado. Pensó en la vista desde Parliament Hill y en cómo, contempladas desde allí arriba, aquellas torres y las facetas de sus cúspides centelleaban en medio del distrito financiero como pequeñas explosiones. Tal vez se pasara por allí. Hacía meses que no iba al Heath. Pero tal vez fuera ese día. De pronto tenía tiempo y espacio. Se aflojó la corbata mientras caminaba y por fin se la quitó. Sí, le apetecía sentir otra vez la brisa de allí arriba. Ver cómo agitaba los árboles igual que un crupier baraja los naipes, oír cómo llevaba los océanos hasta las ramas de los robles.

Pero primero se tomaría una copa. No aquí, sino un poco más al norte. En algún pub cerca de Mile End o de Bow. Algún bar tranquilo de día, oscuro y recogido. O tal vez en alguno de los locales de striptease que abrían todo el día, con sus ventanas cegadas y sus parroquianos —desde directores de empresa hasta conductores de reparto— igualados todos por el tintineo de sus monedas dentro de los vasos de pinta. O tal vez simplemente se compraría una botella de Teachers y se la llevaría a un banco junto al canal. A un sitio donde no tuviera que ver otras caras. A un sitio donde no lo conociera nadie; donde pudiera olvidar, aunque fuera una hora, quién era y quién había sido.



El piso al que el mensajero llevó las cajas de Josh aquel mismo día estaba en una casa victoriana adosada del lado este de Hampstead Heath, a dos calles de su margen. Un ático reformado con un dormitorio, sala de estar, cuarto de baño y cocina con claraboyas Velux en el techo inclinado a través de las cuales Josh fumaba de noche, contemplando las chimeneas y tejados de sus vecinos. Era el típico piso que podría haber alquilado alguno de sus jóvenes subordinados más boyantes, recién salido de la universidad. Un primer apartamento. Pulcro, minimalista. Un sitio donde empezar. A Josh, en cambio, mudarse allí le había producido la sensación de ser un final. Una reducción de sus ilusiones, y de todo aquello por lo que había trabajado y que había amado, a tres habitaciones diminutas con mobiliario predecible y atmósfera de gasto desgastado.

Lo había elegido por el simple hecho de estar disponible y por su cercanía a South Hill Drive. Era la única estipulación que le había hecho al agente inmobiliario: que no estuviera a más de diez minutos de su casa. De Rachel y Sam. Había aceptado irse de casa, pero eso no quería decir que tuviera que marcharse de sus vidas. Entendía por qué tenía que irse. La situación se estaba volviendo insoportable. La forma en que Samantha lo miraba por las mañanas,

con la cara oscurecida por el reproche. Tener que ver aquella escalera todos los días, bajar por ella e imaginarse a Lucy encajada en su recodo como si fuera un trozo de madera arrastrada por el mar y encallada en unas rocas. Por eso había estado pasando tanto tiempo fuera de casa y por eso había estado bebiendo tanto. Donde él quería estar era en casa, para poder tener cerca a Rachel y a Samantha. Pero cuando estaba allí, no podía soportarlo. Hasta el último ladrillo, silla y cuadro formaban parte del lienzo de la muerte de Lucy y de la contribución de Josh a ella. Y no solo de la muerte de su hija, sino también de su corta vida. Eran las mismas habitaciones donde él la había cogido por primera vez en brazos, con los ojos de recién nacida todavía impregnados de la oscuridad del útero. Donde la había visto dormir de bebé, poniéndole la mano abierta por encima del vientre para sentir cómo este se elevaba con cada respiración y le tocaba la palma. Donde había presenciado cómo ella empezaba a disfrutar cada vez más del descubrimiento infantil de estar viva. Cargada de esas visiones del pasado, y también de las más recientes y terribles, la casa de Josh dejó de ser su refugio para volverse inhóspita, un yermo de culpa, dolor y arrepentimiento. Así pues, cuando Samantha le dijo que quería que se marchara, que quería estar un tiempo sola, él apenas ofreció resistencia. Más allá de la tristeza del acto en sí, de salir por la puerta con aquellas dos maletas, fue una liberación. Y Josh también creía — mientras deshacía aquellas maletas en su nuevo ático— que en última instancia era la única forma de que pudieran seguir juntos.

Sin embargo, por mucho que marcharse le hubiera dado a Samantha el espacio que necesitaba, a él no le estaba ayudando en absoluto a encontrar el suyo. Se sentía atrapado entre lo que había hecho y lo que no había hecho, entre lo que había dicho y lo que no había dicho. Lo seguía royendo por dentro un cóctel corrosivo de odio a sí mismo y dolor. Y solo podía estar dentro de él. No tenía otro sitio adonde marcharse. No había nadie a quien Josh pudiera

explicarle lo sucedido ni confesarse. A quien contar que se había marchado de casa. Que no había estado allí. ¿Y todo por qué? Pues para conquistar en secreto el sereno mundo de Tony. Por pura diversión. Y por el simple hecho de que podía. Porque al permitirselo, Maddy lo había embriagado, no a base de belleza ni de seducción, sino con la simple revelación de lo normal y corriente que era detrás de aquella fachada increíble. Pero ahora ya nada de todo esto importaba. Lo único que importaba ya era que Josh había dejado sola a Lucy. La única otra persona que sabía esto era Maddy, y Maddy ya había salido de escena, se había distanciado de él tan deprisa como había podido tras enterarse de lo sucedido.

Igual que otros, Tony y ella les habían mandado una tarjeta escrita a mano, dando el pésame y ofreciendo su ayuda. Una semana más tarde Tony se lo llevó a tomar una copa. Le dijo a Josh que todavía tenían la casa de Vermont. Ahora mismo estaba vacía, en caso de que Sam y él quisieran ir a pasar una temporada allí. Pero Josh llevaba sin ver a Maddy desde la muerte de Lucy. Tony y ella se habían pasado el mes de agosto entero fuera, en Italia, en la costa de Amalfi. A final de mes Tony había vuelto para trabajar, pero Maddy, al parecer, había volado directamente a Estados Unidos. A ver a su hermana y pasar un tiempo con sus sobrinos. Tony pareció agobiado mientras le contaba aquello, y Josh se preguntó si acaso él no era el único hombre del que Maddy estaba intentando distanciarse. Era una superviviente y lo sería siempre. Era lo primero que habían visto el uno en el otro. La capacidad para abrirse paso por las dificultades y emerger al otro lado. Pero ahora él no lo había conseguido. Ahora ella se había marchado y él se había quedado atrás.

A Josh no le importaba. La ausencia de Maddy, igual que el hecho de que Samantha le hubiera pedido que se marchara, le suponía un alivio. Disipaba una preocupación soterrada que lo había estado atormentando por debajo de su dolor desde el día del accidente: ¿y si, por medio de Maddy, o de Tony a

través de ella, o de alguna amiga y confidente a la que él ni siquiera conocía, Samantha llegaba a enterarse de que no era verdad que él hubiera estado en casa? ¿Qué pasaría entonces? No, no quería volver a ver nunca a Maddy. Y menos ahora que su aroma, su contacto y su sumisión, que antes tanto lo habían sorprendido y excitado, ya no eran más que indicios de su culpa; recordatorios de aquellos segundos en los que su hija se había caído al vacío sin su padre allí para atraparla.

En las semanas después de marcharse de casa, mientras Samantha se aferraba a su dolor dentro de la casa de South Hill Drive, Josh también se dedicaba a mecer en brazos su culpa en aquel apartamento alto del lado este del Heath. Comía mal: pasta a altas horas de la noche en el italiano que tenía cerca de casa, curry y pizza para llevar, comida preparada de la tienda de la esquina, todo regado de bebida. Vino, whisky y vodka. Su trabajo se resentía, pero de todas formas él sabía que muy pronto los problemas iban a afectar a todos. Veía la que se avecinaba, como si fuera una nube de tormenta asomando sobre una colina. En otra época podría haber intentado ponerse a salvo, escapar mientras pudiera. Pero ahora estaba demasiado apático para intentarlo ni para preocuparse. Y en cierta forma parecía apropiado: las ejecuciones de hipotecas que estaban barriendo el interior estadounidense y el hundimiento de los mercados; todo parecía sincronizado con el desmoronamiento de su vida familiar. Había quienes pensaban que todo se corregiría solo, quienes veneraban el sistema como si fuera una religión. De alguna forma, pensaba esa gente, todo se arreglaría. Pero si realmente se trataba de una religión, era un credo que exigía sacrificios. Y no solo de individuos y familias; de aquella gente insignificante y pueblerina a la que los jóvenes de Wall Street y de la City no conocerían nunca. Habían invertido demasiado para detenerse ahí; habían imaginado demasiado, deseado demasiado y apostado demasiado. Los dioses del dinero iban a necesitar un sacrificio más grande, un sacrificio

público. Siempre les habían dicho que los bancos eran demasiado grandes para quebrar. Pero no si se trataba de un solo banco, de un banco solitario, cuyo hundimiento pudiera saciar a aquel sistema famélico y desencadenar el rescate de otros.

La primera vez que Josh y Samantha se vieron después de que él se marchara de casa, ella le contó que había empezado a ir a un psicólogo especializado en superar muertes de parientes. Y le pidió que él también lo hiciera. Así que él se apuntó a la terapia, pero luego no fue a sus citas. Estaba ganando peso, quizá por el secreto enorme que tenía dentro. Se ponía furioso a menudo y siempre estaba cansado. Había mañanas en que no se levantaba de la cama, sino que se quedaba encogido bajo la colcha, deseando ser niño otra vez. Los únicos compromisos que respetaba eran los que tenía con Rachel. Tanto cuando la recogía de la escuela como cuando se la quedaba los fines de semana, se aseguraba de presentarse puntual y sobrio. Era siempre, en la medida en que podía, el padre al que ella recordaba de antes.

Samantha le dijo a Josh que se lo había explicado todo a la niña: por qué su padre estaba viviendo en otra casa y por qué no estaban juntos en un momento como aquel. Sin embargo, cada vez que Josh la tenía sentada delante, en un café de Hampstead o bien yendo en metro al centro, su expresión dolida y la lenta abrasión de su ser le indicaban que Rachel no entendía nada. ¿Y por qué iba a entenderlo? Solo tenía nueve años. El mundo, que tan benévolo le había parecido siempre, había resultado ser maligno. Él quería asegurarle que no era así, que había muchas cosas por venir que le darían placer, que llegaría el día en que volvería a encantarle el mundo. Pero era un esfuerzo para el que no tenía ánimos, de forma que siempre terminaban los dos callados, en un parque, en un museo, en un restaurante, unidos y separados en la presencia inmóvil de la desaparición de Lucy.

Con Sam era todavía más duro. Ella necesitaba tener a Josh lejos. El amor

que sentía por su hija muerta era feroz y se imponía a cualquier empatía que pudiera haber sentido por su marido. A eso se le sumaba la carga de todo lo que ella no sabía. De todo lo que Josh había hecho y que solo ahora, cuando ya era demasiado tarde, desearía no haber hecho. Él era débil comparado con ella, un alfeñique. Ella, sin embargo, por mucho que la muerte de Lucy la hubiera debilitado, no lo era. Josh volvió a percibir la fuerza de Samantha, igual que la había visto en los primeros años de su relación. No era una fuerza obvia, ni tampoco una fachada como en el caso de Maddy. Tampoco era una fuerza agresiva ni competitiva como siempre había sido la de él. Era más pura. Constante, sostenida, como una ola lenta que se gesta en alta mar, desplazando su poder hacia una orilla en continuo retroceso. Josh se sentía muy lejos de ella, y no solo porque se hubiera marchado de casa ni por la culpa silenciosa que flotaba entre ambos. También porque veía que ella se estaba levantando, con esa voluntad de supervivencia arcana de las madres, para afrontar el dolor repentino de su situación. Estaba levantándose y se llevaría a Rachel con ella. La fuerza de ambas vendría del hecho de estar solas. Él ya lo veía venir. Al caer Lucy, también se había venido abajo la necesidad que Samantha tenía de él.

Él había confiado en que, con el tiempo, Michael pudiera ser la persona capaz de salvar esa distancia. Que igual que antaño su presencia había mejorado la dinámica de su familia, tal vez ahora pudiera facilitar también el trayecto de su dolor. A Josh le caía bien Michael; su forma de hablar en voz baja, el hecho de que escuchara a las niñas, el interés que se tomaba, sin intención ni exigencia alguna, por su trabajo en Lehman's. Pero a Samantha le había gustado a otro nivel. Josh lo había sabido siempre. Había sabido que, para ella, la llegada de Michael había injertado un hilo en el tejido de su vida que ella podía remontar hasta su juventud y su soltería; a su vida de estudiante llena de ideas y de arte, antes de que Ryan McGuinness, el dinero y un zapato

caído de un tren desviarán su trayectoria. Por esta razón Josh confiaba en que, teniendo a Michael al lado, en calidad de amigo de ambos, pero también de espíritu afín a Sam, pudieran iniciar un acercamiento. En que, con él haciendo de oyente, de recordatorio de su familia y de caja de resonancia de su dolor, tal vez se pudiera frenar un poco el alejamiento de Samantha. En que, una vez ella se sintiera a salvo en Rachel y en sí misma, tal vez volviera a necesitarlo a él.

Pero entonces, una tarde antes de marcharse de casa, Josh habló con Michael por encima del seto que separaba los jardines de la casa y del edificio de al lado. Había salido de casa a fumar un cigarrillo. Quería estar solo, así que al verlo no le había dicho nada. Pero cuando se terminó el cigarrillo ya estaba más tranquilo. Hacía una semana más o menos, después de salir a correr juntos, había dejado a Michael tirado en el Heath. No había podido soportar tener compañía. Había mencionado a Caroline en tono agresivo. Había sentido rabia y dolor y la había tomado con Michael. De forma que al volver a casa fue a disculparse con él, a intentar hacer borrón y cuenta nueva.

Cuando Michael se levantó para saludarlo, también se limpió la tierra de las manos, frotándose las palmas para quitársela. Y en ese momento, con un escalofrío repentino, la idea le cruzó a Josh la cabeza como una sombra. Cuando Lucy se había caído él no estaba en casa, pero eso no quería decir que su hija hubiera muerto sola.

A las pocas semanas de entrar a vivir en el edificio de al lado, Michael había empezado a ocuparse del jardín comunitario de su edificio. Durante una de sus primeras cenas juntos, les contó que era algo que había heredado de Caroline. Nunca había tenido buena mano para las plantas, pero al mudarse a Gales ella lo había introducido en los placeres de pasar el tiempo con las plantas, de tener las manos bajo tierra, de estar cerca de la corteza y de las

hojas. Samantha y Josh se lo agradecían. El jardín del edificio de Michael se había pasado muchos años sin que nadie se hiciera cargo de él más que una empresa contratada por la inmobiliaria, que cortaba el césped de vez en cuando. En manos de Michael había empezado a cobrar vida otra vez. Michael podaba los árboles de la orilla del estanque. Desbrozaba los lechos de hierbas y alimentaba la tierra ácida con nutrientes. Y al llegar la ola de calor el junio pasado, también había regado.

Josh, en cambio, había tenido el jardín abandonado durante los meses del verano. Su intención era pagar a alguien para que se lo cuidara, pero Sam siempre le decía que prefería hacerlo ella en persona algún día. Lo mismo decía cada vez que Michael ofrecía su ayuda. Ella tenía una visión de sí misma y de las niñas trabajando con las paletas y los paquetes de semillas. Pero esa visión nunca se hacía realidad. Así pues, a lo largo de la ola de calor, sus lechos de flores y la hierba de los márgenes se resintieron. El césped se agostó, y también la tierra, que se deshacía, reseca, cuando Josh cogía un puñado.

Era una de las primeras preguntas que le había hecho la sargento detective Slater a Josh la tarde de la muerte de Lucy:

—La tierra del rellano —le había dicho mientras estaban los dos sentados en la sala sin ventanas de la comisaría—. Y en el suelo del cuarto de baño. ¿Ha estado usted en el jardín?

Él contestó que no. Porque ya tenía su versión de los hechos. Hasta se imaginaba perfectamente dónde había estado. Había ensayado aquella versión tantas veces que a esas alturas ya le parecía real. Había estado leyendo el periódico en la galería. Con la radio encendida. Pero no lo bastante fuerte como para no oír a Lucy cuando...

—¿Y nadie más ha estado en el jardín? —preguntó Slater.

El hecho de que la detective insistiera en aquello lo asustó. De forma que

volvió a mentir. Tal vez Rachel, dijo. Sí, ahora que lo pensaba Rachel había estado jugando en el jardín por la mañana. Y él también había salido la noche antes. Esto último era cierto al menos. Así que seguramente la tierra debía de venir de ahí. De él o de Rachel. La detective Slater asintió con la cabeza, apuntó algo en su cuaderno y pasó a la pregunta siguiente.

Después de que Samantha y él volvieran a casa aquella noche, Josh se metió en el baño para ducharse. Una vez dentro inspeccionó la moqueta del rellano para ver a qué se había referido Slater. Tuvo que ponerse de rodillas para verlo; apenas había nada, unas simples motas de tierra. Las limpió con la mano, se puso de pie y se olvidó del tema. Podría haberlas metido en la casa cualquiera y en cualquier momento de los últimos días. Lo mismo podía decirse de las marcas del suelo del cuarto de baño. Y en aquel momento, mientras Rachel seguía sin saber que su hermana pequeña había muerto, con Samantha tapándose la cara con las manos para llorar en la cocina, y con Maddy en posesión de un secreto que podía hundirlo a él, Josh se olvidó del asunto.

Pero aquella tarde en que habló con Michael por encima del seto, mientras miraba cómo su vecino se incorporaba junto a sus lechos de flores recién regados y se frotaba las manos para limpiárselas, Josh se volvió a acordar de la tierra de su casa. No solo por el sitio donde la habían encontrado, sino porque al caer sobre la moqueta había estado húmeda y no seca. Para cuando él regresó de la comisaría ya era poco más que polvo. Pero las marcas que había dejado al depositarse —manchitas diminutas en las hebras individuales del tejido— indicaban que se había secado después. Él se había pasado días enteros sin regar su jardín. Y eso solo podía querer decir una cosa: que la tierra del rellano venía de otro jardín.

Así pues, también era por esto que Josh le había pedido al agente inmobiliario que le encontrara un piso cerca de South Hill Drive. Porque

aunque no podía alertar a nadie —dado de que él aseguraba haber estado en la casa—, y tampoco tenía más pruebas que aquellos copos de tierra seca, ya no confiaba en Michael. Mientras fumaba por las noches en sus claraboyas Velux abiertas, contemplando los tejados, las antenas y las parabólicas de sus vecinos, Josh cayó en la cuenta de que su vecino era narrador. De profesión y de vocación. Cuando lo habían conocido, era un solitario. Un solitario que, por lo que él sabía, no había hecho apenas amigos desde entonces. Un solitario al que habían abierto las puertas de su casa. Pero ¿quién era en realidad, más allá de sus libros y de sus crónicas de vidas ajenas? Josh no lo sabía. Después de todas las horas que habían pasado paseando y corriendo por el Heath, después de todas sus conversaciones sentados en el banco de Parliament Hill, seguía sin saberlo. Ahora se dijo a sí mismo que había sido un bobo y un charlatán. Mientras él se dedicaba a charlar sin parar, Michael se había dedicado a escuchar. Y es que justamente se dedicaba a eso, tal como él mismo había admitido muchas veces. «Periodista de inmersión», así era como se definía, y así era como Tony lo llamaba también. «Uno de los mejores periodistas de inmersión que he leído nunca.» Por entonces, a pesar de que había asentido con la cabeza y se había mostrado de acuerdo, Josh no había entendido a qué se refería Tony. Había estado demasiado enfrascado en su propia vida para fijarse o para interesarse. Tony parecía impresionado por Michael, sin embargo, y Samantha excitada. Con eso a él ya le había bastado. Pero ahora que se veía desempleado, separado de su mujer y de luto por su hija pequeña, Josh creyó entenderlo por fin, y además de una forma en que ni Tony ni Samantha lo habían entendido nunca. Ahora él estaba viviendo lejos de Rachel y de Sam. Pero ahora que ellas eran completamente vulnerables y que Michael —que había aparecido de la nada para ser su vecino— seguía allí, viviendo a su lado, a Josh le dio la impresión de que lo entendía a la perfección.

Aquella idea, y las posibilidades descabelladas que se le formaron en la mente, se negaron a abandonarlo. Sí, él era culpable por haberse ido de la casa. Pero ¿acaso había algún otro culpable de la muerte de su hija? ¿Y acaso ese culpable era Michael, aquel vecino suyo silencioso que siempre lo escuchaba y lo miraba todo? Movidó por estas sospechas, Josh decidió que mientras Michael viviera al lado de su mujer y su hija, él tampoco podía marcharse lejos; se quedaría vigilando y escuchando también, esperando a averiguar más de las intenciones de Michael y de dónde había estado realmente en aquel caluroso sábado de junio.

—Al principio no eran más que experimentos —dijo Samantha, hojeando las copias fotográficas que tenía en la caja—. Pero al cabo de un tiempo se convirtieron en otra cosa. Una especie de meditación, supongo. Una rutina, eso seguro. —Se detuvo en una de ellas. Estaba tomada en otoño, con el estanque cubierto de hojas caídas. Un niño con botas de agua rojas, en apariencia solo, contemplaba su reflejo en el agua—. Y luego se volvieron a convertir en otra cosa —dijo—. En una especie de historia.

—Es la acumulación —dijo Michael, cogiendo la fotografía y mirándola más de cerca—. Construye una narración, queramos o no.

Era un anochecer de enero. Rachel acababa de volver a casa de la escuela, pero el Heath ya se veía oscuro al otro lado de las ventanas de la cocina. Un cielo despejado empezaba a desvelar sus estrellas, con las luces de los aviones parpadeando por encima de la ciudad. El año acababa de empezar, pero Londres ya llevaba cubierta de nieve desde Navidad y según el parte meteorológico, volvería a estarlo aquella noche.

—Eso me gusta —dijo Samantha, cogiendo su copa de vino—. «Narración por acumulación.» Quizá te lo robo.

Michael se había equivocado con Samantha. No había hecho sus promesas simplemente por hacerlas, sino para cumplirlas. Y al cumplirlas había crecido, se había vuelto más ella misma. Y al final resultó que no eran un mero vehículo de transición, sino que se habían convertido en la transición misma; un cambio en ella y en su vida.

—¿Por qué no me las has enseñado antes? —dijo Michael, devolviendo a la

caja la fotografía del niño de las botas de agua rojas.

Samantha volvió a sacarla y la puso otra vez en el lugar que le correspondía cronológicamente.

—No lo sé —dijo, mirando las fotografías como si estuviera viéndolas por primera vez—. Supongo que quería guardármelas para mí. Descubrir qué eran. Distanciarme un poco. —Lo miró—. ¿No es eso lo que dices tú siempre, que hace falta distancia para ver las cosas con claridad? Convertirte en tu propio editor.

Hacía poco que llevaba el pelo más corto. También había empezado a llevar más vaqueros que vestidos. Michael se acordaba de una cosa que su psicólogo le había dicho: que después de una muerte los hombres suelen cambiar de lugar y las mujeres de aspecto.

—¿Y ahora has conseguido esa distancia? —le preguntó Michael.

—Quiero compartirlas —dijo Samantha con orgullo, con firmeza de niña—. He pensado: a la mierda, aunque no sean buenas, quiero que salgan al mundo. Quiero que alguien las *mire*; si no, qué sentido tiene todo. Se quedarían a medio hacer.

—No necesariamente —dijo Michael, cogiendo otra fotografía. Era del mismo estanque que antes y de la misma hora del día. Esta, sin embargo, estaba hecha en invierno y los árboles de encima del agua no tenían hojas. Una neblina baja flotaba sobre el suelo. Michael le ofreció más vino. Ella lo rechazó tapando el vaso con la mano, de forma que él se llenó el suyo. A continuación le preguntó—: ¿Una historia está a medio hacer si alguien la escribe pero nadie la lee?

—¡Por supuesto!

Él se rió, pensando que ella bromeaba, pero luego vio que no.

—Sin un lector no son más que pensamientos en una página —dijo ella—. Imaginaciones en tinta. Una tautología impresa.

—¿Una tautología? ¿Por qué?

—Bueno, pues una repetición. De lo que estaba en la mente del escritor al escribirlo. Pero cuando alguien lo *lee*...

—¿Sí?

—Bueno, entonces las palabras adquieren unas imágenes nuevas, ¿no? El significado cobra asociaciones nuevas. Es como una reacción química. Todo depende de cómo reaccionen con el lector, con su vida, con su mente.

—A ver si lo adivino —dijo Michael, entornando los ojos con expresión teatralmente calculadora—. ¿Susan?

Samantha se rió.

—Sí, vale, pero también hay algo de mi cosecha.

Susan era una integrante del club de lectura de Samantha. Al enterarse el grupo de que Samantha conocía a Michael, le habían pedido que lo invitara a hablarles de *Hermanos de barrio*. La sesión no había sido fácil, pero Susan, una ex profesora de literatura, se había puesto a diseccionar considerablemente lo que ella denominaba la «no ficción creativa» en su conjunto.

—Pero tiene razón, ¿no? —dijo Samantha—. Tú debes de haberlo visto con *Hermanos de barrio*, ¿no? El hecho de que para los demás se convirtiera en otros libros.

—Sí, pero como libro en sí, ya estaba escrito —contestó Michael—. O por lo menos acabado en la medida de mis posibilidades. Seguramente ahora lo cambiaría. De hecho, estoy seguro de que ahora lo cambiaría, pero en el momento de terminarlo, estaba terminado. No era el libro en sí lo que estaba a medio hacer —dijo Michael, animándose con su tema favorito—, sino más bien la experiencia.

Samantha negó con la cabeza.

—Ahora te estás metiendo en cuestiones semánticas.

—No es verdad. —Michael dejó su copa y cogió la fotografía de encima del montón; el estanque entre las ramas desnudas, la neblina que parecía humo de cañones—. Lo único que digo es que estas fotografías no están a medio hacer ni mucho menos. Más bien lo contrario. Son puñeteramente buenas y serían igual de buenas y de verdaderas sin importar que nadie las viera.

Le dio la fotografía a Samantha.

—La comunicación se estableció cuando hiciste esta foto y cuando la imprimiste. A partir de ese momento ya existe en el mundo, da igual que la vean o no.

Dio otro sorbo de vino, buscando la expresión adecuada.

—Ya ha recibido su peso —dijo por fin.

—¿Su peso?

Samantha parecía poco convencida, pero vio que Michael lo decía en serio.

—Sí. —Cogió otra fotografía del mismo estanque, nuevamente a la misma hora del día, con un cisne y sus polluelos deambulando en primer plano—. Ya se ha producido su relato. Así lo veo yo al menos. La visión, tu intención, tu motivación, como lo quieras llamar, ya no está solo dentro de ti. Así que da igual que la mire yo o cualquier otro: su historia ya se ha contado. Ha cumplido con su propósito.



Samantha había empezado a sacar fotos del estanque poco después de que Josh se marchara de casa. Empezó con la intención de familiarizarse con la nueva cámara que se había comprado para su máster. Seguía sin poder dormir, así que una mañana temprano, pocas horas después del amanecer, instaló un trípode junto a la cerca del final del jardín. Se quedó allí una hora, experimentando con distintas exposiciones y tiempos mientras el Heath iba cambiando bajo la luz del sol ascendente. Al día siguiente se encontró

despierta a la misma hora. Al entrar en la cocina se dio cuenta de lo distinto que se veía el Heath respecto al día anterior. Había llovido por la noche. La luz se veía más limpia, como lavada. El agua del estanque, que la mañana antes había estado oscura, ahora parecía metal pulido. Se volvió a llevar la cámara a la cerca, colocó las patas del trípode en los mismos agujeros que había dejado el día anterior y se puso a sacar fotos.

La tercera mañana, a pesar de haberse quedado dormida de madrugada, se volvió a despertar a la misma hora. Sabía por qué. Aquellos minutos silenciosos y reconcentrados. La lenta revelación del día, su luz y su peso, su textura y su aroma. El cuerpo de ella ya lo estaba esperando y su mente lo estaba pidiendo. La misma escena exactamente ante la que se había plantado las mañanas anteriores pero cambiada, distinta. Nunca la misma. Captarla despertaba en ella una sensación de movimiento y al mismo tiempo de continuidad. De ver las cosas de nuevo. ¿Cuántas veces había mirando ella por la puerta de la cocina y había contemplado aquellas vistas? Pero jamás, ni una sola vez, las había visto como ahora; una receta irrepetible de luz, clima y época del año, enmarcada por la lente de su cámara.

Aquellas sesiones matinales de Samantha se convirtieron en la base de lo que ahora ya era su rutina semanal. Cada mañana, sin importar qué tiempo hiciera, y en realidad más bien movida por los cambios del clima, se la podía encontrar allí, junto al sauce, inclinada frente a su visor. Tres días a la semana, después de hacer sus fotografías del estanque y de llevar a Rachel a la escuela, se iba a trabajar de ayudante de un director de cine que vivía en Hampstead Village. El trabajo no era demasiado duro: organizarle los gastos, contestarle el correo electrónico, encargar copias al laboratorio y hacerle las reservas de los almuerzos y los pases. Pero era una experiencia nueva para ella, y además le permitía tratar con gente. Mientras el director trabajaba en su oficina del piso de arriba de la casa, ella trabajaba en la mesa de la cocina, lo

cual la hacía partícipe de los movimientos de la jornada. No solo de las visitas de los editores y guionistas que venían a ver al director, sino también de las idas y venidas de su mujer y sus dos hijos. Era un lugar de trabajo pero también un hogar familiar. Martha, su hermana, tenía miedo de que esto llenara a Samantha de aflicción por el hogar que ella había perdido. Sin embargo, la variedad y los ritmos de aquella casa la fortalecían, hasta la inspiraban; le recordaban lo que un día ella había querido y lo mucho que se había alejado de ello durante los años de su matrimonio.

Los dos días restantes de la semana estudiaba en el Royal College; asistía a las clases y los seminarios y pasaba horas en las salas de ordenadores y los laboratorios. Y a pesar de que era diez años mayor que la mayoría de estudiantes, aquel entorno también la excitaba. Y al mismo tiempo la frustraba. Estaba impaciente por aprender y por progresar. Le daba la sensación de que tenía muchos años por recuperar, una década perdida. Mientras que los demás estudiantes se comportaban como si el tiempo fuera un artículo de lujo inagotable, Samantha, que sabía que en realidad era una reserva escasa, hostigaba a sus tutores y clases.

Durante los primeros meses después de que Josh se marchara de casa, Samantha fue dándose cuenta gradualmente de que, igual que tenía autonomía durante las horas del día, también podía elegir cómo pasar las noches. La casa no tenía hipoteca y, aunque Josh ya no tenía trabajo, todavía podía pagar la pensión alimenticia de Rachel y las tareas domésticas. Lo que Samantha ganaba con su trabajo de ayudante era para ella, para gastarlo como quisiera. Durante muchos años había permitido que su vida social la dictara el trabajo de Josh; los colegas de él y sus esposas. En general no era gente con la que tuviera una gran afinidad personal, así que cuando al cabo de unos meses empezó a reanudar su vida social, a mandar correos electrónicos para ir a pases de películas o a llamar a gente para tomar una copa, casi siempre

retomaba el contacto con amistades de hacía años, en vez de acudir a las que había visto con regularidad antes de la muerte de Lucy, a excepción de Michael.

De esta forma, entre las horas en casa del director, los estudios, cuidar a Rachel y un puñado de viejas amistades, Samantha se mantenía ocupada. Pero nada de todo esto paliaba su dolor por Lucy. Su hija solo había vivido cuatro años. Samantha, sin embargo, la había conocido durante más tiempo. Desde que su cuerpo había empezado a formarse dentro de ella. Desde que las corrientes de su crecimiento habían dictado sus antojos de embarazada, sus ciclos de sueño y sus cambios de humor. Y sin embargo, al mismo tiempo, no hacía mucho que había empezado a conocer a la persona que realmente era Lucy y en la que podía convertirse. En los últimos meses antes de su muerte, cuando Samantha la veía jugar con Michael, o bien sola y enfrascada en conversar con sus muñecas, le había parecido empezar a ver indicios de la niña que vendría después de la criatura. Y luego, dentro de aquellos indicios, como una hilera en retroceso de espejos dentro de espejos, a la adolescente de después de la niña, a la mujer de después de la adolescente e incluso, en ciertas expresiones fugaces, a la anciana de después de la mujer.

Pero ahora la vida de Lucy sería puramente imaginaria, no existiría más que en las proyecciones que hacía su madre de la persona que podría haber sido su hija. El dolor de su pérdida se volvió para Samantha tan familiar como el acto de respirar, de abrir los ojos para ver. Estaba allí y lo estaría siempre: una presencia traslúcida que asomaba detrás de cada escena cotidiana. Un sombreado que dolía, pero sin el que Samantha no quería vivir nunca, porque su esencia ya era lo único que le quedaba de Lucy, más allá de los simples recordatorios, las fotografías y los vídeos, que además eran demasiado dolorosos para mirarlos durante mucho rato.

Rachel, nada más emerger del aturdimiento de su shock, no tardó en captar

aquellas profundidades de las memorias de su madre. A la luz de la nueva relación que se había establecido entre ambas, había desarrollado una modalidad de admiración hacia su madre que sentía a pesar de no entenderla todavía. La muerte había salido de la nada para golpear su hogar, igual que un meteorito. Había habido tristeza y ruptura. El impacto los había dispersado. Ahora su padre era un hombre que la venía a buscar a la escuela para llevársela los fines de semana. Ya no estaba contenido en las paredes de la casa familiar. Ella misma había salido despedida muy lejos de las cosas que sabía, y también su madre había emprendido un largo viaje. Ahora, sin embargo, su madre estaba de regreso de todo aquel caos y mostraba una ternura hacia ella que antes Rachel no había conocido. Centrada y fuerte, como si estuviera vertiendo amor directa y audazmente en ella. Le hacía más preguntas y le pedía sus opiniones, como si en vez de tener nueve años tuviera diecinueve. La dejaba acostarse tarde y quedarse en el sofá con ella viendo la tele. A veces Rachel se daba cuenta de que su madre no estaba mirando siquiera la pantalla, sino a ella. Sin intención ni escrutinio, sino meramente para ser testigo. A la hora del desayuno, cuando Samantha le preguntaba qué blusa o qué falda tenía que ponerse, podía dar la impresión de que, más que madre e hija, eran hermanas imposibles. Y luego había otras veces en que sus papeles parecían invertirse por completo. En que, al entrar en una habitación y descubrir que su madre estaba dentro, Rachel notaba la oscuridad de Samantha y se le acercaba en silencio, encajando el cuerpo en sus contornos en un intento de absorber y a la vez calmar su dolor.

Para Michael, cada minuto en compañía de Samantha y Rachel era una tortura. En los siete meses transcurridos desde que había salido aquel día de casa de los Nelson, no había pasado ni un solo momento en presencia de ellas sin sentir con intensidad la angustia de la pérdida que él mismo había causado, sin sospechar que Rachel estaba secretamente al corriente de cómo había

muerto su hermana. Y, sin embargo, estar con ellas era el único bálsamo que conocía su conciencia. Estar allí, contribuyendo a su recuperación y a sus nuevas vidas. Para él era al mismo tiempo un privilegio y un castigo. En la práctica, a menudo no implicaba más que darle ánimos o consejo a Samantha, o bien ir a visitarlas para tomar una copa o comer algo, o cuidar de Rachel en las noches en que ella tenía que salir. Era tan sencillo como ser amigo suyo. Alguien que las conocía de antes y con quien, ahora que estaba lista, ella podía hablar de su pérdida de igual a igual; como colegas en el dolor. Samantha no conocía a nadie más a quien se le hubiera muerto otros familiares que los padres. Nadie más había visto a la muerte entrar de golpe en su vida. Michael, sin embargo, lo había vivido todo antes que ella, había avanzado a tientas y entre presentimientos por el paisaje resultante. De forma que Samantha se encontró a sí misma acudiendo a él en busca de guía, de reconocimiento y consentimiento. Él la hacía sentirse normal y —lo que tal vez fuera más importante— posible; una mujer moldeada por la muerte de su hija, no definida por ella. Una mujer que seguía obteniendo placer de la vida, y no a pesar de su dolor, sino gracias a él.

Aparte de su compromiso con Samantha y con las consecuencias de su desgracia, la vida de Michael siguió expandiéndose y cobrando impulso gracias a su aligeramiento. En diciembre, justo antes de viajar a Sussex para celebrar la Navidad con Samantha y Rachel en casa de Martha, terminó el primer borrador de *El hombre que rompió el espejo*. Era más corto de lo que había esperado, y para nada era el libro que él se había propuesto escribir. La exploración de las tesis de Oliver ya no era más que una subtrama, un simple paisaje de fondo de la crónica de su vida durante los dos años en que Michael lo había seguido. El retrato de un hombre en situación límite, tanto emocional como intelectual; un pensador y bebedor resplandeciendo a la vez que se consumía.

Era un libro imperfecto, y Michael se lo mandó a su agente sabiendo que, a pesar de lo que le había dicho a Samantha de *Hermanos de barrio*, no estaba acabado ni mucho menos. Pero el hecho mismo de haberlo escrito ya era un logro personal para él. Su escritura había empezado, durante los primeros meses en el nuevo piso, como un simple recuerdo muscular de la vieja rutina. Como forma de engañar a la mente y al cuerpo para que siguieran viviendo. Michael no tenía ningún imperativo financiero para escribirlo. *Hermanos de barrio* seguía vendiéndose bien en Estados Unidos, y aunque había jurado no tocarlo, también tenía el dinero de la indemnización y el seguro que había cobrado al morir Caroline. Durante la escritura del libro, sin embargo, Michael redescubrió una paz inusitada en la ancestral transformación de la experiencia en palabras. No necesariamente siempre en servicio de la historia en su conjunto, sino a veces en honor a ciertos minutos y hasta segundos. De unos momentos pasados que era capaz de recrear de una forma que a menudo desearía poder poner en práctica en la vida real, pero que sabía que solo era posible así: en su escritorio y sobre la página.

Era tan grande el consuelo que Michael encontraba en su escritura que nada más entregar *El hombre que rompió el espejo* se embarcó de inmediato en un proyecto nuevo, antes incluso de que su agente terminara de leer la primera versión. El siguiente iba a ser un libro más local, literalmente. Debido a la promesa silenciosa que les había hecho a Samantha y a Rachel, se había atado a Londres, a su calle y al piso contiguo a su casa. De forma que allí acudió en pos de su nuevo libro, para el cual ya no se sumergiría en la vida de un único individuo, sino en las historias de cuatro casas y de las familias que habían vivido en ellas. Las casas habían formado parte en algún momento de South Hill Drive, cada una de ellas construida en una parcela donde ahora se levantaba un bloque de pisos moderno parecido al de Michael. Fue un mapa de un museo local el que le hizo fijarse en aquellos edificios. Era un mapa de

Hampstead Heath y de sus calles circundantes, salpicado de puntos negros que marcaban los lugares donde habían caído bombas en los ataques aéreos de la Segunda Guerra Mundial. De forma inconsciente, Michael buscó en el mapa primero su calle y luego su piso. Su posición exacta estaba marcada por un punto negro. A continuación vio otros tres puntos que había desperdigados por la curva de South Hill Drive. Todos ellos coincidían con otros bloques modernos, construidos después de la guerra y encajados en las amplias curvas de las casas originales.

La investigación que requeriría aquel libro —horas enteras en la Oficina del Registro Civil de Kew, o bien recorriéndose los archivos locales en Hampstead— le prometía a Michael la perspectiva y la estructura de una rutina regular. Pero fuera de esto, no sabía exactamente por qué aquel proyecto lo había atraído más que otros. Sabía que seguramente habría razones para esta preferencia que en aquella fase de su planificación prefería no examinar directamente: el estudio histórico de la muerte desde el aire y la exploración de la relación entre una familia y su hogar. Pero también sabía que el atractivo del proyecto estaba asociado de alguna forma con su penitencia, con una acumulación privada de gestos que había al otro lado de aquellas escalas. Y que también tenía que ver con la naturaleza de la existencia fantasmal; con la forma en que Caroline se le había aparecido en aquel cuarto de baño. O del hecho de que cada vez que pasaba por la escalera de los Nelson siguiera viendo con total claridad los detalles de la caída de Lucy. No había casa en la calle donde no se acumularan aquellos estratos de existencia, en cuyos espacios interiores no se amontonaran las vidas humanas vividas. Pero los cuatro bloques de pisos modernos de la calle no solo estaban poblados de fantasmas humanos, sino también de fantasmas de edificios enteros. De unos hogares que habían desaparecido en cuestión de segundos. Y Michael tenía la sensación de que era esto lo que lo atraía de la idea. La perspectiva de recrear

las casas en sí, además de a sus habitantes. De reconstruir aquellos recipientes y testigos de las vidas que habían transcurrido en su interior. Como si, después de ver un fantasma y crear otro, a Michael ya no le quedara otro remedio que sumergirse en una misión de resurrección múltiple.

Más allá de su escritura, la vida de Michael también estaba empezando a avanzar en otros terrenos. Había empezado a salir de copas por Highgate con un grupo de esgrimistas en las noches en que se reunía su club. Entre ellos había una mujer sobre la cual Samantha a menudo le hacía bromas. Era una divorciada de treinta y pocos años que ya había dejado claro entre sus amigas que si Michael estaba interesado, a ella le encantaría verlo más. Michael encajaba con afabilidad las bromas y los tanteos de Samantha, pero los comentarios de ella sondeaban con bastante eficacia el estado emocional de él. Le seguía resultando imposible plantearse siquiera lo que ella le estaba sugiriendo. Caroline seguía estando demasiado presente, y a veces él se preguntaba si tal vez no lo iba a estar siempre.

—Supongo —le dijo una noche en el pub, mientras esperaban a que Rachel saliera de su grupo de teatro— que la perdiste al principio, ¿no?

—¿Al principio? —dijo Michael, aunque ya sabía a qué se refería.

—Sí, no sé —dijo Samantha, jugueteando con su ensalada a medio comer—. Quiero decir antes de que pudierais aburrirlos el uno del otro. O cabrearos.

—Tal vez —dijo Michael.

—Cielos, lo siento. —Ella se inclinó hacia delante y le puso una mano sobre el brazo—. No es asunto mío. Es que...

—No, no —la tranquilizó Michael—. Seguramente tienes razón. En realidad todo estaba empezando.

Samantha se volvió a reclinar en su asiento.

—Es lo que ella habría querido, ¿sabes? Pasado un tiempo.

—¿El qué? ¿Que yo empezara a acostarme con otras mujeres?

Michael no pudo reprimir un tono de desagrado.

—Sí —dijo Samantha—. O por lo menos, que tuvieras a alguien. Que no estuvieras solo. A menos, claro, que eso te haga feliz. Estar solo. —Sonrió y estiró el brazo para darle otro apretón cariñoso en el brazo—. Pero no debes tener miedo de ello, Michael. Ni sentirte culpable.

Ya hacía un mes que habían tenido aquella conversación, pero las cosas seguían sin cambiar y Michael todavía no había hecho intento alguno de encontrar una mujer ni de iniciar el proceso de llegar a ella. Pero sabía que Samantha tenía razón. Caroline habría querido que él estuviera con otra persona. Y si tenía que ser sincero, era posible que esto fuera cierto incluso en el caso de que todavía estuviera viva. A menudo se preguntaba, aunque nunca en voz alta, cuánto tiempo habrían durado juntos. Él confiaba en que para siempre, claro, pero nunca lo sabría con seguridad. Nunca podría estar seguro. Caroline había encontrado estabilidad en él y en su matrimonio. Había encontrado cierta paz. Pero no era por naturaleza una persona exclusiva, y siempre había tenido un carácter más múltiple que singular.

A pesar de su reticencia a iniciar una relación nueva, Michael seguía echando de menos el contacto físico con las mujeres. Hacía poco, después de su jornada de trabajo, por la noche, se había encontrado más de una vez escribiendo en su buscador «Hampstead + acompañantes» y ojeando las poses en miniatura de «Erika», «Giselle» y «Cindy», cada una con la lista de sus servicios y tarifas en negrita debajo. Pero aquel deseo nunca había llegado al punto de usar la dirección electrónica de contacto ni el teléfono de ninguna, y a pesar de que se decía a sí mismo que alquilar a una de aquellas chicas sería preferible a exponerse sentimentalmente a una pareja más estable, siempre terminaba cerrando el portátil y alejándose de su mesa.

Michael tenía la sensación puramente instintiva de que si quería empezar una relación con otra mujer tendría que ser en otra parte, no en Londres. Y a

pesar de su determinación de dejarse gobernar por las vidas de Samantha y de Rachel, cada vez le seducía más la perspectiva de mudarse a otra parte. En cuanto terminara el libro nuevo. En cuanto sintiera que Samantha y Rachel estaban más recuperadas. La idea misma, cada vez que se permitía acariciarla, lo emocionaba. Le estaba agradecido a Peter por el piso, pero siempre lo había considerado una simple maniobra de dilación. Y ahora sentía que pronto estaría listo para marcharse. La culpa, el dolor de lo que había sucedido allí, eran cosas que siempre irían con él. Pero también sabía que irse a vivir a otra parte alteraría la textura de aquel dolor y la naturaleza de su malestar. Tal vez se mudaría al continente, o de vuelta a Nueva York. El tejido de aquella ciudad tenía algo que resultaba adecuado a su situación personal. Sus calles bullían de vidas individuales y se alimentaban de sus ansias. Una vez allí, una vez cambiada la geografía de su vida, entonces sí que Michael se imaginaba que podía encontrar a alguien; a una mujer procedente de otro lugar que después de cambiar también su propio paisaje pudiera estar dispuesta a aceptar compartirlo con un hombre como él.

La galería estaba atestada, de forma que Michael no vio a Josh hasta que ya llevaba una hora en la exposición privada de las fotografías de Samantha. Lo vio de pie en un rincón apartado, hablando animadamente con una pareja más joven y señalando de vez en cuando la foto enmarcada que tenían al lado. Estaba bronceado y había perdido peso, pero aun así parecía mucho mayor que la última vez que Michael lo había visto de cerca. Las canas que siempre le habían salpicado el pelo estaban mucho más extendidas, y tenía más arrugas en la cara de las que Michael recordaba. Llevaba la camisa remangada y con el cuello gastado por un lado. Michael se fijó en que tenía los antebrazos surcados de cortes y arañazos.



El dueño de la galería era un amigo de Sebastian, el director para el que Samantha trabajaba de ayudante. Era un espacio pequeño de dos salas en una calle en su mayor parte residencial de detrás de Flask Walk. Originalmente había sido una floristería, pero ahora albergaba cuatro o cinco exposiciones temporales al año. Era Michael quien había convencido a Samantha para que le enseñara algunas de sus fotos al hombre para el que trabajaba, pero era Sebastian quien había hecho el resto. Una semana más tarde, el dueño de la galería, Emmanuel, la había escrito para ofrecerle exponer su obra. De entrada un par de semanas nada más, aunque si vendía, tal vez más.

Al llegarle el correo electrónico de Emmanuel, a Samantha se le evaporó

toda la confianza que había tenido hasta entonces en su obra. Le dijo a Michael que era demasiado pronto; que todavía le faltaba un año para acabar el máster. Que las fotos no eran lo bastante buenas.

—¿Qué pasó con aquello de que no podían quedarse a medio hacer? —le preguntó Michael.

—Muy gracioso —le dijo ella, con la mesa de la cena cubierta de sus fotografías. Sobre la mesa seguía colgado el retrato de la familia, de forma que mientras ella hojeaba aquellas fotografías, la versión más joven de sí misma la miraba por encima del hombro, con Lucy sobre la rodilla y Rachel sentada a su lado en el regazo de Josh—. Ahora en serio —dijo, pasándose una mano por el pelo—. ¿Cómo voy a elegirlas? Me ha dicho que puedo colgar como mucho veinticinco. Treinta forzando un poco las cosas.

A esas alturas ella ya llevaba ocho meses haciendo sus fotos del estanque. Tenía más de 240 imágenes, todas tomadas desde el mismo lugar y a la misma hora del día.

Michael, que había estado apoyado en el mesón de la cocina, fue a sentarse delante de ella.

—Yo te ayudo —le dijo, desplegando las fotografías y dándoles la vuelta para poder verlas.

—¿En serio? —dijo ella—. Caray, sería fabuloso.

—Yo no me emocionaría demasiado —dijo Michael—. No soy ningún experto.

Desde aquella tarde, Michael también ayudó a Samantha con otros aspectos de la exposición: llevar a casa las fotos enmarcadas, elegir dónde iban a estar colgadas en la galería y sugerir un título para la exposición: *Y otra vez*. La tarde de la inauguración, saltándose la salida con su club de esgrima, compartió con ella y con Rachel el taxi hasta la galería, con el suelo lleno de

cajas de vino, vasos y zumo de frutas. Samantha hizo el trayecto entero en silencio; los nervios apenas le dejaban hablar.

—No te preocupes, mamá —le dijo Rachel mientras el taxi bordeaba el Heath, con las cajas de botellas tintineando a sus pies—. Les vas a gustar, yo lo sé.



Michael se alejó de la mesa de las bebidas donde había estado sirviendo y avanzó lentamente por entre la multitud en dirección a Josh. Apenas lo había visto desde la noche en que habían hablado por encima del seto. Después de marcharse de casa, Josh se había quedado en la periferia de las vidas de Samantha y Michael. Veía a su hija con regularidad y se mantenía en contacto con Samantha. Pero una de las cosas que más lamentaba Michael era que Josh hubiera decidido guardar las distancias con él. Michael ya lo había visto en dos ocasiones por el Heath mientras volvía andando de sus clases de esgrima. Demasiado lejos para llamarlo, pero lo bastante cerca como para reconocerse el uno al otro. Ninguna de las veces Josh había intentado acercarse para nada a él. Y de alguna forma Michael se había dado cuenta que Josh tampoco quería que él se le acercara. Así que en las dos ocasiones había seguido caminando, por su ruta habitual, consciente de que Josh lo seguía con la mirada.

Cuando Michael se lo preguntó, Samantha le dijo que no sabía por qué Josh se había distanciado de él.

—¿Quién sabe? —le dijo cuando él le insistió una noche—. Supongo que es su forma de sobrellevar la situación. —Estaba amontonando platos en un armario, poniéndose de puntillas para completar el montón—. Pero no es solo contigo, ¿sabes? Se ha vuelto más solitario en general. Casi nunca ve a nadie. —Se dio la vuelta para apoyarse en la encimera—. No sé —dijo, suspirando

—. Ya se le pasará. Necesita tiempo, supongo. —Cogió otra pila de platos—. Todos lo necesitamos.

Igual que Samantha había sorprendido a Michael al mantener sus promesas y crecer tras la muerte de Lucy, la reacción de Josh al perder su trabajo también la había desconcertado a ella. Al principio no había hecho nada; se había entregado por completo a la inercia y apenas salía del piso. Samantha solo lo veía cuando él venía para llevarse a Rachel a pasar el día. De vez en cuando Michael lo veía acercarse por la calle para presentarse a sus citas, sin afeitarse, con pantalones de chándal o vaqueros arrugados, como si fuera el padre olvidado del hombre al que él había conocido al mudarse allí. Samantha estaba preocupada por su estado mental. Empezó a preguntarse si debería dejar que Rachel se fuera sola con él.

Pero luego, al cabo de unas semanas, cambió. Un día le preguntó a Rachel si podían quedar para tomar un café. Cuando se vieron, él le contó que había decidido no volver a la banca durante una temporada y hacer algo distinto.

—De todas maneras, todo se está yendo al garete —le dijo—. Y todavía se va a ir más antes de que llegue el día de recuperarse. Tengo dinero suficiente, al menos durante una temporada. O sea que no te preocupes, en ese sentido no va a cambiar nada. Pero sí, he pensado en tomarme un descanso. Darme un respiro. —Bajó la vista para mirar su taza y extendió las manos, con las palmas hacia arriba—. Solo quería que lo supieras —le dijo, como si estuviera admitiendo que tenía una relación nueva.

Antes de irse del café, le pidió a Samantha que no solicitara el divorcio. A ella le había pasado la cuestión por la cabeza, pero solo en abstracto. Era demasiado pronto. Todavía estaba procesando gran parte de lo sucedido. Seguía de luto.

—Claro que no, Josh —le dijo ella—. ¿Qué te hace pensar que voy a hacerlo?

—No sé. Por haberme ido. Por todo lo que...

Ella le cogió la mano.

—Ya sabes lo que dijimos. Démosle tiempo. A todo.

Él la miró a los ojos y ella vio que tenía miedo. De lo que ella pudiera hacer, o de lo que él pudiera decir.

—Tú recupérate —le dijo, dándole un apretón cariñoso en los dedos—. Al menos por Rachel.

Josh vio el anuncio en el quiosco del barrio, entre las habitaciones de alquiler y las sesiones de yoga para madres y bebés. Trabajo voluntario, tres mañanas por semana, con un jardinero del National Trust, en dos de las propiedades que la organización tenía en Hampstead: el número 2 de Willow Road, una casa modernista de la década de 1930, y la Fenton House, la casa de un comerciante del siglo XVII que coronaba la colina por encima de Hampstead Village.

Durante un par de meses, mientras el otoño daba paso al invierno, aquellas tres mañanas pasaron a definir las semanas de Josh. Limpiar Willow Road de bambú, hierbas y escombros, o bien podar los manzanos con las ramas cargadas de escarcha de la Fenton House. Él se daba cuenta de que su mente había estado deseando aquello: horas a la intemperie en las que el trabajo puramente repetitivo le permitiera dedicarse a pensar en otras cosas. Nathan, el jardinero del National Trust, era un hombre reservado, y en cuanto vio que Josh era de confianza, se contentó con darle instrucciones y luego dejarlo a su aire. Los demás voluntarios solían llegar y marcharse con frecuencia. Eran actores sin trabajo, estudiantes en año sabático o simplemente gente que hacía las horas que les exigía alguna otra organización: el Duke of Edinburgh Award o el Community Service. En cuanto cumplían con esos requisitos, Nathan ya no volvía a verlos. Pero Josh resultó ser constante y una cara habitual. A menudo terminaba su turno y se quedaba, sobre todo en la Fenton House, sentado en

uno de los bancos del jardín rodeado de tapias, inhalando el aroma a hierro de la tierra recién removida o bien escuchando el canto de los pájaros. Fue por eso que, cuando Josh se presentó para un puesto vacante en uno de los equipos de conservación medioambiental del Heath, Nathan lo apoyó con entusiasmo. Porque en todos sus años de jardinero no había conocido a un hombre con una necesidad tan clara de volver a sentir la tierra, y a quien el agotamiento del trabajo físico le trajera paz, y placer, de una forma tan clara.

—Lo sé, es irónico, ¿verdad? —dijo Samantha después de contárselo a Michael. Estaban en el jardín de ella, quitando hierbas y dividiendo matas de plantas perennes—. Vuelve a trabajar para la City. Parece que no pueda escaparse de ellos, joder.

—¿La City? —dijo Michael—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, ellos son los propietarios, ¿no? —Samantha se apartó unos mechones de pelo de la cara y se puso en cuclillas apoyada en los talones—. Del Heath —añadió secándose la frente con la parte superior de la muñeca—. O por lo menos la propietaria es la Corporation of London, que para mí viene a ser lo mismo. —Tiró un puñado de hierbas al montón que tenían entre ambos—. Así pues, sí —dijo, reanudando su tarea—. Vuelve a estar en nómina.

Por un momento ninguno de los dos dijo nada. Solo se oía el ruido de rasgadura que hacían las plantas al ser arrancadas y el ladrido de los perros del Heath.

—Pero le está yendo bien —dijo Samantha al cabo de un rato. Michael se había puesto a pensar en otra cosa y tardó un momento en saber de qué estaba hablando. La miró, pero ella estaba concentrada en su trabajo, dando tirones cortos y firmes de las plantas—. Creo que hasta le hace feliz —dijo, tirando otra mata a la pila.



Mientras Michael se abría camino entre los invitados, dándoles toquecitos suaves en la espalda y los hombros para pedir paso, Josh levantó la vista de su conversación y lo vio acercarse. Michael consiguió liberar una mano y levantarla, saludándolo con la cabeza por encima del pelo voluminoso de una mujer rubia que había entre ambos. Josh no solo no respondió al saludo, sino que se limitó a quedarse observándolo con una mirada molesta. Su expresión hizo que Michael se detuviera en mitad de la aglomeración. No por lo inesperada que era, sino porque era una mirada de animosidad alimentada durante mucho tiempo, no de aversión repentina. Una mirada de conocimiento y no de duda.

Michael estaba a punto de seguir caminando hacia él cuando un acople chirriante señaló el acercamiento de Emmanuel al micrófono para pedir silencio a los asistentes. Todas las cabezas que rodeaban a Michael se giraron en dirección a su voz amplificada. Mientras él hacía lo mismo, echó un vistazo a Josh. Ahora él también estaba mirando hacia el micrófono. Se lo veía tranquilo y las primeras bromas de Emmanuel lo hicieron sonreír. Así pues, tal vez Michael se hubiera equivocado. Tal vez su culpa le seguía haciendo imaginar y temer cosas que no hacía falta imaginar ni temer. Dio un trago de su copa y, cuando Samantha subió a hablar, intentó concentrarse en sus palabras.

Los discursos fueron breves. Samantha dio las gracias a los profesores de sus cursos, a Sebastian y al dueño de la galería. También dio gracias a Michael por su ayuda y a Rachel por la suya, levantando su copa en dirección a los dos, perdidos entre el público. Contó brevemente que había dado con las fotos de aquellas paredes como resultado de una pérdida. Pero no dijo nada más, ni de Lucy ni de los detalles de su viaje personal a aquellos primeros minutos del día, en busca de los frutos de su luz. Cuando terminó de hablar y se apartó del micrófono hubo un aplauso, unos cuantos vítores de sus compañeros del máster y luego Emmanuel volvió a subir al estrado para

invitar a todo el mundo a beber y, si podían, a comprar alguna de las fotografías de Samantha.

Entre una última ronda de aplausos, los asistentes se pusieron otra vez en movimiento, en dirección a las bebidas o bien a contemplar las obras. Michael buscó a Josh en el último lugar donde lo había visto. Pero ya no estaba. Escrutó el resto de la sala y luego se abrió paso a empujones hasta el espacio anexo. Pero allí tampoco había ni rastro de Josh. Michael se dio cuenta de que el corazón le iba a cien. Ahora necesitaba hablar con él. Tenía que saber por qué se había distanciado así. Y por qué le había dirigido aquella mirada desde la otra punta de la galería.

Sumergiéndose una vez más en la multitud, llegó a la salida y al fresco de la noche. En la acera había tres fumadores, pero ninguno de ellos era Josh. Contempló la calle iluminada por las farolas, con una neblina primaveral flotando en torno a los tejados. La calle estaba vacía. Josh se había marchado.

A Michael se le ocurrió echar a andar por Flask Walk e intentar alcanzarlo. Pero no serviría de nada. Podría haber dado media vuelta simplemente y estar cruzando ya el Heath, o cualquiera de las calles circundantes.

Michael se giró hacia los escaparates de la galería, empañados por la aglomeración de cuerpos de dentro. Alguien rozó el cristal con la manga, despejando brevemente un arco de cristal limpio. Michael miró a través de él, por si acaso Josh seguía dentro y él no lo había visto. Pero solo vio a la multitud bebiendo y hablando, y en su centro a Samantha, ruborizada de éxito, con sus imágenes colgadas del estanque y de aquellas aguas tranquilas que habían presenciado en silencio todos los actos de Michael.

—¡He vendido seis! ¿Te lo puedes creer? ¡Seis!

La exposición privada había seguido en un pub cercano y por fin se había convertido en una última copa en casa de Sebastian. Samantha estaba borracha. Pero también eufórica. La inauguración había ido bien. Había recibido elogios y atención. Se la veía varios años más joven.

—Sebastian me ha dicho que no pasa casi nunca —dijo, sirviéndose otro trago corto de whisky en el vaso—. Al menos en la primera noche.

—Es magnífico —dijo Michael—. Pero no me sorprende. Claro que la gente las quiere. Es que son... —Cogió una de las fotos descartadas, que seguían en la mesa del comedor—. Bueno, son tranquilizadoras, ¿verdad? Y cada vez que las miras, revelan más.

—¡Calla, anda! —dijo Samantha, dejándose caer en uno de los sillones de la galería—. Siempre eres demasiado amable conmigo, joder. ¿Te lo acabas?

Sostuvo la botella de whisky en dirección a él.

—Tienes razón —dijo Michael, sentándose delante de ella y ofreciéndole su vaso—. La verdad es que son bastante mediocres, y además la mayoría de la gente que ha ido no sabe la diferencia entre una imagen decente y una mierda.

—Cuidado —dijo Samantha remedando una cara dolida mientras le servía el whisky que quedaba—. No te pases.

Michael levantó su vaso.

—Felicidades —le dijo—. Te lo mereces.

Los dos bebieron y Samantha soltó un suspiro después de tragar. Apoyó la

cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Michael quería preguntarle por Josh. ¿Había hablado con él? ¿Y qué le había dicho? ¿Por qué se había marchado? Pero no era el momento. Ahora Samantha estaba inmersa en su presente y en su futuro. No quería hablar del pasado. No ahora, cuando todo era tan frágil y efímero.

—He estado pensando —dijo ella, con los ojos todavía cerrados. Hablaba con voz lenta y líquida—. Esta casa. Es demasiado grande para Rachel y para mí. Se nos hace enorme. Ni siquiera subimos al piso de arriba.

Abrió los ojos, se quedó un momento mirando el techo y por fin enderezó la cabeza para mirarlo a él. Tenía una expresión seria, pero al cabo de un momento se le extendió lentamente una sonrisa por los labios y por fin negó traviesamente con la cabeza. Bajó la vista, evitando la mirada de él.

—No lo sé, puede que no quieras —dijo—. Pero es una locura, me refiero a que tú estés de alquiler en la casa de al lado y nosotras tengamos tanto espacio. Solo quería comentártelo. —Se levantó, repentinamente más seria y nerviosa—. Podrías estar de alquiler aquí. —Se giró y se apoyó en la encimera para mirarlo a él—. En el piso de arriba. Hay un estudio y un dormitorio.

Michael se puso de pie y se acercó a ella.

—Gracias —le dijo, cogiéndola de los hombros. Ella pareció vulnerable, indefensa—. Es una oferta muy amable, pero...

Samantha se separó de él, se giró hacia el fregadero y abrió el grifo para lavar los vasos.

—Caray, Michael —dijo en tono enfadado—. No era eso. Me ha parecido buena idea, nada más.

—Ya lo sé —dijo él—. Y lo digo en serio. Es una oferta amable. Y es bueno saberlo. En serio, gracias.

—Bueno, si la quieres está ahí. Nada más. —Samantha se quitó el reloj y

miró la hora—. Dios —dijo—. Pero qué tarde es.

Michael se miró el suyo. Eran casi las dos.

—Señal de que ha sido una buena noche, supongo —dijo.

Ella dio la espalda al fregadero para volver a mirarlo. Tenía el ceño fruncido, como si estuviera intentando averiguar cómo habían llegado allí, a aquella hora de la madrugada y a aquella situación. Michael se dio cuenta de que se le estaba pasando la excitación de la noche. Por la expresión de ella pasó una nube fugaz de añoranza. ¿Añoranza de qué?, se preguntó él. ¿De antes de que pasara todo aquello? ¿De la vida que había tenido, por imperfecta que fuera, antes de que la muerte de su hija la obligara a inventarse la actual?

—Tengo que irme a la cama —dijo Samantha por fin, cruzando la cocina para apagar las lámparas de la galería—. Rachel tiene partido de hockey mañana. Dios mío, no, hoy. En el puñetero Ealing, nada menos.

—Bueno —dijo Michael, recogiendo su chaqueta del respaldo de una silla—. Felicidades de nuevo. Te ha ido de maravilla esta noche.

—Gracias —dijo Samantha, contemplando la oscuridad del otro lado del cristal. Cuando se giró hacia él, se le había suavizado la expresión—. Y también por toda tu ayuda —dijo, sonriendo—. En serio, gracias, Michael.



Mientras Michael se desvestía para acostarse aquella noche, supo que le tenía que contar la verdad a Samantha. En algún momento ella tendría que saberla. Era inevitable. No solo por su propio bien, sino también por el de ella. El mero hecho de recorrer el pasillo de los Nelson hasta la puerta, después de su ofrecimiento, pasando por delante del retrato que había hecho Lucy de él, estuvo a punto de destruir por completo a Michael. Como si hubiera estado adentrándose, con cada paso, en un abismo cada vez más profundo. No importaba el daño que le haría al inicio de la nueva vida de Samantha, a la de

él mismo ni a la de Rachel; tenía que contarle la verdad a Samantha. Si no lo hacía, su conciencia de los minutos que había pasado en aquella casa antes de la muerte de Lucy seguiría sorbiendo la bondad de hasta el último minuto que pasaran juntos.

Pero luego, cuando se lo contara, ya no habría más segundos juntos. Esto también tenía que reconocerlo. Contárselo le robaría a la vida de Samantha otro tablón del suelo en que se apoyaba. En cuanto salieran a la luz los verdaderos minutos de aquella tarde de sábado, ella no querría volver a verlo jamás. Además, Michael habría obstruido el curso de la justicia. Ella se lo contaría a la policía. Él tendría que marcharse. Aun así, mientras se metía en cama, con la farola del Heath proyectándose débilmente en las paredes de su dormitorio, Michael supo que era una simple cuestión de tiempo. Que no se podía guardar para sí mismo aquellos minutos durante mucho más tiempo. Tenía que extirparlos, como si fueran un tumor, y la única forma de hacerlo era revelarlos.

La casete de vídeo estaba en un estante alto de la oficina del encargado de mantenimiento, apilada junto con otras cassetes, entre un montón de revistas *Top Gear* y una caja de herramientas llena de tornillos, tuercas y pernos. Encima de la pila había el manual de un taladro mecánico. Teniendo en cuenta todas las demás cajas y herramientas que había en la sala, era poco probable que Josh la hubiera encontrado con facilidad, de no haber sido por una fecha que había escrito a rotulador negro en el lomo: 10-06-08. Ver aquellos números, y en aquel orden, fue para Josh como oír su nombre elevarse con claridad por encima del murmullo de un bar, o como ver la cara de su hija en una estación abarrotada. Incluso en medio del desorden de aquella pequeña oficina, era una fecha que lo llamó a gritos. Una fecha que no olvidaría nunca, marcada como estaba en su interior por la muerte de Lucy. La fecha en la que todo había cambiado para todos ellos.

Josh llevaba desde principio de año trabajando con el equipo de mantenimiento y conservación medioambiental del Heath. Normalmente eran solo tres personas, a veces más para los trabajos de mayor magnitud, las que se desplazaban plácidamente con su camioneta por los senderos del Heath, con los intermitentes parpadeando y el cajón de alambre lleno de ramas, restos de podar y sacos de hojas. Josh solía empezar tan temprano como podía y a menudo era él quien habría con llave el cobertizo y a quien se podía ver, una hora antes de empezar el turno, bebiendo café en uno de los bancos de Parliament Hill. El trabajo lo había abierto al mundo. Había llegado a reconocer la caricia de los diferentes vientos y brisas y a ver que se avecinaba

llovía en una textura de la luz. Poniéndose de pie para empezar la jornada, Josh echaba un vistazo a las torres lejanas de la ciudad, tiraba su taza vacía en una papelería y tenía la sensación de haber escapado. Como si fuera un superviviente a quien le habían tirado una cuerda salvavidas que solo ahora estaba consiguiendo agarrar en firme.

Durante la semana de trabajo en el Heath, Josh podía observar a su familia de lejos. Luego volvía a verlos de cerca los fines de semana. Se había empezado a sentir más cómodo con los silencios que compartía con Rachel, y también más tranquilo al ver a la mujer en que Samantha se estaba convirtiendo ante sus ojos. Pero por encima de todo, seguía flotando la cuestión de Michael. La cuestión de quién era y de qué quería; de la tierra del rellano y del lugar donde había pasado aquellos minutos del 10 de junio de 2008.

Más de una vez Josh se había planteado contarle la verdad a Samantha; confesarle que no había estado en casa al caerse Lucy. Pero si confiaba en recuperar algún día a ella y a su hija, sabía que esto era imposible. Y también se decía a sí mismo que de todas formas aquella persona había sido un Josh distinto, un hombre distinto, a quien no podía permitir que echara por tierra el futuro del hombre que era ahora y en el cual quería convertirse.

Pero Josh tampoco podía permitir que Michael echara por tierra su futuro. Mientras este estuviera tan cerca de Samantha y de Rachel, mientras estuviera allí, viviendo al lado de ellas, Josh sabía que no volvería nunca a tener espacio para recuperarlas ni para entregarse otra vez a ellas. Al menos mientras siguiera habiendo tantas cosas que él no sabía de Michael y de lo sucedido aquel día. Michael le había contado a Slater que aquel día había estado en su clase de esgrima. Y a su vez la detective se lo había contado a Josh al repasar todas las declaraciones de sus vecinos. En aquel momento él únicamente lo había escuchado pensando en su propio interés. ¿Acaso algún

vecino lo había visto salir de la casa? ¿Y alguno lo había visto regresar? Pero según Slater, nadie lo había visto. De manera que Josh simplemente había sentido alivio al oír que la declaración de Michael se añadía a la del resto de vecinos de la calle.

Ahora, en cambio, únicamente sentía recelo. ¿Cómo sabía Slater que Michael había estado en su clase al caerse Lucy? ¿Acaso alguien lo había visto cruzar el Heath hasta allí? Josh tenía ganas de encontrar la tarjeta que ella le había dejado y llamarla para preguntárselo. Pero sabía que no podía. La forma en que ella lo había interrogado, la manera en que lo habían tratado todos... Él sabía que la detective sospechaba de él, que notaba las mentiras que poblaban los márgenes de su historia. Así pues, no podía provocarla para que examinara las cosas con más atención.

No, si Josh quería corroborar la historia de Michael, iba a tener que hacerlo en persona. Si era cierta, Michael se libraría de sus sospechas. Pero si no lo era, entonces... Entonces no sabía qué haría. Pero al menos lo sabría. Al menos podría extinguir las agonías de su incertidumbre, apaciguar algunas de las incógnitas implacables que todavía lo atormentaban acerca de lo que le había sucedido a su hija.

Después de la tarde en que habían hablado por encima del seto, Josh, siempre que podía, se dedicaba a vigilar a Michael. Quería entenderlo, descubrir lo que quería. ¿Era Samantha? ¿Era por eso que pasaba tanto tiempo con ella? ¿Acaso ella era la causa de todo? Josh no podía estar seguro, al menos sin saber más cosas de Michael. De forma que se puso a vigilarlo. Se familiarizó con las horas a las que se encendía la luz de su cuarto de baño por las mañanas y se apagaba la luz de su estudio por las noches. Lo siguió, de lejos, a sus cafés favoritos, o bien a los archivos del museo local. La semana anterior había estado observándolo desde la otra punta de la calle mientras ayudaba a Samantha a llevar las copias fotográficas de la tienda de marcos a

casa, metiéndolas en el maletero de su viejo Volvo. Y también se dedicó a observar cómo Michael caminaba a su club de esgrima un jueves y luego cogía la misma ruta para ir a su clase el sábado. Fue justamente ese día cuando Josh vio por primera vez al equipo de conservación medioambiental del Heath, descargando herramientas de un cobertizo en la escuela.

Era un cobertizo que compartían con el conserje de la escuela, en cuyo despacho también hacían sus descansos cuando trabajaban en el lado de Highgate del Heath. La misma tarde en que Josh los vio en la escuela, también se fijó en la cámara de seguridad que enfocaba la entrada del polideportivo. ¿Había visto Slater la grabación de aquella cámara del día en que Lucy se había caído? ¿Se había asegurado de ver a Michael entrar en el edificio? Y lo más importante, se preguntó Josh mientras regresaba andando a través del Heath hasta su piso, ¿cómo podía él ver la grabación en persona? ¿Cómo podía atestiguar con sus propios ojos pero sin despertar las sospechas de Slater que la historia de Michael era verdad?

Josh le dijo a Samatha que había sido Nathan, el jardinero de Willow Road, quien lo había propuesto para el trabajo con el equipo de Hampstead Heath. Pero era mentira. La solicitud la había presentado él directamente, usando como referencia a Nathan y también a un viejo conocido suyo del mundo de las finanzas que estaba en el comité de la Corporation, para conseguir que se la aprobaran. Josh empezó a trabajar con ellos al mes siguiente, pero era consciente de que necesitaba paciencia; que no había garantías. Estaba actuando en base a una simple especulación. Pero ¿acaso no era lo que había hecho siempre, y lo que siempre se le había dado tan bien en Lehman's? Especular, apostar sobre los resultados, jugar a esperar y luego atacar cuando se abría una oportunidad.

Al final, su paciencia rindió frutos. Era principios de abril cuando a Josh y a su equipo los mandaron a podar los rododendros del lado de Highgate del

Heath. La zona donde estaban trabajando bordeaba los terrenos de la escuela, y tal como Josh había visto el año antes, para ahorrarse el tener que cruzar el Heath todos los días, mientras estaban allí usaban prestado uno de los cobertizos del conserje de la escuela.

Jim, el conserje, era un viudo de sesenta y pocos años, locuaz y sociable. Además de hacer de conserje de la escuela se encargaba del mantenimiento del polideportivo. Eran las vacaciones de Semana Santa y la escuela estaba vacía. Así que Jim estuvo encantado de volver a ofrecerle su despacho al equipo. Para que se prepararan té y café, se resguardaran de la lluvia o simplemente descansaran los pies un minuto en uno de sus sillones destartalados.



Josh estaba sentado en uno de esos sillones, despatarrado sobre sus muelles reblandecidos, cuando vio por primera vez la casete de vídeo. En cuanto la vio, ya no le pudo quitar la vista de encima. Él había imaginado que primero tendría que entablar amistad con Jim y luego encontrar la forma de hacerle hablar del tema de las cámaras de seguridad de la escuela y de dónde se almacenaban sus grabaciones. Aquel era el único plan que tenía para hacerse con las imágenes de la cámara. De forma que la cinta que ahora veía encima de él, con aquella fecha escrita, casi le pareció un cebo, como si alguien le estuviera poniendo una trampa.

Examinó el resto de la sala y los demás estantes en busca de otros casetes, pero no había más. Solo aquella pila torcida en el estante de encima de él, cada una con la fecha escrita en el lomo. Mientras Jim seguía hablando —de sus años como futbolista semiprofesional, de sus nietos—, aquella cinta que tenía encima pareció adquirir luminiscencia en la periferia del campo de

visión de Josh, y sus números negros parecieron grabársele a fuego en la mente.

Mientras Josh y sus colegas terminaban, y los tres dejaban sus tazas en el fregadero, Josh señaló el estante con la cabeza.

—Esas cintas —le preguntó a Jim—, ¿qué son?

Jim miró el estante con los ojos entornados, como si hiciera tiempo que no se acordaba de aquella parte de su oficina. Josh tragó saliva. Estaba nervioso. Tenía la sensación de que debía justificar de alguna manera aquella pregunta. Los demás miembros de su equipo ya habían abandonado la sala.

—La fecha de la de encima —dijo, quitándose las gafas para limpiárselas con la camisa—. El diez de junio. Es el cumpleaños de mi hija.

—¡Ah! —Jim asintió con la cabeza al verla—. Esas. Sí, son cintas de seguridad viejas. De la cámara de vigilancia. La policía las tuvo una temporada. No recuerdo por qué. Cuando nos las devolvieron, ya habíamos cambiado el sistema entero. —Volvió a mirar a Josh—. Ahora todo es digital, ¿sabes? Y tenemos más cámaras. No queda un puñetero metro de este sitio que no esté cubierto.

Josh asintió con la cabeza.

—Ya. Bueno, toda precaución es poca, dicen. —Se dirigió a la puerta—. Gracias por el té, Jim —dijo al salir.

—¿Qué edad tiene? —le preguntó Jim cuando ya estaba fuera. Josh se asomó al interior de la sala—. Tu hija—. ¿Qué edad tiene?

—Cuatro —contestó Josh, agarrando el marco de la puerta con los nudillos blancos—. Cuatro años.

—Una edad preciosa —dijo Jim, sonriendo desde su mesa—. Preciosa.



Josh esperó a su último día de trabajo junto a la escuela para coger la casete.

No había manera de que Jim saliera, así que para conseguir que se marchara tuvo que pedirle las instrucciones de una de las cortadoras de césped que había aparcadas fuera. Cuando llegaron a la cortadora, Josh se palpó los bolsillos.

—Mierda —dijo—. Mi teléfono. Ahora vuelvo.

Volvió al trote a la oficina, movió la silla de Jim y se puso de pie encima de ella; cogió la casete y se la guardó en el bolsillo de atrás de los pantalones cortos. Al cogerla del estante vio que tenía muchas otras fechas en el lomo, capas y capas de pegatinas que se remontaba muchas semanas y meses atrás.

Josh volvió con Jim en menos de un minuto. Intentó escuchar mientras Jim le explicaba el funcionamiento de la cortadora, pero su mente ya estaba repasando posibilidades a toda velocidad. Puede que no hubiera nada. Aparte de la fecha, no había razón alguna para pensar que la policía hubiera pedido aquella cinta para la investigación del caso de Lucy. Pero luego se preguntó qué posibilidades había de que fuera para otra. A fin de cuentas, era allí donde Michael decía que había estado. Debió de ser por eso por lo que la habían cogido. Pero seguramente, si hubiese algo allí, Slater lo habría visto, ¿no? Y en ese caso, ¿no habría hecho ir a Michael a la comisaría? Aun así, Josh llevaba meses esperando algo más que una sensación o unos copos de tierra seca. De forma que tenía que verla. Tenía que saber la verdad.

Se compró el televisor al día siguiente, en un Cash Converters de Finchley Road. Era un viejo televisor portátil plateado con reproductor de VHS incorporado debajo de la pantalla.

—También tengo montones de pelis de ese formato —le dijo el cajero mientras pagaba—. Porno buenísimo de los ochenta. Con peinados clásicos.

Josh le dijo que no, gracias, que solo quería el televisor. No necesitaba más.

La imagen era de mala calidad. En blanco y negro y con saltos y temblores

de vez en cuando. Sin embargo, era lo bastante nítida. Una vista desde arriba de las puertas correderas de la entrada del polideportivo. Al principio Josh se puso a verla a tiempo real, contemplando cómo una franja de luz del sol se deslizaba por el suelo, alargando las sombras del letrero de la puerta. Luego, acordándose de la hora a la que tenía Michael sus clases, pulsó el botón de búsqueda rápida para que la hora del día avanzara deprisa en el contador de la esquina de la pantalla. A cámara rápida y entrecortada, una mujer de la limpieza fregó las baldosas, una paloma entró dando brincos, se quedó atrapada y se escapó volando. A cada hora más o menos aparecía Jim, llevando una herramienta distinta cada vez. Luego, durante varias horas aceleradas, la imagen estuvo vacía. Solo aquel suelo típico de las instalaciones municipales, el borde de un tablón de anuncios y la sombra invasora de una rama al otro lado del cristal de las puertas.

Cuando el contador llegó primero a las tres en punto y luego a las tres y cuarto, Josh ralentizó otra vez la cinta. No le importaba cuánto tiempo tardara. No quería perderse nada. Quería estar seguro. Michael había tenido su clase a las cuatro. Siempre la tenía a la misma hora. Pero si aquel día no llegaba, o bien llegaba tarde, entonces quizá, solo quizá, sería prueba suficiente. Así pues, con la tele puesta sobre la mesilla de café, los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en los puños, Josh contempló la entrada vacía, absorto en los minutos de filmación que tenía delante. Cuando el contador llegó a las tres y veinte, sintió una punzada de dolor. Debió de ser sobre esa hora, en el mundo de la pantalla, cuando él salió por la puerta de su casa. Intentó concentrarse y olvidar —mientras los minutos seguían su avance implacable— el momento en que había abandonado a su hija y todo lo que había venido después.

Durante la media hora siguiente no pasó nada. Tres cincuenta y nueve. Cuatro en punto. La imagen permaneció impávida, vacía de nada que no fuera

la sombra de la rama acercándose a la puerta. Josh notó que se le aceleraba el pulso. Con cada segundo de ausencia de Michael en la pantalla la evidencia parecía acercarse más. Tal vez Slater se hubiera llevado las cintas pero no hubiera llegado a verlas. Tal vez, cuando el Departamento de Investigación Criminal decretó que no había motivos de sospecha, simplemente se habían pasado meses en un armario de un almacén antes de ser devueltas a la escuela.

Pero luego, en el borde de la pantalla, una segunda sombra se cernió deprisa sobre la sombra de la rama. Sucedió en cuestión de segundos. Se abrieron las puertas correderas y Michael, vestido con pantalones cortos y camiseta, entró en el edificio, cruzó la pantalla y salió de plano en cuatro zancadas.

Josh detuvo la cinta, con el pie derecho de Michael congelado a la izquierda de la pantalla. Pulsó el botón de rebobinar para volver a mandarlo a través de la entrada y de las puertas. Luego volvió a pulsar play y a observar con toda la atención que pudo. Michael repitió su entrada. A Josh se le aceleró la respiración. En cuanto Michael salió de plano, él rebobinó inmediatamente la cinta y volvió a pulsar play, pero esta vez con el dedo preparado encima del botón de pausa. De esta forma, alternando reproducción y pausa, Josh contempló cómo Michael cruzaba la pantalla a cámara lenta. Y fue entonces cuando supo que no había duda. Fue la caída de su hombro la que lo delató; su paso entrecortado, como si algo le lastrara la pierna derecha. Michael llegaba cojeando. Solo daba cuatro zancadas en el plano, pero con eso bastaba. Josh había caminado al lado de aquella cojera muchas veces por el Heath. Pero solo al principio de sus caminatas, cuando Michael todavía tenía la pantorrilla derecha agarrotada.

Volvió a detener la cinta. Se acercó a la pantalla y trató de distinguir la expresión de Michael. Pero no pudo. Su cara era un borrón gris. No importaba. Josh lo sabía. Eso era lo único que importaba. Por fin lo sabía.

Daba igual lo que Michael hubiera dicho en su declaración a Slater: aquel día no había llegado a la escuela caminando.

—Michael.

Michael estaba en el margen del Duelling Ground cuando oyó que Josh lo llamaba por su nombre. Corría un atardecer cálido de finales de abril, dos días después de que ambos se vieran en la exposición privada de Samantha. Solo hacía unos minutos que Michael estaba plantado de pie en el centro del claro ovalado, contemplando el vuelo de una bandada de vencejos que cazaban insectos bajo la luz crepuscular. A su alrededor, los árboles del South Wood estaban echando hojas. Las flores blancas en forma de velas de los castaños de Indias ya resplandecían sobre el fondo oscuro del follaje y la corteza.

La única vez que Josh había llamado a Michael por su nombre completo era cuando se lo había presentado a los demás invitados de aquella primera fiesta. Casi inmediatamente después había pasado a ser «Mike» para Josh. A veces incluso «Mikey». Pero nunca Michael.

Se giró despacio. Josh estaba de pie en la otra punta del claro. Llevaba su uniforme de la Corporation of London; unos pantalones de combate oscuros y un polo verde oscuro con la insignia de la Corporation en la pechera. A Michael le alivió ver que no tenía nada en las manos. Se preguntó cuánto tiempo llevaba Josh mirándolo.

—Josh —le dijo—. No te había oído.

—Estuviste en mi casa —dijo Josh sin moverse—. Aquel día. Estuviste en mi casa.

Michael sintió que el aire se le escapaba de los pulmones, como si lo

hubieran sumergido de golpe en el agua. Nada más ver a Josh allí ya lo había sabido. Nada más oírlo decir su nombre. Pero aun así fue un shock oír sus palabras y oír que las decía tan lisa y llanamente. Por un momento consideró la posibilidad de fingir que no sabía de qué estaba hablando. Pero sabía que no serviría de nada. Su expresión ya le debía de haber dicho a Josh todo lo que necesitaba saber. Así pues, Michael acabó de desbaratar los minutos falsos de ambos.

—Y tú no —dijo.

Josh se quedó inmóvil. Tenía los puños apretados. No dijo nada, sino que dejó que las palabras de Michael cayeran en el aire que los separaba. Michael estaba a punto de añadir algo cuando Josh echó a andar hacia él.

—¿Por qué? —dijo, con la mandíbula tensa y los tendones del cuello abultados. Su voz era un susurro ronco y tenso—. ¿Por qué? Es lo único que quiero saber. ¿Por qué lo hiciste, hijo de la gran puta?

Michael retrocedió un par de pasos, con las manos extendidas para apaciguar a Josh.

—No fui yo —dijo—. Yo estaba allí, pero no hice nada.

Josh dejó de avanzar.

—Tendría que matarte —dijo. Se le estaban llenando los ojos de lágrimas. Michael vio la mezcla de rabia y dolor que le inundaba el cuerpo—. Tendría que matarte ahora.

—Josh, por favor —dijo Michael—. Tienes que escucharme. Tienes razón, estuve en tu casa. Estuve allí. —Hizo una pausa. Tenía que decirlo—. La vi caer.

A Josh le empezó a temblar la cara por el esfuerzo de refrenar las lágrimas.

—Pero fue un accidente —continuó Michael—. Lo juro. Un accidente.

Josh ya estaba encima de él antes de que Michael tuviera tiempo de moverse. De alguna forma había salvado la distancia que los separaba de una

sola zancada y, agarrando a Michael de la camiseta, lo empujó hacia atrás en dirección a la cerca. Michael le cogió las muñecas y se las apartó, sacándose a Josh de encima al mismo tiempo.

—¡Josh! —le gritó, echándose hacia atrás, con la bolsa de esgrima caída en el suelo—. ¡Por el amor de Dios, escúchame! ¡Por favor!

Josh estaba jadeando. Pareció que iba a atacarlo otra vez, pero luego, tan deprisa como había lanzado su ataque, su cuerpo se relajó.

—Dime por qué —repitió en voz baja.

Así que Michael se lo dijo.

Le contó que aquel día había ido a su casa a buscar su destornillador. Detestó decir aquella palabra. Sonaba completamente trivial e insignificante comparada con el dolor que había causado. Pero esa, le dijo a Josh, era la razón de que hubiera estado allí. Luego intentó explicar lo mejor que pudo el origen de su preocupación. Había encontrado la puerta de atrás abierta. Quería asegurarse de que no les hubieran robado. Y luego intentó hablarle de Caroline. Pero fue demasiado para Josh. O demasiado poco.

—¿Un fantasma? ¿Un puto fantasma? —le gritó a Michael—. ¿Esa es la mierda que me estás contando? ¿Que mataste a mi hija porque te pareció que veías un fantasma?

—¡No! —respondió Michael, también gritando. Sintió que él también se estaba poniendo furioso. Si Josh hubiera estado allí, si se hubiera quedado en casa en vez de ir a follarse a Maddy, si hubiera estado allí, nada de todo aquello habría pasado—. Un fantasma no —dijo Michael—. La vi a ella. Tienes que entenderlo. Fue demasiado pronto. Acababa de recibir aquellas putas cartas... Fue todo...

No pudo seguir y miró a Josh. Como diciéndole: Esto lo hemos hecho los dos, los dos. La culpa es de los dos.

—¿Y luego qué? —dijo Josh.

En un lado del claro había un banco. Michael fue a sentarse en él. Con la cabeza apoyada en las manos, le contó a Josh que Lucy había aparecido de la nada; que él había intentado cogerla pero no lo había conseguido y solo había podido verla caer.

—Y luego —dijo Josh, caminando delante de Michael— te marchaste. Te marchaste, joder.

—Sí —dijo Michael, mirando el suelo—. Me marché. Y desearía con todas mis fuerzas no haberlo hecho. —Hizo una pausa y miró a Josh—. Pero tú también. —Josh levantó la vista hacia él—. Tú también te marchaste —dijo—. Te marchaste. Y si no lo hubieras hecho...

—¡Vale! —dijo Josh, cortando el aire con la mano.

Se alejó de Michael. El suelo del interior de la cerca estaba pelado y seco, con matas de hierba corta separando las zonas de tierra. Pero más allá del claro y de Josh, Michael vio que el suelo del bosque estaba cubierto de franjas de campanillas. Más allá de la cerca había vida. Michael quería estar allí, entre aquellas campanillas. Quería que todo aquello se acabara.

Josh se giró hacia él. Se lo veía agotado. Michael quería preguntarle muchas cosas. ¿Por qué se había ido de la casa? ¿Había sido por Maddy? Y si no, ¿por qué había dejado sola a Lucy? Pero vio que no tenía que presionar a Josh. Era como una mina cargada y sensible a la más pequeña presión. Aun así, tenía que seguir hablando, eso también lo sabía. De forma que lo que hizo fue preguntarle cómo lo sabía. Cómo se había enterado de que él había estado en la casa.

La respuesta de Josh fue corta y seca, con la mente en otra parte, combatiendo los impulsos en pugna de la venganza y la supervivencia. Michael se quedó en el banco mientras él hablaba, asintiendo con la cabeza mientras Josh le hablaba de la tierra, la grabación de vigilancia y su cojera

delatora. Al terminar, Michael supo que solo le quedaba una pregunta por contestar.

—¿Y qué quieres hacer? —dijo Michael—. Ahora que lo sabes.

Josh lo estaba mirando fijamente con el ceño fruncido. Asintió lentamente.

—Tienes que marcharte —dijo—. Tienes que dejar a Samantha y Rachel. Tienes que irte de la calle y de Londres. Tienes que marcharte, ya.

—¿Marcharme? —dijo Michael. Pero sabía que Josh tenía razón. No podían seguir así—. ¿Y qué les digo? No puedo desaparecer sin más. Sospecharán. Llamarán a la policía.

Josh se rió.

—¿A la policía? ¡Sí, como si sirvieran para algo!

—Pues tienes suerte de que no —le dijo Michael en tono cortante. Josh se acercó a él—. Y yo —añadió, levantando una mano en gesto conciliador—. Y yo también.

—Cuéntales lo que quieras —dijo Josh, dándole la espalda otra vez. Estaba caminando de un lado a otro, de un lado a otro, como si intentara recordar algún movimiento instintivo perdido—. A fin de cuentas eres un puto escritor, ¿no?

Michael se levantó del banco y fue a buscar su bolsa de esgrima.

—Si me voy —dijo—, ¿le contarás la verdad a Samantha?

Josh se quedó mirándolo como si le hubiera hablado en un idioma extranjero.

—¿Y decirle que yo no estaba? —Negó con la cabeza—. No. Eso sí —dijo, señalando a Michael—, como vuelvas... Como les escribas o les llares, se lo cuento. Lo juro. Prefiero hundirnos a los dos que aguantar que estés cerca de ellas.

Michael miró a Josh. Era un hombre nuevo. Un hombre transfigurado por la

desgracia y por la rabia. Tenía las mejillas hundidas y los ojos al mismo tiempo vivos y muertos: un hombre con todo y sin nada que perder.

—Esta noche —dijo Josh, bajando la mano—. Tienes que marcharte esta noche.

Es media tarde en Manhattan, principios del fin de semana de Pascua. Solo falta una hora para que sol se ponga sobre el horizonte de Nueva Jersey. Dentro de pocos minutos el letrero rojo de Colgate se iluminará sobre el Hudson y las barcas que llevan turistas a la Estatua de la Libertad desplegarán sus velas para dejarse llevar por el viento hasta la boca del estuario.

Michael está sentado en un banco junto al río, en un muelle que hay delante de la autopista, cruzando la calle Veintitrés Este. Él está en la punta del muelle, junto a un enorme molino de agua de madera que da vueltas, con sus palas derramando agua y luz. A un lado de él, una joven vestida con pantalones cortos, camiseta sin mangas y deportivas está haciendo estiramientos del tendón de la corva, con un susurro bajo saliéndole de los auriculares. Al otro lado, una pareja mexicana está sentada en otro banco, meciendo a su bebé en su cochecito. Un poco río arriba, cerca de la Veintiséis Oeste, Michael oye música procedente de The Frying Pan, un bar flotante instalado en una barcaza de los bomberos retirada del servicio. Junto con el latido del tráfico detrás de él y el ruido del agua que cae del molino, su suave palpar rítmico completa un paisaje sonoro que él ha llegado a considerar relajante. En Manhattan nunca hay silencio, pero es aquí adonde viene siempre que necesita encontrar espacio, para pensar, para recordar, para captar, si no el silencio en sí, cierta sensación de silencio.

Hace casi un año que Michael se fue de Londres. La nota que le escribió a Samantha al volver aquel día del Heath era corta e iba al grano. Le dijo que simplemente tenía que marcharse. Que sabía que tendría que despedirse de

ella y Rachel pero no tenía valor para decirles adiós en persona. La nota debió de dejarle como un débil y un egoísta. Sabe que Samantha debió de considerarla una reacción a la oferta que le había hecho para que se fuera a vivir con ellas. Se debió de poner furiosa. Debió de pensar que se había formado una opinión equivocada de él. Un día, cuando Rachel fuera lo bastante mayor, su madre le diría que se olvidara de él, o en el mejor de los casos, que lo perdonara por estar tan hundido y por haberles transferido su daño a ellas dos.

Su dolor se está curando gradualmente. La última carta que recibió de Daniel, igual que todas las que le habían llegado a través de su editorial, dejaba claro que era exactamente eso. La última. Ya le había dado a Michael todo lo que podía. Los dos necesitaban mirar al futuro, decía, así que no volvería a escribirle. En la misma carta le contaba a Michael que se había vuelto hacía poco a vivir al este; que Cathy se había vuelto a vivir con las chicas al estado de Nueva York y él había decidido irse con ellas. De momento había encontrado una cabaña de alquiler en las afueras de Hudson y un trabajo en un distribuidor local de productos orgánicos. Dos veces por semana iba en coche a Manhattan para repartir productos de la huerta de granjas locales a varias tiendas y restaurantes del centro.

A menudo Michael piensa en lo extraño que es esto; en que dos veces por semana los dos están en la misma ciudad y en las mismas calles. Que durante los últimos dos meses, sin que ninguno de ellos lo sepa, tal vez ya hayan compartido una acera o un banco como aquel. Aunque Michael ha buscado más de una vez a Daniel por Internet, nunca ha encontrado ninguna imagen de él, así que no puede saber si han coincidido. Ahora mismo Daniel podría estar pasando con su camión por la autopista que él tiene detrás, con el codo apoyado en la ventanilla. Si echara un vistazo a la derecha mientras está parado en un semáforo, tal vez vería a Michael sentado en la punta del muelle.

La silueta de un hombre alto junto a la rueda del molino, contemplando el reverberar de las aguas mientras pulsa la tecla de reproducción de un dictáfono y escucha la voz de su mujer muerta, asesinada por un misil tipo «disparar y olvidarse» en una montaña de Pakistán.

«Adivina quién hay en el piso de arriba —le susurra Caroline a Michael desde el pasado—. ¿Quieres venir conmigo?»

Pero Daniel tampoco lo reconocería a él. De forma que, cuando el semáforo pasara al verde, apartaría la vista del muelle y seguiría conduciendo rumbo a la ciudad, sin saber que acababa de ver al hombre a cuya vida había llevado la muerte, y que a su vez había llevado la muerte a las vidas de otros.



Michael escucha a Caroline dos veces más, luego se quita los auriculares y se vuelve a guardar el dictáfono en el bolsillo. Ahora se raciona estas escuchas. Igual que se raciona las miradas a las fotografías, a los noticiarios colgados en YouTube y a un vídeo que grabaron en su primera noche juntos frente a la chimenea de Coed y Bryn.

Se levanta del banco, le da la espalda al río y echa a andar hacia casa. Es un paseo corto siguiendo el curso del Hudson y luego a la izquierda para adentrarse por las calles del Village. Su apartamento está en el último piso de un edificio de cinco plantas sin ascensor. Tiene una escalera de incendios con vistas a los árboles, un escritorio junto a una ventana y a un dormitorio en el que hay colgada una de las fotografías del estanque de Samantha. Para recordar, supone, o para no olvidar nunca.

Es junto al estanque donde Michael siempre se imagina a Josh cuando piensa en él. Sentado al atardecer en un banco que da a la parte de atrás de todas esas casas, con unas paredes y habitaciones traseras que tienen más ventana que ladrillo; los estanques, los árboles, los sauces y el Heath. Se

imagina a Josh allí sentado después de su jornada de trabajo, con los brazos cansados y llenos de cortes, tal vez dando sorbos a un café, mirando cómo las ventanas se iluminan al anochecer. Mirando cómo en algunas de ellas su mujer y tal vez su hija aparecen y desaparecen, haciendo sus tareas cotidianas, habitando el lugar que una vez él consideró su hogar y que espera que vuelva a serlo algún día.

Michael cruza la autopista y entra en la ciudad por la calle Christopher, pasando por entre los clubes gay y lésbicos, las sex-shops y los médiums. Ve a la gente que camina hacia él, a las mujeres jóvenes, y trata de imaginarse cómo debía de ser Samantha en sus años de estudiante. Cuando el mundo entero era posible para ella y solo estaba empezando.

Michael no ha vuelto a saber nada más de Samantha. Sabe que es mejor así, que la nota que le dejó debió de provocar el dolor y la irritación que pretendía provocar. Él quería marcharse de forma completa. Fue en cierta forma la última ofrenda que le hizo. Y es por eso mismo por lo que, alegando que quería trabajar más en él, le pidió a su agente que retirara de la publicación *El hombre que rompió el espejo*. Y que aceptó un trabajo de docente en Nueva York en vez de embarcarse en ningún libro nuevo. Para que ni Samantha ni Rachel tengan que volver a ver su nombre en un escaparate ni en una revista. Pero aunque Michael supiera que esto tenía que ser así, a su llegada a Nueva York todavía se pasó varios meses pasando números de teléfono en el móvil hasta llegar al de Samantha o bien dejando el cursor quieto sobre su dirección de correo electrónico. Durante mucho tiempo no estuvo seguro de por qué hacía esto. Cualquier contacto con él solo le causaría dolor a Samantha, y, a fin de cuentas, le había hecho una promesa a Josh. Pero luego, a medida que pasaban los meses, por fin lo entendió.

Es porque nunca le ha contado la verdad. Nunca ha permitido que exista en el mundo la verdadera historia de lo que sucedió en su casa, a su hija, y por

esa razón la historia se ha quedado inacabada dentro de él. Es lo mismo que le dijo Caroline en Coed y Bryn: las historias sin contar son como la basura que enterramos. No la vemos pero sigue ahí, filtrándose al suelo. Por esta razón, hace seis meses, Michael decidió encontrar una forma de cumplir su promesa a Josh y al mismo tiempo publicar los minutos verdaderos y contar finalmente la historia verdadera.

Se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer era lo que siempre se le había dado mejor y aplicarse a sí mismo la técnica narrativa que llevaba toda su vida adulta poniendo en práctica. Redescubrir la alquimia de la experiencia convertida en palabras y desaparecer una vez más de la página, aunque esta vez de forma distinta a todas las veces anteriores que lo había hecho. Si se obligaba a hacerlo, todos los días y todas las noches, al final, sin importar que nadie leyera lo que él había escrito, todo se acabaría de una vez.



Michael se reclina en su silla y mira su pantalla, con las letras negras de todo lo que hizo y todo lo que recuerda impresas en el blanco de la página. Estira el brazo para buscar la primera página del documento, centra el cursor y escribe una dedicatoria.

Para Samantha

Y es de verdad para ella, aunque ella nunca lo vaya a ver. Aunque, por supuesto, sabe que también es para sí mismo. Y quizá también para Caroline, que siempre, sin importar las consecuencias, necesitaba que las historias se contaran, y que entendería por qué él la tenía que contar así. No solo contando los hechos, tal como ella le había citado en el Frontline la noche en que se habían conocido, sino también con todo lo demás.

Michael solo sabrá con el tiempo si con esto basta. Una vez le dijo a Samantha que las historias no necesitaban lectores para estar completas. Pero ahora, mientras imprime las páginas que acaba de escribir y las añade al montón que tiene junto a la mesa, ya no está tan seguro. Tal vez Samantha estuviera en lo cierto y esta sea una solución puramente temporal. Tal vez a fin de cuentas un día tendrá que seguir el ejemplo del hombre que mató a su mujer y meter esas páginas impresas en un sobre dirigido a la casa donde todo esto comenzó: 32 South Hill Drive, Hampstead, Londres, NW3 6JP. Pero hasta que eso pase, si llega a pasar algún día, tendrá que bastar con este montón de papeles que tiene junto a la mesa. Por lo menos en ellos Michael ha contado finalmente su historia. Ha ofrecido lo que podía. La ha sacado al mundo. A modo de confesión, sí, pero también de intento de dar cierre a lo sucedido para todos ellos: para Samantha, para Caroline y hasta para Josh. Darle un cierre, una vez contadas sus verdades, con esta última frase, estas últimas palabras y este punto y final.

Owen Sheers (Fiji, 1974) es poeta, novelista y dramaturgo. Su primera novela, *Resistencia* (Alfaguara, 2008), se tradujo a diez idiomas y fue adaptada al cine. *The Dust Diaries*, un ensayo sobre Zimbabue, mereció el premio Welsh Book of the Year. Sus obras de teatro, así como su poesía, han sido galardonadas en varias ocasiones: el prestigioso premio Somerset Maugham por *Skirrid Hill*, el premio de poesía Hay Festival por *Pink Mist* y el Amnesty International of Expression por *The Two Worlds of Charlie F.*

Owen Sheers escribió y presentó en la BBC un programa de televisión de gran éxito, *A Poet's Guide to Britain*; en él explicaba la obra de grandes escritores ingleses a partir de poemas y paisajes significativos en sus vidas y sus obras. Como ejemplo de su afición: la primera vez que visitó Buenos Aires utilizó los poemarios de Jorge Luis Borges como un mapa de la ciudad. El autor galés está convencido de que la poesía puede describir el paisaje externo e interno de un país y a su gente. Él mismo ha declarado: «No era la primera vez que hacía algo así, lo había practicado ya en algunas ciudades francesas y en otras de Alemania». De ahí nació la idea del programa de la BBC que le convirtió en uno de los autores más conocidos de su generación.

Owen Sheers vive en Gales con su mujer y su hija.

Título original: *I Saw a Man*

Edición en formato digital: septiembre de 2015

© 2015, Owen Sheers

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2007, Javier Calvo Perales, por la traducción

Adaptación del diseño original de la portada de Faber: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Cultura / Frank and Helena / Getty

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16195-49-7

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Vi a un hombre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Biografía

Créditos